

FR DIEGO DE YEPES

J. Waseco.

2.  
CO.  
PA  
ILA  
CO.  
SA

LIBRERIA  
DONATO GUIO  
ARENAL 12  
MADRID







VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS



FRAY DIEGO DE YEPES

---

VIDA  
DE  
SANTA TERESA  
DE JESÚS

—  
TOMO I  
—

BARCELONA  
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO y C.<sup>ª</sup>-Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887





## LIBRO PRIMERO

Donde se trata del nacimiento, crianza,  
y de todo el demás discurso de la vida de la bienaventurada  
madre Teresa de Jesús.

---

### CAPÍTULO I

De los altos y admirables fines que Dios tuvo en darnos en nuestros tiempos una tan grande santa, como fué la bienaventurada madre Teresa de Jesús

**G**LORIOSO es Dios en su majestad, y maravilloso en sus santos, y aunque en ellos se muestra su bondad y grandeza, no es para todos igual su amor y misericordia. Que como en las casas de los reyes suele haber unos criados más favorecidos, y en las de los padres unos hijos más regalados que otros; así en la de Dios en esta edad y siglo postrero fué con grandísima particularidad en gracias y dones aventajada á muchos la bienaventurada madre Teresa de Jesús, cuya vida, virtudes y milagros yo determino escribir mediante el divino favor, juntamente con los dichosos principios que dió á la nueva reformation de los religiosos descalzos y descalzas de Nuestra Señora del Carmen. Materia ciertamente admirable por las cosas tan altas y divinas que

nos ofrece; y no menos provechosa, por estar llena de vivos ejemplos y notable doctrina para los que desean seguir el camino de la santidad y virtud; en la cual me pareció necesario tomar de atrás la corriente, y tejer esta historia desde sus primeros principios, descubriendo primero los fines que, á nuestro corto entender, se puede conjeturar que Dios tuvo en formar en nuestros tiempos una santa tan grande, que con ser de carne y sangre de tal manera vivió en ella el espíritu divino que no se pueden mirar ni contar sus cosas sino como verdaderamente celestiales, angélicas y divinas. Y como no puede dejar de causar admiración ver en tiempos tan miserables, y en los siglos más infelices de la Iglesia (donde las tinieblas así de la herejía como de otros pecados parece que querían escurecer su claridad) nacer un nuevo y resplandeciente sol; así no puede quietarse la condición humana hasta averiguar (en cuanto á su flaqueza é ignorancia se le permite) qué fines tuvo Dios en dar á su Iglesia en nuestra era tan preciosa joya y tesoro. Que como un hombre prudente y sabio no hace obras grandes sin grande consejo, y sin que tenga respecto á otros intentos grandes, así Dios, que es la misma discreción y prudencia, en tanta grandeza que en esta santa mostró, no pudo carecer de grandes y levantados fines. Y aunque algunos lo serán tanto que no se dejen tocar de nuestra pequeñez y bajeza; pero otros (ordenándolo así su divina providencia) se descubren más de cerca para nuestro provecho y su gloria.

Uno fué principalísimo para que reformase su religión, que es la de Nuestra Señora del monte Carmelo, religión de las primeras que en la Iglesia florecieron, y tan antigua que reconoce por principios á los sagrados profetas Elías y Eliseo; que como esta era la primera puso Dios en ella los ojos; y desde su primera edad la ha ido gobernando con particular amor y providencia; y siempre al tiempo de la mayor necesidad, ó de mayor caída, la proveyó de mayor remedio, criando en ella varones tan señalados y santos que con la fuerza de su ejemplo y doctrina la levantaban y restituían á sus principios, como brevemente se verá por este discurso colegido de autores graves y doctos.

Nació esta religión en el monte Carmelo. Tuvo por padres (como habemos dicho) á los santos profetas Elías y Eliseo; y

por madre á la siempre Virgen nuestra Señora. Comenzó su carrera novecientos y veintitrés años antes del nacimiento de Cristo nuestro Redentor, continuándose esta religión por los hijos de los profetas, y (cuanto en aquella edad y tiempo se permitía) con gran menosprecio de las cosas de la tierra y deseo de las divinas y celestiales. Con tan larga carrera iba ya cansada, como lo estaba también la ley en que vivía. Proveyó el Señor entonces de otros Elías, que fué el glorioso Bautista, sucesor suyo, no sólo en el espíritu sino en la profesión. Reformó lo que en la religión del profeta Elías estaba caído, y fué la segunda fuente que la Iglesia tuvo, de donde manó el instituto de los monjes. Con tan buen maestro y príncipe, con la protección y amparo de la sacratísima Virgen, que, como graves historias cuentan, trató familiarmente con los ermitaños del monte Carmelo, que no distaba legua y media de Nazareth, y ellos la reconocían por Madre y Patrona, y en honra suya edificaron en el año 83 de la Encarnación de su hijo un oratorio (como Juan, patriarca Jerosolimitano refiere *lib. de Inst. Monach.*, cap. XXXVI), y con la nueva luz de la predicación evangélica caminó esta religión entonces casi al mismo paso de la primitiva Iglesia por desiertos y cuevas y otros lugares, los más remotos y escondidos que en montes había, huyendo las persecuciones que en el principio de la Iglesia se levantaron.

Con la diligencia de los tiranos, y el deseo que los monjes tenían de martirio, pasando trescientos años, casi no se veía rastro de religión ni de monjes. Levanta Dios en este tiempo al grande Antonio en Egipto, que siendo instruído de algunos pocos monjes que habían quedado, salió gran maestro en esta arte, y restauró él por su medio la disciplina monástica, dándole el mejor punto que jamás tuvo. De aquí se derivaron por diferentes caminos varias religiones. Fué discípulo de Antonio Hilarión, el cual reformó y renovó en Palestina este modo de vida, y volvió la orden de Elías con gran aumento de perfección de vida á la tierra donde había nacido. Renovóse el Carmelo, y dentro de breve tiempo comenzaron á vivir los religiosos de él en forma de más religión, guardando la regla que poco después de Hilarión dió á Caprasio, prior de los ermitaños de este monte, Juan, patriarca Jerosolimitano, que antes había sido monje de la misma orden. Fueron estos los dicho-

esos tiempos de la Iglesia y de la religión, cuando estaban poblados los desiertos de Egipto y Palestina de tantos monjes como el cielo de estrellas. Duró cerca de trescientos años esta felicidad y gloria en la orden del profeta Elías, hasta que la crueldad de Ahumar y de otros ferocísimos tiranos dieron fin á tantas vidas de santos y principio á su gloria.

Quedaron en este tiempo pocos monjes en el oriente, y esos repartidos por muchas partes: permanecieron algunos en el monte Carmelo hasta el año de mil ciento, que Aimerico, patriarca Antioqueno, les favoreció y ayudó, juntándolos en modo de vida más común que hasta allí había tenido. Pero no bastó esto para reformar la religión que estaba tan derribada y caída; y así ordenó el Señor que el bienaventurado san Alberto, patriarca Jerosolimitano, que antes había sido ermitaño del monte Carmelo, viendo la necesidad de sus hermanos, les dió una regla tal como se podía esperar de su espíritu y prudencia, y cual convenía para levantar un edificio que casi todo estaba por el suelo. No fué suya sino de Dios esta regla, pues con ella de tal manera se levantó la religión que ya parecía otra. Con este tan perfecto y provechoso instituto vivieron los Carmelitas desde el año de mil ciento sesenta y uno (que fué cuando de mano de este patriarca se la recibieron) por algunos años con gran observancia y espíritu.

Pero como no hay cosa tan fija que el tiempo no la mude, tan perfecta que nuestra miseria no la estrague, ni tan provechosa que por nuestra mala disposición ó flaqueza, ó por otras causas, no nos pueda hacer daño, con el tiempo pareció conveniente á la religión (después de estar mitigada en algo la regla de Alberto por Inocencio IV) añadirle otra segunda mitigación de cosas más graves é importantes en tiempo del papa Eugenio IV, que fué en el año del Señor de mil cuatrocientos treinta y uno. Desde aquí fué dando muchas bajas la orden, tanto que parecía ya que aquellas primeras fuentes Elías y Eliseo, aquellos grandes padres Baptista y Antonio, de donde habían manado tan caudalosos ríos, se habían enturbiado, ó por mejor decir agotado, y con ellas los abundantes frutos de rigor y observancia que la religión solía producir. Pero el Señor, que había proveído en las demás caídas de la religión de quien la reformase, como habemos contado, no tuvo menos providencia en este tiempo, que-

riendo mostrar más su grandeza en que la religión cuando más vieja y cansada estaba diese (como otra Sara) más copioso fruto que nunca, y pareciese una hija tal cual la bienaventurada madre Teresa de Jesús, á quien bendijo el Señor, y en ella á muchas gentes. Y en esto mostró más su sabiduría, que siendo mujer la escogiese para reformar á muchos varones, y dar principio á lo que muchos, por aventajados que fuesen, aún no se atrevieran á pensar; que como adelante descubrirá esta historia, fué esta empresa tan gloriosa que sola ella bastara para hombros de un San Hilarión, San Francisco ó Santo Domingo; pues verdaderamente en materia de religión es mucho levantar la que está caída que plantarla de nuevo. Y no es de menos gloria de Dios lo uno que lo otro; pues como Dios tenía determinado poner en los hombros de esta santa tan grande peso, habiendo de ser reformadora y fundadora, fué muy conforme al orden de sus divinos consejos darle una alma de varón, robusta, fuerte, santa, y adornada de preciosas joyas de virtudes.

No fué solo esto para lo que Dios crió esta alma tan rica de tesoros del cielo, porque la ordenó á cosas más comunes y universales de su Iglesia, que fué para que la ayudase, no sólo con su vida que fué dechado vivo de la perfección evangélica, y ejemplo suyo y de sus monasterios), sino también la tomó por instrumento para hacer guerra á los herejes, no con la espada y lanza, sino con armas más poderosas y fuertes, que son las de la oración; porque como adelante diremos, con el gran celo que en su pecho ardía de la gloria de Dios, con el gran sentimiento que había en su alma de las ofensas que los herejes le hacían, con la mucha lástima que tenía á las almas de estos perdidos y miserables, con particular acuerdo del Espíritu Santo instituyó sus monasterios para que, ya que con las armas no pudiesen herir al enemigo, siquiera con los clamores y voces le pusiesen miedo, y ahuyentasen de la grey de la Iglesia. Fué también esto traza de Dios, que casi al mismo tiempo que aquel malvado Lutero comenzó á maquinar sus mentiras y engaños, y á confeccionar la ponzoña con que después dió la muerte á muchos, en esa misma ocasión andaba el Señor formando esta santa, para que fuese como triaca de esta ponzoña; y lo que aquel apartaba de Dios por una parte, ésta por otra recogiese y allegase, y así sirvie-

se á la Iglesia, no solo haciendo oración por los miembros cortados de ella, sino también procurando dar vida á los que estaban secos ó muertos.

Y no es de menor consideración el haber Dios descubierto en esta edad un tan grande espectáculo de santidad, en el cual se muestran cosas tan prodigiosas y raras, y no sólo de admirables virtudes y obras maravillosas, sino extraordinarias revelaciones, visiones, arrobamientos, hablas y trato con Dios, para que cuando el mundo por su poca fe, ó por los muchos engaños que cada día experimentaba de alguna gente engañosa y fingida, miraba desde lejos las revelaciones, visiones, arrobamientos y otros dones y virtudes de los santos, pareciéndole que todo aquello había cesado, vea delante de sus ojos que no es menos poderosa ahora que entonces la mano del Señor, y que si la hipocresía se ha cubierto con la capa de la virtud, procurando fingirse cual ella, no por eso se ha de dar menos crédito á lo que es virtud y obra de Dios, aunque venga debajo de la flaqueza de una mujer. Gran desventura ha sido la de estos tiempos: grandes los embustes y tramas que el demonio y la hipocresía han inventado, dañando no sólo á los autores de estos engaños, sino también descreditando á la virtud, porque es tal la condición del vulgo y gente ignorante, que sin discreción alguna hace reglas de casos particulares para sentir mal de la virtud. Y para ver la verdad no se aprovecha de los muchos ejemplos que hay en la Iglesia; antes toma ocasión de una caída para escurecerla, si pudiese. Y verdaderamente más fruto saca el demonio de este común sentimiento y concepto que las caídas causan en los ignorantes, que de los mismos que en ellas fueran engañadores ó engañados, porque aquí la virtud queda sin valedores, y apenas hay quien en público la mire, ó vuelva por ella: y así se arrincona y da franca la entrada á mil engañosas opiniones y vicios.

De esta manera estaba en España el trato de oración, y mucho más todo lo que sabía á visiones ó revelaciones; y así cuando salieron las de esta santa virgen, pasaron por el mismo juicio que las demás que habían sido engañadoras. Pero descubriendo Dios la verdad, volvió por su honra, y acreditó sus obras y regalos que él hace á sus amigos; que si bien es cordura no dar crédito fácilmente á cualquier espíritu (sabien-

do que la discreción y prudencia pide que preceda el examen de cosas tan graves, según las reglas que los santos y la Escritura enseñan) no deja de ser ignorancia ó pertinacia, y locura, condenar (como dicen) á bulto lo que no se entiende, y pensar que porque puede ser ilusión ó engaño lo es, pues, pudiendo no serlo, había de hacer contrapeso, para que el varón espiritual y prudente pesase con el peso de la razón lo uno y lo otro, y discerniese cuándo el espíritu es de Dios, y cuándo no. Pues, para enfrenar juicios indiscretos, y para acreditar la virtud en esta parte, para hacer cautos á los que tratan almas semejantes, con la experiencia, doctrina y avisos de esta santa, y para con ellos también desengañar á los que por este camino van engañados, entre otros muchos fines que tuvo Dios en darnos á esta santa fué uno este que acabamos de decir; porque, si bien se mira su vida, y con atención se leyere su doctrina, apenas habrá quien no apruebe lo que por ella pasó, y palpe como con las manos las grandes misericordias que el Señor la hizo, y saque luz de su admirable doctrina para saber gobernar almas en semejantes sucesos, y entender los ardides del demonio, que cuanto más ocultos son más peligrosos, y saber apreciar lo que es más subido en este camino espiritual, que es el trato de mortificación y virtudes, que es lo que ella más procura enseñar y persuadir, huyendo cuanto es de nuestra parte con humildad, visiones, revelaciones y otras mercedes extraordinarias del Señor.

---





## CAPÍTULO II

Del nacimiento, crianza y buen natural de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús

**R**EINANDO en Castilla doña Juana, madre del emperador don Carlos, y gobernando por ella su padre el rey católico don Fernando, siendo pontífice romano León X, y emperador Maximiliano, abuelo del emperador don Carlos, año de mil quinientos y quince nació en Ávila, ciudad antigua de Castilla, la bienaventurada virgen Teresa de Jesús de padres nobles y virtuosos. Y aunque importa poco saber el origen de los padres que los siervos de Dios tuvieron en la tierra, pero por no faltar en esto á la verdad y partes de la historia, habré de contar los de esta santa. Fué pues nacida en Ávila, y por entrambas partes de noble linaje. Su padre se llamó Alonso de Cepeda, y su madre (que fué segunda mujer suya) doña Beatriz de Ahumada. Fueron sus padres, juntamente con ser honrados, temerosos de Dios, porque tal había de ser árbol que había de producir tales frutos. Entre otros hijos varones, y dos hijas de este segundo matrimonio, tuvieron por su buena dicha á esta santa, que les nació (como hemos dicho) en el año de mil quinientos y quince, á veintiocho de Marzo, día de san Bertoldo, santo de la orden de Nuestra Señora del Carmen. Pusieronla por nombre Teresa, guiados

(á lo que se puede entender) por Dios, que sabía los milagros y maravillas que en ella y por ella había de hacer, porque Teresa es lo mismo que Tarasia, nombre antiguo de mujeres, y griego, que quiere decir milagrosa. Y ciertamente tal nombre cuadraba bien á la que había de ser un prodigio de naturaleza, una estrella milagrosa de la gracia, y un espectáculo de santidad y perfección al mundo, que no lo es pequeño que una mujer flaca haya emprendido hazañas más que de varones, y á la que tocaba por ser mujer ignorante y ruda, haya sido maestra y doctora de filosofía más alta, y más escondidos secretos de la contemplación.

Como nacía la bienaventurada madre Teresa de Jesús para traer muchos á la virtud, y ser ejemplo y dechado de muchos, tomó Dios de atrás la corriente, y para levantar edificio tan alto, fabricóle desde las primeras piedras; y así le dió un natural hábil y conveniente para este propósito, generoso y no soberbio, amoroso y no pegajoso, apacible, agradecido y agradable á todos, lleno de una discreción tan admirable que cuando se descubrió con la edad, atraía y cautivaba cuantos corazones trataba. De suerte que afirman por cierto todos los que la conocieron y trataron muchos días, que nadie la conversaba que no se aficionase y perdiese por ella; y que, niña y doncella, seglar y monja, reformada y antes que se reformase, fué con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro, porque el aseo y buen parecer de su persona, y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condición, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de más y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía á sí misma, quedaban como presos cautivos de su trato. Pues en estos naturales como en tierra fértil y sazónada prendió luego con firmes y hondas raíces la gracia que recibió en el bautismo, de manera que en los primeros años de su niñez dió claras muestras de lo que después pareció en ella, y dió en su tiempo el fruto de lo que al principio Dios había plantado en su alma. Inclínabase desde sus primeros años á cosas mayores, no siendo sus ejercicios niñerías, como ni menos lo eran sus pensamientos. Siendo de seis ó siete años gustaba de contar y hablar de las vidas y virtudes de los santos; apetecía soledad y silencio; y en la manera que aquellos años sufrían, despre-

ciando lo temporal, aspiraba á lo eterno; y lo que es de maravillar, antes aun de comenzar á gozar de la vida deseaba ya padecer muerte por Cristo. Encendíase su corazón leyendo los martirios de los santos; y pareciéndole que eran mucho menos sus trabajos que el premio de que gozaban, deseaba ella morir así por ganar lo que ellos habían alcanzado. Y con este ardor y deseo, con más esfuerzo y generosidad que su edad pedía, comenzó á tratar luego con un su hermano, que se llamaba Rodrigo de Cepeda, que era casi de sus mismos años, cómo pondrían por obra tan dichosos deseos. Y acordando entre sí de tomar alguna cosilla para comer, se salieron de casa de su padre, determinados los dos de ir á tierra de moros, donde les cortasen las cabezas por Jesucristo. Y saliendo por una puerta de la ciudad de Ávila, que llaman de Adaja (que es el nombre del río que pasa por ella) tomaron el camino por la puente adelante, hasta que un tío suyo les topó, y volvió á su casa, con harto gozo de su madre, que los hacía buscar por todas partes con mucha tristeza y miedo no les hubiese sucedido alguna desgracia. Riñóles la madre de la ausencia que habían hecho, y el hermano se excusaba diciendo que la niña le había incitado y hecho tomar aquel camino.

Viendo, pues, que no podían hallar los medios para volar luego al cielo los que apenas habían abierto los ojos ni puesto los pies en el suelo, con el fuego que en su corazón ardía trazaban otras mil invenciones, que aunque en lo de afuera no pasaban de obras de niños, los deseos eran de varones. Y así ordenaban que los dos fuesen ermitaños, y en la huerta que había en su casa (como su edad les permitía) edificaban sus ermitas, no como los otros niños por vía de juego ó entretenimiento, sino para recogerse á la soledad en ellas: comenzando en esto á dar muestra como el Señor la escogió por medio (como después sucedió) para renovar las antiguas ermitas de los ermitaños del Carmelo, que tantos años habían estado caídas por el suelo. En estos y otros sabrosos ejercicios, se entretuvo desde la edad de siete años hasta los doce, como ella dulcemente cuenta en su libro, por estas palabras: « Como veía los martirios que por Dios los santos pasaban, »parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y »deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo enten-

»diese tenerle, sino por gozar tan en breve de los bienes que  
 »leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á  
 »tratar qué medio habría para esto: concertábamos irnos á  
 »tierra de moros pidiendo por amor de Dios, para que allá  
 »nos descabezasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo  
 »en tan tierna edad, si viéramos algún medio: sino que el te-  
 »ner padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos  
 »mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria era para  
 »siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando eso, y  
 »gustábamos de decir muchas veces: Para siempre, siempre,  
 »siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor ser-  
 »vido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la  
 »verdad. De que ví que era imposible ir á donde me matasen  
 »por Dios, ordenábamos ser ermitaños; y en una huerta que  
 »había en casa procuramos cómo podíamos hacer ermitas,  
 »poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían: y así no  
 »hallábamos remedio en nada para nuestro deseo.»

En esta edad también le comenzó nuestro Señor á comuni-  
 car parte del espíritu y dón de oración que después tuvo,  
 porque muchos ratos en soledad se ocupaba en ella. Y como  
 entonces no tenía maestro alguno que la guiase, aprovechá-  
 base de una imagen que en su casa había, donde estaba pin-  
 tado Cristo nuestro Redentor, y la Samaritana, diciendo  
 aquellas palabras: *Domine, da mihi hanc aquam*. Estas la mo-  
 vieron tanto que sus continuos deseos eran por beber de esta  
 agua viva, y repetía muchas veces aquellas palabras: *Domine,  
 da mihi hanc aquam*. Y como nació con ella esta sed, así le  
 duró por toda la vida.

Estos que habemos contado fueron sus ejercicios siendo  
 niña, estos sus deseos; y debieron de ser bien de veras, pues  
 todos los vió después cumplidos; porque aunque no fué már-  
 tir de sangre y cuchillo, fué de espíritu, y los trabajos labra-  
 ron en ella la corona que en otros labra la espada. Fué des-  
 pués no sólo monja, sino ermitaña, pues verdaderamente los  
 monasterios que ella fundó, y del modo que en ellos vivió,  
 más fué de ermitaños que de monjas; y así dejaba todos sus  
 monasterios poblados de ermitas. Y entre los monasterios de  
 los religiosos, vemos hay casas de yermo, con aquella perfec-  
 ción, espíritu y penitencia que vivieron antiguamente los pa-  
 dres de Egipto y Palestina.

La agua viva de la contemplación, que ella con tantas ansias y sed pedía, le dió el Señor con tanta abundancia que muchas veces la embriagaba y sacaba de sí, y la levantaba sobre la tierra, como adelante contaremos más largamente.

Por estos pasos caminó todo este tiempo de su niñez, y así llegó á los doce años de su edad; y entonces se murió su madre, que era muy virtuosa y cristiana señora, quedando con solo su padre en su casa, acompañada de una hermana mayor y de otros hermanos; y en vez de ella tomó por madre á nuestra Señora, como ella cuenta, haciendo también memoria de otros ejercicios que en aquella edad tenía. «Hacía, dice, limosna como podía, y podía poco: procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo.» Y más abajo dice: «Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años poco menos; como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imagen de nuestra Señora, y supliquéla que fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado así.»

Hizo á tan buen tiempo y con tanta verdad esta oración, que desde entonces esta piadosísima señora la tomó por tan su hija que quiso que por su medio fuese su religión reformada y reducida á sus primeros originales, siendo instrumento la dichosa y bienaventurada Teresa de Jesús, para que el nombre de esta gloriosísima Señora fuese más extendido y conocido en el mundo, y se edificasen en él muchos monasterios, así de religiosos como de religiosas, en los cuales muchos varones y mujeres, renunciando el mundo, procuran servir á Dios con pureza de vida, y honrar á su madre con la imitación de sus virtudes, como en esta historia iremos contando.

---





### CAPÍTULO III

Cómo se fueron perdiendo estas virtudes y buenos principios, y cómo el Señor sacó á esta santa virgen de los peligros en que andaba

**C**RECIENDO en la edad, crecía también la bienaventurada madre Teresa de Jesús en las virtudes y gracias naturales, descubriendo más cada día su natural gracioso, amoroso y prudente, lo cual la hacía señalada y amable entre todas, llevando tras de sí con amor y admiración los ojos de quien la miraba. Mas como no haya virtud que no tenga algún vicio que le parezca, ni cosa tan acertada que no pueda ser de inconveniente por alguna parte ó respecto, y como los grandes bienes de ordinario estén ocasionados á grandes males, comenzó el demonio á tener envidia y pesar de tan buenos principios, y de tantos dones naturales y sobrenaturales que en ella conocía. Y sospechando el daño que á él le podría venir, si adelante pasaban, y cuán aparejada era esta santa para hacerle guerra, determinó de comenzar él primero induciéndola á usar mal de ellos. Porque si bien las gracias y buen natural ayudado de la razón es gran parte para todo lo que es virtud y provecho de quien las tiene, por el contrario, cuando falta esta guía, y carece el alma de este freno, y cuando con las nubes de las pasiones se oscurece la lumbre de la

razón, suele ser instrumento para mayores daños. Así como el caballo ciego, cuanto con más ligereza corre, tanto es mayor su peligro, y cuanto la tierra es mejor, si no es cultivada, arroja con más fuerza las malas hierbas, pasó lo mismo á esta santa, la cual como en esta edad tuviese ya más vigor en la razón, viéndose querida de muchos, comenzó ella también á querer; y como era discreta y apacible, arrojóse á no gustar de estar escondida, y comenzó á abrir los ojos al mundo, y tomar sabor de lo que en él se estima por algo, y á preciarse del aderezo y galas de mozas, y de la curiosidad en ello con alguna demasía y exceso.

En lo cual le ayudó mucho, ó por mejor decir, le dañó la lección de algunos libros profanos á que le inclinó su natural ingenio, de que dice en su vida, y de otras vanidades suyas, estas palabras: «Yo comencé á quedarme en costumbre de leer libros de caballerías, y aquella pequeña falta que en ella ví (*Vida*, cap. II) (porque va tratando de su madre, de la cual tomó el leer estos libros) me comenzó á enfriar los deseos y fué causa que comenzase á faltar en lo demás. Y parecíame que no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí.»

Con estos principios, comenzó poco á poco á resfriarse en aquellos primeros fervores, y á escurecerse aquella centella de la gracia recién nacida, y casi mudarse el corazón que antes estaba abrasado en Dios, en la vanidad que amaba. Tanto es el daño que causa la lección de vanos libros, que aunque el leerlos de suyo no sea pecado, suele ser empero principio y origen de muchos. De aquí nació el deseo del afeite y vana curiosidad de ver y ser vista, y comenzó á desmoronarse poco á poco el edificio, dando á este principio cosas que á su parecer eran pequeñas, y no claramente pecado; porque el espíritu de Dios y la familiaridad y amistad suya, aunque no se pierde si no es con culpas mortales, estrágase y entíbiase grandemente con muchos veniales; y cuando un alma á los

principios no las ataja con los remedios y medicina que Cristo enseña, fácilmente y casi sin sentir se halla metida en peligro de otras mayores.

Así acaeció en aquellos primeros años á nuestra santa, porque de la lección de los libros, y de la vanidad que de ellos había concebido, brotó la demasía y desconcierto de las galas y aderezos curiosos; y de aquí fué desbarrando á gustar de la buena conversación y trato de algunos deudos suyos, holgando de sustentarles pláticas, y oír sucesos de sus aficiones: de donde se fué ensayando su alma á lo que oía y trataba, y comenzó á amar y procurar lo mismo que la destruía; y lo que más en esta parte le dañó, fué la compañía y conversación de una doncella deuda suya no muy asentada. Á ésta se aficionó demasíadamente; con ella eran sus pláticas y pasatiempos, y ésta daba parte á la que aún no había comenzado á abrir los ojos al mundo, de sus conversaciones y vanidades. Con este vaso procuró el demonio darle á beber el veneno de la afición á cosas del mundo, que aunque parece sabrosa, suele á muchos causar la muerte. Fué así que de tal manera mudó esta conversación su alma, que de tal natural y espíritu tan bueno apenas dejó señal, porque la amiga (ó por mejor decir enemiga) imprimía, como en blanda cera, sus condiciones y gustos.

De esto se queja bien y lamenta la santa virgen en su libro, y como escarmentada en cabeza propia, desea que se entienda el gran daño que hace la amistad y compañía cuando no es buena; que si un mal libro (que es un compañero muerto) suele causar tanto estrago en una persona, ¿cuanto más se puede temer un amigo desconcertado y vano? Porque con la amistad se asemejan las costumbres, y antes se pegan los siniestros y aviesos que las virtudes y ejemplos de los amigos; y más cuando el alma está tierna, y es el natural blando y apacible, cual era el de nuestra santa; y así, desde que comenzó á tratar con esta doncella, que era algo distraída, se le imprimieron algunos rastros de su condición y de su estilo.

✓ Pero el Señor, que la tenía escogida para engrandecer su gloria, y que la había labrado con tan perfectas labores desde sus primeros años para ser fundamento de tan grande edificio, no permitió que el enemigo, ya que se había comenzado á enseñorear de su alma, que casi le faltaba poco para ser

suya, se apoderase del todo de ella; antes le sacó luego la presa de las manos, porque en estos entretenimientos y vanidades no perseveró más de tres meses, como abajo diremos. Y en todo este tiempo se puede tener por cierto que no la dejó el Señor de su mano, para que cayese del todo en pecado mortal; porque en medio de estos pasatiempos y conversaciones le puso dos guardas, que no le daban lugar á que se arrojase ó perdiese. La una y más principal fué un natural aborrecimiento que siempre tuvo á toda deshonestidad y torpeza. La segunda un temor grande de perder su honra. Con estas dos riendas la tuvo aquel benignísimo Padre de misericordia para que no cayese. Lo uno y lo otro confiesa la santa ser así, por estas palabras (*Vida*, c. II): «El temor de la honra tuvo fuerza para no la perder, ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él que á esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecía está la honra del mundo. En querer ésta vanamente, tenía extremo.» Y más abajo en el mismo capítulo dice: «Nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación. Mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro. De los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese.» Con las cuales palabras muestra claramente cuán lejos estaba de culpa grave.

---



## CAPÍTULO IV

Del camino por donde el Señor sacó á su sierva de estos peligros, y vino á ser monja de Nuestra Señora del Carmen

**D**URARON estas conversaciones, que tanto le habían entibiado y mudado el espíritu, solos tres meses, siendo ya la santa de edad de catorce años. Mas como nunca se asienta lo que no ha de durar, y lo que dice con la hechura del alma y buen natural, aunque en ello nos ensayemos, se cae, fué así, que esta alma que tenía Dios sellada para sí, en cuyo secreto seno tenía al espíritu del cielo, que hacía las partes de Dios, en breve tiempo venció aquella pequeña niebla que de la nueva vista del mundo y de sus cosas nacía. Y como le acaece al sol cuando amanece, que por ser entonces pequeño el calor de sus rayos no puede gastar ni deshacer las nieblas de la mañana, hasta que después subiendo en el cielo, y enviándolos de allí con mayor fuerza, hiriendo en la niebla la vence; así en esta santa, al amanecer de la luz, cuando la razón estaba tierna y no experimentada, no pudo deshacer las nieblas de la apariencia de las cosas del mundo, que se le pusieron delante, hasta que creciendo más, y so-

plando el viento del Espíritu Santo, las deshizo y rompió todas, como ahora diremos.

Había ya más de dos años que su madre era muerta, cuando ella andaba más metida en estos pasatiempos. Lo cual, como lo entendiese su padre, como era tan recatado, comenzó á descontentarse de las conversaciones y trato que en su hija veía: y aunque la amaba tiernamente, y la apartaba con mucha pena de sí, pospuso su gusto al bien y provecho de ella. Encerróla en un monasterio de aquella ciudad muy recogido, que se llama Nuestra Señora de Gracia, de monjas de la orden del glorioso padre san Agustín, religiosas mucho, así en la opinión como en la verdad. Criábanse en aquel monasterio otras doncellas seglares y nobles; y como una de ellas entró también allí la santa madre, guiándola Dios maravillosamente, que saca siempre de los males bienes, y trae los suyos á sí, por desusados y no conocidos caminos. Así hizo en este caso, porque el entibiarse en los buenos deseos, y el decir de ellos (que parece que era camino para apartarla más de Dios), fué por orden suya el atajo, para llegarse á él con más brevedad; porque en casa de su padre, con el amor de él, con la familiaridad de los seglares parientes, y con el trato de las amigas, nunca concibiera el deseo grande de religión que tuvo en este monasterio que he dicho; porque aquí, aunque los primeros días sintió sinsabor y disgusto, porque el hábito de vanidad, y deseos de visitas, atavíos y galas, de que se había comenzado á vestir, no decía bien con aquella secreta y religiosa vida, pero como esto era postizo, y aun no bien tramado, cayóse presto; y quedó desde entonces libre, y desnuda de él su buena compostura y natural. Érale muy conforme y muy hecho á su gusto todo lo que en aquella casa veía, y así en breve tiempo comenzó á gustar mucho de ella. Aquí fué el primer golpe con que el Señor la despertó y tornó á sí. Y porque todo su daño le había venido por malas compañías, quiso que por una buena, de una gran sierva de Dios que en aquel monasterio entre otras había, le viniese todo su bien. Era esta una religiosa á cuyo cargo entraban las doncellas seglares.

Por este medio el espíritu de Dios, que en su corazón se escondía, aprovechándose de la oración, comenzó á desnudarle y abrirle los ojos, y á resucitar en ella aquellos buenos y pri-

meros deseos. Iba de día en día, con las palabras santas de esta religiosa, el buen espíritu echando raíces en su alma, y el que antes estaba como caído y rendido, ya se levantaba y reinaba en su corazón, y hacía rostro y guerra á lo que el sentido y la vida seglar pedía; y la hacía concebir en sí deseos de abrazar el estado de la vida religiosa, que en las otras veía. Con esta determinación, sentía dentro de sí una reñida y sangrienta pelea; porque el espíritu la pedía ser monja, y la llamaba y estimulaba á renunciar todas las cosas del mundo, poniendo delante los muchos lazos y peligros de ellas; y el sentido le contradecía y apartaba de esto. Decíale que en la vida de los casados serviría muy bien á Dios, y representábase muchas comodidades en él, y así peleaban en su pecho como en estacada estos guerreros. Pero con los buenos ejemplos que delante tenía, y con la gran fuerza del espíritu, prevalecían más los buenos deseos; y así trató muy de veras consigo misma de mudar de vida, y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto más cierto y más seguro que hasta allí, y destejer la tela que había tejido la vanidad y engaños del mundo. Comenzó á aficionarse al estado de religiosa y á parecerle bien sus ejercicios; y la que antes, cuando estaba metida en sus vanidades, aborrecía ser monja, ya comenzaba á poner sus pensamientos en los bienes eternos, y á tomar nuevas devociones y ejercicios santos, con los cuales se iba mejorando y agradando de aquel estado.

Estuvo en este monasterio año y medio con gran gusto suyo, y con general contentamiento de todas, porque era de condición muy amable. Al cabo de este tiempo enfermó gravemente, y así fué forzoso salir de él á curarse. Llevóla su padre primero á su casa, y estando ya con mejoría, á una aldea á donde vivía su hermana mayor doña María de Cepeda, y la amaba muy tiernamente. Y pasando por un pueblo que se llama Hortigosa, donde vivía un hermano de su padre, que se decía Pedro Sánchez de Cepeda (hombre viudo, muy cristiano y virtuoso, y por esta causa vivía retirado, que parece le tenía el Señor puesto en el paso para por su medio encenderla más en sus buenos deseos, y traer á perfección lo que él labraba en ella, y el demonio impedía), detúvose allí con él algunos días: en que con sus palabras, que ordinariamente eran de Dios, y las de los libros santos, que le hacía

leer, iba asentando en su alma un desprecio de la vanidad de este siglo, y á determinarse á ser religiosa, venciendo muchas contradicciones que el sentido y demonio le hacían.

En esto estuvo consigo mesma, como en batalla, tres meses, que aún no había bastado la primera que en el monasterio de Gracia había tenido para quedar con entera resolución de ser monja; hasta que en ese tiempo, después de muchas razones que consigo hacía, leyó en las epístolas de san Jerónimo, y le ayudaron de suerte que tomó la postrera resolución de serlo. Tratólo con su padre, y hallando en él más contradicción de lo que ella quisiera, buscó terceros que le persuadiesen lo mismo: mas el amor que la tenía no le consintió apartarla de sí. Pero ella, que tenía ya experiencia de cuán poco debía fiar de sí, y luz de lo que era el mundo, y cuán presto se acaban sus gustos, y cuán engañosos son los bienes que promete; como para todo lo que emprendía tenía gran ánimo, resolvióse en seguir el consejo de san Jerónimo, y caminar á Cristo; y si menester fuese, hollar al padre si lo impedía; que este poder tiene el espíritu que Dios enciende en las almas, que así como no sufre dilación ni tardanza, menos repara en estorbos ni dificultades; por todo rompe, todo lo huella, y le es todo fácil, porque es espíritu de caridad y de amor. Pues, con esta resolución, aguardó coyuntura y venida sin dar cuenta á nadie, mas de á Antonio de Ahumada su hermano; guiada y acompañada de él, y llevada de Dios, se fué al monasterio de la Encarnación de Avila, y tomó el hábito en él.

Es este monasterio de la orden de Nuestra Señora del Carmen, y de los principales de aquella ciudad por su antigüedad y por el número de religiosas que tiene. Y á lo que se puede entender, es un monasterio á quien nuestro Señor ama con un amor particular y grande; pues entre todos lo quiso honrar y enriquecer con una joya tan preciosa y rica. Inclínose más la santa á este monasterio que á otro, porque tenía en él una grande amiga suya, que se llamaba Juana Suárez, á la cual aprovechó harto en esta amistad, como adelante diremos. Cuanto fué de su parte de la bienaventurada madre, nació esta elección, no más que de un amor natural que tenía á estas religiosas: mas de parte de Dios, fué con maravilloso consejo y traza, ordenado al bien, aumento y reformación de

esta santa religión, la cual determinaba hacer por medio de esta su sierva.

No tenía cumplidos veinte años cuando tomó el hábito año de 1533, y fué este dichoso día el segundo de noviembre; que la Iglesia tiene dedicado para rogar por las ánimas de los difuntos, y no careció de misterio que fuese este día, como significando Dios el bien de infinitas que nacería de aqueste hecho.

Salió de casa de su padre con gran contradicción de su alma, y con un sentimiento tan extraño que le parecía que era poco menos que arrancársele del cuerpo, porque sentía que cada hueso se le apartaba de por sí, que como no había mucho amor ni espíritu de Dios que quitase el amor de padre y parientes, era todo esto haciéndose una fuerza tan grande, que si el Señor no la ayudara no bastaran sus consideraciones para ir adelante. Aquí le dió ánimo contra sí, hasta que puso por obra sus deseos. Con toda esta contradicción de su carne llegó al monasterio con semblante tan sosegado y grave, que nadie pudo entender el trabajo que le costaba. Y con gran determinación suya, y gusto de las demás religiosas, que en ella veían muestra en parte de lo que adelante había de ser, recibió el hábito de Nuestra Señora del Carmen, con el aprovechamiento suyo y de tantas almas, como adelante diremos.

---





## CAPÍTULO V

Cómo la santa virgen Teresa de Jesús comenzó con grande espíritu los ejercicios de la religión, y habiendo enfermado salió fuera del monasterio á curarse

**E**L Señor, que no está esperando sino nuestra determinación (mediante su divina gracia), para cosas de su servicio, y más cuando son dificultosas, para mostrar de su parte en nosotros su bondad y misericordia, en tomando el hábito la bienaventurada madre Teresa de Jesús, luego la dió á entender cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, porque á la hora le dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás le faltó en su vida. Mudó la sequedad que antes tenía en su alma en grandísima ternura: allanó los montes de dificultades que antes se le ponían delante, y púsosele deleite y gusto en todas las cosas de religión; y en ver que estaba ya libre de las vanidades pasadas, no cabía dentro de sí de contento y placer. Fué tan grande el placer que á estos principios sintió de Dios, por haberse ella determinado á vencer la contradicción que tenía con el estado de monja, que jamás lo pudo olvidar en toda su vida: antes con la experiencia de lo que aquí la había ayudado el Señor, quedó con gran ánimo para emprender allí adelante

cosas de su servicio, por grandes y dificultosas que fuesen. Tratando ella de esta dificultad que al principio sintió, y cómo la facilitó después nuestro Señor, dice estas palabras en el libro de su vida, que son harto dignas de consideración. «Cuando de esto me acuerdo (cap. IV), no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas que si me ayudó al principio á determinarme á hacerlo (que siendo sólo por Dios, hasta comenzarle quiere, para que más merezcamos que el alma sienta aquel espanto; y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se le hace después) en esta vida lo paga su Majestad por unas vías, que sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por experiencia como he dicho en muchas cosas harto graves. Y así jamás aconsejaría (si fuera persona que hubiera de dar parecer), que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo: sea bendito para siempre.»

Pasó el año del noviciado, algo falta de salud, pero amada de todas: porque además de la gracia natural que tenía, que era para todas de condición apacible, éranle también como naturales muchas de las virtudes que servían para conservar la paz en común, que suele ser para vivir en los monasterios con consuelo, de mucha importancia. No murmuraba de nadie; ni consentía que delante de ella se murmurase; de todo sentía bien. Era humilde, y por la misma razón libre de traer competencias; discreta en su habla, y conversable para con sus compañeras; y como guardaba cuanto era en sí la honra de todas, así todas la apreciaban y honraban á ella.

En los ejercicios de religión y humildad no se descuidaba, porque luego, como la que se veía en el puerto, comenzó á mirar desde lo alto todos los peligros pasados. Consideraba los había tenido en el mundo, y las misericordias que el Señor le había hecho en sacarla de él, y deshacíase en lágrimas, agradeciendo lo uno y doliéndose de lo otro. Todo este año empleó en llorar amargamente sus pecados, y hacer penitencia de ellos, afligiendo su cuerpo más que su complexión pedía, con algunas penitencias y asperezas. Fueron tan continuos sus gemidos, que alcanzó del Señor entonces dón de lágr-

mas, el cual le duró por toda su vida. Ejercitábase también en obras exteriores de humildad. Y como para llorar sus pecados y tratar con Dios tenía necesidad de soledad, y se recogía muy de ordinario á ella, comenzaron las demás á notarla ó de singular ó descontenta. Y aunque parece que ella (como la que estaba tan en los principios) lo sentía, por verse murmurar en esto, y culpar en otras cosas que no tenía culpa; pero al fin callaba y sufría; y la suavidad que hallaba en la soledad, y el contento del estado que tenía, vencían estas penas.

Ocupábase en los oficios más humildes y bajos, porque aun los que en semejantes monasterios no se usan, ella los procuraba, como en su vida confiesa, por estas palabras: «Dábanme »deleite todas las cosas de la religión; y es verdad que andaba »algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi »regalo y gala: y acordándoseme que estaba libre de aquello, »me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía »entender por dónde venía.» Y la que barría sin obligación, es bien cierto que en otros ejercicios de oración, coro, humildad y penitencia, no sería descuidada. Así pasó con alguna falta de salud el año del noviciado, ocupada en éstas y otras devociones; y venido su tiempo profesó, y ofreció con los votos de la religión su corazón á Dios, que como pareció después le fué gratisima ofrenda. Pero aun en este tiempo no había cesado el enemigo de hacerle guerra; que con haber visto el gran fervor y contento que había tenido en el noviciado, y el gusto que sentía con todo lo que era religión, la afición á los santos y devotos ejercicios, esto que había de ser parte para desmayarle le incitó más, y provocó á nueva batalla, porque veía que con la profesión quedaba hecha esposa del rey celestial, y con eso le parecía se cerraba la puerta á sus designios é intentos. Que así como mientras la doncella está en casa de su padre por casar (si es tal) tiene muchos que la pretenden y solicitan, y en desposándose con alguno cesan los cuidados de los otros, así parece que andaban Dios y el demonio, solicitando el alma de esta bienaventurada. Y como era la pieza tal, eran de la una y de la otra parte muchas las ofertas y ruestras de amor. Pues viendo ya el demonio que se determinaba á escoger por esposo á Jesucristo, comenzó entonces á hacer mayores diligencias, y echar el resto de su poderío para impedir este desposorio; pero aprovechóle poco,

porque la santa tenía ya prendas de su esposo, y ella se las había dado de su parte, y había comenzado á gustar la suavidad de su conversación y trato. Y así hizo su profesión, y por ella se desposó con Cristo, con gran determinación y contento, y fué siempre creciendo en él por todo el espacio de su vida, al mismo paso que en las demás mercedes y favores que el Señor la hacía.

Con tan buenos principios y alegres victorias como había tenido del enemigo y de su misma carne, en la entrada de la religión y profesión de ella, procedía la santa en su estado, creciendo cada día más en virtud y en amor de aquel Señor que con tan poderosa mano la había sacado de la vanidad y tinieblas de este mundo. Poco después de profesa faltóle más la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó para que la mudanza de la vida y de los manjares, la aspereza y penitencia con que trataba su cuerpo (que era muy grande) no la hiciese mucho daño. Comenzáronle á dar y á crecer unos desmayos y un grande mal de corazón, y otras muchas enfermedades, tan pesadas y graves que del todo la privaban del sentido. Era la diligencia que traía su padre igual al amor grande que la tenía, y éste la hacía buscar con cuidado el remedio para su mal. Y no bastando los médicos de Ávila para curarla, la sacó del monasterio (porque en él no se profesaba clausura) en compañía de aquella monja amiga suya que se llamaba Juana Suárez. Procuró llevarla á un lugar que se llama Becedas, donde había una mujer que curaba muchas enfermedades, y se esperaba que haría lo mismo en la suya. Estuvo esta vez un año fuera del monasterio: salió de él al principio del invierno, y habiéndose de comenzar la cura á la entrada del verano, por todo este tiempo se detuvo en un lugar que estaba en el camino llamado Castellanos de la Cañada, en casa de doña María de Cepeda su hermana, que la amaba mucho.

Cuando iba á curarse, pasó por un lugar donde estaba un tío suyo, que (como arriba dijimos) era el que antes que tomase el hábito la había tenido en su casa, y ensayado en los buenos deseos de monja. Este la tuvo también ahora en ella; que no parece sino que le tenía Dios puesto en medio del camino, como en espera, para cazarla por su medio para sí. Dióle un libro llamado Tercera parte del Abecedario de Osuna,

que enseña un modo de oración que llaman de recogimiento y quietud. Holgóse mucho con este libro; y habiendo leído el camino de oración que allí se enseña, determinó de seguirlo con todas sus fuerzas y disponerse para alcanzarlo.

Hábale ya dado el Señor dón de lágrimas, y preparado con ellas el camino de la vía purgativa, que es el primero y más necesario para los que comienzan (porque hasta llorar los pecados, y hacer penitencia de ellos, en vano trabaja el que trata de oración), y con las demás ayudas con que comenzó, que fueron soledad y frecuencia de los sacramentos (porque para hacer mucha penitencia, no daban lugar sus muchas enfermedades) caminó por los pasos y reglas que el libro enseñaba, y tomándole en todo por maestro, comenzó á procurar lo más que podía traer á Jesucristo nuestro bien y Señor presente dentro de su alma, y á fijarle de tal suerte en su corazón, que siempre le representaba en cualquier paso de su pasión dentro de sí. Y entrándose con él, olvidada de todas las demás cosas, le hablaba y miraba amorosa y tiernamente, que esto es lo que la mística teología llama oración de recogimiento.

Fueron los principios de su oración mirar la vida de Cristo, sus virtudes, y el amor que nos tuvo, porque para discurrir y obrar con el entendimiento no se acomodaba tanto; y así se aprovechaba de ordinario de los buenos libros, que es gran ayuda, y una de las más importantes de cuantas los santos escriben, para tener oración y conservarse en ella. Así tomó Dios este libro por instrumento de sus misericordias, y con su doctrina y otras ayudas que el Señor le daba, se dispuso de suerte que desde entonces comenzó su Majestad á hacerle tantas mercedes en estos tiempos, que en nueve meses que estuvo en aquella soledad, le había dado oración de quietud (*Vida*, cap. IV); y algunas veces llegaba á lo más alto y perfecto de la contemplación, que es la unión ó transformación del alma en su Dios: aunque no con tanta plenitud y perfección como después la tuvo.

Con estas mercedes se determinó más de veras á poner el mundo debajo de los pies, y hacer de él el caso que merece. Tenía gran lástima á los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas, y no era mucho desestimase la bajeza y poquedad de él la que comenzaba ya á descubrir la grandeza de Dios. Aquí

fué donde se renovó su espíritu, y se juntó con un encendido y abrasado amor con su Esposo. Y aunque eran tantos los regalos y misericordias de Dios, y tan alta la oración con que regalaba á su esposa, no era eso tan de continuo que muchos ratos no la privase de tanta suavidad y regalo, y la visitase hartas veces con grandes sequedades y ausencias suyas; que como le había quitado el poder discurrir con el entendimiento, y no era entonces tan ordinaria aquella presencia de Dios, como después la tuvo, acaecía verse seca y sin jugo. Para esto le servían los libros, porque en leyendo en ello despertaba luego su alma, y se recogía en oración; y en faltando el libro, era luego desbaratado de la imaginación, y varios pensamientos que le daban guerra. Estuvo en esta aldea, ocupada en estos ejercicios nueve meses, como habemos dicho, padeciendo sus continuas enfermedades y desmayos, en el mesmo ser que antes.

---



## CAPÍTULO VI

Cómo en la cura crecieron las enfermedades de la santa virgen, y por su medio sacó Dios á un sacerdote de pecado. Y cómo habiendo vuelto á su monasterio tuvo una visión maravillosa de todo lo que después había de pasar por ella.

**V**ENIDA la primavera, que era el tiempo que se estaba aguardando para su cura, lleváronla á Becedas su padre y hermana, y aquella monja su amiga, que había salido juntamente con ella del monasterio. Estuvo en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué muy recia, y más larga de lo que pedía su complexión, de suerte que al cabo de este tiempo estaba mucho más enferma de lo que había venido, porque la virtud natural le iba faltando, y estaba ya casi del todo estragada; el apetito del comer tan postrado, que no podía pasar cosa, si no era bebida; la calentura era ardiente y continua; las purgas tan ordinarias, que casi en un mes le había dado cada día la suya. Con estos males estaba ya tan acabada, que se comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan insoportables, que de día ni de noche ningún alivio podía tener. Con ser tan recios estos dolores, se juntaba el ser continuos, sin intervalo alguno; y tan esparcidos por todo el cuerpo, que sin dejar miembro ni par-

te de él le apretaban en un ser desde los pies hasta la cabeza. Y como todos los nervios se le encogían, parecía imposible que un sujeto tan flaco pudiese sufrir tantos y tan extremados dolores. Allegábase á esto el estar ya ética, que aunque no era lo que más dolía, no era lo que enflaquecía menos. Todos estos males, aunque eran en el cuerpo principalmente, pero afligían y agravaban también el alma con una muy profunda y pesada tristeza.

Esta fué la ganancia de la cura; pero aunque no la hubo de esto, fueron grandes las que Dios sacó de estas enfermedades. Es cosa maravillosa considerar los bienes que Dios sacó de estos males; porque lo primero fué particular providencia suya, que con estos quiso poner freno á su edad, y demás de esto fueron causa de que comenzase á tener trato interior con Dios; pues, como habemos dicho, un tío suyo la puso en que tuviese oración, y le dió libros que le fuesen guía, y enseñasen el camino de ella; también fueron causa de que por este medio se ganase el alma de un clérigo que residía en aquel lugar donde ella se curaba, que la tenía muy perdida y estragada con el trato y conversación de una mujer de aquel mismo lugar. Y era cosa tan pública que tenía perdida la honra y la fama, y (lo que peor es) le tenía hechizado esta mujer. Este se aficionó en extremo á la santa virgen, porque como era tan niña y él veía en ella tantas virtudes y trato con Dios, le causaba juntamente amor y confusión. Con la voluntad que le tenía le declaró su perdición; y dolíase tanto la santa de ver aquel sacerdote tan ciego y perdido, que tomó su negocio tan á pechos que hasta verlo concluído no descansó. Comenzó luego á rogar á nuestro Señor con grande instancia por su alma, y á tratarle de Dios, y agravarle el estado en que estaba; y dióse tan buena maña que le vino á sacar la prenda ó idolillo donde estaban los hechizos, el cual la santa echó en un río, y luego comenzó el sacerdote (como quien despierta de un gran sueño) á volver sobre sí, y á acordarse de todo lo que había hecho en aquellos años: espantábase de sí, y doliéndose de su perdición comenzó á aborrecer la mujer, y con gran determinación la dejó del todo: no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle hecho esta merced, por medio de esta gloriosa santa. Murió á cabo de un año, y fué este medio de su salvación, como la misma madre cuenta en su

libro (cap. V). Este fué el primer fruto que en toda su vida ofreció esta virgen á Dios, porque fué la primera persona que por su medio se salvó.

Hubo otra ganancia en estas enfermedades, que fué ejercitar el Señor en paciencia á su sierva. Que según fué recia la cura, los accidentes que de ella quedaron terribles, prolijos los remedios y la convalecencia larga, fué cosa señalada lo que padeció, y la igualdad de ánimo con que lo padecía. Que como los que bien edifican, á la proporción del edificio que levantan, ahondan siempre y hacen fuerte el cimiento, así Dios, porque levantaba en esta alma santa un soberano edificio, los cimientos, que son de paciencia y humildad, quiso que fuesen grandísimos. Y así lo hizo como vamos diciendo, porque en medio de estos dolores todas sus pláticas eran con Dios, y traía muy de ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, decíalas muchas veces: *Pues los bienes recibimos de mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?* Con estos y con la presencia de su esposo se animaba y esforzaba á sufrir todas sus enfermedades, que, como habemos dicho, fueron muchas y graves, y en medio de tantos dolores (en los cuales el alma más entera y fuerte suele estar partida y llena del dolor de cada miembro, porque el cuerpo que se corrompe agrava y tiraniza el alma) estaba la bienaventurada despedazada con dolores en el cuerpo, y el alma toda junta, serena y fija en el cielo. Pedía descanso el cuerpo tan fatigado, y deseaba algún intervalo en tan agudos tormentos, pero el espíritu no se cansaba ni desfallecía con ellos. Y donde muchos suelen perder la virtud y oración (si alguna tienen) que es en las enfermedades, allí se aficionó y perfeccionó más la suya.

Tres meses estuvo en el aldea, y en ellos se le aprovechó muy poco la cura, si no es para los fines que habemos dicho; antes con los remedios se le aumentaron sus enfermedades, pues al fin de tantas medicinas la que se había ido á curar con desmayos paró en consumida y tullida y en otras graves enfermedades que hemos contado; y así volvió á Ávila á casa de su padre muy más enferma que había salido. No cesó su padre de juntar médicos, ni menos de apretarla más Dios con la enfermedad. Ellos la desahuciaron; pero importa poco, que no era llegado el término que Dios le tenía señalado: no

se habían comenzado aún á obrar las maravillas para que la tenía escogida.

Estando en lo más recio de la enfermedad, el día de nuestra Señora de Agosto en la noche (que hasta entonces desde Abril había sido mayor el tormento) dióle un gran paroxismo, y tan largo, que estuvo cuatro días sin sentido y como muerta. Diéronle el sacramento de la unción, decíanla el Credo, y estaba la sepultura abierta en su monasterio de la Encarnación, y las monjas esperando el cuerpo para enterrarle, y aun hechas las honras en su monasterio de religiosos de la orden, fuera de Ávila. Ésta estaba al parecer tan muerta, que la hubieran enterrado si su padre no lo estorbara muchas veces, porque conocía mucho de pulso y no podía creer que estuviese muerta. Y cuando le decían la enterrase, respondía: Esta hija no es para enterrar. Al cabo de estos cuatro días volvió en su sentido y hallóse con la cera en los ojos, y los de su padre y hermanos llenos de lágrimas, que la lloraban ya como muerta. Y comenzó á decir que para qué la habían llamado, que estaba en el cielo, y que su padre y otra monja de la Encarnación, amiga suya, llamada Juana Suárez, se habían de salvar por su medio, y vió también los monasterios que había de fundar y lo que había de hacer en la orden, y cuantas almas se habían de salvar por ella, y que había de morir santa, y en su sepulcro se había de poner un paño de brocado.

Y aunque es verdad que siempre que de esto se hablaba después decía la madre que eran disparates y frenesí, y había gran vergüenza de haber dicho en público lo que había visto; pero los efectos que después se siguieron mostraron bien que esta visión no fué sueño ni antojo, sino merced de Dios y revelación suya, y así lo sentía también la santa, aunque por disimular solía decir que habían sido disparates. Pero su confesor, que era el doctísimo padre fray Domingo Báñez, de la orden del glorioso santo Domingo, y catedrático de Prima de Salamanca, predicando en el colegio de Carmelitas descalzos de ella el año de 1587, dijo que cuando estuvo apretada con aquel paroxismo había visto el infierno; y sé yo de cierto vió las demás cosas; y basta para confirmación de esta extraña visión el suceso de ellas, el que da cierto testimonio de la verdad como adelante veremos. Lo que la santa hizo en vol-

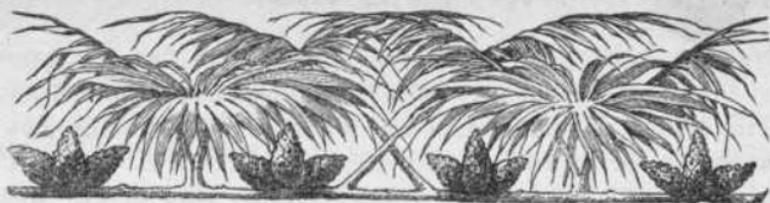
viendo en sí fué confesarse lo mejor que pudo, y comulgar con harta devoción y lágrimas.

Quedó de estos cuatro días de paroxismo de manera que como ella cuenta: « Sólo el Señor podía saber los incomportables tormentos que padecía. La lengua hecha pedazos de »mordida, la garganta de no haber pasado nada, y de la gran »flaqueza que me ahogaba, que aun agua no podía pasar. »Toda parecía estaba descoyuntada, y con grandísimo des- »atino de cabeza. Toda encogida y hecha un ovillo; porque »en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme me- »near, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estu- »viera muerta: de suerte que sólo un solo dedo de la mano »derecha podía menear. Pues llegar á mí no había cómo, por- »que toda estaba tan lastimada que no lo podía sufrir. En una »sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban: esto »fué hasta la Pascua Florida.» De suerte que desde Agosto hasta la Pascua, dice sufrió estas enfermedades y dolores en el punto y fuerza que habemos contado. Mitigáronse aquellos dolores tan agudos y tan continuos, y luego dió gran priesa la volviesen á su monasterio. Á la que esperaban muerta recibieron con alma, pero, como decía ella, «el cuerpo peor que »muerto (*Vida*, cap. VI), y el extremo de flaqueza tal que no »se puede decir; y el estar tullida, aunque iba mejorando, »por espacio de tres años.» De esta manera estuvo estos tres años en su monasterio sin poderse mandar, hecha un ejemplo de humildad y paciencia. Dice ella de sí que pasó todos estos trabajos con gran conformidad y alegría, y que todo se le hacía nada, y estaba muy conforme con la voluntad de Dios, que á no venir de mano de Su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento, y si algunas veces deseaba salud era para estar á solas en oración con Dios, porque en la enfermería no había aparejo para esto, y así era su continua ansia por soledad, en la cual había comenzado á gustar de Dios, porque como Su Majestad la tenía ordenada para bienes tan grandes, luego que comenzó á retirarse con él y mirarse dentro de sí y hablarle en su corazón á solas, le comenzó él á hacer regalos tan grandes, que no se podía de ellos olvidar; y sin duda es así, que el alma, que hablando secretamente con Dios, ha sabido y gustado de su blandura y dulzor, vive siempre que no le habla y conversa, como vio-

lentada y peregrina en la tierra. Así la santa madre, que había comenzado á gustar de los amorosos abrazos de Dios, sentía en medio de sus dolores y entorpecimiento de miembros, no los dolores, sino el estorbo de la enfermería, y el desasosiego y publicidad que en ella había, porque la impedían el secreto y sosiego que es muy necesario para recoger el espíritu. Mas como en esto no buscaba á sí, sino á Dios, también le resignaba su voluntad y gusto, y se contentaba con que Dios hiciese en ella el suyo por cualquier manera que Su Majestad fuese servido.

En el tiempo de estas enfermedades gustaba mucho de hablar de cosas de Dios, mas que de otra cualquier conversacion; y los ratos que sus dolores le daban lugar, ocupaba en leer buenos libros. Andaba con gran temor de ofender á nuestro Señor; y si alguna vez le ofendía, aunque fuese livianamente, iba con tanta confusión á la oración, que apenas osaba ponerse delante de nuestro Señor; porque temía el gravísimo peso que hacía á su alma, y el gran tormento que le daba, acordándose de los regalos que de él recibía en la oración, y viendo cuán mal pagaba lo mucho que le debía, no lo podía sufrir. Tanto, que de las mismas lágrimas que por sus culpas entonces derramaba, en cuanto eran nuevo beneficio de parte de Dios, le era acrecentamiento de pena, considerando su ingratitude y pecado. Ya era en este tiempo la santa de edad de veintitrés años, y tenía cinco de religión, y con tanto fruto y trabajos como habemos visto.

---



## CAPÍTULO VII

Cómo el Señor sanó á la santa madre Teresa de Jesús por la intercesión del glorioso san José, y cómo volvió á entibiarse su alma en los ejercicios de oración; y se le apareció nuestro Señor atado á la columna, procurando apartarla de una vana conversación.

**A**UNQUE todos los caminos de Dios son seguros, pero no son unos mismos por los que lleva y encamina á sus santos. Lo ordinario suelen ser los principios de grandes llantos, grandes rigores y penitencias; y por aquí sabemos ha caminado el mayor número de los que ahora reinan en el cielo. Porque el castigar el cuerpo es necesario para sujetarlo al espíritu, para satisfacer por los pecados, para conservar y acrecentar la gracia, y para alcanzar de Dios lo que pedimos: y es cierto que el que por esta puerta no entra no va por el camino real, por donde los santos han caminado, que es el mal tratamiento y odio de su propia carne; pero otras veces el Señor toma la mano, y como más experimentado y entendido maestro labra con mejores labores las piedras que ha de asentar en el edificio de su Iglesia y en la ciudad celestial de Jerusalén. Estas suelen ser dolores y enfermedades corporales, que cuando son graves y los dolores agudos y se reciben de parte del enfermo con resignación y paciencia,

es la mayor penalidad que hay y un grande medio para granjear un alma y aventajarla en perfección y merecimiento; que al fin, como en la penitencia hay algo de nuestra voluntad y acción, parece que se entremete no sé qué deleite y gusto. Acá todo es padecer, no lo que queremos, sino lo que nos envían: y como Dios sabe bien nuestros gustos, hiere en las coyunturas donde más duele.

De aquí se verá cuánta fué la penitencia de nuestra santa á los principios de su conversión, sufriendo tan graves, tan continuas y tan pesadas enfermedades, tan recios y agudos dolores, que con razón podemos decir haber sido mayor que la de otros muchos santos; pues por mucha que ella hiciera teniendo salud, no llegara á la que Dios le dió con las enfermedades, las cuales tuvo más de cuatro años con el rigor que ya habemos dicho. Pues como se vió tan tullida, y en tan poca edad, considerando cuál la habían parado los médicos de la tierra, determinó acudir á los del cielo para que la sanasen, porque aunque pasaba sus enfermedades con mucha alegría, deseaba la salud, pensando serviría mucho más á Dios con ella. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que como Padre piadosísimo desea nuestro bien más que nosotros y sabe mejor lo que nos conviene. Comenzó la santa á hacer devociones de misas y otras oraciones, y tomó por abogado y señor al glorioso patriarca san José; encomendóse mucho á él, y éste fué un eficaz medio para que sanase de esta enfermedad; lo cual ella cuenta en su libro por estas palabras, que aunque sea un poco largo las pondré aquí, por alcanzarme á mí alguna parte de la devoción de este glorioso santo y desear que todos lo sean de él (*Vida*, cap. VI): «Tomé por abogado y señor á san José, y »encomendéme mucho á él. Ví claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, »este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa »que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que Dios me ha hecho por medio de este bien- »aventurado santo, y de los peligros de que me ha librado, »así de cuerpo como de alma. Que á otros santos parece les »dió Dios gracia para socorrer en esta necesidad, este glorioso santo tengo por experiencia que socorre en todas; y que

»quiere el Señor darnos á entender que así como le fué su-  
»to en la tierra (que como tenía nombre de padre, siendo ayo,  
»le podía mandar) así en el cielo hace cuanto le pide. Esto  
»han visto otras algunas personas, á quien yo decía se enco-  
»mendasen á él también por experiencia, y hay muchas que le  
»son devotas. De nuevo he experimentado esta verdad: que-  
»rría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso  
»santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que  
»alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea  
»devota, y haga particulares servicios que no la vea más  
»aprovechada en la virtud. Sólo pido por amor de Dios que  
»lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el  
»gran bien que es encomendarse á este glorioso patriarca y  
»tenerle devoción.» Y más abajo dice: «Así pues él hizo como  
»quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme y an-  
»dar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal de  
»esta merced.»

Dice que usó mal de esta merced, porque aunque luego que sanó volvió á estos ejercicios de oración, y á los regalos de Dios que antes tenía, en que pasó algunos días y años; pero el demonio, que aún no tenía perdidas las esperanzas de co-gerla en sus redes, hízola volver atrás, como ahora diremos. Érale á él muy odiosa la virtud de esta santa, porque se le traslucía que Dios le iba en ella armando un mortal enemigo; y afrentábase de que con una mujer quisiese Dios destruirle y desposeerle de muchas almas que él tenía por suyas: y así de nuevo se esforzó á hacerle guerra; y procuraba que pues era mujer lo fuese también en las obras, ya enredándola en aficiones y conversaciones sin orden, ya aprovechándose de su natural para esto, que era propio para tratar y traer á sí todos cuantos hablaba. Ciertamente espanta en este caso ver y considerar la solicitud que ambos traían, Dios y el demonio: Dios por hacerla suya, y el demonio por apartarla de Dios. Llamábala Dios con inspiraciones continuas, sin nunca cansarse: rodeábala por todas partes, y como un castillo to-rreado y cercado tentaba la entrada por diferentes maneras. Tenía siempre puesta la mano en el aldaba de la puerta del corazón, rogándole blanda y amorosamente que le abriese, y repitiendo muchas veces aquellas palabras del Espíritu Santo (Cánt. V.): *Ábreme, hermana mía, esposa mía, paloma mía.*

Esta misma solicitud y cuidado traía también el demonio por ganarla para sí: y así metíala en ocasiones por horas, pero sacábala de ellas Dios por momentos. Traía las personas que cuadraban más en su natural y gusto, y venía Dios, y en medio de la conversación descubríasele como esposo agraviado y sentido de que á otros volviese su rostro. Saboreábale las pláticas, y sus entretenimientos el demonio: y vuelta de allí á la oración doblábale Dios el regalo y favores, y dábale á entender que aquello de que se cebaba en la red era falso, y que su dulzor era verdadero dulzor: que si gustaba de trato apacible, discreto y suave, era el suyo mucho más discreto y suavísimo. Y como los que en competencia de otros tienen alguna afición, se esfuerzan con mayores demostraciones de amor, y con extraordinarios servicios á apartar de los otros, é inclinar hacia sí las voluntades de aquellas personas que aman, así parecía que Dios se esmeraba en descubrirsele más, cuando el mundo y el demonio la cebaban y enredaban más. ¡Oh soberano y dulcísimo amador de las almas, que así mostráis vuestro amor á la bajeza de las criaturas, como si de ahí dependiera vuestra gloria!

Guerreaban pues en el pecho de esta bienaventurada virgen estas dos aficiones, y los autores de ellas hacían sus diligencias, cada uno para apoyar y encender más la suya. Andaban el oratorio y la red, edificando uno lo que destruía otro, y á las veces la red vencía y secaba los buenos frutos que la oración producía. Resultaba de esta guerra una agonía y congoja en su corazón, con que traía su ánima inquieta y perpleja: que aunque estaba resuelta en ser toda de Dios (porque esta determinación jamás la había dejado) no sabía desasirse del mundo. Dábanle gran contento las cosas de Dios, y teníanla atada las de la tierra, y á veces se persuadía poderse dar manos con ambos, de que le sucedía casi de ordinario, como ella dice, no gozar bien de ninguno, porque en el entretenimiento del locutorio poníanle acíbar la memoria del secreto y dulce trato que tenía con Dios, y ni más ni menos cuando con Dios se retiraba y comenzaba á hablarle, asían de ella las aficiones y pensamientos que había cogido en la red. En esta lucha continua, con su industria y maña la rindió el enemigo, no á que cometiese cosa que claramente fuese ofensa grave de Dios, sino cuando más á que gustase de algunas conver-

saciones, y se entregase á aficiones no feas ni torpes, sino naturales, pero con exceso y demasía, que bastan, aunque no lleguen á culpa mortal, á secar y destruir todo lo que era aquella familiaridad y trato que antes tenía con Dios, cuyo espíritu es tan delicado que con cosas menores se ofende y se retira, dejando la conversación y trato que antes tenía con el alma; porque á la medida que es Dios bueno y magnífico con las almas con quien se regala, á ese paso es recatado y celoso, y por un mirar de ojos y una aficioncilla, aunque no sea pecado grave, se agravia y desvía, porque siendo él quien es, y todo lo que puede ser, es bien que sólo él baste al alma y ocupe al corazón, y le sea todo en todas las cosas, sin que ella reserve ningún vacío para las criaturas.

Fué el principio de su daño el ser en extremo agradecida y amorosa, que aunque el agradecimiento es bueno, tiene su medio como las demás virtudes, y cuando sale de este límite sale también de los de la razón. Por esta parte que conoció el enemigo que ella estaba más flaca y lisiada, le acometió (como también lo hacen los que toman algún castillo), y representándole aficiones que otras personas la tenían, de tal manera la atizó que la obligó á pagar en la misma moneda; y de tal manera la enredó en conversaciones, que como ella dice comenzó de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, á meterse en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada su alma en muchas vanidades, que ya le iba faltando el gusto y regalo en las cosas de virtud; y así trató de dejar la oración, que fué como quitar las armas con que se había de defender y ofender á su enemigo, el cual disimulando su engaño no sólo le quitó de hecho la oración, sino también poniéndola en su corazón una engañosa confusión para tratar y ponerse delante de Dios, la quiso persuadir que era soberbia y desacato que la que con amistad y conversación de los hombres andaba tan vana y distraída, y la que merecía estar en el infierno por sus pecados, quisiese tener tanto trato y familiaridad con Dios: que no se compadecía tener oración, y andar tan llena de imperfecciones y faltas. Decíala que no era razón que como hipócrita y fingida engañase á la gente, teniendo por una parte entretenimientos de gusto, y por otra dando muestras de espiritual y devota: que dejase la oración, y que no siendo pe-

cado mortal la conversación que tenía, bien podía pasar adelante con ella, y ser buena monja, guardando sus votos y la ley de Dios; pues otras que eran tenidas por buenas y más santas que ella, lo eran sin tener oración, ni carecer de sus conversaciones; y así que le sería mejor andar como las muchas, pues en ser ruin era de las peores, y rezar lo que estaba obligada vocalmente, dando de mano á la oración mental.

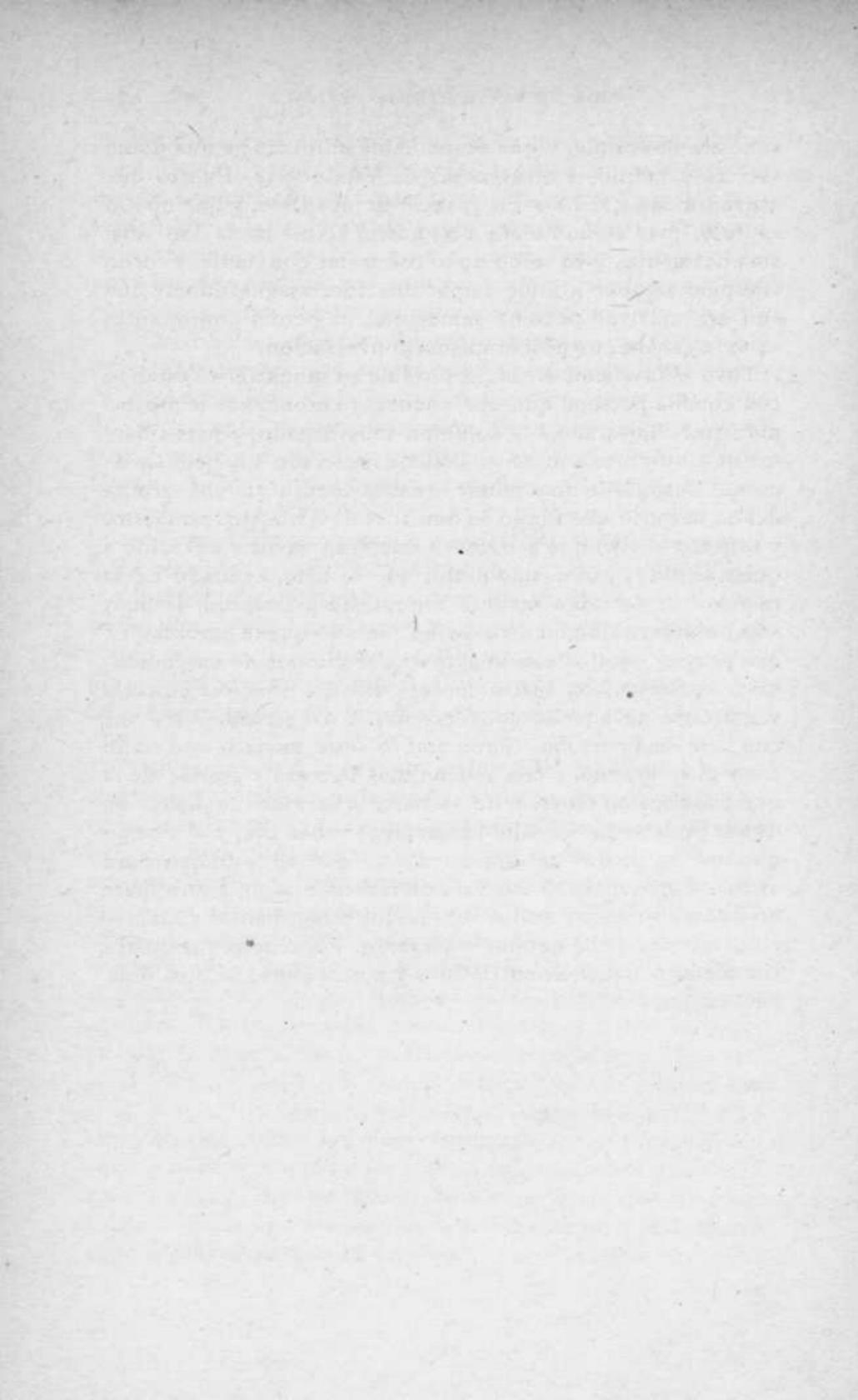
No la dañaba menos en esta parte la poca ayuda que tenía en sus confesores, los cuales por ignorancia no la reprehendían, ni apartaban de aquellos tratos; y no careciendo éstos de culpa venial, y siendo ocasión de que en ella cesase el trato familiar de Dios, los aprobaban por lícitos, y aunque lo fueran, estando su alma tan aprovechada y cargada de prendas del cielo, la debían desembarazar de lo que, aunque fuese bueno, impedíala gozar de tan buen tesoro. Debajo de aquella falsa humildad, y desayudada de quien le debía dar luz, determinó de abstenerse de la oración y trato que con Dios tenía; y por no parecer atrevida con él, comenzó á poner en olvido á quien tanto debía, y á huir del médico y medicina, porque se sentía con llagas; y hubiérale sido gran mal, si Dios que la amaba no la avisara con tiempo como adelante diremos.

Después que dejó la oración, soltó más la rienda á lo que su gusto y apetito la pedía; pero estando ella en medio de estos pasatiempos, entre otros avisos y mercedes que nuestro Señor la hizo, fué uno muy de estimar, el cual pondré aquí por sus mismas palabras; que como son de santa, harán más impresión al que las leyere que las mías (*Vida*, cap. VII): «Estando, dice, con una persona bien al principio de conocerla, quiso el Señor darme á entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante, con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello no le agradaba. Víle con los ojos del alma, más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido que há esto más de veintiséis años y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quisiera ver más á con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada sino era con los ojos del cuerpo, y el demonio que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender

»que era imposible, y que se me había antojado, y que podía  
»ser el demonio, y otras cosas de esta suerte. Puesto que  
»siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era  
»antojo: mas como no era á mi gusto, yo me hacía á mí mis-  
»ma desmentir, y yo como no lo osé tratar con nadie, y tornó  
»después á haber grande importunación, asegurándome que  
»no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes  
»que la ganaba, torné á la misma conversación.»

Tuvo esta visión en la portería de su monasterio, estando con aquella persona que ella cuenta, y entonces se le mostró nuestro Señor atado á la columna muy llagado, y particularmente en un brazo junto al codo, desgarrado un pedazo de carne. Después le hizo pintar la santa madre en una ermita del monasterio que fundó de San José de Ávila; yo le he visto, y está tan al vivo que estremece con gran pavor y devoción á quien le mira; y el mismo pintor que le hizo, ayudado de la relación de la santa madre, aunque ha procurado después sacar algunos, ningún otro se ha pintado que le parezca. Ya que por ser esta visión imaginaria se dió por no entendida, quiso el Señor, con instrumentos visibles, procurar moverla y apartarla de aquella conversación. Y así estando otra vez con la misma persona, vieron ambos venir hacia sí uno como sapo muy grande, y con mucha más ligereza y grande de la que ellos suelen tener, y de la parte que vino no había de donde pudiese haber salido semejante sabandija, y el tiempo que era en medio del día no era el que ellos toman para andar. Pero ahora fuese verdaderamente sapo, ahora fuese otra cosa, por cuyo medio Dios la quisiese espantar y atemorizar, causó en ella notable operación, y entendió que no era sin misterio aquel aviso de Dios y nunca jamás se olvidó de esta visión.

---





## CAPÍTULO VIII

Cómo el Señor tuvo de su poderosa mano á la santa madre en todo este tiempo,  
para que no cayese en culpa mortal

**A**UNQUE es bien juzgar siempre en la mejor parte y sentido los hechos de los santos que claramente no fueron pecados; pero no tengo por acertado que los que escriben sus vidas quieran encubrir los pecados y flaquezas en que como hombres en algún tiempo cayeron, porque á veces no sólo en la inocencia y gracia conservada de Dios, sino también en la flaqueza permitida, se muestra la bondad y grandeza suya. Es Dios en todo maravilloso, que pudiendo conservar en un mismo espíritu á los que quiere hacer santos, y pudiendo hacer que conserven siempre limpia la inocencia primera, los deja desdecir de ella, permitiendo que el demonio los prenda, y que entre sus dones se muestren nuestras flaquezas, para que no parezca la santidad en nosotros cosa nacida y necesaria, y para que siendo la gloria toda de Él les venga á los suyos parte de ella, y para que el demonio, después de haber probado sus fuerzas, sea vencido de las nuestras flacas favorecidas de Dios, con que quede Dios glorioso, y él confuso, viéndose al fin rendido de la flaqueza que él

tantas veces rindió. Por este camino llevó á David, á san Pablo, á la gloriosa Magdalena, á santa María Egipcíaca, á san Martiniano, y á otros santos muchos, permitiéndoles á tiempos caer para levantarlos después con mayor provecho suyo y nuestro, que con semejantes ejemplos concebimos ánimo y esperanza, para no desconfiar de Dios cuando nosotros caemos.

No fuera nuevo á Dios si habiendo caído esta santa la levantara, ni desharía la grandeza de su santidad si alguna vez se hubiese visto sin ella; pero como todas sus faltas se reducen á algunas conversaciones de vanidad que tuvo con algunos hombres, y ella misma confiesa (como arriba dijimos) que siempre aborreció la deshonestidad y torpeza, es cierto que aun de pensamiento no la admitió, pues con tanto odio en la voluntad, no se compadecía gusto y deleite, aunque fuese en el pensamiento; y siendo esta bienaventurada tan gran pregonera de sus faltas, que ninguna perdona ni olvida, siendo tan humilde que aun lo que no es gustara que se entendiera de ella, si en ella hubiera habido pecado mortal conocido es cierto no lo callara. Así parece que cuando cuenta su vida y llega á sus faltas, anda como quien desea arrojarse á decir que tuvo en estas conversaciones algún peligro de pecado mortal, pero la verdad no le da lugar á este deseo de culparse determinadamente: y así aunque algunas veces dé algunas muestras y asomos de esto, nunca se determina á juzgar este peligro por evidente y claro.

Y si alguna culpa hubo (que pudo ser) no debió de ser de más que ponerse á peligro de hacer algún pecado en la conversación y trato que tenía con aquellas personas, que por ser ellos de poca virtud, y ella de su natural muy amorosa, les pudiera dar ocasión á que cayesen, ó seguirsele á ella; y esto es lo que tantas veces repite y llora en su libro, no cansándose tras cada renglón de confesar sus pecados, y acriminarlos por graves, como si hubiera sido la mayor pecadora del mundo; pero que el peligro de estas ocasiones fuese culpa grave estaba ella bien ignorante, y también por serlo sus confesores le decían lo mismo. La verdad es que todas sus faltas y culpas no fueron más que alguna liviandad en las conversaciones y pláticas, como escribimos arriba del tiempo que fué seglar; y ahora siendo monja, la tuvo también la po-

derosa mano del Señor para que no le ofendiese gravemente, ni se viese jamás en desgracia ni enemistad suya, como fácilmente se entenderá de lo que ahora diré.

Duró este engaño que el demonio urdió, procurando que la santa madre desistiese del ejercicio santo de la oración, no más de un año, y aun en este tiempo en medio de estas ocasiones (como ella cuenta) se apartaba muchas veces á la soledad á rezar y leer, y hablar con Dios, y á otros ejercicios de humildad y caridad; y aunque tenía algunas imperfecciones y faltas, tenía también y conservaba en su alma grandes virtudes, porque tenía señaladísima humildad y confusión de sí misma, singular caridad con los prójimos, y celo grande de que otras se aprovecharan, y con no tener ella oración, persuadía á las demás la tuviesen, y ella con la experiencia que tenía las ensayaba en este santo ejercicio. Era á Dios agradecidísima, y gustaba mucho oír cosas de más perfección. Frecuentaba los sacramentos: no murmuraba de nadie, ni permitía que en su presencia otro lo hiciese. Tenía gran temor de Dios, que la enfrenaba para que temiese cualquiera culpa mortal como al infierno; y así en todo ese tiempo la tuvo el Señor de su mano para que no cayese en ninguna, y aunque ella muchas veces, contando su vida se lamenta de sí misma, encareciendo sus culpas y agravando sus pecados, es esa propia condición de los justos, y de los que aman á Dios tiernamente; que de la sombra del aire y del sueño se recatan, y hacen de los mosquitos elefantes, buscando siempre ocasión de mayor humildad y confusión suya; así como los que no aman, pasan muy á la ligera por grandes culpas, y cuando vienen á sentir algunas, son tan graves que merecen el infierno; y adonde á los santos espanta la sombra de un pecado venial, no les hace peso á los perdidos cien mil mortales; y cuanto más en los buenos son mayores las misericordias que Dios les hace, tanto, y con mucha razón, son los sentimientos de haberle dado disgusto, aun en cosas pocas, y esto basta para humillarlos y sumirlos en el profundo abismo de su nada. Santa Catalina de Sena, de una vanidad que tuvo en componerse siendo niña, tuvo que llorar toda la vida; y de aquella santa matrona Paula (*in Epitaphio Paulæ*) escribe mi padre san Jerónimo que así lloraba las culpas ligeras como si fueran gravísimos delitos; así también lo hacía

nuestra santa, ponderando más lo que ella pensaba de sí que no lo que realmente había sido.

Y porque los que leyeren su vida podrían sospechar que debió de hacer esta santa virgen algunos pecados contra la castidad y pureza virginal, según ella los encarece; pero es cierto que jamás se arrojó á pecado conocidamente mortal, ni se arrojara por cuantas cosas el mundo tiene, como lo sé yo muy bien. Y para que esto se haya de creer así, hay muchos fundamentos, porque la santa madre nunca dió en pecados de que otras mujeres suelen ser lisiadas, como enemistades, rencillas, murmuraciones, envidias y otras cosas semejantes, como ella escribe en el capítulo treinta y dos de su «vida: Cuando yo considero que aunque era tan malísima, traía »algún cuidado de servir á Dios y no hacer algunas cosas que »veo, que como quien no hace nada se las tragan en el mundo; y en fin pasaba grandes enfermedades, y con mucha »paciencia que el Señor me daba, no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece quería mal á nadie, »ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, »que aunque era tan ruin traía temor de Dios lo más continuo.»

Este temor de Dios la enfrenó para huir cualquiera cosa que entendiese era culpa mortal. Porque (como arriba habemos dicho) todo era no excusar algunos peligros, que según el temor que Dios le había dado, y la experiencia del aborrecimiento natural de las cosas torpes y deshonestas, para ella no lo eran, aunque lo podían ser para las personas con quien trataba. Y como esto veían sus confesores, le aseguraban que no había culpa mortal en el trato y familiaridad que ella tenía, como se verá de lo que la santa escribe. En el libro de su vida dice así: «Informada de quien me confesaba, y de »otras personas, en muchas cosas me decían que no iba contra Dios.» Y en el capítulo quinto, tratando del daño que la hicieron confesores poco letrados, dice: «Buen letrado nunca »me engaño: estos otros tampoco me querían engañar sino »no sabían más. Yo pensaba que sí, y que no era obligada »más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían, y »de más libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruin que »buscara otros.» Donde se colige claro la ignorancia que ella tenía, por falta de ciencia en sus confesores; y añade: «Esto

»me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí, para  
»aviso de muchos.» Y en el capítulo octavo dice: «Quisiera  
»yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traía mi  
»alma, porque bien entendía yo que lo estaba, y no acababa  
»de entender en qué, ni podía yo creer del todo que lo que  
»los confesores no me agradaban tanto fuese tan malo como  
»yo lo sentía en mi alma. Dijome uno yendo yo á él con es-  
»crúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me  
»eran inconvenientes semejantes ocasiones y tratos. Esto era  
»ya á la postre, que ya con el favor de Dios yo me iba apar-  
»tando más de los peligros grandes, mas no me quitaba del  
»todo de la ocasión.» Y un poco más abajo: «Lástima tengo  
»ahora de lo mucho que pasé, y el poco socorro que de nin-  
»guna parte tenía, sino de Dios; y la mucha salida que me  
»daban para mis pasatiempos y contentos, con decir eran  
»lícitos.»

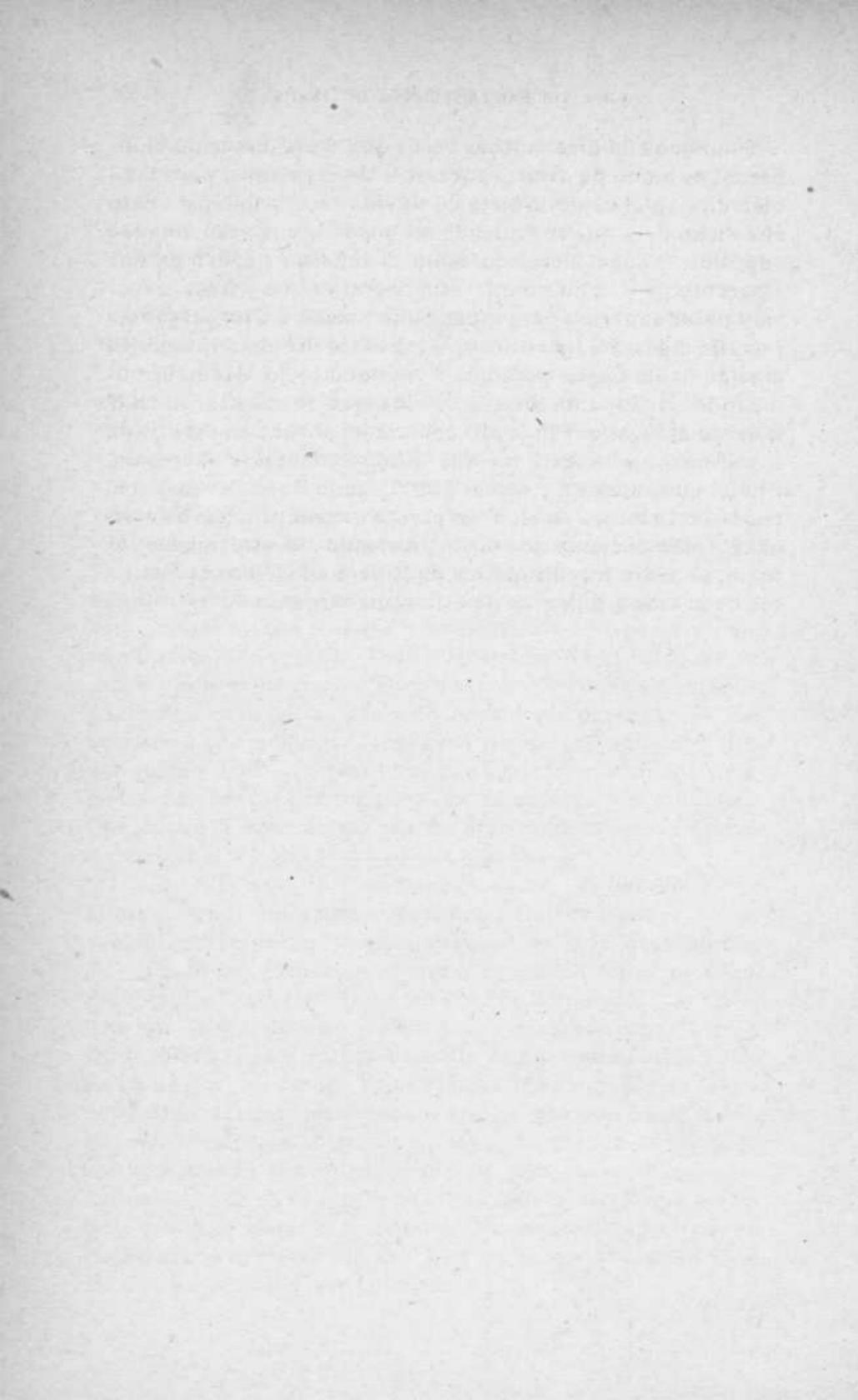
De esto se entenderá claramente que todos sus pecados fueron estos peligros de conversaciones que tenía, de las cuales estaba ella por entonces tan lejos de entender que llegasen á pecado mortal, que aseguraba á otras que hacían lo mismo, como ella escribe (*Vida*, cap. VII): «Y también por  
»si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo lea esto  
»alguna monja, escarmiente en mí; y les pido por amor del  
»Señor huyan de semejantes recreaciones. Y plega á su Ma-  
»jestad se desengañen algunas por mí de cuantas he engaña-  
»do, diciéndoles que no era malo, y asegurando tan gran pe-  
»ligro, con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las  
»quería yo engañar.» Y aún más claramente habla en el mis-  
mo capítulo, por estas palabras, tratando cómo fué á curar á su padre: «Y fuile á curar, estando yo más enferma en el alma  
»que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de  
»manera que á cuanto entendía estuviese en pecado mortal  
»en todo este tiempo más perdido que digo, porque enten-  
»diéndolo yo en ninguna manera lo estuviera.» De donde cla-  
ramente se colige que jamás la santa hizo culpa que ella en-  
tendiese que era mortal, aun en el tiempo que estaba más  
derramada y perdida, como ella lo confiesa en estas últimas  
palabras que ahora referimos, y en todas las demás que ha-  
bemos dicho muestra claramente haber sido ignorancia, pues  
tantas veces repite que si ella entendiera que era pecado mor-  
tal por ningún caso lo hiciera.

Y para que con mayor claridad se entienda que en estas conversaciones y amistades no hubo jamás pecado mortal de flaqueza de carne, ni consentimiento en él, pondré las palabras sacadas de una relación que hace de su vida el padre presentado fray Pedro Ibáñez (que fué el que más la trató á sus principios), el cual hablando de esta materia dice así: «Con algunas compañías de niñas, que no alcanzaban más sino esta vanidad tan usada entre los mayores y menores, no crecieron sus deseos, hasta que de diez y nueve años fué Dios servido se metiese religiosa en la Encarnación; donde después de muchos buenos deseos y estorbos que tuvo, así por no darse tanto á la oración como por no tener por malas algunas conversaciones que la estorbaban á tratar y gozar mucho de Dios. Al fin mirando mejor lo que le convenía, avisa da con enfermedades y consejos de un fraile dominico que la confesó, entendió cuán gran embarazo era no sólo para su aprovechamiento espiritual, sino también para su salvación, tener mucha amistad y familiaridad con personas que no trataban de veras de Dios.» Hasta aquí son palabras del padre presentado fray Pedro Ibáñez. De suerte que aquel padre dominico (como adelante diremos) la desengañó é hizo volviere á la oración y comulgase de quince á quince días, aunque no dejó las ocasiones, ni el confesor la obligó á dejarlas, con ser las comuniones tan frecuentes y él tan docto. Por donde se echa de ver que no eran peligro claro de pecado mortal.

Lo que más hace en confirmación de esto es haberle hecho nuestro Señor á la santa virgen tan señalada merced (como adelante diremos más largamente), en haberle dado un dón de castidad tan grande, que como referimos en el prólogo, solía decir el padre Rodrigo Álvarez, de la compañía de Jesús, que por razón de esta gracia y misericordia particular de Dios, estaba libre y casi incapaz de estos sentimientos y miserias de nuestra carne. Y así cuando á la santa madre le comunicaban sus monjas alguna tentación tocante á esta materia, solía decir que no las entendía; y en particular tratando con ella una de sus hijas, priora de uno de los más graves monasterios de su orden, cierta cosa que tocaba á una tentación contra la pureza, respondió: No entiendo eso, porque me ha hecho el Señor merced que en cosas de esas en toda mi vida haya tenido que confesar.

Y aunque ella dice muchas veces que tenía merecido el infierno, es modo de decir y encarecer de los santos, pues también dice en el capítulo siete de su vida estas palabras: «Esto »he dicho para que se entienda mi maldad, y la gran bondad »de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan grande »ingratitude;» y es cierto que esta ingratitude no parece haber sido pecado mortal, pero quien tanto amaba á Dios juzgábase por ella digna del infierno; y lo mismo debe de ser también cuando habla de sus pecados. Y no deshace lo que hemos dicho lo que la santa dice en su vida que le mostraron en el infierno el lugar que le estaba aparejado, porque en esta visión le mostraron el lugar, no que entonces hubiese merecido, sino el que viniera á merecer por el camino que llevaba, si el Señor no la sacara de él. Y así parece que fué profecía de amenaza, como doctamente escribe, tratando de este mismo intento, el padre fray Francisco de Ribera en el libro que escribió de la vida y milagros de esta santa virgen.

---





## CAPÍTULO IX

Vuelve la santa madre á la oración, y por espacio de veinte años persevera en ella con grande sequedad: y después de todo ese tiempo es visitada del Señor con nueva luz, y da de mano á todo, y comienza nueva vida.

Como el Señor que siempre tenía puestos los ojos en esta santa, y en la manera de proceder con ella, se echaba de ver que la gobernaba y guardaba para sí, á cabo de un año que había dejado la oración ordenó que por medio de la enfermedad y muerte de su padre le viniese su salud y remedio; porque como después de este caimiento y tibieza cayese su padre en la cama con una enfermedad grave, de que murió, fuéle ella á curar (que se permitía en su monasterio salir, como queda dicho), pasó gran trabajo en su cura y enfermedad, y con estarlo ella harto, asistió á su servicio y regalo.

Murió su padre, y hallándose ella presente, compungida, parte del dolor que le hacía, parte de la devoción y santidad que veía en él, determinó de confesarse con un religioso muy docto, de la orden del glorioso santo Domingo, que se llamaba el maestro fray Vicente Varrón, lector de teología, y presentado en su orden, muy bueno y temeroso de Dios, y que

había sido confesor de su padre; confesóse luego con él, dióle cuenta del tiempo que había dejado la oración, y las razones que la habían movido; conoció luego el confesor ser traza y ardid del demonio; persuadióla volviese á ella, mostrándole que si tanta confusión y vergüenza tenía ahora de ponerse delante de Dios, cuánta más tendría el día del juicio, que antes eso bastaría para que el Señor la perdonase; y que para remediar las faltas é imperfecciones, y sacar del infierno á los que con sus pecados están metidos en él, es eficacísimo remedio la oración; que no era soberbia, aunque fuese más pecadora, llegarse á Dios, sino antes el apartarse de él; y que en esto no mirase á las más de su monasterio, pues el camino del cielo es estrecho, por donde pocos caminan: y así que procurase buenamente dar de mano á las ocasiones, y cuando esto no pudiese, ó se viese cada día en otras muchas faltas, no por eso dejase el estudio de la oración, que es la botica donde nos armamos contra nuestros adversarios, y finalmente el tesoro donde el alma se enriquece de virtudes, dones y gracias.

Obedeció la santa, reconociendo su engaño, y volvió á su ejercicio de oración, y nunca más de allí adelante hasta el fin de su vida la dejó, ni aun era ya en su mano, porque el Señor la tenía de la suya, para que no la dejase, y la iba disponiendo para recibir mayores mercedes. Tendría en este tiempo veinticuatro ó veinticinco años, y desde esta edad á los cuarenta y tres, comenzó á darse mucho á la oración, y en ella gastaba muchos y grandes ratos, ocupando su consideración en lo mucho que (á su parecer) había ofendido á Dios, en que hay infierno y gloria, en lo que debía á Cristo nuestro Redentor, y los dolores y trabajos que pasó por ella, de suerte que pasaban pocos días que no tuviese grandes ratos de oración; y aunque juntamente con esto sentía en sí algunas de las aficiones é imperfecciones pasadas, que la traían asida en cierta manera, y como cautiva (y esto le hacía andar con grande congoja de no poderse librar de una vez, cortando de un golpe todos estos lazos); pero si le acaecía caer, no desmayaba, antes fiando en Dios volvía de nuevo á la oración, adonde el Señor le hacía muchas mercedes, y juntamente la castigaba con el más riguroso azote que podía haber para su natural condición; que como era tan agradecida, ninguna cosa sentía

más que recibir mercedes la que se imaginaba tan digna de castigos, como se puede colegir de lo que ella dice, dando cuenta de lo que en este tiempo le pasaba en la oración, de esta manera (*Vida*, cap. VII): «Miraba Dios, no mis grandes »pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, »y la pena de no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra. »¡Oh Señor de mi alma, cómo podré encarecer las mercedes »que en estos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo »más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo »arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mer- »cedes! Á la verdad tomábades, rey mío, el más delicado y pe- »noso castigo, por medio que para mí podía ser, como quien »bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con rega- »los grandes castigábades mis delitos; y no creo digo desati- »no, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando á »la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era »tan más penoso para mi condición recibir mercedes cuando »había caído en graves culpas, que recibir castigos, que una »de ellas me parece cierto, me deshacía y confundía más, »y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos »harto juntos, porque lo postrero vía lo merecía, y parecíame »pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según »ellos eran muchos: mas verme recibir de nuevo mercedes, »pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento »para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algún »conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condición vir- »tuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi »enojo, de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba »en víspera de tornar á caer; aunque mis determinaciones y »deseos entonces, por aquel rato, digo, estaban firmes.»

Perseveró casi veinte años en una continua guerra, defen- diéndose de estos pensamientos y conversaciones; y la que en breve tiempo recibió con ellas tanto daño, tuvo necesidad de tantos años para remediarse; porque la herida en el alma dase presto, y cúrase tarde, y el deleite pasa luego, pero no el castigo: y el mal es de condición, que las raíces que en poco tiempo echa no se arrancan en mucho. Y lo que no se puede dejar de ponderar es que con no pasar estos entreteni- mientos de culpas leves y veniales, es Dios tan celoso, que por ser habituales, hasta que estuvo con mil trabajos y penas

purificada y limpia, no se le descubrió, ni trató como á esposa: quiso primero que probase lo que cuestan los gustos que se toman en las criaturas, para que por aquí entendiese la gran pureza que había de tener para tratar con él; y así ordenó su Majestad que por todo este tiempo anduviese esta bienaventurada santa metida en una penosísima batalla y riña consigo, porque los entretenimientos pasados y algunos presentes la desasosegaban de suerte que no la dejaban cumplir del todo sus deseos, que era desasirse de todo y entregarse á Dios. Duró esta contienda y lucha cerca de veinte años, y en ella pasó grandes trabajos y sequedades; porque aunque con el grande ánimo y determinación que el Señor la había dado, tenía de ordinario grandes ratos de oración; pero por una parte era increíble la fuerza que el demonio le hacía para que no fuese á ella, y la gran tristeza que la daba en entrando en el oratorio; y hartas veces, como la santa escribe, no hubiera penitencia ni martirio, por grave y penoso que fuese, que no le acometiera de mejor gana que recogerse á tener oración. Y otras veces eran tantas las sequedades, la tristeza y trabajo que sentía, que el cuerpo oprimido con tanta carga, deseaba algunos días que pasase el reloj y diese la hora, para acabar con la oración; y así se hacía gran fuerza y esforzaba en estos y otros ratos á estar consigo y con Dios, porque sabía bien que había de ser esto la fuente de su remedio. Suplicaba al Señor que la ayudase; buscaba remedio, hacía diligencias; y como la santa dice (*Vida*, cap. VIII): «Deseaba vivir, que bien »entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de »muerte; y no había quien me diese vida, y no la podía y »tomar; y quien me la podía dar tenía razon de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado á sí, y yo dejádole.»

Estas sequedades que padeció en la oración no fueron tanto pena y castigo de sus culpas (aunque también servían de eso) cuanto una medicina saludable de ellas, y una como purga espiritual y divina de sus pasiones y apetitos. Pues para que estas sequedades le entrasen en provecho, la disponía el Señor luego que entraba en la oración, con un gran sentimiento y lágrimas de sus faltas, y cesaba luego aquella influencia del cielo; y se seguía tras de esta la sequedad y guerra de la imaginación, el esconderse Dios y retirarse, con que en ella formaba un fundamento grande de paciencia, de hu-

mildad, resignación, de una pobreza grande de espíritu, y desasimiento de gustos, en el cual asentaron después como nacidas las demás piedras del edificio, y hallaron cimiento firme las mercedes y regalos que después el Señor le hizo.

De esta manera pasaba este tiempo con estas continuas ansias y deseos de Dios; pero entonces no eran sólo estos trabajos (aunque eran los mayores) los que la santa padecía; porque aunque sanó de aquella grave enfermedad que la tenía impedidos los miembros y tullida en la cama, quedó con muchos y trabajosos achaques, que para quien no tuviera su ánimo fueran grandes enfermedades. Tuvo todo este tiempo todos los días por las mañanas unos grandes vómitos, y casi nunca estuvo sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón, y otros que de muchas maneras padecía. En medio de estas enfermedades nunca perdió los ejercicios santos de la oración, aunque le costaba tanto trabajo y pena como habemos dicho; y lo que más es, seguía siempre el coro, y se esforzaba á la observancia común, sin faltar de esto un solo punto. Por este camino tenía cada día la santa más luz de Dios: crecía en humildad, en amor de soledad y recogimiento, en deseo de las cosas de Dios, en deleite en sus pláticas, y en afición de todo lo bueno, aunque juntamente con el trigo y buena semilla crecía alguna mala yerba de imperfección y faltas.

Después de tan largos trabajos, cansada ya la santa de una tan prolija pelea, y conocida la poquedad de sus fuerzas, y desconfiada de ellas y de toda su industria, queriendo ya el Señor poner fin á sus desconsuelos, al cabo de estos veinte años, acaeció (como ella cuenta), que estando un día en el oratorio, vió una imagen que allí estaba pintada, de un Cristo muy herido y llagado, y tan devota, que representaba bien lo que padeció por nosotros (*Vida*, cap. IX): en mirándola, con la gran compasión que la causó se turbó toda, y fué luego tocada y herida interiormente con un rayo de luz y de amor tan fuerte, que con sólo considerar cuán mal había agradecido aquellas llagas, le parecía que con un extraño dolor se le partía el corazón, y como si súbitamente fuera herida con alguna saeta, se arrojó luego junto á la imagen de Cristo, y ardiendo toda en su amor, hecha un río de lágrimas, rasgó del todo en su presencia su pecho con clamores, suspiros y

lágrimas sin cuento; suplicaba al Señor que de una vez le diese fortaleza para nunca más ofenderle, y esto tan de veras y con tanta confianza, que muchas veces repetía: «Señor mío y Dios mío, no me levantaré de aquí hasta que me hagáis esta merced.» No fué sin fruto su humilde y fervorosa oración, porque como otra Magdalena postrada á los pies de Cristo, alcanzó de este piadosísimo Señor lo que con tantas veras le pedía y rogaba; que esto tiene la oración humilde, confiada y fervorosa, que nunca vuelve las manos vacías, y á veces alcanza más un rato de estos que muchos de los ordinarios y comunes.

Salió de aquí otra, renovada y fortalecida en el espíritu, y á esta merced añadió el Señor luego otra, que poco después (ordenándolo su Majestad, que estaba muy deseoso de darse sin medida á su sierva, y no á tragos, como hasta allí) vinieron á sus manos las Confesiones del glorioso padre san Agustín; comenzó á leer en aquel libro, y juntamente á mudarse el corazón, porque veía allí como en un espejo representada la batalla que pasaba en su alma; cuando llegó á leer su conversión, y la voz con que le llamó en el huerto, no pareció sino que aquella misma voz le había dado el Señor á ella, porque sintió en su alma tal movimiento como si la hubiera traspasado con una saeta; y con una grande aflicción y fatiga, toda deshecha en lágrimas, repetía muchas veces aquellas palabras de san Agustín: «Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo, Señor? ¿mañana, mañana? ¿por qué no ahora? por qué no se acabará hoy el fin de mi torpeza?» El Señor, que no estaba sordo á las voces y gemidos de su sierva, fué servido de compadecerse de sus desconsuelos y trabajos, y oír sus importunos ruegos; porque desde entonces parece que quedaron en su alma impresos nuevos fervores y deseos, fortalecidas las virtudes, y con grande aborrecimiento y disgusto de todo lo que fuese ofensa de Dios. Comenzó á crecer la afición de estar más tiempo con él, á quitarse de los ojos las ocasiones, y á ser sin comparación mayores que nunca los regalos; no porque ella los pidiese, que siempre se hallaba indigna de que el Señor la visitase con tanto amor y dulzura.

Fuéronle de más provecho estos dos ratos (en que como otro Jacob se puso á brazo partido con Dios, y con fervorosos suspiros y lágrimas sin medida, pidió le sacase de aquella

guerra en que estaba metida) que muchas horas y años que había gastado en oraciones y ejercicios devotos; que á la verdad cuando Dios ofrece la ocasión al alma, y la mueve para que con fervor le pida, alcanza más mercedes en un punto que sin estas ayudas en muchos años. Estos son los tiempos donde los santos se enriquecen, y donde con la oración alcanzan en un momento lo que muchos años han deseado. Así le acaeció al glorioso san Agustín en el huerto; á san Benito entre las espinas; á san Francisco en el principio de su conversión; el cual como perseveraba con gran aflicción y lágrimas en la oración, pidiendo el cumplimiento de la voluntad divina, aparecióle Cristo nuestro Redentor, y desde aquella hora quedó impresa en su corazón una gran ternura y compasión de los dolores de Cristo, y fueron estampadas en su alma sus virtudes. Sábense aprovechar los santos de estas ocasiones, y no perder ayuda que el Señor les ofrece; que pues él la da para pedir, es buena señal que quiere concedernos lo que pedimos. No se descuidó la bienaventurada madre Teresa de Jesús, ni dió lugar para que fuese en balde aquella gran moción que sintió de nuestro Señor, para pedir la mudanza de su vida: pues alcanzó que de allí adelante fuese tan diferente, como se verá por esta historia.

Después de estos dos toques de tan gran compunción y lágrimas, viendo como el Señor había extendido la mano de su misericordia para con ella, y que comenzaba ya á conocer la multitud de sus grandezas y de sus propias miserias, deshacíase toda en lágrimas y agradecimiento. Aquí era el no osar alzar los ojos; aquí el levantarlos para ver lo que á Dios debía; aquí se volvía á la Reina del cielo la Virgen María, que era la que desde niña había tomado por madre; aquí llamaba al glorioso padre suyo san José, y se volvía é invocaba á los santos que cayeron después de su llamamiento, para que la ayudasen; aquí era el parecerle que todo le venía ancho, que no merecía la tierra que pisaba: aquí el deseo de que todas las criaturas se volbiesen contra ella, y tomasen venganza de las injurias y ofensas que ella había hecho al Criador y hacedor de todas. No sabía qué hacer contra sí, hasta que viendo que no había castigo que igualase á sus culpas, se ponía y echaba en los brazos de Dios, para que así su misericordia, como su justicia, hiciese aquello que más convenía á su gloria, como

ella no le dejase de amar. Con esta profundísima humildad se fué ayudando y disponiendo para mayores mercedes. Todavía quedaban algunos Jebuseos é imperfecciones, aunque menores, que como nacían de flaqueza, y la ayudaban tanto á humillarse, eran ocasión de que más creciesen estas virtudes y las mercedes que el Señor le hacía.

Con estos dos golpes que el Señor había dado á la santa, hallábase ya otra, y casi del todo mudada, como ella cuenta por estas palabras: «Es otro libro nuevo, dice, de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía: la que »he vivido desde que comencé este camino, es que vivía Dios »conmigo, digo en mí, á lo que me parecía, porque entiendo »yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras; pues comenzando á quitar ocasiones, y á »darme á la oración, comenzó el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba (á lo que pareció) que yo las quisiese recibir.»

Ya parecía que vivía en otro mundo, y que Dios la había metido en otro hemisferio, donde hay cielo nuevo y tierra nueva, y otra suerte de vida, y otro modo de entender y conocer las cosas. Y como los que navegan el mar, cuanto más se engolfan en él, tanto más lejos miran la tierra; metida la santa en aquella nueva región de luz, comenzaba ya á mirar las cosas de acá como sombras de muerte, y sueño de gente que vela, como vanidad que se acaba, y en fin como ellas son. Y de allí adelante como vecina de la celestial Jerusalén, comenzó á ser peregrina en esta tierra de confusión y de lágrimas, no pegando el corazón á ninguna, como quien le tenía ya fijo en Dios; comenzó luego á crecer en ella el sentimiento grande de las culpas y descuidos pasados, y á su medida la penitencia de ellas.

---



## CAPÍTULO X

Cómo el Señor comunicó á esta santa virgen una oración altísima que le fué ocasión de padecer grandes trabajos, y el medio por dónde el Señor la puso en tan alta oración.

**P**ARA que mejor se entienda por qué pasos fué subiendo esta santa virgen, para hacerse capaz de tantas mercedes, será necesario hacer memoria de algo de lo que ya hemos dicho. La oración en que de ordinario se ejercitaba, era ponerse delante de Cristo, representándole junto á sí, dentro de su alma. Á veces discurría lo que este Señor había padecido por ella, y el amor con que había padecido le hacía derramar muchas lágrimas; de aquí le nacía gran compasión y sentimiento de los trabajos de Cristo. Duró el discurrir y meditar poco tiempo, y así se acostumbró á otro modo de oración más alto y provechoso: procuraba traer presente dentro de su alma á Cristo; y acostumbrábase á enamorarse mucho de su sagrada humanidad; á ratos hablaba con él, pedíale remedio para sus necesidades, y quejábase de sus trabajos; á ratos miraba con una simple vista el amor que el Señor nos tuvo, y movíase de aquí á compasión y á gran ternura de amor, de que le nacía mucha compunción y

lágrimas; otras veces callaba con el entendimiento, y sólo se contentaba con mirarle y advertir que él la miraba, y tenía por premio de sus trabajos que el Señor la dejase estar allí en su presencia; trataba familiarmente con este Señor, no con oraciones ni palabras compuestas, sino con las que su amor y necesidad formaban. Crecía en su alma un fuego y continuo deseo de Dios con el cual arrojaba muchas saetas de amor á su Esposo; y si á ratos callaba el entendimiento y discurso, su deseo era su oración. Por este camino llevó el Señor á su sierva, y es sin duda que es una excelente manera de aprovechar; porque quien trabajare de traer consigo la preciosa compañía de Jesucristo nuestro Redentor, y de veras cobrare amor á este Señor, á quien tanto debemos, y procurare hacerse familiar á Su Majestad, será cierto su aprovechamiento, así en la oración como en las virtudes; y este modo de oración le duró por espacio de veinte años.

En todo este tiempo nunca la santa dejó de tener una gran determinación y ánimo de perseverar en este ejercicio y trato con Dios, aunque en la mayor parte de él experimentaba y veía al ojo el gran tormento que las sequedades y ausencia de Dios le causaban, que ya estaba determinada á no hacer caso de ternuras ni devociones, ni menos aflojó aunque el demonio le ponía delante los muchos peligros y dificultades que había de pasar. Después de aquellas dos mercedes particulares que le hizo el Señor, como perseverase en traer siempre delante de los ojos del alma tan buena compañía, acaecióle (y algunas veces leyendo) venirle á deshora un grande sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de sí, ó ella tan engolfada en él, que toda parecía estar fuera de sí. Era esta presencia de Dios una oración sobrenatural y divina, en la cual la santa con gran quietud de las potencias inferiores, sentía en lo interior de su espíritu una grande paz y un gozo muy regalado, causado de las influencias divinas que Dios enviaba sobre su alma. Llámase esta oración de quietud, por la gran paz y sosiego que el alma goza en aquel tiempo.

Pero no paraba aquí, sino que algunos ratos crecía tanto este deleite y sentimiento de Dios, que le suspendía muchas veces en la oración las potencias, y ocupaba con su fuerza toda el alma, sin dejarla libre para hacer otra cosa; y con una

manera de desmayo quedaba muda y sin sentido para todo lo que no era aquel gozo y abrazo de Dios, porque así como en el desmayo se recoge el vigor del alma dentro de sí, de tal suerte que ni la lengua, ni los ojos, ni pies, ni manos hacen su oficio: así este gozo al punto que se derrama en el alma, por ser tan grande su abundancia, la lleva toda tras sí, y la enagena de los sentidos. Este gozo increíble nace de un íntimo abrazo con que Dios se junta al alma, y ella con el deleite y gusto de la posesión de tan grandes bienes sale como fuera de sí, y pierde los estribos de los sentidos, y queda toda engolfada y anegada en Dios.

Esta es la que llaman oración de unión, que es oración altísima, y que trae consigo grandes riquezas para el alma, la cual comenzaba ya á sentir y experimentar esta santa virgen: y aunque le dió mucha alegría y satisfacción al principio, mas luego le comenzó á ser ocasión de cuidado y temor; porque entendía que era sobrenatural lo que en esto sentía, y así conocía que era alguna virtud superior la que lo obraba: por lo cual movida de su humildad, que le representaba sus faltas y conociéndose por indigna de que Dios la tratase como á los más familiares amigos, comenzó á temer si era alguna ilusión del demonio, y como en sus tiempos habían acontecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que el demonio les había hecho, viendo por otra parte que era tan grande el deleite y suavidad que sentía, sin procurarlo ella, y muchas veces sin poderlo excusar, recelábase mucho; puesto que por otra parte sentía en sí grandísima seguridad de que era Dios, considerando los frutos de virtudes y mudanza de vida que en ella causaba, y en ninguna manera podía dudar de esto, principalmente cuando estaba en la oración, y cuando consideraba que de estas suspensiones y mercedes del Señor, quedaba su alma mejorada y con más fortaleza; porque la más cierta y verdadera regla que hay para conocer los espíritus, son los dejos y efectos que causan; pero en distrayéndose un poco, tornaba á temer y pensar si quería el demonio hacerla entender que era buena aquella quietud, para quitarla la oración mental, y que no pudiese pensar la pasión de Cristo: que como no entendía era esto por mejoría, le parecía era la mayor pérdida que su alma podía tener.

Estos fueron los primeros temores y celos que la santa

tuvo de su oración, y fué orden de Dios que temiese, porque de estos temores sacó él muchos bienes, por haber sido causa este miedo de más cuidado en su vida, y en la pureza de su alma y conciencia; y sobre tantas mercedes y beneficios como fueron los que en muchos años le hizo el Señor, quiso poner una pensión tan grande como era la perplejidad y duda, si eran suyos ó del demonio estos dones; y lo que suele causar en las suspensiones, arrobamientos y visiones, daño que es, ó el deseo de tenerlos, ó el holgarse vanamente con ellos, quiso Dios que no lo hubiese en estos, sino antes mucho temor de recibirlos, y mucho cuidado de examinarlos; y lo que le daba mayor pena y trabajo, era la duda en si eran suyos ó del demonio.

Por este camino parece que labraba Dios á la santa con dos manos: una con las mercedes que le hacía, y frutos que de ella nacían en su alma; otra con la pena y tormento que le causaban los temores que acompañaban estas mercedes. Pretendía también nuestro Dios (que en todas las cosas es maravilloso) por aquí dar noticia á los hombres del tesoro, que para provecho público en aquella alma había encerrado. ¡Oh maravillosas trazas y artificios de Dios! que por medio de estos temores y humildades de esta santa virgen, la fuerza á sacar á plaza sus dones, y á buscar hombres doctos y espirituales que examinen, conozcan y perficionen este tesoro, y así se determinó á tratar con gente letrada y santa que le diesen luz de lo que en su alma pasaba.

Algunas veces vencía la humildad al miedo, y no se atrevía (aunque á su parecer lo pedía su necesidad) ni se hallaba digna de hablar á personas espirituales, porque le parecía cosa recia ser la que ella pensaba, y tratar y confesarse con semejantes personas. También la detenía entender que la habían de quitar cosas á que todavía su corazón estaba asido, y no le parecía poderlas dejar tan presto; y como el demonio sabe que está todo el bien del alma, en tratar con amigos de Dios, la impedía también por su parte, haciéndole creer serla mejor enmendar primero las faltillas que tenía, que tratar con gente perfecta y espiritual. Persuadióse fácilmente á esto, como la que con su grande humildad se avergonzaba tanto de parecer delante de siervos de Dios. Y así se determinó procurar con gran cuidado la pureza de su conciencia, y apartarse

de cualquier ocasión, aunque fuese de pecados livianos, haciendo entre sí esta consideración (*Vida*, cap. XXV): «Si es espíritu de Dios, consigo trae la ganancia y provecho, y así no hay que temer: si es demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podrá hacer, antes él quedará con pérdida.»

Aprovechábanle poco estas razones, porque á cabo de algunos días vió que no tenía fuerzas por sí sola para salir sin ayuda con tanta perfección; y como creciesen más los dones del Señor en su alma, creció también el temor y deseo de gobernarse por otro: determinó de enviar á llamar un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Francisco de Salcedo, conocido suyo, hombre, aunque casado, de vida muy ejemplar y virtuosa, y por medio de él comunicó su espíritu y temores con el maestro Daza, que era un clérigo que en aquel lugar entonces florecía en opinión de virtud y santidad; y habiéndole dado parte de su oración y de su alma, por estar este santo sacerdote ocupado, no se atrevió á encargarse de confesarla, y pensó remediar su alma, quitándole todas las imperfecciones que ella decía de una vez. Con lo cual si el Señor no tuviera tan particular cuidado de ella, le hubiera hecho más daño que provecho, porque bastaba lo que le decía, y la perfección tan alta á que de una vez la quería obligar, que pudiera ser parte para perder la esperanza y dejar el camino comenzado. No advirtió este siervo de Dios que la perfección (como las demás artes) no se alcanza en un día, y que los hábitos malos de que estamos vestidos, las malas inclinaciones y pasiones mal domadas no se desarraigan fácilmente, pues ni los apóstoles ni otros grandes santos lo fueron de repente.

Vió la santa, con la discreción y luz que nuestro Señor le había dado, que no eran aquellos los medios por donde se había de gobernar su alma, porque echaba bien de ver que aunque las mercedes eran subidas y grandes, pero que no corrían al mismo paso sus virtudes y mortificación, y que así era necesario llevarla poco á poco y no querer de un golpe desarraigar las imperfecciones y faltas de toda la vida. Dábale pena por otra parte el no saber declarar las mercedes de Dios como ella para sí las sentía; porque muchos años tuvo tanta torpeza en esto, que no sabía dar á entender cosa de las

que interiormente la pasaban. Leyendo un libro, que se llama *Subida del monte Sión*, halló el mismo camino por donde Dios la llevaba, porque allí leyó qué cosa era oración de unión del alma con Dios, y vió todas las señales que leía en el libro impresas en su alma. Dió el libro á este caballero, y con él una relación de su vida y pecados, lo mejor que pudo y supo, y pidióle que lo comunicase despacio con el maestro Daza, para que ambos la dijesen lo que había de hacer.

Quedó esperando la respuesta: con harto temor y fatiga trataron los dos este negocio entre sí, juntando los gustos que en la oración recibía con las imperfecciones y faltas que ella según su parecer publicaba de sí; no se persuadían á que era Dios quien le hacía estas mercedes, pareciéndoles imposible entre tantas imperfecciones tanta dulzura y regalo: y á la verdad no cayeron en la cuenta de la condición é ingenio de Dios, que como es médico visita alegremente á su enfermo; y como su trato es causa de mejoría y de vida, mejora á los suyos, entrándose por sus puertas, y haciéndoles particulares mercedes antes de merecerlas. No consideraban que en tierras fértiles y bien labradas, cuando las lluvias del cielo las riegan á sus tiempos, suelen con el trigo y buena semilla á veces nacer y crecer la mala y desaprovechada yerba, así como entre espinas las flores; y que no impedían tantas influencias y regalos del cielo, que sobre aquella alma santa venían, las imperfecciones y faltas ligeras y nacidas de flaqueza, y contra la voluntad del hortelano. En fin se resolvieron á todo su parecer de entrambos en que era demonio, y así se lo dijeron.

Fuéle esta respuesta causa de un gran temor y pena, como se podrá creer lo sería á una doncella que en vez del rey, con quien esperaba desposarse, hállase un esclavo de baja condición y suerte. No sabía con esto qué hacerse: todo era llorar, sin saber adónde volverse. Crecía con estas nuevas más el temor en ella, y la perplejidad de lo que le convenía; porque su indignidad, cuanto era mayor á su parecer, le causaba más miedo. La luz de Dios, al tiempo que gozaba de ella, le aseguraba y daba gran confianza. No osaba fiarse de sí, y si pedía consejo no se lo sabían dar, porque no la entendían. Pensaba si dejaría la oración: parecíala que era dejar su remedio y vida el dejar de proseguir adelante en ella, y con aque-

lla sospecha no estaba ya en su mano, porque la presencia que Dios le hacía en volviéndose á él, la suspendía y traía á sí mismo con grandísima fuerza. Padecía de esta suerte la santa peleando en ella, por una parte la humildad, el temor y crédito que daba á sus padres espirituales, y por la otra la luz de Dios, y su fuerza, y el provecho y bien de su alma. Porque no sólo sabía que le iba la vida de ella en no dejar la oración, mas experimentaba que con la que tenía se aprovechaba cada día más y crecía; pues estando en medio de estas aflicciones, como un día leyese en un libro que es Dios fiel, y que nunca á los que le aman consentirá ser engañados del demonio, consolóse mucho, pareciéndole que ella tenía puesta en sólo él su esperanza, y que le deseaba amar y contentar de veras. Tomó por medio buscar otros nuevos maestros, porque verdaderamente á esto se ordenaba el permitir Dios que algunos no acertasen en su cura, para que por aquel camino buscase maestros de espíritu, más experimentados en aquel arte; por cuyo medio fuese más conocida su virtud, y se mejorase más, y perficionase su vida.

---





## CAPÍTULO XI

Trata la santa madre Teresa de Jesús con los padres de la compañía; ellos conocen y aprueban su espíritu. Háblala nuestro Señor Jesucristo, muda su vida, y comienza de nuevo á haer grande penitencia.

**D**ESPUÉS de tantos años de enfermedades tan agudas y graves como habemos contado que la bienaventurada virgen Teresa de Jesús padeció, y casi de veinte años de sequedades, ausencias de Dios y otras tentaciones y trabajos interiores de mil maneras, ¿quién no dijera que habían ya de ser los gozos y mercedes cumplidas? ¿Quién no esperara el puerto después de tanta tormenta, y un estado de tranquilidad y bonanza por remate de tantos trabajos? No fuera mucho que esperara esto quien sabe poco de la condición y trazas de Dios, que suele en esta vida pagar trabajos menores con mayores, y á los pequeños suceder los grandes; y cuanto el alma está dispuesta, tanto más carga la mano, pareciéndole que en ninguna cosa puede ser más liberal ni bueno para sus amigos, que en darles trabajos en premio de servicios. Así lo hizo con nuestra santa, porque como veía en ella aquel amor tan encendido, aquellos deseos tan fuertes, aquella determinación tan grande, y el ánimo casi invencible para padecer, llenábale

Dios estos vacíos con mil maneras de trabajos y no sé cual daba para cual; si los trabajos para disponerla para mayores mercedes, ó las mercedes para mayores trabajos.

Grandes eran de los que la santa virgen se veía en este tiempo rodeada con aquella perplejidad y duda de si era Dios ó demonio el que con ella trataba tan amigablemente; pues como acordase de buscar nuevos maestros y pilotos que gobernasen su alma, supo como en aquel tiempo habían fundado en aquel lugar los padres de la compañía de Jesús, y había mucha fama de su religiosa vida, y del provecho que hacían en las almas, y que era gente que tenía trato y ejercicio de oración. Persuadióla aquel caballero que habemos dicho los llamase, y se comunicase con alguno de ellos, dándole noticia entera de su vida y conciencia: que aunque este caballero tenía para sí ser demonio, no por eso la desamparaba ni dejaba de visitar; antes movido á piedad, imaginando que algún espíritu malo trabajaba por engañarla con envidia de su bondad y virtud, se desvelaba él por ayudarla, no sólo para sí, sino por otros. El que había dado el consejo puso también los medios, y negoció con un padre de la compañía que la confesase y tratase.

Determinóse la santa de hacer una confesión general con él, y así comenzó á poner por escrito todo el discurso de su vida, sin dejar nada de decir ni de sus males ni de sus bienes: y á su parecer después de escrito este papel, y hecha y sumada la cuenta de los años de vida que hasta allí había gastado, halló tantas faltas que la dieron grandísima aflicción y fatiga; pues como tratase con este padre, sin esconderle cosa alguna de toda su vida y alma, fué el Señor servido, que como sabio médico, luego que le tomó el pulso, conoció que era buen espíritu el que andaba y vivía en ella; y profetizó lo que fué después, diciendo que la escogía Dios para por su medio ganar las almas de muchos: y así lo primero que hizo fué asegurarla, y como experimentado maestro, después la fué gobernando por los pasos más ciertos, y que más le convenían; porque como había comenzado el camino sin guía, andaba muy en los fines, no habiendo experimentado algunos principios. Enseñóla á mortificarse, dejando muchas cosas que le podían ser de gusto y entretenimiento, y á quitar de sí todo lo demasiado y superfluo, y aun lo lícito no

necesario, y á ejercitarse en cosas de aspereza y penitencia, cuanto sus enfermedades le diesen lugar. Aconsejóla que resistiese cuanto fuese posible aquella suspensión y encogimiento de espíritu que sentía en su alma, forzando el entendimiento á que hiciese pie en alguna consideración provechosa, y señaladamente en la humanidad de Cristo nuestro Señor, la cual aconsejó que tuviese delante, para que la meditase y amase, que es la puerta cierta y el camino único y derecho por donde trae Dios á sí las almas: y es cierto que el que por esta estrecha senda de la vida de Jesucristo, tomándole por espejo y dechado de la suya, que al cabo de la jornada, pensando que ha caminado, se hallará en los principios. Aquí había puesto la santa virgen sus pies, desde que comenzó el trato y ejercicio de la oración; pero como ya Dios le había dado alas, levantábase en la contemplación de lo corporal á lo espiritual, y de lo terreno á lo celestial, de lo humano á lo divino, sin estar más en su mano; porque la del Altísimo era la que le daba estas alas, y levantaba en alto. Obedeció la santa alegremente, cuanto fué de su parte, á lo que su confesor mandaba; pero en resistir al movimiento y vuelo que en su espíritu causaba Dios, como no estaba en su mano el procurararlo, tampoco estaba el resistirlo.

Dejó esta confesión su alma con notable mejoría, y dentro de dos meses, como ella se iba disponiendo y obrando lo que el confesor le había dicho, crecieron más las mercedes de Dios y sus virtudes, lo cual ella cuenta más en particular por estas palabras (*Vida*, cap. XXIV): «Quedó mi alma de esta »confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa á que »no me dispusiera, y así comencé á hacer mudanza en mu- »chas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes pare- »cía hacer poco caso de todo; y esto me movía más, porque »lo llevaba por modo de amar á Dios, y como dejaba libertad, »y no premio, si yo no me lo pusiese por amor. Estuve así »casi dos meses haciendo todo mi poder en resistir los rega- »los y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior veíase la mu- »danza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para »pasar por algunas cosas que decían personas que me cono- »cían pareciéndoles extremos, y aun en la misma casa: y de »lo que antes hacía, razón tenían que era extremo: mas de lo »que era obligada al hábito y profesión que hacía, quedaba

»corta.» Y más abajo dice: «El Señor, cuanto más yo resistía, »traía más cuidado de hacerme mercedes, y á señalarse mucho »más que solía en estos dos meses, para que yo mejor enten- »diese que no era más en mi mano. Comencé á tomar de »nuevo amor á la sacratísima humanidad, comenzóse á asen- »tar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y afi- »cionarme á más penitencia, de que yo estaba descuidada, »por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón »santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían »dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo »no hacía penitencia, me la quería dar su Majestad. Mandá- »bame hacer algunas mortificaciones, no muy sabrosas para »mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el »Señor, y dábale gracias, para que me lo mandase, de manera »que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera »ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera »que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta »que me lo quitaba.»

Á cabo de estos dos meses que la santa había andado con tanto cuidado, acaeció venir á Ávila el padre Francisco de Borja, general que era de la compañía, el cual habiendo sido duque de Gandía, y dejando su estado, y poniendo debajo de los pies lo demás que el mundo aprecia y estima, se había entrado en la compañía de Jesús. Era hombre de grandes partes y espíritu. Procuró su confesor, como era de la misma orden, que el padre Francisco la viese y tratase: y después que la hubo visto y comunicado, le dijo que era espíritu de Dios, y que le parecía no era bien resistirle más. Echó luego de ver este varón tan excelente esta era obra grande de Dios, y así la consoló mucho y esforzó, aconsejándola comenzase siempre su oración meditando en algún paso de la pasión de Cristo; mas que si el Señor la suspendiese, se dejase llevar de él, sin hacer más resistencia. Como bien experimentado, dióle medicina y consejo, y quedó su alma de nuestra santa con mucha satisfacción y contento de tan alegres nuevas, procurando siempre de allí adelante alargar cada día más el paso en el bien, y apartarse de aquello que lo estorbaba.

Crecían los fervores, y con ellos el odio grande de sí mesma, y deseo de hacer grandes penitencias, y crucificar y castigar su carne sin duelo, que esta es la condición y propiedad del

amor de Dios, que luego hace guerra á fuego y á sangre al amor del propio cuerpo, y no descansa hasta verse vengado de este capital enemigo. Así se experimentó en esta santa virgen, porque después que el Señor comenzó tan de veras á perfeccionar su alma, y encender en ella aquellos vivos y encendidos deseos de su amor, resultó luego una grande luz de lo mucho que á Dios debía, y del propio conocimiento de sus pecados, y tras de ella una gran sed de padecer y derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ella. Pues como no se le cumpliesen estos deseos determinó de encruelcerse y volverse contra sí misma, haciéndose verdugo de su cuerpo, declarándose por enemiga suya, y pregonando guerra contra él, martirizándolo y afligiéndolo en cuanto le fuese posible; y porque las enfermedades grandes y achaques continuos que padecía parece la tenían atada para hacer tanta penitencia como ella quisiera varonilmente, y con particular luz del cielo, se resolvió á no hacer caso de ella, y hacer penitencia, como ella escribe en su vida, por estas palabras (cap. XIII): « Cuando el demonio ve un poco de temor, no quiere él más, para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud: hasta el tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné á no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada, y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: Poco va en que me muera: sí, el descanso; no he ya menester descanso, sino cruz.»

Con esta determinación puso los ojos en Dios, y las manos tan fuertemente en el castigo de su cuerpo, que mostraba bien el aborrecimiento que le tenía; porque luego se vistió de un silicio de hoja de lata, hecho y agujereado á modo de rallo, con que afligía y atormentaba la carne, dejándola toda llagada. Tomaba disciplinas muy ordinarias, y muy rigurosas, unas veces con ortigas, otras (y esto era lo más común) con unas llaves, hasta venírsele á hacer llagas, de las cuales manaba y corría mucha materia; pero la medicina con que las curaba era renovarlas con nuevos golpes y azotes, to-

mando por cura la causa de la herida; y cómo la que estaba encarnizada en sí misma, y cebada con el gusto del que hacía á Dios con este sacrificio de su cuerpo, buscaba mil modos como darle más aflicción y tormento; y así una vez juntó muchas zarzas, y desnudando su cuerpo comenzó á entrar y revolverse entre ellas, como si fuera en alguna regalada cama, acordándose de la que Cristo había tenido en la cruz, haciéndosele con esta consideración las espinas rosas; porque cuando á los siervos de Dios les fatiga la hambre, y les da pena el manjar desabrido, y les muerde la vestidura áspera, y les quebranta la cama dura, y les aflige cualquiera otra manera de penitencia y aspereza, por muy grave que sea, todo se les hace dulce y sabroso, viendo lo que voluntariamente Jesucristo su Señor, su Padre y su Rey, padeció por su amor. Tales pensamientos y tales consideraciones eran unos como estímulos y despertadores que en la santa virgen despertaban unos deseos tan grandes de penitencia, que quisiera despedazar su cuerpo si Dios le diera licencia para ello; y hallaba tan gran gusto en esto, que decía que tomaba aquellos rigores de penitencia para descansar de la gran fuerza que interiormente le hacía el amor de Dios. Esta era la penitencia exterior; pero la interior, que era la contrición y dolor grande de haber ofendido á Dios, era sin comparación mucho mayor, como declaran bien sus continuas lágrimas y suspiros, las cuales fueron en tanto exceso que la pusieron á peligro de perder la vista.

Mas no era tanta la priesa que ella tenía en disponerse, cuanta era la diligencia de Dios no sólo en ayudarla y regalarla secretamente, mas también en mostrarle descubiertamente cuanto la amaba, que parece no sufría ya este celestial Esposo tantos deseos y clamores de su esposa sin descubrirsele, y hablarle á la clara; pero esperaba que ella acabase de vaciarse de todas las cosas de la tierra, que por ligeras que sean impiden y ocupan el lugar en el alma donde es la morada de Dios: y así fué que pocos días después que habló con el padre Francisco de Borja, se fué de Ávila su confesor primero, que era el que la había enderezado y asegurado al principio, y hubo de tomar otro de la misma religión, que no fué menos prudente y sabio que el pasado.

Este comenzó á gobernar su alma con gran suavidad y

blandura, púsola en mayor perfección, diciéndole que para contentar del todo á Dios ninguna cosa había de dejar de hacer. Trató de quitarla algunas amistades que tenía, que aunque buenas, pero había alguna demasía en amar. Esto sentía ella mucho, porque como sabía no era ofensa ninguna de Dios, le parecía gran ingratitud dejar á quien la quería, cosa en que ella tanto remaba contra su natural inclinación: él le dijo lo encomendase mucho al Señor por algunos días, y estando una vez en oración suplicándole le ayudase á contentarle en todo, vinole un arrobamiento tan grande que la sacó de sí: y estando en esta enagenación de los sentidos, díjole su Majestad estas palabras: «Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles.» Fué esta la primera vez que tuvo arrobamiento, y que nuestro Señor la comenzó á hablar tiernamente en su alma. Este es un lenguaje secreto de que Dios usa con los que tiene por suyos, y unas palabras, que aunque de ordinario no se perciben con los oídos, mas percíbense en el espíritu, tan formadas, distintas y claras, que no puede dudar de ellas, ni olvidarlas en muchos días el que las oye, de que hay muchas diferencias, que declara altamente nuestra santa en los libros de su vida (capítulo XXV.)

Hablóle pues Dios esta primera vez, y fué bien suya la palabra: porque como su decir es hacer, así le borró con ella del alma todas las aficiones del mundo, que con sólo esto halló luego en sí lo que deseaba ver hecho, y lo que procurando hacer hallaba casi imposible. Estos efectos causó en su alma aquella palabra tan poderosa, como la santa confiesa en su libro, diciendo así (*Vida*, cap. XXIV): «Ello se ha cumplido »bien, que nunca más yo he podido sentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular, sino á personas que entiendo le tienen á Dios, y le procuran servir, ni ha sido en »mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos, sino entiendo esto, ó es persona que trata de oración, esme cruz »penosa tratar con nadie: esto es así á todo mi parecer, sin »ninguna falta. Desde aquel día yo quedé tan animosa para »dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel »momento (que no me parece fué más) dejar otra á su sierva. »Así que no fué menester mandármelo más, que como me »veía el confesor tan asida en esto, no había osado determi-

»nadamente decir que lo hiciese. Debía aguardar á que el Se-  
»ñor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque  
»ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me  
»daba, que como cosa que me parecía no era inconveniente,  
»lo dejaba, y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para po-  
»nerlo por obra.»

---



## CAPÍTULO XII

Cómo fueron creciendo estas hablas y mercedes de Dios, y de los grandes temores y trabajos que pasó en este tiempo la santa virgen

**D**ESPUÉS de esta primera habla que la santa madre tuvo de Dios, como si su alma fuera criada de nuevo, por la palabra de aquel que con ella cría y renueva las cosas, comenzó á vivir nueva vida, y á estar en el mundo cuanto al trato é inclinaciones como si en él no estuviera, y á tener como ajenas y extrañas de sí todas las cosas que no eran Dios ó no se encaminaban á él. No parece sino que con esta palabra le dijeron lo que á la Esposa (Cánt. II): «Levántate y apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, que ya pasó el invierno.» Con las cuales palabras el Esposo la llama y convida á tratar consigo en la soledad de los campos. De la misma manera con aquella habla la apresuró Dios, y la sacó y desasió de todo aquesto visible, y en medio del mundo la puso consigo solo, convirtiéndole en desierto y soledad lo interior de su alma, y haciendo allí su Majestad una compañía dulcísima.

De allí adelante desde aquel día, de ordinario la visitaba el Señor con semejantes hablas, unas veces regalándola, y otras

avisándola de lo que á su servicio y voluntad cumplía, con un trato tan amoroso que pudiera espantar, si el suceso de él no nos declarara lo que allí Dios pretendía para la salud suya, y de otras almas; pero como siempre andan como hermanadas la cruz y las mercedes de Dios, y siempre junta con sus favores algún trabajo (porque nuestro natural lo pide así, que se desvanece de presto) estas hablas y regalos la pusieron en nuevo y grandísimo aprieto; porque como ella no callase nada á su confesor, y él comenzase á dudar y temer, tratólo con otras personas, y mandóle que ella lo hiciese también de su parte. Habiendo dado cuenta, por medio de aquel caballero, á cinco ó seis personas de lo que en ella pasaba, confiriendo entre sí unos con otros el caso, y tratando de su remedio, todos sintieron mal de él, y se determinaron que era demonio, y no Dios, el que así le hablaba. Esto mismo sentía también su confesor, y así la encargaron todos no comulgase á menudo, y que procurase distraerse de modo que no tuviese soledad.

Los motivos, entre otros que tuvieron para sentir mal de su espíritu, fueron ver tanto crecimiento, y tan de repente, como si Dios tuviese más regla en sus mercedes que su voluntad, ó como si la santa no hubiera pasado veinte años de grandes sequedades y trabajos; pero lo que principalmente les hacía fuerza, era que en aquella ciudad había una persona tenida por grande sierva de Dios, que se llamaba Mari Díaz, y ésta no tenía hablas ni arrobamientos: como si para Dios no hubiera más que un camino, ó el de la santa fuera tan nuevo que no hubiesen caminado por él infinitos santos. En fin, con estas razones se engañaron; y permitía el Señor que se engañasen, para ejercitar y perfeccionar más la obediencia y humildad de su sierva; porque sintiendo ellos que era el demonio (aunque la luz que ella sentía, y el provecho que veía al ojo en su alma, la aseguraban), la autoridad y los de tantos siervos de Dios, y la desestima tan grande que tenía de sí, le hacían creer esto mismo, y la opinión de ellos, por ser tan reconocida y humilde, se le pegaba también á ella, y así comenzó á temerse á sí misma, y á procurar no estar sola, temiendo era algún demonio.

En este tiempo fué cuando el Señor quiso comenzar de veras á probar á su sierva con muchos trabajos interiores y

exteriores, los cuales se ordenaban para purificar más su alma, y para que más íntimamente se juntase con él. Contaremos aquí algunos de los muchos que padeció, que no es nuevo que las almas que gozan de veras de cosas del cielo vivan con muchos trabajos en la tierra. Comenzando de los menores, fué una gran grita de las personas con quien trataba, y aun de las que no trataba, sino que en su vida parece no se habían de acordar de ella, diciendo se hacía santa, y que eran aquellos extremos para engañar al mundo, y para hacer á los otros ruines, siendo mejores cristianos que ella sin esas ceremonias y novedades. Tales son los nombres que el mundo pone á lo que es cristiandad y perfección, llamando ceremonias á las obligaciones propias del estado, y estando él lleno de ellas, abomina y reprueba con este nombre todo lo que es virtud y santidad. Con el mismo engaño juzga por novedades lo que suele ser tan viejo y tan antiguo en las religiones, que no se puede tener en pie.

Con estos dichos andaba ya la santa en la opinión de muchos de fuera como afrentada y notada; porque comunicándose de unas personas á otras como cosa nueva el secreto, se comenzó de mano en mano á extender y publicar entre muchos. Unos la avisaban con miedo, otros huían de ella, y otros que le habían lástima sospechaban mal de su vida pasada, y veniales al pensamiento sería por dicha castigo de algunos grandes pecados secretos.

Finalmente, con la imaginación de que tenía demonio, se les figuraba que ella misma lo era. Los que tenía por amigos se apartaban ya de ella, y estos eran los que le daban mayor bocado, que era lo que ella, como tan fiel y agradecida, sentía más. Decíanla que iba su alma perdida, y notablemente engañada: que eran embustes é invenciones del demonio, y había de venir á ser como aquella ó la otra persona que se perdió, y fué ocasión de que cayese la virtud, y que traía engañados los confesores. Con estas y otras mil maneras de moñas y dichos la afligían y atormentaban.

No le faltaban en este tiempo grandes enfermedades, que no era de los menores trabajos exteriores: porque la apretaban á veces algunos dolores tan recios y agudos, que la descomponían lo interior y exterior, y ponían de tal manera el alma que no sabía que hacer de sí: y entonces le parecía to-

mara de mejor gana cualquiera martirio que de presto pasase, que estos dolores tan continuos y fuertes. Aunque no fué sólo este el tiempo que estas enfermedades y dolores apretaron á la santa, porque la duraron por toda la vida, como ella misma confiesa de sí (aunque callando el nombre) en las Moradas, por estas palabras: «Yo sé de una persona que desde que comenzó nuestro Señor á hacerle estas mercedes, que há cuarenta años, no puede decir con verdad ha estado un día sin tener dolores, y otras maneras de padecer con enfermedades sin otros grandes trabajos.» Estos eran los que exteriormente en estos tiempos padecía, y eran los menores, porque los interiores eran los que para ella merecían este nombre de trabajos. El primero era el gran tormento que le daba encontrarse con algunos confesores tan tímidos y poco experimentados que ninguna cosa tienen por segura; todo lo temen, y en todo ponen duda, y como ven cosas extraordinarias, se espantan y átemorizan con demasía, en especial cuando en ella veían ó sentían alguna imperfección: luego era el condenarla á demonio, ó melancolía, como si hubiesen de ser ángeles á los que Dios hace estas mercedes; y como la santa andaba con el mesmo temor cuando iba al confesor, para que como piedra de toque examinase y discerniese su espíritu, no podía dejar de recibir tormento y turbación grandísima.

Son trabajos estos casi insoportables para almas que desean ir por un camino llano y seguro, y contentar en todo á Dios: principalmente que tras estos sucedían en su alma unas sequedades, que parece que jamás se había acordado de Dios, ni se había de acordar que había Dios para ella. Sobre todo esto cuando venía el parecerle que no sabía informar al confesor, que le debía de traer engañado, aquí era el padecer de veras; que aunque le había descubierto hasta los primeros movimientos, sin esconderle ninguno, le aprovechaba poco; porque permitía el Señor que estuviese su entendimiento tan oscuro, que no estaba por entonces dispuesto para entender la verdad.

En estas tinieblas también se escondía el demonio, y añadía á sus penas otras mayores representándole mil desatinos, como que estaba apartada y reprobada de Dios, y esto con una apretura interior é intolerable, que con ninguna cosa se puede mejor comparar que con lo que padecen los condena-

dos en el infierno. Ningún consuelo hallaba en esta tempestad tan grande, porque la gracia estaba tan escondida que ni aun una centella muy pequeña de ella no veía, ni aun le parecía la había tenido jamás; porque los bienes que hasta aquí había hecho, y las mercedes que del Señor había recibido, todo le parecía sueño y antojo: solamente veía la multitud de sus pecados y faltas para acrecentar más su muerte. Ponía Dios á ratos su alma en tan grande desamparo, que ni del cielo le venían sino desfavores y lanzas, como si Dios le tuviera vueltas las espaldas, ó ella fuera alguna enemiga suya: y de la tierra no era más ofrecerle deleites ó consuelos, que si á los condenados del infierno se los pusiesen delante, que más les servirían de tormento que alivio; porque la pena, como venía de arriba, no se podía quitar con los remedios que estaban abajo en la tierra. Que como cuando Dios consuella á un alma, ninguna cosa es tan poderosa para desconsolarla (como se veía en la alegría y contento de que gozaban los mártires en medio de las mayores persecuciones), así cuando Dios desconsuela, todo el mundo no basta para dar contentó. Si se quería aprovechar de rezar, era para su consuelo como si no rezase, ni aun entendía lo que rezaba, ni ella misma á sí, y esto era aun en las oraciones vocales, que para la mental no era tiempo, porque no tenía las potencias dispuestas para esto: antes le causaba mayor daño la soledad, que era otro tormento de por sí: por otra parte, no sufría ni podía estar con nadie, ni menos que la hablasen; y así, aunque se esforzaba mucho, andaba con una desgana y desabrimiento, que se echa fácilmente de ver la pena que la aquejaba. Solía tomar por remedio, no para que se quitase, que ya veía que para esto no había ninguno, sino para que se pudiese mejor sufrir, entender en obras de caridad exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que no desampara á los que en él confían.

Estos trabajos y agonías le duraron dos años, aunque no siempre en un ser ni de una misma manera. Es ordinario este camino de sequedad y tinieblas en los grandes santos, y el más trabajoso y terrible que hay para los que tratan con Dios: que como se les esconde dentro de su alma, y está metido como en una nube y tiniebla oscura, y por otra parte les quita el discurso del entendimiento, y el gusto y deleite de la

voluntad, paréceles que quedan en un desierto y soledad grandísima, y á escuras sin Dios, como sea verdad que entonces está más presente, aunque más escondido, labrando desde estas tinieblas donde está metido, al alma, y purgándola de las imperfecciones, para hacerla digna de sí. El bienaventurado San Francisco estuvo así dos años (como su historia cuenta), y á veces se sentía tan fatigado y disgustado que no permitía que fraile ninguno le hablase: y es cierto que la mayor cruz que los santos sienten es esta soledad, tinieblas y desamparo de Dios: que pues al mismo Cristo nuestro Redentor le hizo tanta impresión, que no quejándose de su cruz, clavos, dolores ni llagas de que estaba lleno desde los pies á la cabeza, se queja al Padre Eterno de este desamparo, no es mucho que los santos lo sientan, y con él se aflijan, turben y quejen.

Y aunque su confesor de la santa entendía también era demonio, nunca la desamparó, sino antes la animaba diciendo que, aunque fuese demonio, no ofendiendo ella á Dios no le podía hacer daño. Que tomase por remedio el dejar las suspensiones que tenía, y pidiese á Dios la llevase por otro camino.

---



### CAPÍTULO XIII

En medio de estos trabajos habla nuestro Señor á la santa madre, y la asegura y quieta. Muéstrasele Cristo nuestro Redentor con visiones continuas y admirables, y de las muchas aficciones que por esta causa padeció.

**Q**UIÉN sacará de las manos de Dios las almas que él ama? ¿Ó quién torcerá los caminos que él endereza? Obedecía la santa fielmente, y por no perder á Dios huía cuanto podía las ocasiones de sus hablas, y vencía á su mismo juicio y sentido, por seguir con humildad lo que el confesor la decía, y con eso mismo se hacía más hermosa en los ojos de Dios, y le traía más á sí: y enamorado y vencido de su humildad y obediencia, mientras más ella huía más la buscaba, y si excusaba el oratorio por no hallarse con él, él venía á hablar con ella en los claustros y lugares comunes: si no se recogía por no sentir sus palabras, en medio de la conversación súbitamente la arrebatava hacia sí, y hablaba dulcísísimamente.

Con esto, y con lo que los confesores la decían, andava como espantada y turbada, hasta que nuestro Señor la aseguró, como ella misma cuenta, por estas palabras, en que se echa de ver el trabajo que la bienaventurada pasó, y la larga

confianza que en nuestro Señor tenía. «Á mí, dice, ningún  
»consuelo me bastaba cuando pensaba que tantas veces me  
»había de hablar el demonio; porque cuando no tomaba ho-  
»ras de soledad para oración, en conversación me hacía el  
»Señor recoger, y sin poderlo yo excusar, me decía lo que él  
»era servido, aunque me pesaba lo había de oír.

»Pues estándome sola sin tener una persona en quien poder  
»descansar, ni podía rezar ni leer, sino como persona espan-  
»tada de tanta tribulación, y temor de si me había de engañar  
»el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer  
»de mí (en esta aflicción me ví algunas y aun muchas veces,  
»aunque no me parece ninguna en tanto extremo) estuve así  
»cuatro ó cinco horas, que consuelo del cielo ni de la tierra  
»no le había para mí, sino que me dejó el Señor padecer te-  
»miendo mil peligros.

»¡Oh Señor mío! como sois vos el amigo verdadero, y como  
»poderoso cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si  
»os quieren. Alábenos todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh  
»quien diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros  
»amigos! Todas las cosas faltan; vos, Señor de todas ellas,  
»nunca faltáis.» Y más abajo vuelve á decir: «Fáltame todo,  
»Señor mío; mas si vos no me desamparáis, no os faltaré yo  
»á vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíguenme  
»todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios: no me  
»faltéis vos, Señor, que yo tengo experiencia de la ganancia  
»con que sacáis á quien en sólo vos confía.

»Pues estando en esta tan grande fatiga (aun entonces no  
»había comenzado á tener ninguna visión) solas estas pala-  
»bras bastaron para quitármela, y quietarme del todo: No  
»hayas miedo, hija, quo yo soy; no te desampararé, no temas.  
»Páreceme á mí, según estaba, que eran menester para per-  
»suadirme á que me sosegase muchas horas, y que no bastara  
»nadie, heme aquí con solas estas palabras sosegada, con for-  
»taleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que  
»en un punto ví mi alma hecha otra, y me parece que con  
»todo el mundo disputara que era Dios.»

Demás de la mucha seguridad que causó en su alma aque-  
lla habla del Señor que tanto la aseguraba, fué una gran mer-  
ced la que entonces Dios la hizo en darla aquella libertad y  
ánimo contra los demonios; porque andar un alma que de

veras sirve á Dios, temerosa de algo, sino de ofenderle, es grandísimo inconveniente, porque es hacerle agravio al Señor tan grande y poderoso, á quien sirve, temer á otro que á él.

De ahí adelante, desasida ya con estas mercedes de Dios, de todas las cosas de la tierra, y dejada toda al gobierno suyo, y fortalecida con estos favores, iba por el camino de la vida espiritual, con la prosperidad y ligereza que suele una nao con viento en popa y bonanza, que todo cuanto hay la ayuda á correr; y el Señor iba cada día acrecentando las mercedes, hablándola de muchas maneras; unas veces le representaba sus faltas, con tan claro conocimiento, que le parecía se veía su alma en el juicio de Dios; otras, le avisaba de algunos peligros suyos y de otras personas; y otras, le revelaba cosas por venir muchos años antes que sucediesen, como en su lugar se dirá; y finalmente otras, le enseñaba verdades altísimas, con que iba siempre medrando y mejorando su alma.

Pero no mucho después de tan gran prosperidad, le vinieron nuevos miedos, con nuevas y mayores mercedes: porque estando un día del glorioso San Pedro en oración, vió cabe sí (ó por mejor decir) sintió á nuestro Señor Jesucristo, y veía que su Majestad era el que la hablaba, no porque le viese con los ojos corporales, ni menos con visión imaginaria, sino porque el mismo Señor le daba á entender que estaba allí, pero sin mostrársele, y esto era tan cierto que no la dejaba ninguna duda de ello; sentía claramente estar á su lado derecho, y que era testigo de todo lo que hacía, y ninguna vez que no estaba muy divertida, podía dudar que estaba junto á sí; y como no era visión imaginaria, no lo sabía dar á entender, porque esto es un negocio muy intelectual, y pasa muy en lo interior del alma, donde el demonio no puede entrar; y por esa misma razón (como los santos afirman) son muy ciertas, y de menos sospecha y engaño estas visiones de otras, y hácese con mucha luz espiritual, con la cual recoge Dios á lo interior al alma, y le infunde una noticia más clara que el sol de lo que quiere representar, sin medio de figuras ni de sentidos.

Fue esta lá primera visión que ella entendiese que era de Dios, porque aunque al principio (como arriba dijimos) vió á Cristo en la columna, no la tuvo por visión suya, ignorante de que pudiesen pasar semejantes cosas. Ahora también con

esta novedad, se vió todo turbada, y le causó al principio grande temor; no hacía sino llorar, aunque en diciéndole el Señor una sola palabra, quedaba quieta con regalo y sin temor alguno. Dijolo luego á su confesor, á quien hizo este caso no menos novedad que á la santa, y queriendo examinarlo, la preguntó que en qué forma veía á Cristo, y ella dijo que no le veía; y diciendole que cómo sabía que era Cristo si no le veía, respondió la madre que no podía dejar de entender que estaba cabe sí, porque le veía y sentía con más claridad que si le viera con los ojos corporales: pues como otra vez le preguntase el confesor ¿quién dijo era Jesucristo? Él me lo dijo, respondió la santa, muchas veces, mas antes que me lo dijese se imprimió en mi entendimiento que era él. Que así como en el cielo ven agora las almas de los bienaventurados á Cristo, sin que para esto tengan necesidad de los ojos del cuerpo, ó de la imaginación, así pasa en su manera en estas espirituales visiones que Dios representa al alma, dándole tan cierta noticia de si como si le viese con los ojos del cuerpo.

Pasó algunos días, y casi cerca de un año, con esta visión muy contenta, porque una compañía tan buena y tan ordinaria no podía dejar de causarle mucho provecho. Estaba todo el día en oración, y vivía de suerte que en todo procuraba contentar al Señor que traía presente, y por testigo de su vida. Poco después vino su Majestad á mostrársele más al descubierto, y aunque no fué por los ojos del cuerpo, fué por visión imaginaria, que es un modo de ver en que Cristo se representa tan al vivo en la imaginación que por ella se percibe y ve tan claramente como con los ojos corporales; pero porque nuestro natural es flaco é incapaz de que por junto se nos muestre tan gran tesoro, y se le comuniquen tantos bienes y deleite de una vez, fuéle mostrando el Señor poco á poco; y así á pocos días que le hacía sombra, y rodeaba con su presencia intelectual, estando en oración le mostró solas las manos, con tan grande hermosura que no se puede encarecer, y desde allí á otros pocos se le descubrió aquel divino rostro, que del todo la dejó absorta y elevada, y no paró este divino Esposo hasta que un día de San Pablo se le representó toda su humanidad sacratísima, con aquella hermosura y majestad que había resucitado.

Causó en su alma esta merced increíble deleite y grandísi-

mo aprovechamiento, aunque al principio parece que ver cosa tan hermosa y sobrenatural la turbaba y sacaba de sí, porque aquella majestad tan grande y el poder juntamente de Dios se le representó al alma tan vivo, que con razón juzgaba cuán terrible sería, el día del juicio, ver la majestad de este rey con rigor y con la espada en la mano contra los malos, pues el verle glorioso ponía en el alma tanto temor y reverencia, que esto es propio de las visiones de Dios, que al principio y á la primera vista causan en el alma una cierta manera de horror y espanto, que se estremece el cuerpo y turba el alma, pero los dejos son de gusto y suavidad, como lo experimentó Daniel profeta (Dan., IV), y otros santos; al contrario de las del demonio que entra con suavidad, y acaba con sequedad, turbación y disgusto, como enseñaba aquel grande padre Antonio á sus monjes (D. Athanas, *in vita Antonii*).

Dejóle esta visión verdadera humildad, confusión y arrepentimiento de sus pecados, que aun con ver que Dios le mostraba amor, no sabía á dónde se meter; quedó también tan impresa aquella majestad y hermosura en su alma, que nunca la pudo olvidar, si no era cuando el Señor quería que padeciese una sequedad y soledad muy grande, de que adelante diremos.

Entre otros efectos que esta visión de Cristo dejó en su alma fué uno muy grande que ella cuenta por estas palabras (*Vida*, cap. XXXVII): «De ver á Cristo me quedó imprimida »su grandísima hermosura, y la tengo hoy día, porque para »esto basta sola una vez, cuanto más tantas como el Señor »me hace esta merced; quedé con un provecho grandísimo, »y fué éste: tenía una grandísima falta, de donde me vinieron »grandes daños, y era ésta: que como comenzaba á entender »que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia »me aficionaba tanto que me ataba en gran manera la memoria á pensar en él, aunque no era con intención de ofender »á Dios, mas holgábame de verle y pensar en él, y en las cosas buenas que le vía: era cosa tan dañosa que me traía el »alma harto perdida.

«Después que ví la gran hermosura del Señor, no vía á nadie que en su comparación me pareciera bien, ni me ocupase; que con poner los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en

»esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco  
»en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor  
»vía: ni hay saber ni manera de regalo que yo estime en nada  
»en comparación del que es oír una sola palabra dicha de  
»aquella divina obra, cuanto más tantas; y tengo yo por im-  
»posible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite  
»esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte que con  
»un poquito de tornarme á acordar de este Señor no quede  
»libre.» Y más abajo dice: «Comenzóme mucho mayor amor  
»y confianza de este Señor en viéndolo, como con quien te-  
»nía conversación tan continua: vía que aunque era Dios, que  
»era hombre; que no se espanta de las flaquezas de los hom-  
»bres; que entiende nuestra miserable compostura, sujeta á  
»muchas caídas por el primer pecado que él había venido á  
»reparar; puedo tratar como con amigo, aunque es Señor,  
»porque entiendo no es como los que acá tenemos por seño-  
»res, que todo el señorío ponen en autoridades postizas, ha  
»de haber horas de hablar, y señaladas personas que les ha-  
»blen, etc.» Dejó también esta visión su alma otra, siempre  
embebida en Dios; y parecíale que de nuevo se le comunica-  
ba en muy alto grado un vivo y muy encendido amor suyo.

No fué una vez sola la que el Señor le hizo esta merced, sino muchas, aunque no siempre con la misma claridad, majestad y resplandor, como la santa declara en su vida (capítulo XXVIII): «Unas veces, dice, era tan en confuso, que me  
»parecía imagen, no como los dibujos de acá, que por muy  
»perfectos que sean, que hartos he visto buenos, es disparate  
»pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna  
»manera, no más ni menos que la tiene una persona viva á su  
»retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan na-  
»tural, que en fin se ve que es cosa muerta: mas dejemos es-  
»tos, que aquí viene, y muy al pie de la letra; no digo bien  
»que es comparación que nunca son tan cabales, sino verdad,  
»que hay la diferencia que de lo vivo á lo pintado, no más ni  
»menos: porque si es imagen, es imagen viva; no hombre  
»muerto, sino Cristo vivo; y da á entender que es hombre y  
»Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él  
»después de resucitado; y viene á veces con tan gran majes-  
»tad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mismo  
»Señor, en especial en acabando de comulgar que ya sabemos

»que está allí, que nos lo dice la Fe; representase tan Señor  
 »de aquella posada, que parece toda deshecha el alma se ve  
 »consumir en Cristo.»

Tras estas mercedes y regalos, como tras de las demás, se siguieron las mismas perplejidades y trabajos; porque el confesor al principio pensó que era demonio, y así temió algún mal suceso; otro con quien se confesaba la santa en su ausencia, temió más, y se resolvió en ser demonio ó imaginación suya, y á ella también se le pegaban estos temores, porque aquella seguridad y prendas que de ordinario Dios la daba era servido de quitárselas algunas veces, para que más padeciese y se humillase su sierva.

Mas dióse el Señor tanta prisa á hacerle estas mercedes y favores y á declarar esta verdad, que presto se le quitó la duda de si era antojo (*Vida*, cap. XXVIII), porque, como ella cuenta: «si estuviera muchos años imaginando como figurar  
 »cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede á  
 »todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y  
 »resplandor; no es resplandor que deslumbre, sino una blan-  
 »cura suave, y el resplandor infuso que da deleite grandísimo  
 »á la vista, y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver  
 »esta hermosura tan divina; es una luz tan diferente de la de  
 »acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol  
 »que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se  
 »representa á la vista, que no se querrían abrir los ojos; es  
 »como ver una agua muy clara que corre sobre cristal, y re-  
 »verbera en ella el sol, á una muy turbia, y con gran nubla-  
 »do, y que corre por encima de la tierra: no porque se repre-  
 »senta sol, ni la luz es como la del sol, parece en fin luz  
 »natural, y esta otra cosa artificial; es luz que no tiene noche,  
 »sino que como siempre es luz no la turba nada; en fin es de  
 »suerte que por gran entendimiento que una persona tuviese,  
 »en todos los días de su vida podría imaginar cómo es: y pón-  
 »nela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para  
 »abrir los ojos si fuera menester abrirlos, mas no hace más  
 »estar abiertos que cerrados cuando el Señor quiere, que  
 »aunque no queramos se ve; no hay divertimiento que baste,  
 »ni hay poder resistir, ni basta diligencia, ni cuidado para  
 »ello.»

Estas y otras razones decía á sus confesores la santa, para

darles á entender no era imaginación suya: como eran que la hermosura y blancura de una mano era sobre toda nuestra imaginación: el suceder estas visiones sin acordarse de ellas, ni haberlas jamás pensado, y ver en un punto representarse cosas que en gran tiempo no pudieran concertarse en la imaginación, y así le parecía imposible que en ella lo fuese, dejado que no haría las grandes operaciones que en ella causaba; y decía que había la diferencia cuando es de nuestra imaginación á cuando es de Dios, que va de un hombre que es arrebatado en un instante de un profundo sueño, á otro que quisiese hacerse que dormía, y estuviese despierto por no le haber venido el sueño, que él como lo desea, si tiene necesidad y flaqueza en la cabeza, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y á las veces parece algo, mas si no es sueño de veras no le sustenta, ni da fuerza á la cabeza, antes acontece quedar más desvanecida; así es en parte acá, que cuando es la visión formada por la imaginación, queda el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y disgustada; mas cuando es de Dios no se puede encarecer la riqueza que queda en el alma, y aun el cuerpo queda con más salud y confortado. Demás de estas razones traía también la santa otras comparaciones, pero todo le aprovechaba poco para que sus confesores le diesen crédito: pero ella como ya estaba tan asegurada de Dios y tan enriquecida con sus dones, no bastara todo el mundo á hacerle entender que no era Dios: y así lo decía, certificaba y daba razones claras, que si los confesores no se cegaran, permitiéndolo así el Señor, fácilmente se pudieran persuadir, porque demás de las dichas (como ella cuenta en su libro) (*Vida*, cap. VII), les dijo un día lo siguiente: « Si los que me dicen esto me dijeran que »una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, »que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo »que había visto: mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho »amor, y que antes no tenía ninguna, y me vía rica siendo »pobre, que no podría creerlo aunque yo quisiese: y que estas »joyas las podría yo mostrar, porque todos los que me conocían vían claro estar otra mi alma, y así lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas,

»y no disimulada, sino muy con claridad lo podrían todos  
»ver; porque como antes era tan ruin, decía yo que no podía  
»creer que si el demonio hacía esto para engañarme y llevar-  
»me al infierno, tomase medio tan contrario, como era qui-  
»tarme los vicios y poner virtudes y fortaleza, porque vía claro  
»quedar con estas cosas en una vez otra.»

Estas razones decía también su confesor en defensa de la bienaventurada virgen, que ya parece la iba creyendo, y él sólo volvía por ella, y aunque él era muy discreto, letrado y santo, era tan humilde que no se fiaba de sí: esto también redundaba en mayor daño y trabajo de la santa, y él también los padeció grandes, y tuvo necesidad de aprovecharse de la virtud que tenía, para sufrir los dichos y murmuraciones de otros; porque unos le decían que se guardase de ella, no le engañase á él también el demonio, creyendo algo de lo que decía. Traíanle ejemplos de otras personas que habían padecido ellas grandes ilusiones, y daños los que las confesaban. Era también atormentada la santa por otro camino, porque algunos siervos de Dios que la trataban y no se aseguraban del camino que llevaba, como ella hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban en diferente sentido que ella las decía, y ellos le preguntaban otras, y ella respondía con llaneza y simplicidad, ya les parecía que los quería enseñar, que se tenía por sabia, y que era poca humildad, y así no teniendo esto por buena señal, lo condenaban todo; y lo que más sentía la santa era contradicciones de personas que claramente veía eran siervas de Dios.

Por este camino padeció tanto, que á no favorecerla mucho el Señor, fueran bastantes estas cosas (como ella dice) para perder el juicio (*Vida*, cap. XXVIII): «Algunas veces, dice, me vía en términos que no sabía que hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos á una mujer-cilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es este de los mayores. Plegue al Señor que no haya servido á Su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban y argüían bien cierta estoy.»

Antes que la santa comenzase á padecer tan recios encuentros, para que estuviese más prevenida para ellos, se los dió el Señor á entender por una visión maravillosa que tuvo luego

que Cristo se le comenzó á mostrar y descubrir á la clara, la cual me pareció poner aquí, como la santa lo refiere en su vida (cap. IX): «Vime estando en oración en un gran campo á solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras que me tenían rodeada; todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, otras estoques muy largos. En fin yo no podía salir por ninguna parte sin que me pudiese á peligro de muerte, y sola sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo y ví á Cristo (no en esta el cielo, no bien alto de mí en el aire) que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera que ya no temía toda la otra gente, ni ellos aunque querían me podían hacer daño.

»Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y poco después me ví casi en aquella batería y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma: dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro que cuando no se cata se ve enredada, á lo menos procuran todas estas cosas enredar más, amigos, parientes, y lo que más me espanta, personas muy buenas. De todo me ví después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía cómo me defender, ni qué hacer. ¡Oh váleme Dios, si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve, aun después de lo que atrás queda dicho, cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecución me parece de las que he pasado. Digo que me ví á veces por todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar á Dios. Acordábase de lo que había visto en esta visión. Hízome harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor (como me lo mostró) una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión.»

Estos trabajos duraron casi en este punto tres años, en que nuestro Señor la visitaba de ordinario con estas visiones y

presencia suya. Quiso el demonio con su astucia y maña contrahacer estas visiones, y así se le presentó tres ó cuatro veces, tomando la misma imagen y forma de Cristo; y aunque tomaba la forma de carne, mas no podía llegar aquel resplandor y gloria de sí que daba el mesmo Dios, y como el alma de la santa estaba acostumbrada á aquella luz y majestad que en Cristo veía, echó fácilmente de ver la que el demonio contrahacía. Que así como la persona de buen gusto, acostumbrada á un manjar de mucha dulzura y sustento, si le quisiesen poner otro en la boca que le pareciese en lo exterior, pero muy diferente en el gusto por ser muy desabrido y malo, fácilmente lo conocería y lanzaría luego de sí; así le acaecía á la santa, que al punto conoció la diferencia del espíritu malo, y luego su alma lo echaba y lanzaba de sí, porque sentía grande alboroto, desabrimiento y disgusto, y una inquietud, que esta sola bastara por testigo de que no era Dios.

---





## CAPÍTULO XIV

Por obedecer á sus confesores la bienaventurada virgen Teresa de Jesús resistía con extraordinario modo á estas mercedes de Dios, y cómo el Señor le hizo otras de nuevo, y en particular le apareció un serafín que con un dardo le sacaba el corazón.

**D**os años y medio continuó el Señor en mostrársele muy de ordinario por medio de estas visiones é imágenes, y casi siempre se le representaba resucitado, y de la misma manera le veía de ordinario en la hostia, y algunas veces que estaba la santa virgen en alguna tribulación ó trabajo, para consolarla le mostraba el Señor sus llagas; otras se le representaba llevando la cruz á cuestras, ó en el huerto, y algunas veces (aunque pocas) coronado de espinas, mas siempre la carne glorificada. Quedaba tan impresa en su memoria esta divina imagen, que hizo que Juan de la Peña, racionero de Salamanca, que era diestro en el pintar, y amigo suyo, le pintase un Cristo conforme á la figura que la santa había visto, y estaba ella delante, y le decía lo que había de hacer, y salió la imagen tal (que aunque la industria de todos los pintores no bastaba igualar ni con gran parte la hermosura de lo que en semejantes visiones se ve) nunca creo yo hizo él cosa que á esta se llegase.

Pues cuanto iba creciendo con estas mercedes en el amor,

y eran mayores las riquezas y tesoros que el Rey celestial depositaba en su alma, tanto crecían más las dudas y contradicciones de los que la confesaban. Tan cierto creían ya era demonio, que algunas personas la querían conjurar, y la santa no se atrevía á contradecirles, porque veía era peor, y antes se confirmaban más en su opinión, pareciéndoles era poca humildad que ella quisiese entender lo contrario de lo que ellos decían: pues como faltase el confesor ordinario de la compañía de Jesús, y fuese en su lugar otro, y le diese cuenta de lo que pasaba en su alma, comenzó el confesor á decir que claro era demonio; y así le mandó (ya que no había remedio de resistir) que siempre que viese alguna visión se santiguase, y le diese higas, y que tuviese por cierto era demonio, y que por estos medios Dios la guardaría. Terrible fué esta obediencia para la santa, porque las visiones eran tales, que ellas mismas aseguraban y daban testimonio de sí, demás de los muchos que ya tenía del mismo Dios, que tantas veces le había asegurado y dicho que era él quien así la favorecía y regalaba; y ya parece que de esto ella no podía dudar, como arriba habemos dicho.

Este mandato la puso en gran perplejidad, y en el mayor aprieto que en su vida tuvo; porque por una parte veía en su confesor á Dios, y parecíale que era el mismo Dios el que se lo mandaba, y que cuanto más repugnantes son á nuestro sentido las cosas de obediencia, tanto era de mayor merecimiento y fruto: por otra decía que si el confesor representaba á Dios, y por eso le había de obedecer y reverenciar, ¿cuánto más debía esto al mismo Dios, que ella veía y sentía claramente que la hablaba? Y si en esto tuviera duda, no fuera mucho rendir su juicio y cegar sus ojos á lo que el confesor le mandaba; pero que sabiendo ella con tanta certeza que era Jesucristo el que la visitaba y trataba, tenía por una obediencia intolerable haberse de santiguar cuando le viese como si fuera el demonio, y (lo que aun pensarlo le hacía horror) darle higas como á tal. Estas razones apretaban de una y otra parte su alma, y la traían affigidísima, y con gran perplejidad, y al fin se resolvió en seguir lo más cierto, que era el camino de la obediencia del confesor, cautivando su juicio todo cuanto ella pudo, se determinó de huir de Dios por Dios, y hacer lo que el confesor la mandaba, no haciendo

caso de su propio juicio y sentimiento más que si no fuese.

Mostró en esto la bienaventurada madre Teresa cuán asentada tenía en su alma esta virtud altísima de la obediencia, y cómo estaba cautiva de ella no sólo en la voluntad, sino también en el entendimiento, que suele ser obediencia de pocos. Mostró también cuánto más caso se debe hacer de los medios ordinarios que Dios tiene puestos en su Iglesia para salud de las almas, que de los extraordinarios, aunque sean suyos; porque siguiendo aquellos, sigue una á Dios, y por camino más cierto y seguro, sin peligro de errar ó caer; pero estos otros, por seguros que parezcan, están llenos de mil peligros y engaños. Con esta determinación que la santa había tomado, vivía con tanta pena, y así pedía al Señor la librase de ser engañada, y esto siempre lo hacía, y con hartas lágrimas; y lo mesmo pedía á los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo, en los cuales tenía mucha confianza la habían de ayudar, porque la primera vez que el Señor le apareció fué en su día, y entonces le dijo que ellos la guardarían que no fuese engañada; y así muchas veces veía á estos santos Apóstoles muy claramente al lado izquierdo de Cristo nuestro Redentor.

Con esta confianza obedecía al confesor, y le creía contra todo lo que á ella le parecía: y cuando Cristo se le apareció santiguábase, y dábale higas, y por no andarse santiguando tantas veces, tomó por costumbre traer una cruz en la mano. Las higas, aunque las daba, pero no tan de ordinario, porque le era penosísimo acordarse de las injurias que Cristo había recibido en su pasión. Suplicábale con gran humildad y lágrimas la perdonase, pues lo hacía por obedecer al que estaba en su lugar, y que no la culpase, pues eran los ministros que le tenía puestos en su iglesia, á los que ella obedecía. El Señor le respondió que hacía bien en obedecerlos, que él haría que se entendiese la verdad, como después la entendieron bien sus confesores, y se desengañaron, viendo claras muestras y señales de que era Dios, y con otros testimonios (como adelante diremos). Aprobó Cristo en esto su obediencia, aunque exteriormente era con señales de menosprecio suyo: y pudiendo su Majestad dar luz á los confesores para que conociesen que era él el que tan amorosamente se aparecía y regalaba á su sierva, permitió que en esto se engañasen, para que se entendiese que ellos eran hombres, y ella

más que mujer, pues probada con tan rigurosos mandatos obedecía como un ángel de Dios. No paró aquí su trabajo, que como los confesores habían aferrado en que era demonio, no se contentaron con las pruebas que habían hecho, sino que trataron también de quitarle la oración. Y de esto escribe la santa que se había enojado Cristo, y le dijo que les dijese que aquello era tiranía.

Pues como pasasen adelante estas visiones y mercedes del Señor, estando una vez la santa en presencia de Cristo, teniendo ella una cruz en la mano, como tenía de costumbre (que era la que traía en el rosario), tomósela el Señor con la suya, y volviósela á dar, pero muy mejorada de como se la había tomado, porque era de cuatro piedras grandes, sin comparación muy más preciosas y ricas que diamantes, y estaban en ellas las cinco llagas esculpidas, de muy linda y preciosa hechura. Dijole el Señor que así vería de allí adelante aquella cruz; y así fué que desde entonces no veía la madera de que estaba compuesta, sino estas piedras. Mas esta joya y secreto de ella sólo estaba reservado para los ojos de la santa, estando para los demás la cruz de la misma manera que antes; y no es nuevo á Dios dar estas joyas y arras á las que escoge para esposas suyas, que así lo hizo con la bienaventurada santa Catalina de Sena (como cuenta san Antonino, y su confesor Raymundo en su vida, III *p. Histor.*, tit. XXIII, *capítulo* XIX, § 10), á la cual el Señor puso un anillo de oro y perlas en su dedo, y ella sola lo veía, y no los demás. Y antes había hecho la misma merced á santa Cecilia, á la cual, como refiere Metaphraste en su vida, la trajo el ángel dos guirnaldas del paraíso muy hermosas, de que gozaba, y las veía ella solamente y su esposo Valeriano, estando escondidas para otros: vino después esta cruz á poder de una hermana de la santa madre, llamada doña Juana de Ahumada, que vivía en Alba, y se hicieron por su medio algunos milagros, como adelante diremos.

Con estas pruebas era mayor cada día el crecimiento de las mercedes, porque eran tantas las lástimas que la santa decía al Señor, viéndose obligada á tan grandes extremos, que eso mesmo la hacía crecer en su amor. Al fin subió la luz á su lugar, deshizo la niebla, y declaróse la verdad; porque desde á poco tiempo comenzó su Majestad (como tenía prometido)

á dar muestras más claras que era él, encendiendo en su corazón un fuego tan grande de amor de Dios, que se abrasaba y moría por él. No parecía sino que de lo más interior del alma donde Dios tiene su morada, había salido alguna centella á manera de rayo, y que había dado en toda ella, y la quería abrasar y consumir: veíase que se le arrancaba el alma con deseo de ver á Dios, é ignoraba dónde había de buscar esta vida si no era en la muerte. Dábanle unos grandes ímpetus de este amor, que no sabía qué se hacer, porque nada la satisfacía, ni cabía en sí, sino que verdaderamente le parecía se quería el alma apartar del cuerpo; y no parece sino que el Señor por una parte se escondía de ella, y por otra la apretaba con su amor, con una pena tan sabrosa que nunca su alma quisiera entonces salir de ella.

Estaba como una cierva herida, porque le había hincado una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazón, y la saeta parece traía hierba para aborrecerse á sí por amor de este Señor, y con el golpe y la llaga se abrasaba sin saber qué hacer de sí: juntábanse en su alma por un artificio muy delicado dos extremos, que eran una grandísima pena y gloria juntamente que la traían desatinada; la pena era verse ausente de quien la había herido, y dulcemente repetía muchas veces aquel verso (Psalm. XLI): *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus*, etc.

Hacía algunas grandes penitencias por ver si por aquí tendría algún remedio; pero no las sentía, ni le daba más pena el derramar sangre que si el cuerpo estuviera muerto. Buscaba mil modos y maneras para hacer algo que sintiese por amor del Señor: mas era tan grande el dolor que la llagaba con la ausencia de su Dios, que no le daba lugar para que ningún tormento corporal hiciese impresión en ella, porque todas eran bajas medicinas para tan subido mal. Sólo la hallaba en pedir á Dios diese remedio para enfermedad tan recia y fuerte, y ninguno veía sino el morir, que con esto pensaba gozar sin tasa del bien que tanto deseaba. La gloria le era en estos ímpetus igual á la pena de vérselo el alma herida de tan dulce llaga, y abrasarse en un fuego tan suave y amoroso que no hay deleite en la vida que se le iguale: así andaba entre estos contrarios, porque ni podía desear que aquella llaga se

le sanase (por ser de amor), ni trocara aquella pena y tormento por todos los deleites del mundo.

Creciendo estos ímpetus y fuego de amor de Dios en la santa, mostróle algunas veces esta visión tan regalada y milagrosa. Veía un ángel cabe sí hacía el lado izquierdo, en forma corporal, de estatura pequeña, de muy hermoso rostro, y tan encendido que le parecía debía de ser de aquellos altos serafines que todos se abrasan en Dios. Traía en las manos un dardo de oro largo, y al fin de él en la punta tenía un poco de fuego. Metíala el ángel el dardo por el corazón, y traspasábala hasta las entrañas, y al salir de él le parecía las llevaba tras sí, y que la dejaba toda abrasada en un grande amor de Dios. El dolor era tan grande que sin poderlo resistir le hacía dar unos gemidos no grandes (porque aun para esto no había fuerza) aunque lo eran harto en el sentimiento; y aunque por otra parte la suavidad que de este grandísimo dolor nacía en el alma era muy excesiva, no daba lugar para que se quitase el dolor, ni se contentase con menos que Dios. Los días que le duró esta visión (que fueron algunos, porque no fué sola una vez la que el ángel la hería y sacaba el corazón) andaba como enajenada y fuera de sí; no quisiera ver ni hablar, sólo gustaba de abrazarse con aquella sabrosa pena, que para ella era la mayor gloria de cuantas hay en lo criado.

Solía también en estos tiempos el Señor despertar su alma con otros muy encendidos afectos de amor, porque á deshora algunas veces estando rezando vocalmente, y con descuido de cosas interiores, parece venía sobre su alma una inflamación tan deleitosa como si de presto viniese á los sentidos un olor suavísimo, y se comunicase por todos ellos, no porque fuese olor, sino porque le llamamos así para que se entienda y explique algo de aquella suavidad y confortación tan grande que se siente; quiere dar entonces Dios á entender que está allí presente, y así mueve en el alma un deseo sabroso de gozar de él, y con esto la despierta para hacer grandes actos, y ocuparse en alabanzas suyas. Cuando el Señor le comunicaba á la santa estas mercedes que ahora he dicho (que era también muy de ordinario) no había cosa que le diese pena; todo era quietud y regalos, porque no eran los deseos de gozar de Dios penosos como en los ímpetus que quedan dichos.



## CAPÍTULO XV

Cómo la santa virgen tenía tan grandes arrobamientos, que muchas veces era levantado su cuerpo en el aire

CON estos ímpetus tan encendidos de Dios, y con las inflamaciones tan suaves que en su alma sentía, y con otras mercedes semejante á éstas, su Majestad la iba habilitando más para hacerla más digna de juntarla consigo; porque los deseos tan vivos de Dios, que con su alma ardía en amor suyo, deseando salir de sí, y transformarse toda en Jesucristo á quien amaba tiernamente, fueron presto cumplidos, que como aquella centella y herida grande de amor que arriba dijimos, creciese, y con el deseo grande que tenía de ser abrasada toda en su Esposo, y como otra ave fénix quedar renovada en aquel fuego, movido Dios de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo, estando así limpia y purificada, determinó de juntarla consigo, y mostrarle cosas del reino que la tenía aparejado; y porque este bien y gozo tan grande fuese sin estorbo de nadie, ni de potencias, ni de sentidos, quiso se cerrasen estas puertas, y le comenzó á dar unos grandes arrobamientos con que arrebatava para sí el alma, y la sacaba de sus sentidos, y quedaba tan anegada en Dios que parecía no animaba el alma al cuerpo, porque le faltaba el co-

lor natural, enfriábansele las manos, y se le iba acortando el huelgo, sin poder hablar ni abrir los ojos, como si el alma se apartara del cuerpo.

Á los justos promete Dios por el profeta Isaías (cap. XXXIII) que los levantará sobre las alturas de los montes, y dende allí contemplarán al Rey en su hermosura, y verán la tierra de lejos. Significando cómo á las almas perfectas cuando Dios quiere que vean algunos secretos y maravillas suyas, para que mejor y más atentamente las conozcan las levanta sobre los sentidos (los cuales no sirven sino de impedir), y las enajena del modo ordinario y natural de entender, y poniéndolas cerca de sí, hace que fijen los ojos en él, y en las demás grandezas y riquezas suyas, de donde les nace que como gente que mira de cerca los bienes eternos, les parece lo que son, y los de la tierra muy pequeños, porque demás de serlo ellos en sí, los miran dende tan lejos.

Para levantar Dios á las almas á lugar tan alto, sacándolas y enajenándolas de sí, unas veces lo hace hiriéndolas con un rayo de fuego de su amor, otras con la claridad de su luz y otras infundiendo en el alma tan grande suavidad y dulzura, que haciéndole perder los estribos de los sentidos se pierde ella también para hallarse más ganada en Dios, porque esta es la condición y naturaleza que Dios puso en nuestra alma, y el orden en sus potencias, que cuando una se abraza fuertemente con su objeto, lleva tras de sí á las demás, suspendiéndolas y arrebatándolas de sus operaciones; y por esto le llaman los doctores sagrados raptó ó arrobamiento, el cual, si es de Dios nace (como gravemente enseña el venerable Ricardo, lib. V, de *Contemplatione*, cap. V), de estas tres causas que habemos dicho, que son grande fuego de amor en la voluntad, ó excesivo deleite en ella, ó de algún rayo de luz en el entendimiento, con el cual le arrebatá Dios, y saca de esta región de tinieblas, y le pone en la de luz y verdad, como muchas veces leemos en la Escritura Sagrada que lo hacía con los profetas.

De estos tres principios nacían en la santa virgen muy ordinarios raptos, porque la fuerza del amor y los ímpetus de él eran grandes y violentos á veces que si no tuvieran por deajo algún arrobamiento muchas veces detuvieran la vida, porque la apretaban de suerte que si no proveyera el Señor entonces

de sacarla con algún arrobamiento fuera de aquel sentimiento, ellos mismos la sacaran del cuerpo y la dieran la muerte, como al fin lo hicieron, pues como escribiremos abajo, murió apretada de un grande ímpetu de amor de Dios. La luz que el Señor á veces le comunicaba era tan sobrenatural y divina, y las cosas que por ella le mostraba tan altas, que para que acertase á verlas (como Moisés la Zarza) era necesario primero que se descalzase de estos sentidos. El deleite que á tempos el Señor infundía en su alma, era tan inefable que con escribir de él muchas veces la santa, y tener tan grande dón para declarar cosas místicas y sobrenaturales, apenas acaba de decir lo que es; y no es mucho que no lo diga, porque de tal manera bañaba este deleite toda su alma, y la embriagaba y anegaba con una suavidad grandísima, que como ello es no se puede declarar con palabra alguna. En fin, son deleites tales, y de tanto precio, que con razón se puede pensar que en ellos comunica Dios á sus Esposas las virtudes de su sangre, y á veces echa leche, esto es, por una manera muy sabrosa y dulce, á veces convertida en suavísimo vino y licor del cielo.

Pue á veces con esta celestial embriaguez, otras tocada con los rayos y resplandores de luz, otras con ímpetu de amor adormeciéndose los sentidos exteriores, era la santa virgen sacada de sí, y arrebatada en espíritu con tal fuerza, que muchas veces era tan grande la violencia del espíritu divino, que levantaba todo el cuerpo de la tierra, y quedaba suspensa en el aire, así como lo hace el hierro llevado de la piedra imán, ó una paja pequeña (que es la comparación de que ella usa en sus libros) del ámbar; y con esta facilidad, cebada el alma de aquel fuego divino, era levantada sobre sí misma, y llevando su cuerpo tras de sí, le hacía que ya que no dejase de ser cuerpo, á lo menos pareciese que estaba ya glorificada: de donde así como el agua que está sobre el fuego, cuando está muy caliente, olvidada de su propia naturaleza (que es torpe y pesada, y toda inclinada para abajo) da saltos hacia arriba, imitando la ligereza y naturaleza del fuego de que está tomada, así estaba su alma tan vestida de Dios, y tan tomada de este fuego divino, que como si su espíritu fuera una llama subía á lo alto, y pegaba al cuerpo esta ligereza y agilidad.

Este arrobamiento con tanto ímpetu le sucedió algunas ve-

ces á la santa madre, como escribe en su vida por estas palabras (cap. XX) «Coge el Señor al alma (digamos ahora á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra), y levántala toda de ella, y sube la nube al cielo, y llévala consigo, y cómiéznale á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra, mas en hecho de verdad es así.» Y más abajo dice: «Viene un ímpetu tan acelerado y fuerte que veis y sentís levantarse esta nube ó esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas, y os llevan aunque es pese, y en tanto extremo que muy muchas veces querría no resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas veces podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea con un jayán fuerte; quedaba después cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi de ordinario la cabeza tras de ella sin poderla tener y algunas todo el cuerpo hasta levantarle: esto ha sido pocas, porque como una vez fuese á donde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas dábame muy grandísima pena, porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota, y así mandé á las monjas (porque es ahora después que tengo ciclo de priora) no lo dijesen. Mas otras veces (como comenzaba á ver iba á hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la Vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores, porque ya estaba cansada de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía su Maestad hacerme la sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido: verdad es que há poco. Es así que me parecía, cuando quería resistir, que debajo los pies me levantaban fuerzas tan grandes que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos, porque es una pelea grande, y en fin aprovechaba poco cuando el Señor quería, que no hay poder contra su poder.»

También escribe que viendo ya que no podía resistir, no

hacía más que lo que hace una paja cuando la levanta el ámba hacia arriba, dejándose en las manos de quien es tan poderoso, haciendo de la necesidad virtud; y así le sucedió una vez, que estando en su monasterio de San José de Ávila, siendo priora, y queriéndola comulgar el obispo, don Álvaro de Mendoza, fué tan grande la fuerza del arrobamiento, que sin poderlo resistir se levantó más alta que la ventana por donde le daba la comunión: á lo cual estaba presente la madre María Bautista, priora que fué de Valladolid, y muy amada y estimada de la santa madre, por ser una mujer de gran discreción y virtud. Sentía esto grandemente la santa (como ella dice en las palabras que ahora referimos): y no se cansaba de pedir á nuestro Señor que no le hiciese semejantes mercedes en público, y así contaba el padre maestro Báñez que como una vez, acabando de comulgar y estando en una gran publicidad, se fuese á levantar el cuerpo de la tierra, ella se asió fuertemente á una reja de la iglesia, y muy afligida decía á Dios: «Señor, por una cosa que tan poco importa como es dejar yo de recibir esta merced, no permitáis que una mujer tan ruin como yo sea tenida por buena.» Otras veces se asía á las esteras del coro, y las levantaba hacia arriba, y así tenía prevenidas á sus compañeras que cuando sintiesen algo de esto en público, la tirasen fuertemente de la ropa para no ser sentida. Duróle esto algunos años, pero al fin fué el Señor servido de oír su oración, porque dende aquella vez que se asió á la reja, nunca más sintió estos tan fuertes y poderosos arrobamientos.

De los comunes y ordinarios arrobamientos tuvo muchos, tanto que la madre María Bautista dice que fueron tantas veces las que la vió arrebatada que no se atrevería á contarlas: porque cada vez que comulgaba, cada vez que oía misa ó sermón, cada vez que entraba en oración, y muchas con sólo oír así descuidadamente una palabra de Dios, se levantaba luego el espíritu, y enajenaba de los sentidos; cuando el espíritu le daba lugar, y ella sentía antes esta avenida, se recogía á su celda, y cerraba por de dentro por no ser sentida. Pero muchas veces era prevenida con esta fuerza divina, y sin poderse menear más que si fuera una estatua, juntamente con los sentidos le ligaba los pies y las manos, y sin poderlo evitar, se quedaba unas veces con la lamparica en la mano, otras con

la sartén, otras con la pluma escribiendo, y muchas con el huso hilando, dejándola fija y inmóvil en aquella disposición y ejercicio en que la hallaba. Sería contar las estrellas decir los arrobamientos que la santa tuvo, y las veces que en la información de su canonización confiesan muchas personas que la vieron arrobada. Procuraba también resistir á este género de arrobamientos cuando le era posible, y á veces era tanta la fuerza que quedaba toda molida y deshecha. Estaba de ordinario tan elevada y absorta en Dios, y tan fuera de sí, que le era grandísimo tormento haber de tratar y escribir de negocios, y así dijo una vez á una persona á quien ella amaba mucho: «Si el Señor me tiene de esta manera, mala cuenta »daré de los negocios que me tiene encomendados; porque »es tan grande la fuerza que me hago para escribir, y tener »en esto el pensamiento, que parece que con unos cordeles »me están tirando y trabando para Dios.» En fin, de ordinario ó casi siempre que entraba en oración, se quedaba en arrobamiento, como ella escribió en una relación que compuso de su vida, de su misma letra, diciendo: «Pocas veces »son las que estando en oración puedo tener discurso de entendimiento, porque luego comienza á recogerse el alma, y »á estar en quietud ó arrobamiento, de tal manera que en »ninguna cosa puede usar de los sentidos, tanto que si no es »oir (y esto no para entender) otra cosa no aprovecha.» Esto mismo da á entender en su vida.

Pidió á nuestro Señor le quitase también estos arrobamientos: y así quince años antes que muriese le hizo su Majestad merced de quitárselos cuanto á lo que tocaba á aquella flaqueza exterior de perder los sentidos (que verdaderamente lo es) nacida de nuestra poca capacidad. Y aunque en estos raptos sobrenaturales se pierden los sentidos del cuerpo, no se pierde muchas veces el perfecto juicio y libertad del alma, ni dejan de ser meritorios los actos de caridad que entonces se hacen, como lo afirman graves doctores (D. Thom., *De viri quæst.*) Y así por esta parte trae esta suspensión algo de flaqueza y necesidad, aunque por otra es gran beneficio (III, *art. 1, ad 5 et 2, q. 175, art. 2, ad 2 et 2*) porque allí recibe el alma grandes prendas del Señor para servirle (*Corint., 12, lect. 1, et alibi*). Pues estos accidentes á mí me dijo la santa madre se le habían quitado (D. Bonav., *in lib. Des*

*timulo amoris*, II, p. 2, 8 in tom. II); aunque le habían quedado los mismos efectos que los raptos hacían, sin padecer este exceso y enajenación de sí misma (*Medin*, 1, 2, q. 28, art. 3). Y yo hallo por mi cuenta que así como la olla antes que esté sazónada puesta al fuego hierva con gran furia, y no pudiendo contenerse dentro de sí, rebosa, y sale á fuera el licor, pero cuando está perfectamente cocida, estando aun con mayor calor, está más sosegada y quieta; así acaece en las almas que á los principios (ó por no estar perfectamente purgadas, ó por la novedad de las cosas, ó por nuestra poca capacidad) salen de sí con las mercedes y regalos de Dios; pero después que ya están más purificadas y limpias con la continuación de las mercedes, pierden la admiración, y habilitan y ensanchan su capacidad, y así vienen á recibir los mismos dones que antes, y mucho mayores, sin mudanza ni alteración alguna.

Pues como ya este serafín tuviese á su vejez con el continuo fuego de amor de Dios tan penetrada el alma, y con las ordinarias y continuas visiones, tan habituada á las cosas sobrenaturales y divinas, que aunque recibía mayores mercedes no por eso perdía los sentidos, aunque algunas veces también quería el Señor los perdiese, porque en estas cosas sobrenaturales no hay reglas tan generales que aten las manos á Dios, y le obliguen á que guarde siempre un mismo modo de obrar. A la santa madre se le quitaron de ordinario estos arrobamientos, y (como adelante diremos) la puso el Señor en una oración altísima y subidísima, como se verá por lo que ella escribe en las séptimas Moradas, que era el estado de oración en que el Señor la había puesto cuando la llevó de esta vida, tras del cual no parece que queda otra cosa más que ver á Dios cara á cara, como san Pablo le vió aun en esta vida.

---





## CAPÍTULO XVI

De los grandes afectos que causaban en el alma de la santa virgen estos arrobamientos, particularmente la grande libertad y ánimo para pelear contra los demonios

**L**a gloria que el alma gozaba en estos arrobamientos era á veces tan grande que redundaba también en el cuerpo, porque cuando estaba arrobada tenía el rostro resplandeciente y encendido, y como otro Moisés de la comunicación con Dios estaba con grande claridad y resplandor en el rostro, y con ser mujer de más de sesenta años, no parecía entonces de treinta, como yo algunas veces lo ví por la experiencia. También le acaecía quedar el cuerpo (que de ordinario andaba atormentado de muchos dolores) sano y libre de ellos por algún tiempo, como si no los hubiera tenido; y parece que quería el Señor que pues ya el cuerpo obedecía al alma, alcanzase también parte de lo que ella gozaba, según su baja y poca capacidad. Esto hacía en el cuerpo; ¿pero en el alma quién podrá decir cuántos eran los bienes que estas mercedes dejaban? Quedaba la bienaventurada virgen tan llena de deseos cuanto corta y flaca en las fuerzas, aunque tuviera juntas las de los hombres y las de los ángeles para satisfacerlos; no quisiera sino ser todo el cielo y la tierra para hacerse lenguas en alabanza de tan gran Señor, y dar la vida

por él: y para padecer por Dios nada se le ponía delante que á todo no se arrojase, sólo el faltarle ocasiones le daba pena. Quedaba en su alma un conocimiento tan vivo de la grandeza de Dios, que todas las cosas de la tierra le parecían basura, y de ahí adelante le daban pena, y cuanto antes le parecía bien de ella ya lo estimaba por nada.

De aquí le nacía un propio conocimiento y humildad tan profunda de ver cómo cosa tan baja en comparación del Criador de tantas grandezas le había osado ofender. Y con este sentimiento á veces no se atrevía á alzar los ojos á Dios, á veces se quisiera ir á los desiertos para no tener ocasión de discontentar al Señor en cosa alguna, haciendo una imperfección por pequeña que fuese. Otras le parecía que se quisiera meter en medio del mundo, y dar voces (como la otra mujer del Evangelio (*Matth.*, XIII) que había hallado la piedra preciosa que deseaba, por ver si por aquí pudiera desengañar á alguno, y ganar alguna alma para Dios. Y no es maravilla que quedase con tan contrarios efectos, porque veía dentro de sí dos muy caudalosas fuentes, una de la grandeza y bondad de Dios, y otra de sus miserias; y de ambas nacían estos dos arroyos cada uno de su principio. La grandeza de Dios y su gloria la despertaba para ser pregonera de sus alabanzas, y las faltas y miserias que veía en sí la sumían en el abismo de su nada. Pero como era mayor la bondad de Dios que su miseria, quedaba esta vencida, y de aquella le nacía un tan gran deseo de ver á Dios, que vivía con grande tormento aunque sabroso. Tenía grandes ansias de morir, por alcanzar lo que tanto deseaba; así con lágrimas muy de ordinario pedía á Dios la sacase de este destierro. Todo le cansaba cuanto veía, y descansaba tanto en esta pena, que no se hallaba sin ella, y á veces por no ser homicida de sí misma, divertía estos deseos tan grandes que tenía de Dios (como hacía san Martín) conformándose con su voluntad.

Fatigaba mucho á la santa virgen el haber de tener cuenta con el cuerpo, y el vivir en este mundo, lo cual ella escribe por estas palabras (*Vida*, cap. XXI): «¡Oh, qué es un alma que se ve aquí haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vese encadenada y presa, enton-

»ces siente más verdaderamente el captiverio que traemos con  
»los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que te-  
»nía san Pablo de suplicar á Dios que le librase de ella: da  
»voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he di-  
»cho: mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que pa-  
»rece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad,  
»ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena: y lo  
»que más la fatiga es no hallar muchos que se quejen con  
»ella, y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh,  
»si no estuviésemos asidos á nada, ni tuviésemos puesto nues-  
»tro contento en cosas de la tierra, como la pena que nos da-  
»ría vivir siempre sin él templaría el miedo de la muerte con  
»el deseo de gozar de la vida verdadera! Considero algunas  
»veces cuando una como yo, por haberme dado el Señor esta  
»luz con tan tibia caridad, y tan incierto el descanso verda-  
»dero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto ver-  
»me en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento  
»de los santos? ¿Qué debía de pasar san Pablo y la Magdale-  
»na, y otros semejanτες en quien tan crecido estaba este fue-  
»go de amor de Dios? debía ser un continuo martirio.»

Y no era mucho gustase tan poco de las cosas de la tierra quien estaba en ella como peregrina, y verdaderamente lo estaba ya nuestra santa, porque su morada era en el cielo, y su trato y conversación con los que allí vivían, como también ella cuenta (*Vida*, cap. XXXVIII): «Acaéceme, dice, algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo los que sé que allá viven, y paréceme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo; lo que he ya visto con los ojos del alma es lo que ella desea, y como se ve lejos, este es el morir.» Otras veces volvía de los raptos con muchas lágrimas y suspiros dulces, testigos fieles del fuego que en su alma ardía, y decía palabras muy sentidas y regaladas. Otras se consolaba con hacer algunas exclamaciones con que desfogaba por los ojos y boca parte del fuego que abrasaba su espíritu. De estas exclamaciones están algunas escritas al fin de su vida, las cuales no parece sino que están centelleando fuego de amor y gloria de Dios.

Así de estos arrobamientos como de otras mercedes que el Señor le hacía, se halló en su alma con una gran fortaleza contra los demonios, y un desprecio notable de ellos, como ella escribe en su vida (cap. XXV), y por ser la doctrina tan admirable y provechosa me pareció ponerla aquí: «Pues si este »Señor, dice, es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo »es, y que son sus esclavos los demonios, y de esto no hay »que dudar, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y Rey, »¿qué mal me pueden ellos hacer á mí? ¿Por qué no he yo de »tener fortaleza para combatirme con todo el infierno? Toma- »ba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme »Dios ánimo (que yo me vi otra en breve tiempo) que no te- »mería tomarme con ellos á brazos, que me parecía fácilmen- »te con aquella cruz los vencería á todos, y así dije: Ahora »venid todos, que siendo sierva del Señor yo quiero ver qué »me podéis hacer. Es sin duda que me parecía me habían »miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos »ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener »hasta hoy, porque aunque algunas veces los vía, como diré »después, no les he habido más miedo, antes me parecía »ellos me le habían á mí. Quedóme un señorío contra ellos, »bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos »que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que »los tienen en poco no les queda fuerza. No saben estos ene- »migos de hecho acometer sino á quien ven se les rinde, ó »cuando lo permite Dios para más bien de sus siervos, que »los tienten y atormenten. Pluguiese á su Majestad temiése- »semos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede »venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infier- »no junto, pues es ello así. Que espantados nos traen estos »demonios porque nos queremos nosotros espantar con nues- »tros asimientos de honras y haciendas, y deleites que enton- »ces juntos ellos con nosotros mismos que nos somos con- »trarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, »mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas »les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus »manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran »lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abraza- »mos con la cruz, y tratamos de servirle de verdad, huye él »de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de menti-

»ras, y la misma mentira; no hará pacto con quien anda en  
»verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda  
»lindamente á que se quiebren los ojos; porque si á uno ve ya  
»ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que  
»parecen las de este mundo cosa de juego de niño, ya él ve  
»que este es niño, pues trata como tal, y atrévese á luchar  
»con él una y muchas veces. Plegue al Señor que no sea yo  
»de estos, sino que me favorezca su Majestad para entender  
»por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es hon-  
»ra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y una  
»higa para todos los demonios, que ellos me temerán á mí.  
»No entiendo estos miedos, demonio, demonio, dondè pode-  
»mos decir Dios, Dios, y hacerle temblar. Si que ya sabemos  
»que este no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué  
»es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo á los que tan  
»grande le tienen al demonio que á él mesmo; porque él no  
»me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confe-  
»sores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan  
»gran trabajo, que ahora me espanto como lo he podido su-  
»frir. Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayu-  
»dado.»

---





## CAPÍTULO XVII

De unas grandes penas interiores que tuvo la santa virgen después de estos arrobamientos

CRECIENDO estas mercedes, y recibíendolas tan de ordinario de la mano misericordiosa de Dios, crecieron también sus trabajos, no digo los del cuerpo ni otros exteriores, porque ya estos eran los que menos sentía, sino unas penas tan delicadas y agudas, que con un modo extraordinario penetraban y abrasaban toda su alma, que aunque sean grandes las que en el capítulo pasado dijimos que habían nacido de los ímpetus tan fuertes que tenía de ver á Dios, y se habían quitado con los arrobamientos, á estos se les siguió otra mayor, que no parece sino que la mayor merced era víspera de la mayor pena y tormento; y porque es tan sutil y sobrenatural esta pena, que con dificultad sabrá decir algo de ella, si no es quien hubiere pasado (que no hay quien mejor diga y sienta los males que es el que los sufre y padece) me pareció que la contase la mesma santa como llegada de ella (*Vida*, cap. XX): «Después, dice, da una pena, que ni la podemos traer á nosotros, ni venida se puede quitar. Yo quisiera harto dar á entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar que estas cosas son

»agora muy á la postre después de todas las visiones y reve-  
 »laciones que escribiré, y del tiempo en que solía tener ora-  
 »ción, á donde el Señor me daba tan grandes gustos y rega-  
 »los. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más y lo  
 »más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y me-  
 »nor; de cuando es mayor quiero ahora decir, porque aun-  
 »que adelante de estos grandes ímpetus que me daban, cuan-  
 »do me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tienen más  
 »que ver á mi parecer que una cosa muy corporal á una muy  
 »espiritual, y creo no lo encarezco mucho, porque aquella  
 »pena parece aunque la siente el alma es en compañía del  
 »cuerpo: entrambos parece participan de ella, y no es con el  
 »extremo de desamparo que en esta; para la cual, como he  
 »dicho, no somos parte, sino muchas veces á deshora viene  
 »un deseo que no sé cómo se mueve, y de este deseo que pe-  
 »netra toda el alma en un punto se comienza tanto á fatigar,  
 »que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios  
 »tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella tra-  
 »baje ninguna que la acompañe parece hay en la tierra, ni ella  
 »la querría sino morir en aquella soledad: que la hablen, y  
 »ella se quiera hacer toda la fuerza posible á hablar, aprove-  
 »cha poco, que su espíritu aunque ella más haga no se quita  
 »de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejí-  
 »simo Dios, y á veces comunica sus grandezas por un modo  
 »el más extraño que se puede pensar, y ansí no se sabe decir,  
 »ni creo lo creerá ni entenderá sino quien hubiere pasado por  
 »ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para  
 »mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar ausente del  
 »bien que en sí tiene todos los bienes.

»Con esta comunicación crece el deseo, y el extremo de so-  
 »ledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa,  
 »que aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto que  
 »al pie de la letra me parece se puede entonces decir, y por  
 »ventura lo dijo el real profeta David estando en la misma  
 »soledad, sino que como á santo se la daría el Señor á sentir  
 »en más excesiva manera: *Vigilavi, et factus sum sicut passer*  
 »*solitarius in tecto* (Psalm. CI). Y ansí se me representa este  
 »verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuéla-  
 »me ver que han sentido otras personas tan grande extremo  
 »de soledad cuanto más tales. Ansí parece está el alma, no en

»sí, sino en el tejado ó techo de sí misma y de todo lo criado,  
»porque aun encima de lo muy superior del alma me parece  
»que está.

»Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, di-  
»ciendo y preguntando á sí mesma (Psalm. XLI): ¿Dónde está  
»tu Dios? Y es de mirar el romance de estos versos, yo no  
»sabía bien el que era, y después que lo entendía me conso-  
»laba de ver que me los había traído el Señor á la memoria  
»sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice san  
»Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea  
»esto así que ya lo veo; mas parece que está así el alma,  
»que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tie-  
»rra le quiere, ni está en ella, sino crucificada entre el cielo y  
»la tierra, padeciendo sin venirle socorro de ningún cabo;  
»porque el que le viene del cielo (que es como he dicho una  
»noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que pode-  
»mos desear) es para más tormento; porque acrecienta el de-  
»seo de manera que á mi parecer la gran pena algunas veces  
»quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos  
»tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran  
»contento este padecer, que no sé yo á qué lo comparar. Ello  
»es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede  
»representar á el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele  
»ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza  
»de sí. Bien entiende que no quiero sino á su Dios, mas no  
»ama cosa particular de él, sino todo junto lo quiere y no  
»sabe lo que quiere: digo no sabe, porque no representa nada  
»la imaginación, ni á mi parecer, mucho tiempo de lo que  
»está así no obran las potencias como en la unión y arroba-  
»miento el gozo, así aquí la pena las suspende. ¡Oh Jesús,  
»quién pudiera dar á entender bien á vuestra Majestad aun  
»para que me dijera lo que es esto, porque es en lo que ahora  
»anda siempre mi alma! Lo más ordinario en viéndose des-  
»ocupada es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando  
»ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada á  
»estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este pade-  
»cer, aunque es tan excesivo que el sujeto lo puede mal lle-  
»var, y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi  
»según dicen las que algunas veces se llegan á mí de las her-  
»manas que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas,

»y las manos tan yertas que yo no las puedo algunas veces  
»juntar, y así me queda dolor hasta otro día en los pulsos, y  
»en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien  
»pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante  
»como ahora, que se acabe con acabar la vida, que á mi pa-  
»recer bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo me-  
»rezco yo. Toda la ansia es morirme entonces; ni me acuerdo  
»de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho por  
»donde merecía el infierno; todo se me olvida con aquella  
»ansia de ver á Dios, y aquel desierto y soledad le parece me-  
»jor que toda la compañía del mundo.

»También la atormenta que esta pena es tan crecida que no  
»querría soledad como otras, ni compañía sino con quien se  
»pueda quejar. Es como uno que tiene la soga á la garganta y  
»se está ahogando, que procura tomar huelgo: así me parece  
»que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza: que  
»como nos pone la pena en el peligro de muerte, (que esto sí  
»cierto hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con  
»grandes enfermedades y ocasiones como he dicho, y creo  
»podría decir es este tan grande como todos) así el deseo  
»que el cuerpo y alma tienen de no se apartar es el que pide  
»socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse y di-  
»vertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del  
»espíritu, ó de lo superior del alma que no querría salir de  
»esta pena. No sé yo cómo puede ser esto; mas así pasan  
»que á mi parecer no trocaría esta merced que el Señor me  
»hace (que viene de su mano, no nada adquirida de mí, por-  
»que es muy sobrenatural) por todas las que después diré: no  
»digo juntas sino tomada cada una por sí. Y no se deje tener  
»acuerdo, que digo que estos ímpetus son después de las mer-  
»cedes que aquí van que me ha hecho el Señor, después de  
»todo lo que va escrito en este libro, y en lo que agora me  
»tiene el Señor.

»Estando yo á los principios con temor (como me acontece  
»casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir  
»adelante Su Majestad asegura) me dijo que no temiese, y  
»que tuviese en más esta merced que todas las que me había  
»hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra ó  
»purifica como el oro en el crisol, para poder mejor poner los  
»esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de

»estar en el purgatorio. Bien entendía yo era gran merced,  
»mas quedé con mucha más seguridad, y mi confesor me dice  
»que es bueno; y aunque yo temí por ser yo tan ruin, nunca  
»podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me ha-  
»cía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido.» En  
otra parte escribiendo de esta pena que el alma pasa, dice  
(*Morada sexta*, cap. XI): «Hay veces que andándose así  
»esta alma abrasándose en sí mesma, acaece que por un pen-  
»samiento muy ligero, ó por una palabra que oye de que se  
»tarda el morir, viene otra parte (no se entiende de dónde ni  
»cómo) un golpe, ó como si viniese una saeta de fuego; no  
»digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea se ve claro  
»que no podía proceder de nuestro natural: tampoco es gol-  
»pe, aunque digo golpe, mas agudamente hiere, y no es adon-  
»de se sienten acá las penas á mi parecer, sino en lo muy  
»hondo del alma, adonde este rayo que de presto pasa todo  
»cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho  
»polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener me-  
»moria de cosa de nuestro ser: porque en un punto ata las  
»potencias de manera que no quedan con ninguna libertad  
»para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este  
»dolor: ello es un arrobamiento de sentidos y potencias para  
»todo lo que no es favorable á sentir esta aflicción; porque el  
»entendimiento está muy vivo para entender la razón que hay  
»de dolor de verse el alma ausente de Dios; y ayuda Su Ma-  
»jestad con una tan viva noticia de sí en aquel tiempo de ma-  
»nera que acrecienta la pena en tanto grado, que procede  
»quien le tiene en dar grandes gritos, con ser persona sufrida  
»no puede hacer entonces más. Yo ví á una persona en este  
»término que verdaderamente pensé que se le acababa la  
»vida, y no fuera mucho, porque cierto es gran peligro de  
»muerte, y así aunque dure poco deja el cuerpo muy desco-  
»yuntado, y en aquella sazón los pulsos tiene tan abiertos  
»como si quisiese ya dar el alma á Dios.»

No era siempre esta pena en el rigor y punto que he dicho, porque algunas veces la moderaba el Señor para que se pudiese sufrir sin acabar la vida, y á ratos la consolaba su Majestad con algunos arrobamientos ó visiones con que parece que se fortalecía el alma poder vivir todo lo que el Señor fuese servido. Otras la ponían en otro extremo de gozo que

le era igual á la pena, y por ventura no menos dificultoso de declarar que ella, porque si no es el que lo siente y experimenta, no sabrá dar á entender aun la menor parte de este maná escondido, y la muchedumbre de dulzura y gozo que trae consigo la avenida de este río de suavidad que el Señor tiene escondida y guardada para los que le temen, que con razón dijo Isaías (Isaí., cap. LXIV), que ni los ojos vieron, ni oyeron oídos, ni pudo caber en humano corazón lo que Dios tiene aparejado aun acá en esta vida para los que esperan en él. Que si la pintura hermosa deleita los ojos, y si el bien que hay en lo dulce, sabroso y blando, deleita el tacto, y si otras cosas menores suelen dar aventajado gusto al sentido, ¿qué será el gusto y deleite que causarán aquella infinita bondad, amor y suavidad de Dios al alma que estrechamente se junta y abraza con él? Con razón en la Escritura es llamado este deleite con nombre de avenida y río, porque con su dulzura baña al alma toda, y la embriaga y anega de tal manera que como ello es si no es quien lo gusta no lo puede decir; y por tanto será bien que pues esta santa ha sido testigo de su pena, lo sea de estos deleites y júbilos que á ratos sentía del Señor (*Morada sexta*, cap. VI): «Entre estas cosas penosas, dice ella, »juntamente da nuestro Señor al alma unos júbilos, y oración »extraña que no sabe entender qué es. Es á mi parecer una »unión grande de las potencias, sino que las deja nuestro »Señor con libertad para que gocen de este gozo, y á los sentidos lo mismo, sin entender lo que gozan ni cómo lo gozan. »Parece esto algarabía, y cierto pasa así, que es un gozo tan »excesivo del alma que no querría gozarle á solas, sino decirle á todos para que la ayudasen á alabar al Señor, que aquí »va todo su movimiento. ¡Oh qué fiestas haría y qué de muestras si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece »que se ha hallado á sí, y que como el padre del hijo pródigo »querría convidar á todos, por ver su alma en puesto que no »siente duda de que está en seguridad por entonces (1). Y

---

(1) Lo que dice que el alma en este júbilo no siente duda de que está en seguridad por entonces, enténdolo de la seguridad que tiene de que no es ilusión del demonio lo que siente, sino obra y merced de Dios. Y que lo entienda así está claro por lo que luego añade y dice.

»tengo para mí que es con razón, porque tanto gozo interior  
»de lo muy íntimo del alma, y con tanta paz que todo su con-  
»tento provoca á alabanzas de Dios, no es posible darle el  
»demonio. Es harto estando con este gran ímpetu de alegría  
»que calle, y pueda disimular, y no poco penoso. Esto debía  
»de sentir san Francisco cuando le toparon los ladrones que  
»andaba por el campo dando voces, y les dijo que era prego-  
»nero del gran Rey, y otros santos que iban á los desiertos,  
»para poder pregonar lo que san Francisco estas alabanzas de  
»su Dios.» Y añade en otra parte: «Dos cosas me parece que  
»hay en este camino espiritual que son peligro de muerte; la  
»una es la pena arriba dicha, y la otra es este muy excesivo  
»gozo y deleite, que es en tan grande extremo que parece  
»desfallece el alma, de suerte que no le falta sino muy poco  
»para acabar de salir del cuerpo. De aquí se entenderá que es  
»menester ánimo (como decíamos al principio) para recibir  
»estas mercedes.»

---





## CAPÍTULO XVIII

De las visiones maravillosas, y hablas particulares, y de otras mercedes que el Señor comunicó á esta santa virgen

**E**<sup>N</sup> los arrobamientos es donde ordinariamente el Señor manifiesta y descubre al alma los tesoros de su sabiduría y grandeza, porque entonces es llevada á la región celestial y de vida, donde reside el Rey de la majestad, y donde mora la pura verdad y luz, y donde se halla el original expreso de todo lo que tiene ser. Allí están los elementos puros, los mineros de las aguas vivas, allí los montes y atalayas, de donde se descubren los caminos de la eternidad. Con la cual región si comparamos aqúeste nuestro destierro, no será más que comparar las tinieblas con la luz purísima, la turbación y desasosiego con la paz y descanso eterno; pues en esta nueva región entra el alma, por medio de estos nuevos arrobamientos, donde ¿quién podrá decir lo que ve, si no es quien lo hubiere visto? Y así en esta parte cualquiera gustará mucho de oír á la santa madre, que como testigo de vista nos dé nuevas de lo que se ve y goza en esta región: lo cual ella escribe tratando de los arrobamientos, por estas palabras (*Morada sexta*, cap. V): «Parécele al alma que toda junta ha estado en otra región muy diferente de la de acá, que si toda su vida la estuviera fabricando junto con otras cosas fuera

«imposible alcanzarlas; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una: esto no es visión intelectual sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da á entender algunas cosas; digo que si ve algunos santos los conoce como si los hubiera tratado mucho. Otras veces junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión intelectual, se le presentan otras, en especial multitud de ángeles, con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo, por un conocimiento admirable, que yo no sabré decir, se le representa lo que digo, y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas que tenga más habilidad que yo, las sabrá quizá dar á entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo, ó no, yo no lo sabré decir; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni menos que está el cuerpo sin el alma.»

Y no es mucho que la bienaventurada virgen no supiese revelar secretos tan escondidos y maravillosos, pues el apóstol san Pablo (II *Corinth.*, 12), después de ser arrebatado, no pudo declarar lo que había visto, sino con el silencio dió á entender lo mucho que había decir si la lengua bastara. Y es así cierto que lo que allí se ve como ello es, ni como pasa, ninguno jamás lo pudo ni supo decir, y el que más lo prueba lo calla más; y este es un argumento de la no medida grandeza de Dios que allí se descubre, aunque cuando la visión es imaginaria, como lo que se ve son cosas con figuras y formas corporales, esas ni se olvidan (antes quedan siempre impresas en la memoria) ni son tan escondidas que no se puedan declarar con lengua, habiendo vuelto el alma á sus sentidos como de antes (*Morada sexta*, cap. VIII, y *Vida*, cap. XXVII). De estas visiones, así las que tuvo en los arrobamientos como fuera de ellos, diré aquí algunas de las más principales. Tocaré brevemente algunas de las que arriba habemos dicho, y luego pasaré á otras altísimas que en este tiempo el Señor le comunicaba.

Primeramente al principio que nuestro Señor la comenzó á hacer mercedes tuvo una visión de Cristo nuestro Señor atado á la columna, y debajo del codo desgarrado un pedazo de su

carne santísima, como ya habemos dicho. Después pasaron más de diez y ocho ó veinte años que no tuvo visión, ni habla, ni cosa sobrenatural alguna de estas que vamos hablando. Á cabo de este tiempo, que era cuando el Señor tenía ya determinado de descubrirse más á su sierva (según el modo que en esta vida se permite), tuvo otra visión maravillosa, y fué que por más de un año veía á Cristo nuestro Redentor siempre á su lado derecho que le hacía compañía, y le hablaba y enseñaba, y consolaba en sus trabajos, y recogía en altísima oración. De esta visión escribe la santa madre que es tan grande merced que basta á trocar un alma, y que la hace capaz de grandes bienes, y la comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor que no se sufre escribir, porque hace algunas mercedes que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiración. ¿Cuáles debían de ser los favores y regalos que el Señor en este tiempo debía hacer á su sierva? pues ella se vió obligada á sellarlos con el silencio, por no turbar nuestra poquedad y rudeza; y no era mucho que se hallase trocada con tal vista y tal compañía, que si una merced de estas que pasa en un punto muda á una alma, una asistencia continua de la humanidad santísima en alma tan pura y tan dispuesta para que Dios obrase en ella, ¿cuáles serían las influencias de gracia y misericordia que sobre ella lloverían?

Con esta visión pasó algunos días, y el Señor, que la trataba ya como á esposa, no contentándose con manifestarse por el modo que habemos dicho, se fué descubriendo más á la clara y manifiestamente; porque ya no solamente le veía con los ojos del espíritu, sino también con los de la imaginación; pero por ser nuestra flaqueza tan grande, y esta visión tan alta (acomodándose Cristo nuestro Señor á la poca capacidad del sujeto) se le fué descubriendo poco á poco, y por partes como ya dijimos arriba; porque primeramente quiso el Señor mostrarle solas las manos (*Vida*, cap. XXVIII). Desde á pocos días vió también aquel divino rostro; y después un día de San Pablo estando en misa, se le representó toda esta humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con gran hermosura y majestad; y esta merced fué por mucho tiempo, como ella escribe, diciendo (*Vida*, cap. XXIX): «Dos años y medio me duró, que muy de ordinario me hacía Dios esta

»merced.» Y prosiguiendo más abajo añade: «Casi siempre se  
»me representaba el Señor así resucitado, y en la hostia lo  
»mesmo, si no eran algunas veces para esforzarme si estaba  
»en tribulación, que me mostraba las llagas algunas veces en  
»la cruz, y en el huerto, y con la corona de espinas pocas, y  
»llevando la cruz también algunas veces, para (como digo)  
»necesidades mías, y de otras personas.» Hasta aquí son pala-  
bras de la santa madre.

Bien quisiera que la historia me diera lugar y licencia para reparar un poco en estas dos maneras de visiones que el Señor comunicaba á su sierva, no para declararlas, sino para ponderar tan singular beneficio y favor, que aunque lo es muy grande el mostrarse Dios á sus amigos, el hablar y tratar con ellos (como á cada paso leemos en las vidas de los santos); pero aparecimientos y visiones tan continuadas que durase una (que fué la intelectual) por muchos días, y como ella escribe (*Morada sexta*, cap. VIII, y *Vida*, cap. XXIX) casi por un año, y la imaginaria la tuviese de ordinario por espacio de dos años y medio, es cosa para mí muy nueva, y que no lo he oído ni leído de santo ninguno. Y esta fué entre otras una razón y novedad que turbó mucho á sus confesores á los principios, y les movió á mandarle á la santa que diese higas al que ellos imaginaban que no podía ser Cristo, viendo favores tan extraordinarios, de los cuales no hallaban ejemplos en santos algunos; porque aunque se lee de muchos á los cuales de ordinario hablaba Dios, y tendrían por ventura estos y otros mayores favores; pero, ó ellos por su humildad, ó por otras razones superiores, no lo revelaron, ó sus historiadores lo pasaron en silencio; pero no era suficiente razón esta para que, concurriendo en estas visiones las demás partes y circunstancias que los santos escriben, se hubiese de poner tasa á la misericordia divina, y á sus juicios y providencia; que como Dios no tiene otra regla sino su voluntad, á quien él ama sabe favorecer, y conceder privilegios sobre todas reglas, como lo hizo en lo que vamos contando con esta santa virgen.

Después que la santa madre tuvo por dos años y medio esta visión imaginaria que he dicho, en la cual traía siempre á Cristo presente, se la quitó el Señor como escondiéndose, y dándole unos ímpetus tan grandes de amor suyo que la fuerza del amor le ponía á peligro de la vida, como ya habemos apun-

tado arriba. Dentro de breve tiempo se vino á mudar la presencia que traía de Cristo en una asistencia continua y maravillosa de las tres divinas personas, como ella lo dejó escrito en un papel suyo, donde dice de esta manera: «Esta presencia de las tres personas (que dije al principio) he traído hasta hoy (que es día de la conmemoración de san Pablo) presentes en mi alma muy ordinario; y como yo estaba mostrada á traer sólo á Jesucristo siempre, parecíame hacia algún impedimento ver tres personas juntas, aunque entiendo es un solo Dios; y díjome el Señor pensando yo en esto, que erraba en imaginar las cosas del alma con la representación que las del cuerpo, que entendiase que eran muy diferentes, y que era capaz el alma para gozar mucho.»

Y como Dios va siempre perficionando sus obras, particularmente hallando disposición en el sujeto á quien hace mercedes, vínole á hacer á la santa una muy grande, y mucho mayor que ninguna de las pasadas, porque esta presencia de la Santísima Trinidad se convirtió en una manera de visión altísima, porque comenzó á gozar de la vista de estas tres personas con tan grande luz y penetración de la verdad de aquel misterio cuanto en esta vida se puede alcanzar, y á mi parecer con una luz superior á la luz de fe, aunque inferior á la de gloria de que gozan los bienaventurados, y con una evidencia no del misterio sino del que lo propone, que llaman los teólogos evidencia atestante; conviene á saber de que Dios era el que le revelaba aquellas verdades con una certidumbre de que ella no podía dudar, como claramente se colige de lo que la madre escribe en la *Morada séptima*, donde todo lo que escribió era puntualmente lo que pasaba por ella, y dice así (*Morada séptima*, cap. I): «Metida en aquella Morada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad se le muestra la Santísima Trinidad (1), todas tres Per-

---

(1) Aunque el hombre en esta vida perdiendo el uso de los sentidos, y elevado por Dios, puede ver de paso su esencia, como probablemente se dice de san Pablo y de Moisés, y de otros algunos: mas no habla aquí la madre de esta manera de visión, que aunque es de paso es clara é intuitiva, sino habla de un conocimiento misterioso que da Dios á algunas almas por medio de una luz grandísima que les infunde, y no sin alguna especie criada: mas porque esta especie no es corporal, ni que se figura en la imaginación, por eso la madre dice que esta visión es intelectual, y no imaginaria.

»sonas con una inflamación que primero viene á su espíritu á  
»manera de una nube de grandísima claridad, y estas Perso-  
»nas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma,  
»entiende con gran verdad ser todas tres Personas una sus-  
»tancia, un poder, un saber, y un solo Dios; de manera que lo  
»que tenemos por fe allí lo entiende el alma (podemos decir)  
»como por vista, aunque no es con los ojos corporales esta  
»vista, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican  
»todas tres Personas, y la hablan, y le dan á entender aque-  
»llas palabras que dice el (*Joan*, XIV) Evangelio que dijo el  
»Señor, que vendría él, y el Padre, y el Espíritu Santo á mo-  
»rar con el alma que le ama, y guarda sus mandamientos. ¡Oh  
»válgame Dios, cuán diferente es oír estas palabras y creer-  
»las, ó entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada  
»día se espanta más el alma, porque nunca más parece se fue-  
»ron de con ella, sino que notoriamente ve (de la manera que  
»queda dicho) que está en lo interior de su alma en una cosa  
»muy honda (que no sabe decir cómo es, porque no tiene le-  
»tras) y siente en sí esta compañía.»

Pues esta visión y presencia divina tuvo por espacio de ca-  
torce años, y murió teniendo grandes crecimientos en el amor,  
y en las demás virtudes; porque el alma que comienza á na-  
vegar á velas tendidas por ese piélago inmenso del amor divi-  
no, vuela, y no corre por los grados de las virtudes hasta  
llegar á lo más encumbrado de ellas; pero antes de llegar á  
este estado, y después de haber entrado en él, tuvo infinitas  
maneras de visiones, que unas dejó escritas en libros, y otras  
en papeles sueltos, que después se hallaron, y otras las tuvo  
tan secretas que no las fió de papel. Diré aquí brevemente  
algunas.

Primeramente veía muchas veces, y casi de ordinario, á  
Cristo nuestro Redentor en la hostia, y muchas veces con tan  
grande majestad, como ella escribe en el cap. XXXVIII de su  
vida, que los cabellos se le espeluznaban, y toda parecía se  
aniquilaba. Otra vez estando en oración, fué tan arrebatado  
su espíritu, que casi le parecía estar del todo fuera del cuer-  
po, y vió la humanidad sacratísima de Cristo, con más exce-  
siva gloria que jamás la había visto. Representósele por una  
noticia admirable estar metida en los pechos del Padre. Que-  
dó tan espantada y absorta de esta visión, que algunos días

no pudo bien tornar en sí. Esta visión vió otras veces, y según la santa confiesa es la más alta y subida que del Señor había recibido, por los grandes provechos que trae consigo, los cuales ella refiere en aquel mesmo capítulo. Vió otras muchas veces á Cristo, particularmente una en muy regalada manera, porque le comenzó á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, y á vueltas de él sacaba parte de su carne santísima: y díjole que quien aquello había pasado por ella, que no dudase, sino que mejor haría todo lo que ella le diese; y prometióle entonces que no le pediría cosa que él no le otorgase. Una de las visiones más altas y excelentes que tuvo de Cristo fué la que ella cuenta en la *Morada séptima*, cap. II, donde dice así: «Á esta persona (habla de sí mesma) se le representó el Señor acabando de comulgar con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y que él tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se había representado el Señor á esta alma en esta manera; fué tan diferente que la dejó bien desatinada y espantada; lo uno porque fué con gran fuerza esta visión, lo otro por las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma adonde se representó, si no es la visión pasada, no había visto otras. Porque entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas á las desta morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual como le hay entre dos desposados á los que ya no se puede apartar.» Y más abajo dice: «Aparecióse el Señor en este centro del alma, sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas como se apareció á los apóstoles sin entrar por las puertas cuando les dijo: *Pax vobis*. Es un secreto tan grande, y una merced tan subida la que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente, que no sé á qué lo comparar, sino que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que á cuanto se puede entender queda el espíritu desta alma hecha una cosa con Dios.»

Del Espíritu Santo tuvo una visión muy particular, porque vispera de su fiesta vió sobre su cabeza una paloma bien diferente de las de acá. Tenía en las alas unas conchitas pequeñas que echaban de sí gran resplandor; y quedó luego en un grande arrobamiento, y notablemente mejorada en el amor de Dios y en las virtudes. Asimesmo se le apareció este divino Espíritu en figura de un mancebo muy hermoso, rodeado todo de llamas muy encendidas, y así le hizo pintar en una imagen pequeña, la cual tenía ella de ordinario en su breviario, y vino á parar después en el duque de Alba don Fernando de Toledo, el cual la traía siempre en el pecho para consuelo suyo. Quedóle á la santa tan impresa esta visión, que desde entonces hasta que murió la traía presente, aunque estuviere muy ocupada, salvo que algunas veces era como si tuviese un velo delgado delante, pero con certidumbre en que estaba detrás y muchas veces se corría esta cortina, y lo volvía á ver.

Á todas estas visiones añadiré una, que fué como universal, y que comprehende á todas las que habemos dicho, y á otras muchas que se pudieran decir: y fué, como ella escribe (*Vida*, cap. XXXVIII), que estando en oración le sobrevino un grande arrobamiento, en el cual se vió arrebatada y metida en el cielo, adonde vió tan grandes cosas en tan breve espacio como se pudiera decir una Ave María, que ella no se atrevía á comunicarlás con su confesor, pareciéndola que según ella era de ruin, no había de servir más de para que él hiciese burla de ella. Acaecióle esto algunas veces, y todas le iba el Señor mostrando de nuevo más grandes secretos; y particularmente una vez estuvo así arrebatada más de una hora metida en el tercer cielo, como otro san Pablo, mostrándola el Señor cosas admirables, sin quitarse en todo este tiempo de cabe ella, lo cual escribe la santa por estas palabras (*Vida*, cap. XXXVIII): «Andando más el tiempo, me acaeció y acaece esto algunas veces; fíame el Señor mostrando más grandes secretos, porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay ningún remedio, ni es posible, y así no vía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar á entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo puede ser hallo que es imposible;

»porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos á  
»la que allá se representa, siendo todo luz, no hay compara-  
»ción, porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada.  
»En fin no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, á  
»pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las  
que el Señor me daba á entender, con un deleite tan sobera-  
»no que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan  
»en tan alto grado y suavidad que ello no se puede encarecer  
»y así es mejor no decir más. Había una vez estado así más  
»de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que  
»no me parece se quitaba de cabe mí; y díjome: Mira, hija, qué  
»pierden los que son contra mí: no dejes de decírselo. ¡Ay  
»Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho á los que sus  
»hechos los tiene ciegos, si vuestra Majestad no les da luz!  
»Algunas personas á quien vos la habéis dado, aprovechado  
»se han de saber vuestras grandezas, mas venlas, Señor mío,  
»mostradas á cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mu-  
»cho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vues-  
»tro nombre y misericordia.»

Grandes cosas pierden los que son contra Dios, pues pierden al mismo Dios, y todos los deleites y riquezas de su gloria; pues todas estas grandezas y bienes que ellos pierden enseñó Dios á la santa madre Teresa. No quiero decir que vió la divina Esencia, pues con este fundamento y otros que hay, podía decir alguno que la vió (como también afirman algunos doctores modernos haber visto el glorioso san Benito la gloria de Dios, como se escribe del santo Moisés, y del apóstol san Pablo), pero bien cierto es que todo lo que es menos que esto lo vería y entendería en el modo que el Señor fuera servido de mostrárselo. Y así había quedado la santa con tan gran conocimiento de los santos del cielo, como si allá hubiera vivido toda su vida. Y muchas veces cuando veía algún retrato de algún santo que fuese al natural, solía decir alabándole (particularmente si hablaba con personas de quien ella no se recataba) que se le parecía al del cielo; no porque allá tengan ahora cuerpos, sino porque el Señor se los representaba por visión imaginaria, con el mismo rostro que tuvieron acá en la tierra.

Pensado había dar fin á este capítulo con las visiones que he contado, pareciéndome tan subidas que por ellas se po-

drían bien sacar la alteza y fineza de las demás. Pero llegando aquí hízoseme muy de mal pasar adelante sin contar otras visiones maravillosas, que por no estar en sus libros, y parecerme de provecho, no las quise pasar en silencio: parte de ellas están sacadas de papeles que de su mano dejó escritos la santa madre, y otras de las adiciones que hizo á su libro el maestro fray Luís de León. En un papel de mano de la santa estaba escrito lo que se sigue: «Un día después de San Mateo, estando como suelo, después que ví la visión de la Santísima Trinidad, y como está con el alma que está en gracia, »se me dió á entender muy claramente, de manera que por »ciertas maneras y comparación lo ví. Y aunque otras veces »se me ha dado á entender por visión intelectual la Santísima »Trinidad, no me quedaba después de algunos días la verdad, »como agora digo, para saberlo pensar, y consolarme en »esto. Agora veo que de la mesma manera lo he oído á letrados y no lo entendía como agora, aunque siempre sin detenimiento lo creía.» Y en otra parte hablando de esta mesma visión de la Santísima Trinidad dice: «Parecióme se representó como cuando en una esponja se encorpora y bebe el agua, así me parecía mi alma se hinchía de aquella divinidad, y por cierta manera gozaba en sí, y tenía las tres personas. También entendí: No trabajes tú de tenerme á mí encerrado en ti, sino de encerrarte tú en mí. Parecíame que dentro de mi alma estaban, y vía yo estas personas que se comunicaban á todo lo criado, no haciendo falta, ni dejando de estar conmigo.»

De estas cosas dió cuenta en Salamanca cuando vino á fundar allí el padre Martín Gutiérrez, rector del colegio de la compañía de Jesús, que demás de sus letras y excelente juicio tenía mucha experiencia de cosas espirituales: y díjola que era esto de la Santísima Trinidad, que habemos contado, de lo más alto en género de conocimiento á que acá se puede subir. Esto también escribió estando en la fundación de Sevilla: «Estando yo un día en oración sentí estar el alma tan dentro de Dios, que no parecía había mundo, sino embebida en él; se me dió á entender aquel verso de la Magnificat: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*; de manera que no se me puede olvidar.» También estaba esto: «Habiendo acabado de comulgar el día de San Agustín (yo no sabré decir

«cómo) se me dió á entender muy altamente (sino que fué cosa  
»intelectual, y que pasó muy presto) cómo las tres personas de  
»la Santísima Trinidad, que yo traigo en mi alma esculpidas,  
»son tan una Esencia por una juntura extraña, se me dió á  
»entender, y por una luz tan clara, que ha hecho bien dife-  
»rente operación que de sólo tenerlo por fe. He quedado de  
»aquí á no poder pensar en ninguna de las personas divinas,  
»sin entender que están todas tres. De manera que estuve  
»hoy considerando cómo, siendo tan una cosa, había tomado  
»carne humana el Hijo de Dios. Díome el Señor á entender  
»cómo con ser una cosa eran distintas personas. Son unas  
»grandezas que de nuevo dan deseo al alma de salir deste  
»embarazo que hace el cuerpo para no gozar de ellas; que  
»aunque parece no son para nuestra bajeza de entender algo  
»de ellas, queda una ganancia en el alma (con pasar en un  
»punto) sin comparación mayor que con muchos años de me-  
»ditación, y sin saber entender cómo.»

En el mesmo lugar escribió esto: «Estando una vez con  
»esta presencia de las tres Personas que traigo en el alma,  
»era con tanta luz que no podía dudar el estar allí Dios vivo  
»y verdadero: y allí se me daban cosas á entender, que no las  
»sabré decir: entre ellas era cómo había la persona del Hijo  
»tomado carne humana, y no las demás. No sabré (como  
»digo) decir cosas destas, que pasan algunas tan en lo secreto  
»del alma, que parece que el entendimiento entiende como  
»una persona que durmiendo, ó medio dormida le parece que  
»entiende lo que se habla. (*Morada sexta*, cap. I, y *Vida*,  
»cap. XXIX).» Vió demás de esto muchas veces á la Virgen  
santísima, al bienaventurado san José, y á los apóstoles san  
Pedro y san Pablo por mucho tiempo, que andaban hacién-  
dola compañía á su lado izquierdo, y á otros muchos santos,  
como iremos escribiendo en sus propios lugares más larga-  
mente. Vió un Serafín, y asimesmo infinidad de ángeles. Vió  
á santo Domingo en compañía de Cristo nuestro Redentor,  
el cual la prometió ayudar en sus fundaciones, y la hizo otros  
muchos favores, como escribiremos en la fundación de Segovia.  
Otra vez le vió en compañía de santa Catalina de Sena.  
Á santa Clara vió en su mismo día, y le prometió le ayudaría  
(*Vida*, cap. XXXIII). También le apareció el glorioso san  
Francisco, y después viendo ella uno que está pintado en

la enfermería de Ávila, dijo se le parecía mucho al que estaba en el cielo. Vió á san Alberto, santo de su orden, en compañía de Cristo nuestro Redentor. Vió los diez mil mártires en su día, los cuales la prometieron que la acompañarían en su muerte. Vió otras veces muy glorioso al padre fray Pedro de Alcántara, y á la santa madre Catalina de Cardona, ermitaña de su hábito, y mujer de admirable penitencia y perfección. Y finalmente tuvo muchas visiones de almas que vió salir del purgatorio, otras ir al infierno, otras que estaban en pecado mortal. Vió en el cielo las almas de su padre y de su madre, y tuvo tantas y tan diferentes visiones que nos faltaría el tiempo primero que la historia.

De la muchedumbre de visiones que habemos contado, se entenderá cuán de ordinario el Señor hablaba y comunicaba á su sierva. Porque aunque las visiones fueron tantas, eran las hablas mucho más comunes y ordinarias; porque muchas veces la hablaba el Señor sin manifestar su presencia, y unas veces era quitándola el temor que tenía de ser engañada, y asegurándola que él era el que le aparecía y hablaba; otras, consolándola en sus trabajos; otras animándola á empresas graves y dificultosas, cuales fueron las que á la santa se le ofrecieron en esta vida; otras enseñándola lo que había de hacer en los negocios que traía entre manos; otras dándola doctrina de oración, y otros mil avisos para su aprovechamiento; y así ella solía llamar á Cristo su maestro, por lo mucho que de esta manera la había enseñado. Otras muchas hablas hay esparcidas por sus libros, en particular en los últimos capítulos del libro de su vida, que no me pareció detenerme aquí en contarlos, porque para mi intento basta lo que he dicho.

---



## CAPÍTULO XIX

De un espiritual desposorio entre Cristo nuestro Redentor, y el alma de esta santa virgen; y de otros grandes regalos y favores que el Señor le hizo

**P**ROBADA ya la santa madre con tantas tribulaciones y trabajos, con tan delicados y penosos sentimientos; renovada como otra ave Fénix en el fuego del amor divino que en ella ardía, siendo visitada del gran Dios de mil maneras; entre otras mercedes y favores que recibió fué una señaladísima que ahora diré. Pareciale ya al Señor (autor de estas mirecicordias) que era tiempo de tratar con su alma, no ya como Rey, ni como Padre solamente, sino como dulcísimo y amorosísimo Esposo; que hasta esto ha llegado la maravillosa blandura y la grandeza del amor con que Cristo ha tratado con las almas de los justos, que con ser Padre y nuestra cabeza, y regirnos como Pastor, y curar de nuestra salud como médico, y juntarse con nosotros con otros mil títulos de estrecha amistad, no contento con esto, añadió aqueste lazo también, que quiso decirse y ser Esposo de nuestras almas; y no sólo en palabras, mas en el hecho es tan de veras Esposo, que toda la estrechez de amor y de conversación, y de unidad de cuerpos que en el suelo hay entre dos casados,

comparada con aquella con que este Esposo celestial se abraza con nuestra alma, es frialdad y tibieza. De esta merced y admirable desposorio quiso Dios que gozase su sierva muy á la clara; porque entre otros regalos que con su vista y trato el Señor le hacía, fué uno particularísimo con que la desposó consigo; y así estando un día para comulgar aparecióle el Señor con gran resplandor y hermosura (como otras veces solía) y celebró con su Esposa este divino ayuntamiento y desposorio, como la misma escribe (*Adiciones á la Vida*, núm. VII): «Representóseme el Señor, dice, por visión imaginaria, muy »en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: Mira este »clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta »ahora no lo habías merecido; de aquí adelante no sólo como »de Criador, como de rey y tu Dios mirarás mi honra, sino »como verdadera Esposa mía: mi honra es ya tuya, y la tuya »mía. Hizome tanta operación esta merced, que no podía ca- »ber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor que ó »ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque »cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así »todo el día muy embebida. He sentido después gran prove- »cho y mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en »nada tan grandes mercedes.» Y de allí adelante el ordinario lenguaje que entre Cristo y la santa había, eran estas palabras que el Señor la decía, con que su Majestad y ella se regalaban y enamoraban más cada día: *Hija, ya eres toda mía, y yo soy tuyo*. Y esto no una sino muchas veces, como la bienaventurada madre cuenta.

Con estas palabras de este desposorio divino se declaró más el amor extremado que el Señor la tenía, estremeciéndose toda su alma al principio con tan soberanas mercedes. Encendíase toda como una llama en amor, y levantada enteramente sobre sí misma, ya no cabiendo en sí, aspiraba amor y ternura por todas partes, y dulcemente repetía deshaciéndose toda de sí, y transformada en su Esposo (*Vida*, cap. XXXI): *¿Qué se me da á mí, Señor, de mí, sino de vos? Veía en este tiempo su alma como una nube que la ha embestido el sol con la fuerza de su claridad y rayos, que toda está llena de luz, y penetrada de ella, de tal manera que por donde quiera que se mira parece un sol: así después de este ayuntamiento con Cristo, no solamente su virtud y su luz le parecía á ella*

estaban en su alma, sino también su mismo espíritu de Cristo, en cierta manera como mezclado con el suyo como un agua que del cielo cae en un río que luego se mezcla con él, sin que se pueda discernir cuál es el agua del río, y cuál la del cielo: así después que este rocío celestial había venido sobre su alma, y se había juntado con ella con tan estrecho nudo y lazo de amor, no le parecía hallaba en sí su espíritu, sino en Cristo, y el de Cristo en ella; porque ciertamente este espiritual desposorio no es otra cosa sino abrazarse Dios y el alma amorosamente, y con este abrazo penetrarla toda, hasta ayuntarse con su más íntimo ser, adonde hecho como alma de ella, y unido y enlazado con ella la abraza estrechísimamente, por cuya causa la Escritura en muchos lugares dice que mora Dios en el medio del corazón.

Pasaron tan adelante estos favores, que no sólo se contentó este divino Esposo con las mercedes hechas, sino que de nuevo las iba renovando y haciendo mayores; porque como ya era esposa suya, y la había juntado consigo, y se había dado por suyo, no tenía cosa que de su esposa no fuese, no había puerta cerrada en sus secretos, ni llave en sus riquezas, ni cosa que no se le concediese; y así á cada hora y momento le mostraba tesoros de su bondad y grandeza. Diremos aquí algunas mercedes demás de las que arriba hemos contado.

Estando una vez la santa rezando en el coro fué levantada su alma en espíritu, y mostróle el Señor la hermosura que este desposorio había causado en su alma. «Parecióme, dice ella (*Vida*, cap. XL), ser mi alma como un espejo clara toda, sin haber espaldas ni lados, ni alto ni bajo que no estuviese toda clara; y en el centro de ella se me presentó Cristo nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Dióseme á entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de una gran niebla, y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor aunque esté siempre presente dándonos el ser.» Y como un desposado suele llevar á su esposa á que vea á sus padres, y reconozca sus parientes, y ellos haciéndole mercedes, y

dándole algunas preseas y dones dan muestra del amor que le tienen, y juntamente del gusto del desposorio, así Cristo que tanto amaba á su Esposa quiso también hacerle esta merced de mostrarle á su Padre, y á la Santísima Trinidad en muchas visiones como el capítulo pasado habemos escrito, y ahora también contaremos:

«Una vez, dice (*Adiciones á la Vida*), estando en oración »tuve un grande arrobamiento; parecióme que nuestro Señor »me había llevado el espíritu junto á su Padre, y díchole: »Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y »una delicadeza tan espiritual que no se sabe decir: díjome »algunas palabras que no se me acuerdan, de hacerme merced »eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe sí.» Otra vez vió la Santísima Trinidad, y cada persona le dió su dón, como la misma santa refiere diciendo: «El martes después de »la Ascensión, habiendo estado un rato en oración después »de comulgar con pena, porque me divertía de manera que »no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro »miserable natural. Comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente á toda la »Santísima Trinidad, en visión intelectual, adonde entendió »mi alma por cierta manera de representación, como figura »de la verdad, para que la pudiese entender mi torpeza, como »es Dios trino y uno; y así me parecía hablarme todas tres »personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome que desde este día vería mejoría en mí »en tres cosas, que cada una de estas tres personas me hacía »merced: en la caridad, en padecer contento, en sentir esta »caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor, que estarán con el alma que está »en gracia las tres Divinas Personas (*Joann.*, XIV). Estando »yo después agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indigna de ella, decía á su Majestad con harto sentimiento que pues me había de hacer semejantes mercedes, »que por qué había dejádome de su mano para que fuera tan »ruin? (Porque el día antes había tenido gran pena por mis »pecados teniéndolos presentes.) Ví aquí claro lo mucho que »el Señor había puesto de su parte desde que era muy niña »para llegarme á sí con medios harto eficaces, y como todos »no me aprovecharon; por donde claro se me representó el

»excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto  
»cuando nos queremos tornar á él, y más conmigo que con  
»nadie por muchas causas. Parece quedaron en mi alma tan  
»imprimidas aquellas tres Personas que ví, siendo un solo  
»Dios, que á durar así, imposible sería dejar de estar reco-  
»gida con tan divina compañía.»

Grandes son estas mercedes, pero otras le hizo el Señor (y por ventura mayores de) las cuales dice la santa madre en su vida que no las escribe, por no poner sospecha á quien las leyere, no fiándolas de nuestra poca fe y angostos pechos, donde no caben cosas tan grandes. Sólo diré algunas de las que no están escritas en su libro. La una es que, como un día de la Magdalena estúviese la madre con una envidia santa de lo mucho que el Señor la había amado, la dijo: Á esta tuve por amiga mientras estuve en la tierra, y á ti tengo ahora que estoy en el cielo. Y esta merced le confirmó el Señor después por algunos años, el mismo día de la Magdalena. Y de este favor que Su Majestad le hizo, hace también memoria el padre maestro fray Diego de Yangües, confesor suyo, en su dicho en la información de la canonización de la santa; y por ventura fué mayor otro favor que le hizo Dios á la santa, á la cual entre otros regalos le dijo una vez: Si no hubiera criado el cielo, para ti sola le criara. Y otra vez (como ella dejó escrito en el papel) le hizo el Señor otro regalado favor. «Estando una vez, dice, con la pena que traigo de que estoy ausente de Dios, y estos días había sido bien grande, que parecía no lo podía sufrir, y habiendo estado así harto fatigada, ví que era tarde para hacer colación, y no podía, y á causa de los vómitos háceme mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así con harta fuerza puse el pan delante para hacérmela á comerlo, y luego se me representó allí Cristo, y parecía que me partía el pan, y me lo iba á poner en la boca, y díjome: Come, hija, y pasa como pudieres; bien veo lo que padeces, mas esto te conviene ahora.»

No sé donde pueda pasar adelante del amor regalado que Dios tiene á las almas puras y santas; pero todos estos regalos y muestras de amor me parece á mí estaban encerrados en aquellas palabras que la Santa escribe en su Vida (capítulo XXXIX): «Esto me dice Su Majestad muchas veces mostrándome grande amor: Ya eres mía, y yo soy tuyo.» Estos

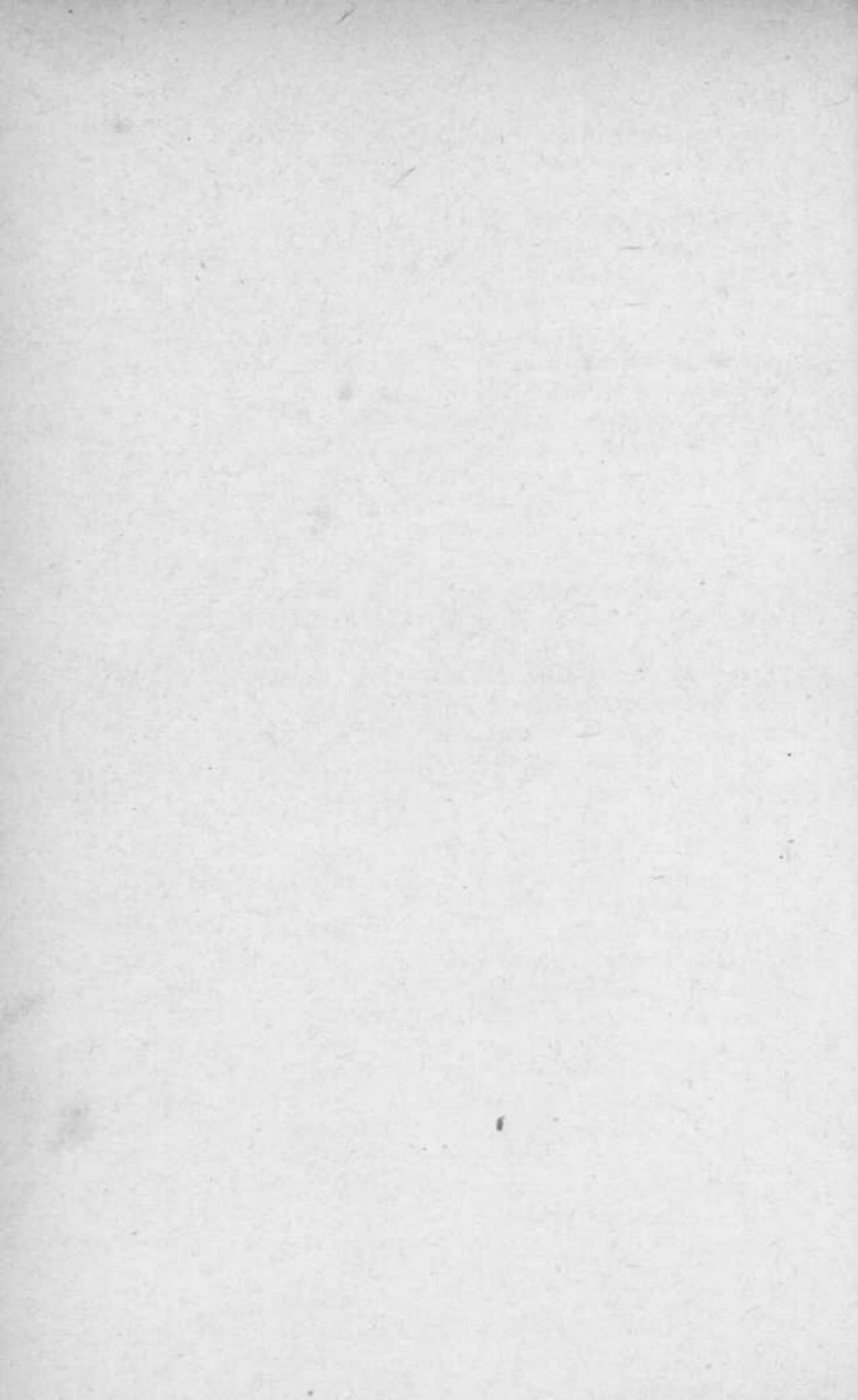
y otros favores y regalos sin cuento hacía el Señor continuamente á su Esposa; y porque somos tan groseros que no entendemos la alteza de las espirituales, sino por la bajeza de las corporales, ni acertamos á leer en las obras de Dios, sino por el libro de nuestra aldea, me aprovecharé de una comparación, aunque profana, para declarar la condición y grandeza del amoroso trato que Dios tenía con esta virgen. De la manera que un hombre enamorado y herido del amor de una mujer, de día y de noche no cesa de decirle palabras de amor y ternura, así parece que andaba Dios regalando continuamente á su Esposa, no sólo haciéndole sombra con su presencia, sino también diciéndole mil requiebros llenos de dulzura y regalo; y no es mucho me aproveche yo de este ejemplo, pues el Espíritu Santo en todo el libro de los Cantares, queriendo declarar la grandeza de este amor que Cristo tiene á las almas, procede trayendo la semejanza del que tiene un esposo á su esposa. Sólo hay diferencia que este amor divino, como es de infinita suavidad y dulzura, excede sin comparación al mayor que en las criaturas se puede imaginar, y cuanto crece este exceso de suavidad y grandeza de amor en Dios, descrece la fe en los que no lo han experimentado, y persuadiéndose con gran dificultad á que Dios se humane y abaje tanto que no solamente hable y trate sino que se desposee y junte con espiritual vínculo de matrimonio con un alma, como si fuera este lenguaje nuevo, ó en la Escritura Sagrada, ó en los santos cosa no vista ni oída, ó no hubiese pasado esto mesmo por otras almas amigas y esposas de Jesucristo. Acuérdense de lo que la Iglesia reza del desposorio de santa Inés y santa Cecilia con Cristo nuestro Señor, y lo que las historias cuentan de santa Catalina de Sena y de otras santas; y cuando esto no tuviera de por medio, sería cordura dar crédito á lo que los hombres más graves así en letras como en espíritu de toda España lo dieron y aprobaron.

El temor de esta poca fe hizo andar á nuestra santa recatada, y tan corta en escribir las mercedes que Dios le hizo; que fueron las más las que calló. Esto lo sé yo muy cierto, y ella lo escribe en su Vida (cap. XXVII), adonde, tratando de las grandes mercedes y regalos que Dios hacía á su alma dice: «Quédase tan espantada (su alma de quien va hablando la santa) que basta una merced de estas para trocar toda una

»alma, y hacerla no amar cosa sino á quien ve que sin trabajo  
»ninguno suyo le hace capaz de tan grandes bienes, y la com-  
»unica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor  
»que no se sufre escribir; porque hace algunas mercedes que  
»consigo traen la sospecha, por ser de tan grande admiración,  
»y hechas á quien tan poco las ha merecido, que si no hay  
»muy viva fe no se podrán creer: y así yo pienso decir pocas  
»de las que el Señor me ha hecho á mí, si no me mandaren  
»otra cosa, si no son algunas visiones que pueden para que  
»alguna cosa aprovechar, ó para que á quien el Señor se las  
»diere no se espante, pareciéndole imposible como yo hacía,  
»ó para declararle el modo ó camino por donde el Señor me  
»ha llevado, que es lo que me mandan escribir.»

Pero volviendo á nuestra santa, que la dejamos tan favorecida y regalada de Dios, ¿quién dirá que tan grandes favores le fueron mayor carga que si fueran grandes trabajos? Pues es cierto que (como ella confiesa) tenía necesidad de mucho más ánimo para recibir estas mercedes de Dios que si fueran baldones. No porque dudase en ellas (que muchas venían con tanta luz y claridad de que eran de Dios que no dejaban lugar de dudar) sino porque estos favores, como de ordinario traían tanta luz y la dejaban en el alma, hacíanle considerar lo mucho que aquella gran Majestad merece ser obedecida y servida, y la pureza con que ha de ser amada, y lo que á ella le faltaba para corresponder á esto, y á veces reconociendo los pecados pasados, á veces la ingratitud presente se deshacía y aniquilaba, y deseaba que el Señor la tratase como ella merecía dándole trabajos y no regalos; y así su dicho ordinario era, como también lo era su deseo: *Señor, ó morir ó padecer*, no queriendo la vida para regalos ni consuelos, sino solamente para lo que es buena, que es para padecer y sufrir trabajos por amor de Dios.

---





## CAPÍTULO XX

Cómo Jesucristo revelaba á su Esposa el conocimiento de verdades muy altas, de admirable y muy provechosa doctrina

**N**o paraban las mercedes que habemos contado en solo ver y gozar de favores y regalos tan grandes y extraordinarios, mas también el Señor que así visitaba á su Esposa era servido darle una noticia muy profunda y clara de algunas verdades, y muy de otra manera de cómo nosotros las conocemos. Que como es imposible, siendo Dios sumo amor, que el alma que á él se llega no se incendie y abrase en este fuego, así también lo sería (siendo la suma verdad) que los que más de cerca le comunican no alcancen mayor luz y mayor conocimiento de sus verdades. Cosa sería de maravillar si estando Dios tan junto y unido con el alma de esta santa, si habiéndose desposado con ella, si tomándola cada rato por la mano, y paseándola por los más altos y escondidos rincones del cielo, no le abriese los ojos y quitase las escamas de ellos, como á otro san Pablo, para que viese muchos misterios que no pudiese decir, y muchas verdades que para provecho pudiese declarar.

Lo ordinario era juntarse con la visión, doctrina y inteligencia de verdades, y esta es la que llaman los doctores reve-

lación; que es una luz dada de Dios y un grande dón suyo, pero no es habitual, como lo es el dón del entendimiento y sabiduría (mediante las cuales se penetran y gustan la médula y secretos de las verdades y misterios de nuestra fe), sino que la da el Señor cuando quiere, y á quien es servido. Con esta luz divina era aquella alma santa levantada sobre todas las cosas, y ilustrada maravillosamente por aquella fuente de luz y verdad; unas veces con visiones intelectuales y imaginarias, otras estando fuera de los sentidos, y otras estando en ellos, y lo más ordinario era por una representación intelectual de la verdad, en la cual como quien mira á un espejo, ó como quien lee en un libro, hallaba en lo más íntimo de su alma estas verdades tan vivamente representadas al entendimiento cuanto en esta vida se permite. Estas eran algunas veces conociendo algunas perfecciones divinas, como son la Majestad, grandeza y bondad de aquel grande Dios y Señor nuestro; otras entendiendo como están y se representan en su Esencia Divina todas las cosas criadas; otras como está Dios presente en nuestra alma, y en todas las cosas no sólo por gracia, sino también por razón de su inmensidad, que es lo que llaman los doctores presencia, esencia y potencia.

Otras muchas noticias y inteligencia de verdades semejantes le daba el Señor, de las cuales iré contando aquí las que me parecieren más á propósito para esta historia; y comenzaré de una, la cual anda ahora escrita en el cap. XL de su libro, que ella antes de esto me contó á mí como á hijo en el respeto y veneración que le tenía, y como á padre en el oficio de confesor, que (aunque indigno) hacía con ella. Díjome pues que había tenido una revelación en que Dios le había dado á entender la hermosura de un alma puesta en gracia, representándosela toda como un espejo claro, sin que tuviese espaldas, alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se le representó Cristo nuestro Señor, al cual le vió en todas las partes de su alma, como en un espejo, con una comunicación inefable y amorosa, y revelóle Dios que estar un alma en pecado es cubrirse este espejo de una niebla, y quedar muy negro, que aunque Dios está allí dándole ser, pero no se puede ver; pues acaeció que en este tiempo le mandó su confesor que escribiese un tratado de oración para sus hijas; y estando ella víspera de la Santísima Trinidad,

pensando qué motivo tomaría para este libro, se le dió Dios mostrándole un globo hermosísimo de cristal á manera de castillo, en el cual veía siete moradas, y en la séptima, que era én el centro de él, estaba el Rey de la Gloria con grandísimo resplandor, el cual desde allí herloseaba y ilustraba todas aquellas moradas hasta la cerca del castillo, en el cual tanto más luz participan los moradores de él cuanto más cerca estaban del centro, que era el palacio real donde el rey estaba, y vió que no pasaba esta luz de la cerca, y que fuera de ella todo era tinieblas, y habitación de sapos, víboras y otros animales ponzoñosos. Y estando ella admirada de esta hermosura grande que el Señor con su gracia comunica á las almas, estando en el centro de ellas, súbitamente desapareció la luz, y sin ausentarse el Rey de la Gloria de aquel castillo, el cristal se cubrió de escuridad, y quedó todo tan feo y denegrado como si fuera un carbón, y con un hedor insufrible, y abierta la puerta para que los animales ponzoñosos que estaban fuera de la cerca pudiesen entrar en el castillo, y que en este estado quedaba el alma en pecado mortal.

Por medio de esta visión le reveló y dió á entender el Señor con una noticia muy clara cuatro cosas. La primera que estaba Dios en todas las cosas por esencia, presencia y potencia: lo cual ella jamás hasta entonces lo había entendido; y casi en este mesmo tiempo me preguntó algunos años antes, estando en Toledo (que debía de ser después que tuvo esta visión) si era así que estaba Dios en todas las cosas, y si decía algo de esto la Escritura Sagrada. Y yo le respondí que sí, declarándole algunos lugares de la Escritura de que se colegía esta verdad, y ella recibió gran contento, porque le había dicho una persona ignorante que no había otra presencia de Dios en nuestras almas más de la que tiene por gracia en las de los justos. La segunda cosa que el Señor le dió á entender en esta revelación fué una grande admiración y ponderación de la malicia del pecado, pues con no ausentarse Dios del alma que está en pecado, sino quedándose en ella tan íntimamente presente por razón de su inmensidad, el pecado pueda impedir que no se comunique al alma aquel resplandor de gloria, y los grandes bienes y tesoros que dentro de sí tiene. La tercera cosa que sacó fué tan profunda humildad y conocimiento propio, que desde entonces parece que

aunque quisiera no se pudiera acordar de sí en cosa buena que hiciese; porque como vió con tanta claridad que toda la hermosura de alma procedía de aquella hermosura, y toda virtud de aquella virtud y poder, y todo saber de aquella sabiduría inmensa, de la cual salen todos los manantiales de cualquiera bien que en nosotros haya sin ser nosotros parte para nada bueno, si no es en cuanto somos ayudados de este poderoso Rey, y así con grande luz discernía lo que tenía en sí de Dios y lo que era suyo. La cuarta cosa que sacó fué tomar motivo para escribir el libro que le mandaban, el cual intituló *Castillo interior y Moradas*, dándole el Señor juntamente con la materia el título y nombre del libro, en el cual escribió, como adelante diremos, siete grados admirables de oración, por los cuales, como por otra escala de Jacob, sube el alma hasta entrar en la séptima morada, donde halla á Dios al cabo de la escala, y donde está el tálamo del rey Salomón, y donde se celebra el matrimonio espiritual del alma con Dios nuestro Señor.

También me dijo que le había hecho el Señor una grandísima y señalada merced, y fué que en un rayo velocísimo de luz que pasó por su entendimiento, había entendido más verdades de cosas altísimas de Dios que si mil años la enseñaran grandes teólogos. Á mi parecer este rayo debió de ser semejante á aquel que cuenta san Gregorio que le comunicó Dios al glorioso padre san Benito, en el cual vió aquel globo grande de fuego, y muchos ángeles que subían al cielo, y otras muchas grandezas de Dios, con que echaba más de ver la bajeza de las criaturas.

Y si en este rayo velocísimo entendió tantas verdades, ¿qué sería cuando Cristo nuestro Redentor, como dijimos arriba, la llevó al cielo, y sentándola junto á sí, comenzó á correr los velos de la fe, mostrándole por gran rato muchos de aquellos secretos é inefables tesoros que tiene encerrados y guardados en su pecho para premio de los que le aman? Otra vez, en un grande arrobamiento de espíritu, fué metida en la Majestad y grandeza de Dios, en la cual le dió él á entender lo que era verdad, como ella cuenta por estas palabras (*Vida*, cap. XL): «En esta Majestad se me dió á entender una verdad que es »cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, »porque no ví nada. Dijéronme, sin ver quién, mas bien en-

»tendí ser la misma verdad: No es poco esto que hago por  
»ti, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque  
»todo el daño que viene al mundo es de no conocer las ver-  
»dades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde  
»de ella. Á mí me pareció que siempre yo había creído esto,  
»y que todos los fieles lo creían. Díjome: ¡Ay, hija, qué po-  
»cos me aman con verdad, que si me amasen no les encu-  
»briría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme á mí con ver-  
»dad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable  
»á mí. Con claridad verás esto que agora no entiendes en lo  
»que aprovecha á tu alma. Y así lo he visto, sea el Señor  
»alabado, que después acá tanta vanidad y mentira, me pare-  
»ce lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo  
»sabría yo decir cómo lo entiendo. Díjome aquí el Señor una  
»particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto  
»fué, porque no ví nada; mas quedé de una suerte que tam-  
»poco sé decir; con grandísima fortaleza, y muy de veras para  
»cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la  
»Divina Escritura. Quedóme una verdad de esta Divina Ver-  
»dad que se me representó (sin saber cómo ni qué) esculpida,  
»que me hace tener un nuevo acatamiento á Dios, porque da  
»noticia de su Majestad y poder, de una manera que no se  
»puede decir; sé entender que es una gran cosa. Quedóme  
»muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, que  
»vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo. Entendí  
»qué cosa es andar un alma en verdad, delante de la misma  
»verdad. Esto que entendí es darme el Señor á entender que  
»es la misma verdad. Todo lo que he dicho entendí, hablán-  
»dome algunas veces, y otras sin hablarme con gran claridad  
»algunas cosas que las que por palabras se me decían. Enten-  
»dí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si mu-  
»chos letrados me lo hubieran enseñado; pareceme que en  
»ninguna manera me pudieran imprimir así; ni tan clara-  
»mente se me diera á entender la vanidad de este mundo.  
»Esta verdad que digo se me dió á entender, es en sí misma  
»verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades  
»dependen de esta verdad, como todos los demás amores de  
»este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza,  
»aunque esto va dicho escuro, para la claridad con que á mí  
»el Señor quiso se me diese á entender.»

Dióle también su Majestad á entender (*Vida*, cap. XXXVIII) como todas las cosas estaban en Dios, y esto por una noticia tan clara que causó en su alma grande provecho. «Estando, »dice, una vez en oración, se me representó muy en breve sin »ver cosa formada, mas fué una representación con toda cla- »ridad, como se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene »todas en sí. Saber escribir esto yo no lo sé, mas quedó muy »imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes »que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho »confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que »he hecho. Creo si el Señor fuera servido viera esto en otro »tiempo, y si lo viesen los que le ofenden, que no tendrían »corazón ni atrevimiento para hacerlo. Parecióme (ya digo) »sin poder afirmarme en que ví nada, mas algo se debe de »ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por »modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo puede »alcanzar, ó yo no me sé entender en estas visiones, que no »parecen imaginarias, y en algunas algo de estas debe haber, »sino que como son en arrobamiento, las potencias no lo sa- »ben después reformar como allí el Señor se lo representa, y »quiere que lo gocen. Digamos ser la divinidad como un muy »claro diamante muy mayor que todo el mundo, ó espejo á »manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que »es por tan subida manera que yo no lo sabré encarecer; y »que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de »manera que él encierra todo en sí; porque no hay nada que »salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan »breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro dia- »mante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver que »cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de cla- »ridad, como lo eran mis pecados, y es así que cuando se »me acuerda yo no sé cómo lo pueda llevar, y así quedé en- »tonces tan avergonzada que no sabía (me parece) á dónde »me meter. ¡Oh quién pudiese dar á entender esto á los que »muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuer- »den que no son ocultos, y que con razón lo siente Dios, pues »tan presentes á su Majestad pasan, y desacatadamente nos »habemos delante de él! Ví cuán bien se merece el infierno »por una sola culpa mortal, porque no se puede entender »cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan grande Majes-

»tad, y que tan fuera de quien él es son cosas semejantes, y  
 »ansí se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros  
 »todo esto nos sufre. Hame hecho considerar si una cosa  
 »como ésta deja espantada, ¿qué será el día del juicio cuando  
 »esta Majestad claramente se nos mostrará, y veremos las  
 »ofensas que hemos hecho?»

Revelóle nuestro Señor que le eran perdonados sus pecados, y por consiguiente que estaba en gracia y en amistad suya, como ella escribió en su vida, diciendo así: «Vi á nuestra Señora hacia el lado derecho, y á mi padre san José al izquierdo (*Vida*, cap. XXXV), que me vestían una ropa de mucha blancura; dióseme á entender que estaba ya limpia de mis pecados.» Y lo mismo dice en otra parte por estas palabras: «Acuérdome que me dió en aquellas horas de oración aquella noche, un affligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios (*Vida*, cap. XXXIV). Entonces entendí que bien me podía consolar, y confiar que estaba en gracia, por que semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, que no se compadecía hacerse al alma que estuviese en pecado mortal.» Donde es de notar que siempre que la madre dice en sus libros *entendí esto, ó me lo dijo el Señor*, es revelación, como ella lo declara en su *Vida* (cap. XXXIX). Y no sólo tuvo noticia por particular revelación del estado de su alma, sino también le revelaba el Señor el de otras muchas, como escribiremos cuando digamos del dón de profecía y discreción de espíritu que tuvo.

En ésta y en otras revelaciones que la santa tuvo (como adelante diremos) se echa bien claro de ver cómo todas eran dadas de la mano del Altísimo, pues ellas de suyo son subidísimas contemplaciones de Dios, ó de verdades suyas; todas conforme á la Escritura Sagrada, á la doctrina de los santos, reglas de quien lo entiende, y todas eran ordenadas para gran fruto y provecho, ó de la bienaventurada santa, ó de otras personas á quien se ordenaban, y lo que más admirable es la claridad y certeza con que ella las escribe, el espíritu y verdad con que las cuenta, el fuego de amor de Dios que enciende en quien las lee, que no parece sino que en cada palabra va una saeta enherbolada que hiere y abrasa el corazón de quien las oye. No son las cosas que enseña niñerías, ni

menos saben al entendimiento de mujer, que de ordinario suele ser acerca de cosas rateras, y de poco tomo y sustancia; todas son cosas de mucha doctrina, graves, grandes, admirables, escondidas y verdaderamente divinas.

No paraban las mercedes y regalos que Jesucristo hacía á su Esposa en visiones tan admirables, como hemos contado, y en revelación de misterios tan escondidos y verdades tan provechosas, sino que también por otras mil maneras y modos (cuales saber buscar y hallar el amor) le descubría su Esposo la afición grande que á su esposa tenía, ya unas veces dándoselo á ella á entender, ya otras mostrándose liberal por su respeto y ruegos con otras personas, y algunas mostrándole el estado de muchas almas, y descubriendo mil secretos de cosas venideras que Dios tenía guardadas en su pecho, como más largamente se verá en el discurso de nuestra historia; porque agora sólo pondremos aquí las mercedes que el Señor le hizo en estos principios, antes que comenzase la nueva reformation de los descalzos, y de tales principios se sacará qué tales serían los medios y los fines, si es así (como lo es) que siempre iba la santa creciendo en más amor con su Esposo, y á la medida del amor crecían también las mercedes.

Entre otros le hizo el Señor un gran favor á la bienaventurada madre Teresa de Jesús, que fué decirle no la negaría cosa de las que le pidiese, y esto fué por una demostración y señal grande de amor, como la mesma santa cuenta, y nosotros escribiremos más largamente en su lugar. En fin, no parece pensaba Dios en otra cosa sino en descubrirle á su sierva lo que pasaba en la tierra, en el cielo, en el Purgatorio y en el infierno, que aunque es verdad que para ser un alma santa no es necesario que el Señor le comunique estos secretos y visiones, y haga revelaciones semejantes, porque la santidad y perfección de los santos no se mide por revelaciones ni visiones, sino por la mayor y menor caridad con Dios y con el prójimo; por la profunda humildad y prueba de la paciencia y sufrimiento en los trabajos; pero suele Dios á sus santos darles por añadidura algunas otras muestras y señales de su amor, que aunque no son cosas que vienen pegadas con la santidad, mas de ordinario no se da esto segundo sin lo primero; pero dalo el Señor cómo y cuándo, y á quién es

servido, sin que nadie le ponga tasa, ni menos pueda ninguno hallar razón por que haga esta merced más á un santo que á otro. Con la bienaventurada madre fué Dios señaladísimo en esto, así en ser las mercedes muy particulares y grandes, como por hacérselas tan de ordinario que ciertamente más parecía alma bienaventurada que desnuda ya de la carne de nuestra mortalidad gozaba de tan soberanos regalos, que criatura mortal, vestida de este saco tan grosero y vil como es nuestra carne.

---





## CAPITULO XXI

Comunica la santa madre su espíritu y mercedes que el Señor le hace con el padre maestro de Ávila, y con el padre fray Pedro Alcántara, y con otros hombres muy graves, y todos la aseguran y aprueban.

**E**NTRE tantos favores y particulares mercedes de Dios, no se tenía la santa madre por segura, antes mientras más favorecida, más temerosa; mientras más levantada de Dios, más humilde; y mientras más crecía la privanza, tanto más se acordaba del estado tan miserable y pobre que en otro tiempo (á su parecer) había tenido, que le era de no menos pena que provecho. Y aunque eran tan grandes las mercedes que recibía, traía más de ordinario ocupado su pensamiento en lastimarse cómo había sido tan atrevida en haber dejado por cosas tan bajas tan grande Majestad. Parecíale que las mercedes era censo al quitar, y que las traía un río caudaloso, y que se las llevaba á sus tiempos; pero sus pecados estaban como un cieno, dándole de continuo mal olor y pena á su memoria. Toda andaba llena de temor no la dejase Dios de su mano para ofenderle, y verse otra vez en el estado en que á su parecer antes estuvo. Y aunque alguna vez le había dicho nuestro Señor estaban ya sus pecados perdonados, no le era esto ningún alivio, antes le añadía nueva pena, con-

siderando tanta bondad en Dios, y tan soberanas mercedes, para quien tan mala y desagradecida había sido. ¡Oh virtud admirable de la humildad, que á mayor subida da mayor baja, y á mayor gracia representa mayor indignidad, y á mayores favores corresponde con mayor reverencia y temor!

No sólo se humillaba en esto, sino también en el modo y camino que seguía de oración; porque con ser tan altas y subidas las contemplaciones y raptos tan ordinarios, ella, cuanto era de su parte, cuando cesaban estas influencias que venían del cielo, ponía todo su estudio en mirar la santísima humanidad de Jesucristo nuestro Señor; y tenía por gran yerro y tentación del demonio, por muy alta y subida que sea la contemplación, alejarse de la consideración de la vida de Cristo, y esta debe ser la causa (según la santa dice) que muchos contemplativos no aprovechan ni llegan á la verdadera libertad de espíritu, porque pierden esta guía, pues el mismo Señor dice que es camino y luz, y que no puede ir nadie al Padre sino por él, demás de que es falta de humildad, aunque solapada, si bien lo miramos. Los santos grandes contemplativos no iban por otro camino; á san Pablo nunca se le caía de la boca Jesús; á san Francisco le llagó con sus llagas, y le imprimió sus dolores hasta la muerte; san Bernardo nunca dejó aquel hacecillo de mirra de la cruz de Cristo, y lo mismo leemos de santa Catalina de Sena. Y para decir lo que esto importa, pondré aquí unas palabras que la bienaventurada madre dice á este propósito: «Veo yo claro, y he visto después, que para contentar á Dios, y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por mano de esta humanidad sacratísima. Muy muchas veces le he visto por experiencia, hámelo dicho el Señor, que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana majestad grandes secretos; así que nadie quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación, por aquí va seguro: este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; él le enseñará mirando su vida, él es el mejor dechado.»

Como la bienaventurada madre lo enseñaba y aconsejaba, así lo ponía por obra, para asegurar más sus pasos; y aunque todas las mercedes que el Señor le hacía (principalmente estas postreras) traían el sello y firma de su mano, y daban tan firme testimonio de él que no podía ya dudar de ellas; pero

como fiaba tan poco de sí, y consideraba las astucias y engaños del enemigo, no se cansaba, aunque era para ella grandísimo trabajo y mortificación, de dar cuenta de su alma á sus confesores, ó á quien le parecía la podía mejor desengañar. En esto tuvo vigilancia grandísima, de suerte que, para desengañarse y certificarse, jamás dejó de hacer diligencia que viesse era necesaria: entre otras fué ésta de gran provecho. Vino por aquel tiempo á Ávila el santo padre fray Pedro de Alcántara, comisario que entonces era de los padres descalzos del glorioso san Francisco, hombre de grande oración y espíritu, de vida santísima, y conocido en todo el reino por tal; y que por su virtud y méritos le escogió nuestro Señor para columna y fundamento de una nueva reformatión de descalzos, que en su tiempo se hizo en su orden. No le conocía entonces la santa madre; pero conociale una señora de aquella ciudad, muy noble y virtuosa, llamada doña Guiomar de Ulloa, que tenía entonces grande amistad con la santa, y con quien ella (por dicho de su confesor) comunicaba su temor y aflicciones; porque era persona de mucha oración y virtud, y en quien siempre hallaba esfuerzo y consuelo, que le había dado Dios luz para conocer la verdad, y el buen espíritu que vivía y obraba en la santa. Pues para que la madre pudiese gozar de tan buen maestro, sin decirle nada, alcanzó licencia esta señora de su provincial para que estuviese ocho días en su casa: y en ella algunas veces y otras en la Iglesia, habló la madre, y comunicó su espíritu con este santo varón, dándole entera cuenta como mejor supo de su vida y modo de proceder de oración, con la mayor claridad que pudo, sin encubrir ni aun los primeros movimientos. Y como los buenos espíritus luego se conocen y entienden, él como maestro y experimentado en el arte, por lo cual sabía de Dios, por experiencia muy larga, luego la entendió, y conoció claramente la luz y espíritu que en su alma había. Declaróle algunas cosas en que ella tenía duda, aseguróla mucho de sus temores, y díjola que alabase á Dios por las mercedes que la hacía, que estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que, si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber ni que tanto pudiese creer.

Pues como entendió aquel santo varón las prendas que Dios tenía en aquella alma, y la mucha disposición que en ella había para que fuesen creciendo cada día, cobróla mucho amor,

y de allí adelante la comunicaba mucho, y daba cuenta de sus negocios, y la rogaba le encomendase á Dios. Díjole que uno de los mayores trabajos de la tierra era el que había padecido en tener contradicción de buenos, y que aun le quedaba harto que padecer, porque todavía tenía necesidad de alguna guía y maestro; y como él echaba de ver no había en aquella ciudad quien la entendiese, habló al padre Baltasar Álvarez, de la compañía de Jesús, religioso de grande espíritu y santidad, que era entonces el que la confesaba, y dióle muchas razones, aprobando el camino de la santa; y pidióle se asegurase de allí adelante, y no la inquietase más. Con esto dejó á la santa casi asegurada de sus temores, satisfecha de su camino, y obligada y agradecida por la luz que la había dado, en cosa de tanto consuelo é importancia.

Demás de las pruebas que por espacio de algunos años hacían sus confesores del espíritu de la madre, y de la de este santo varón (con que ella había quedado con mucho consuelo), su humildad y recato no consentían que del todo despidiese el temor, ó (por decir la verdad) no quería el Señor que viviese sin él, porque de aquí tomase ocasión de humillarse, de manera que porque la grandeza de las visiones y revelaciones no la levantasen, ó desvaneciesen en algo, le hacía contrapeso con el medio con que la mantenía en el fiel. Este lastre há menester el navío de nuestra carne, para que no sea llevado fácilmente del viento de la vanagloria, y es ordinario en Dios poner estos miedos, y aconsejarlos á los que gozan de estas revelaciones; y así la primera regla que dió á santa Catalina de Sena para no ser engañada, fué temer siempre lo peor, porque, como la divina Escritura dice: Bienaventurado el varón que siempre está temeroso; y es cierto que en perdiendo el miedo á nuestra flaqueza, á nuestras inclinaciones y resabios, á la potencia del demonio, y á la miseria nuestra, luego nace en nosotros un espíritu de contentamiento propio, y una vana seguridad y confianza que fácilmente nos desvanece y derriba.

Bien se conformó con esta regla nuestra santa, pues no asegurándose nunca del todo, por grandes que fuesen las misericordias de Dios, y mercedes que recibía, siempre temía lo peor; y así como perseveraba el temor, perseveraban también las diligencias. Y viendo que no había confesor grave, docto

y santo, á quien ella pudiese comunicar, que no lo hubiese hecho; parecióle que ya no quedaba sino dar cuenta de sí á la iglesia, y esperar su juicio para gobernarse por él.

Acació pues que vino (como es costumbre ordinaria) á la visita de la ciudad de Ávila el licenciado Salazar, que entonces era inquisidor, y después murió obispo de Salamanca; determinóse de comunicar con él lo que sentía de su espíritu, creyendo que, como hombre experimentado en estos casos semejantes, la podría desengañar. Oyóla con atención, y respondióla que aquello no pertenecía á su tribunal, á quien solamente toca castigar y enmendar lo que es culpa; que si era de Dios su espíritu, era gran merced suya; si demonio, era pena que padecía contra su voluntad; y que no había que temer, como ella no se dejase llevar á mal ninguno, si acaso se lo persuadiese ó engañase. Respondió sabia y cuerdate, y dejando de hacer oficio de juez, lo hizo de padre; y aconsejóla que pusiese en un papel por escrito todo lo que sentía y había pasado por ella, y que lo enviase al padre maestro Ávila, que residía en Andalucía, y florecía entonces con grande opinión de santidad y virtud, porque era hombre de muchas letras y espíritu, y la entendería mejor.

Aprobaron este consejo sus confesores, en especial el padre maestro fray García de Toledo, religioso de la orden del glorioso santo Domingo, y comisario de las Indias, y así por orden suya puso en escrito su vida, y el suceso de ella, y su espíritu, con todo lo que interiormente sentía, y hizo una relación clara y entera, aunque algo breve, la cual después de algunos años por mandado de sus confesores escribió con más distinción, según que anda impresa en su vida. Esta envió á este padre, que estaba entonces ausente, para que él la enviase al padre maestro Avila, y con ella le envió estas cartas.

*Carta de la madre Teresa de Jesús al padre maestro fray García de Toledo, de la orden del glorioso santo Domingo.*

«El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Amén.  
»No sería malo encarécer á vuestra merced este servicio, por  
»obligarle á tener mucho cuidado de encomendarme á Dios,  
»que según lo que he pasado en verme escrita, y traer á la

»memoria tantas miserias mías, bien podría; aunque con ver-  
 »dad puedo decir que he sentido más en escribir las mercedes  
 »que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo á su ma-  
 »jestad. Yo he hecho lo que vuestra merced me mandó en  
 »alargarme, á condición de que vuestra merced haga lo que  
 »me prometió en romper lo que mal le pareciese. No había  
 »acabado de leerlo después de escrito, cuando vuestra mer-  
 »ced envía por él; puede ser vayan algunas cosas mal decla-  
 »radas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el  
 »tiempo que he tenido, que no podía tornar á ver lo que es-  
 »cribía: suplico á vuestra merced lo enmiende, y mande tras-  
 »ladar, si se ha de llevar al padre maestro Avila, porque po-  
 »dría conocer alguno la letra. Yo deseo harto se dé orden  
 »cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé á escribir,  
 »porque como á él le parezca voy por buen camino, quedará  
 »muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que  
 »es en mí: en todo haga vuestra merced como le pareciere, y  
 »vea está obligado á quien así le fía su alma; la de vuestra  
 »merced encomendaré yo toda mi vida al Señor, por eso dése  
 »prisa á servir á su Majestad para hacerme á mí merced; pues  
 »verá vuestra merced por lo que aquí va, cuán bien se emplea  
 »en darse todo, como vuestra merced lo ha comenzado, á  
 »quien tan sin tasa nos da. Sea bendito por siempre, que yo  
 »espero en su misericordia nos veremos adonde más clara-  
 »mente vuestra merced y yo veamos las grandezas que ha  
 »hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos.»

Esta suma de su vida envió el padre fray García de Toledo (con cartas suyas, y de otros confesores que habían sido de la santa madre) al padre maestro Ávila, pidiéndole que la viese, y dijese su parecer. Vió este santo varón la relación y pasos por donde Nuestro Señor llevaba á su sierva, y conoció luego que esta era obra de Dios, y respondióla por escrito: y entre otras razones que dice en su carta, escribe las siguientes:

*Carta del padre maestro Ávila á la santa madre Teresa de Jesús.*

«En los raptos hallo las señales que tienen los que son ver-  
 »daderos. El modo de enseñar Dios al alma sin imaginación,

»y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro; y no  
»hallo en él en qué tropezar, y san Agustín habla bien de él.  
»Las hablas interiores han engañado á muchos en estos tiem-  
»pos, las exteriores son las menos seguras. El ver que no son  
»del espíritu propio, es cosa fácil de discernir; si son del es-  
»píritu bueno ó malo, es más dificultoso. Danse muchas re-  
»glas para conocer si son del Señor; y una es que sean dichas  
»en tiempo de necesidad, ó de algún gran provecho: así como  
»para confortar al hombre tentado, ó desconfiado, ó para  
»algún aviso de peligro, porque como un hombre prudente no  
»habla palabra sin mucho peso, menos la hablará Dios. Y  
»mirado esto, y ser las palabras conforme á la Escritura di-  
»vina y doctrina de la Iglesia, me parece las que en el libro  
»están ser de parte de Dios.» Y añade luego:

«Visiones imaginarias ó corporales son las que más duda  
»tienen; y estas en ninguna manera se deben desear, antes se  
»han de huir todo lo posible, aunque no por medio de dar  
»higas, si no es cuando de cierto se sabe fuese espíritu malo,  
»que cierto á mí me hizo horror las que en este caso se die-  
»ron. Debe el hombre suplicar al Señor no le lleve por camino  
»de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos guarde  
»para el cielo.» Y torna á decir: «Mas si todo esto hecho  
»duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no  
»induce á vanidad, sino á mayor humildad, y lo que dicen es  
»doctrina de la Iglesia, y tiene esto por mucho tiempo, y con  
»una satisfacción interior, que se puede tener mejor que decir,  
»no hay para qué huir de ellas; aunque ninguno se debe fiar  
»en su juicio en esto, sino comunicarlo luego con quien le  
»pueda dar lumbre; y este es medio universal que se ha de  
»tomar en todas estas cosas y esperar en Dios, que si hay  
»humildad para sujetarse al parecer ajeno, no dejará engañar  
»á quien desea acertar.» Y añade:

«Y no se debe nadie atemorizar, para condenar de presto  
»estas cosas, por ver que la persona á quien se dan no es per-  
»fecta (esto dice porque al principio de estas visiones no tenía  
»la santa madre tanta perfección, ni tan sólidas las virtudes  
»como ya habemos contado), porque no es nuevo á la bondad  
»del Señor sacar de malos justos, y aun de pecados, y graves,  
»con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto.  
»¿Quién pondrá tasa á la bondad del Señor? Mayormente que

»estas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, »antes algunas personas más flacas; y como no hacen á uno »más santo, no se dan siempre á los santos.» Y prosigue diciendo:

«No tienen razón los que por solo esto descreen estas cosas »porque son muy altas, y parece cosa increíble abajarse la »majestad infinita á comunicación tan amorosa con una su »criatura: escrito está que Dios es amor; y si amor infinito, »y bondad infinita del amor y bondad, no hay que maravillar »haga tales excesos de amor que turben á los que no le cono- »cen; y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experien- »cia particular del amoroso, y más que amoroso trato de Dios »con quien él quiere, si no se tiene, no se podrá bien enten- »der el punto donde llega esta comunicación. Y así he visto »muchos escandalizados de ver las hazañas de Dios en sus »criaturas, y como están de aquello muy lejos, no piensan »hace Dios con otros lo que con ellos no hace.» Y finalmente concluye:

«Paréceme, según en este libro consta, vuestra merced ha »resistido á estas cosas, aun más de lo justo; paréceme le han »aprovechado á su alma, especialmente le han hecho conocer »más su miseria propia, y faltas, y enmendarse de ellas. Han »durado mucho, y siempre con aprovechamiento espiritual, »incitándola á amar á Dios, y á su propio desprecio, y á hacer »penitencia; no veo por qué condenarlas, inclínome más á te- »nerlas por buenas.»

Esta carta de este santísimo varón anda impresa con las demás que escribió á diferentes personas; y por el estilo de ella, por la gravedad y peso de las sentencias, por la claridad y distinción con que habla de cosas tan subidas, se echará de ver bien cuán grande fué el espíritu y santidad de su autor: y quien más largamente se quisiere enterar de quién fué el padre maestro Ávila, lea sus libros que son bien conocidos y estimados en toda España y fuera de ella, y lo que en alabanza suya escribió el religiosísimo padre fray Luís de Granada, el cual á la larga trata de su vida y virtudes; y entre otras gracias y dones que el Señor le comunicó, dice haberle dado particularmente dón de discreción, y conocimiento de espíritus; allí hace también mención cómo conoció y arrobó el espíritu de nuestra santa, y de esta carta que le escribió, como

también referimos en el Prólogo de este libro. Todo esto se ha dicho para que se entienda cuánto se ha de estimar la aprobación de este varón de tanta virtud y discreción. Otra carta le escribió este santo varón en otra ocasión á la santa madre, en la cual le vuelve á asegurar de su buen espíritu y modo de oración.

Razón será que á tantas y tan graves aprobaciones, añadamos aquí otra gravísima, y digna de que el autor de ella no se disimule, la cual se halló en la Encarnación entre otros papeles de la santa Madre. Cuanto yo he podido colegir de ella, parece de algún padre de la compañía de Jesús, y que se hizo para informar al padre maestro Avila, porque está escrita por vía de relación. Pero ahora sea suya, ahora de otro, el autor sin duda era muy docto y espiritual, y la relación bien fundada y digna de ser leída. Contiene en sí treinta y tres razones, que cada cual de ellas, en materia de espíritu, es eficacísima, y todas juntas hacen una clara demostración de su grande virtud y santidad.

*Relación del espíritu y modo de oración de la santa madre,  
que hizo un confesor suyo*

1. El fin de Dios es llegar una alma á sí, y el del demonio apartarla de Dios. Nuestro Señor nunca pone medios que aparten á uno de sí, ni el demonio que lleguen á Dios: todas las visiones, y las demás cosas que pasan por ella la llegan más á Dios, y la hacen más humilde, obediente, etc.

2. Doctrina es de santo Tomás, y de todos los santos, que en la paz y quietud del alma que deja el ángel de luz, se conoce: nunca tiene estas cosas que no quede con grande paz y contento, tanto que todos los placeres de la tierra juntos no son como el menor.

3. Ninguna falta tiene, ni imperfección, de que no sea reprehendida del que la habla interiormente.

4. Jamás pidió ni deseó estas cosas, sino cumplir en todo la voluntad de Dios nuestro Señor.

5. Todas las cosas que le dice van conformes á la Escritura divina, y á lo que la Iglesia enseña, y son muy verdaderas en todo rigor escolástico.

6. Tiene muy gran puridad de alma, gran limpieza, deseos

ferventísimos de agradar á Dios, y á trueco de esto atropellar á cuanto haya en la tierra.

7. Hanle dicho que todas las cosas que pidiera á Dios, siendo justo, se le dará: muchas ha pedido, y cosas que no son para carta por ser largas, y todas se las ha concedido nuestro Señor.

8. Cuando estas cosas son de Dios, siempre son ordenadas para bien propio, común, ó de alguno. De su aprovechamiento tiene experiencia, y del de otras muchas personas.

9. Ninguno la trata (si no lleva prava disposición) que sus cosas no le muevan á devoción, aunque ella no la dice.

10. Cada día va creciendo en la perfección de las virtudes, y siempre la enseñan cosas de mayor perfección, y así en todo su discurso de tiempo, en las mismas visiones ha ido creciendo, de la manera que dice santo Tomás.

11. Nunca le dicen novedades, sino cosas de edificación, ni le dicen cosas impertinentes.

12. De algunos le han dicho que están llenos de demonios; pero para que entienda cuál está un alma cuando mortalmente ha ofendido al Señor.

13. Estilo es del demonio cuando pretende engañar, avisar que callen lo que les dice, mas á ella que lo comunique con letrados siervos del Señor. Y que cuando callare, por ventura le engañará el demonio.

14. Es tan grande el aprovechamiento de su alma con éstas cosas, y la buena edificación que da con su ejemplo, que más de cuarenta monjas tratan en su casa de grande recogimiento.

15. Estas cosas ordinariamente le vienen después de larga oración, y de estar muy puesta en Dios, y abrasada en su amor, ó comulgando.

16. Estas cosas le ponen grandísimo deseo de acertar, y que el demonio no la engañe.

17. Causan en ella profundísima humildad; conoce lo que recibe ser de la mano del Señor y lo poco que tiene de sí.

18. Cuando está sin aquellas cosas, suélenle dar pena y trabajo cosas que se le ofrecen; en viniendo aquello no hay memoria de nada, sino gran deseo de padecer, y de esto gusta tanto que se espanta.

19. Cáusanle holgarse y consolarse con los trabajos, mur-

muraciones contra sí, enfermedades, y así las tiene terribles de corazón, vómitos y otros muchos dolores, los cuales cuando tiene las visiones todos se le quitan.

20. Hace muy grande penitencia con todo esto: ayunos, disciplinas y mortificaciones.

21. Las cosas que en la tierra le pueden dar contento alguno, y los trabajos, que ha padecido muchos, sufre con igualdad de ánimo, sin perder la paz y quietud de su alma.

22. Tiene tan firme propósito de no ofender al Señor, que tiene hecho voto de ninguna cosa entender que es más perfección, ó que se la diga quien lo entiende, que no la haga. Y con tener por santos á los de la compañía, y parecerla que por su medio nuestro Señor le ha hecho tantas mercedes, me ha dicho á mí que si no tratarlos supiese que es más perfección, que para siempre jamás no les hablaría ni vería, con ser ellos los que han quietado y encaminado en otras cosas.

23. Los gustos que ordinariamente tiene, y sentimiento de Dios, y derretirse en su amor, es cierto que espanta; y con ellos se suele estar todo el día arrobada.

24. En oyendo hablar de Dios con devoción y fuerza se suele arrebatar muchas veces, y con procurar resistir no puede, y queda entonces tal á los que la ven que pone grandísima devoción.

25. No puede sufrir á quien la trata que no la diga sus faltas, y no la reprehenda, lo cual recibe con grande humildad.

26. Con estas cosas no puede sufrir á los que están en estado de perfección que no la procuren tener conforme á su instituto.

27. Está despegadísima de parientes, no querer tratar con las gentes, amiga de la soledad; tiene gran devoción con los santos, y en sus fiestas y misterios que la Iglesia representa tiene grandísimos sentimientos de nuestro Señor.

28. Si todos los de la compañía, y siervos de Dios que hay en la tierra, le dicen que es demonio, ó dijesen teme y tiembla antes de las visiones; pero en estando en oración y recogimiento, aunque la hagan mil pedazos, no se persuadirá sino que es Dios el que la trata y habla.

29. Hala dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo que espanta. Solía ser temerosa, ahora atropella á todos los de-

monios; es muy fuera de melindres y niñerías de mujeres; muy sin escrúpulos; es rectísima.

30. Con esto le ha dado nuestro Señor el dón de lágrimas suavísimas; grande compasión de los prójimos; conocimiento de sus faltas; tener en mucho á los buenos; abatirse á sí misma; y digo cierto que ha hecho provecho á hartas personas, y yo soy una.

31. Traía ordinaria memoria de Dios, y sentimiento de su presencia. Ninguna cosa le han dicho jamás que no haya sido así, y no se haya cumplido; y este es grandísimo argumento.

32. Estas cosas causan en ella una claridad de entendimiento, y una luz en las cosas de Dios admirable.

33. Que le dijeron que mirase las escrituras, y que no se hallaría que jamás alma que desease agradar á Dios hubiese estado engañada tanto tiempo.

Estas razones contenía este papel, que (como he dicho) se halló entre otros de la santa madre en la Encarnación de Avila. Las razones son mucho eficaces; el estilo muestra ser hombre letrado, espiritual; por lo que aquí dice se echa de ver ser confesor de la santa madre, y asimismo ser verdad todo lo que escribe; así por lo que habemos dicho, como por lo que yo experimenté en ella. El padre maestro fray Pedro Ibáñez, rector del colegio de San Gregorio en Valladolid, y confesor que fué por muchos años de la santa madre, escribió un tratado de muchos pliegos, juntando muchas cosas de la Escritura y de los santos, en aprobación de su espíritu, el cual he visto yo de su letra, y por ser tan largo no le pongo aquí.

---



## LIBRO SEGUNDO

Donde se trata de los monasterios de la nueva reforma de los descalzos y descalzas de Nuestra Señora del Carmen, á que dió principio la santa madre Teresa de Jesús

---

### CAPÍTULO I

Cómo nuestro Señor inspiró á la bienaventurada madre Teresa de Jesús que hiciese una nueva reformatión de su orden, y las causas que á esto le movieron

CON la respuesta que tuvo la santa madre Teresa de Jesús del padre Avila (que fué luz y gloria de sus tiempos), por ser de hombre tan docto y ejercitado en cosas de espíritu, y con las demás aprobaciones que en el primer libro habemos contado, procedió de allí adelante con más seguridad, aunque siempre con aviso y recato; entendiendo que con los que habla Dios y les da semejantes visiones, á veces también se disimula el demonio, y se finge ángel de luz, queriendo remedar lo que Dios hace.

Con esta probación, mirando siempre por sí, como quien camina con temor de ladrones, y guiándose con la obediencia, proseguía su camino segura, creciendo Dios en las mercedes, y ella en las virtudes y amor suyo. Mas como el amor

divino sea fuego que nunca cesa de dar calor y luz donde está, ni deja estar ociosas las almas donde vive (porque siempre las está moviendo y despertando á mayores cosas del servicio de Dios, buscando nuevamente continuas ocasiones para que lo que está en el corazón se muestre en las obras), hacía en la santa estos mismos efectos; y como ya su Majestad había dado calor al alma para digerir otros manjares más gruesos, no se satisfacía con los ordinarios de que hasta allí se había sustentado, y así vencida del amor imaginaba mil trazas, y pensaba de continuo cómo agradaría más á quien tanto debía.

Andaba ocupada en este pensamiento, y después de haber visto, en una visión que tuvo del infierno, las tinieblas, penas y tormentos que pasan allí los condenados; donde vió el lugar también que por sus pecados mereciera si ella pasara adelante en el camino que antes llevaba, si el Señor no la previniera y sacara con su poderosa mano de las ocasiones en que se iba enredando; después de haber visto la gloria y premio que se da á los buenos, y otras grandes cosas y secretos que el Señor por su bondad la quiso mostrar, comenzáronle á dar grandísima pena dos cosas. La primera ver cuán mal había agradecido al Señor tan gran merced de haberla librado del infierno, y cuán poca penitencia (á su parecer) había hecho de sus pecados, que esta es la condición de los que verdaderamente aman á Dios, porque nunca les parece que han comenzado á servirle. Procuraba mil modos como pudiese hacer más penitencia, para satisfacer en algo tan gran deuda, y ganar tanto bien y tesoro como Dios tiene guardado para los que le sirven. Deseaba huir de las gentes á los desiertos, como hicieron antiguamente otras santas; y metida en una cueva, apartada ya del mundo, dar fin á las cosas de él y principio á sus deseos. Inventaba otros mil modos para afligir y castigar su cuerpo, y nada le satisfacía.

La segunda cosa que le daba grandísima pena era ver las muchas almas de los luteranos que se condenaban: que había visto las penas del infierno, y reconocido los bienes eternos de la gloria: sentía con grandísimo extremo que aquellos malaventurados trocasen con tanta ceguedad tanto bien por tan incomportable daño. Este fuego nacido del celo de amor que en su pecho ardía, comía y abrasaba sus entrañas, y nacíanle

de aquí unos grandes ímpetus de aprovechar almas, y en tanto grado que ciertamente no dudara por librar una sola de tan gravísimos tormentos pasar ella muchas muertes; y no acababa de compadecerse y deshacerse en lágrimas, considerando tantas almas como el demonio por medio de herejías había ganado para sí, y ganaba cada día, las abominaciones de los pecados sin cuento, las afrentas y traiciones contra Dios, cuya honra ella celaba y pretendía. Y de una misma raíz de la caridad nacían los rayos de amor tan fuertes, el uno de amor de sus prójimos, el otro de la gloria de Dios, que ambos encendían y abrasaban su alma.

Por esta causa de día y de noche no cesaba de importunar al Señor con oraciones y lágrimas por el remedio de tantos males; pero como se veía á solas en esta demanda, y tenían tan poca satisfacción de sus merecimientos y vida, todo cuanto hacía le parecía poco; y así crecían en ella de nuevo aquellas ansias mortales que tenía de la salvación de aquellos ciegos y desdichados. No sosegaba su espíritu con estos cuidados, ni se llenaban sus deseos con cosa alguna de las que pensaba para remedio de tan graves daños: mas este desasosiego no era inquieto, sino sabroso, y echábase bien de ver que era de Dios.

En medio de estos pensamientos ofreciósele que lo primero y más acertado era ser perfecta en su estado y llamamiento, guardando la primera perfección de su regla; porque aunque es verdad que en el monasterio donde estaba se guardaba la regla de Nuestra Señora del Carmen, que dió san Alberto, patriarca de Jerusalén, en el año de mil ciento setenta y uno, á los ermitaños que moraban en el monte Carmelo junto á la fuente del profeta Elías, pero estaba ya esta regla mitigada por Inocencio IV en el año del Señor de mil doscientos cuarenta y ocho, después por Eugenio IV el año de mil cuatrocientos treinta y uno. Y demás de estas mitigaciones y de estos y otros pontífices, aunque en aquel monasterio se vivía religiosamente, no se guardaba clausura, y había otros inconvenientes, y no era el menor para la santa el mucho regalo que le parecía tenía en ella, por ser grande y deleitosa. Todo esto le ayudaba á procurar guardar aquella primera regla, que como abajo diremos es de suma perfección y rigor. Este fué el pensamiento que más le cuadraba y satisfacía á sus deseos.

En este tiempo, cuando esta santa virgen estaba revolviendo entre sí estos altos pensamientos, ocupada toda en nuevas trazas é invenciones de amor, para servir más á su divino Esposo, vino á su noticia el grande estrago que comenzaba á hacer en Francia y otras partes la herejía de Lutero y de otros desventurados y ciegos herejes; pues como ya ella estuviese tocada tan fuertemente del deseo de la salvación de las almas, fácilmente prendió en la suya un fuego tan encendido y fuerte, que de la manera que un rayo cuando hiere en un árbol, con la fuerza del golpe y de su secreta virtud, convierte á aquella parte donde hirió las ramas y hojas del árbol; de la misma suerte olvidada la santa de su quietud, de sí mesma, de su premio y de su gloria, se convirtió y entregó toda á procurar, como ella podía, el remedio de estas almas; y así, aunque sus deseos habían sido hasta allí de asentar una vida áspera y penitente, pero de allí adelante, como ella escribe en el Camino de Perfección (cap. I), se determinó á plantar un monasterio con el extremo de rigor que en fuerzas humanas se permitía, como la que ya trataba de ordenar la penitencia y oración suya y de sus compañeras, para satisfacer por tantos pecados, y aplacar á Dios, que tan ofendido le tenían los pecados del mundo. Estos eran los motivos que la estimulaban entonces para hacer nueva profesión de la primera y antigua regla de su orden.

No era suyo este pensamiento, sino de Dios, y como de tal mano, venía tal remedio, que bastaba para curar las llagas de su amor, y cumplir con las dos cosas que pedía su deseo, que eran, como habemos contado, hacer nuevo sacrificio de su cuerpo con nuevos rigores y penitencias, y hallar algún remedio para que el Señor alzase la mano de su ira y castigo, que por nuestros pecados enviaba á su Iglesia; porque en la regla de Alberto hallaba el rigor y penitencia que ella buscaba, por ser una de las reglas de más aspereza que hay en la Iglesia, como se verá cuando la refiramos. También era un efficacísimo medio para lo que principalmente la santa pretendía, que era ayudar con sus oraciones á la Iglesia, rogando á Dios por las almas de los que están ciegos y obstinados en la herejía; porque entre otros preceptos que esta regla tiene, uno es principalísimo que obliga á los profesores de ella á que de día y de noche (cuanto á la fragilidad humana permite) estén

ocupados en continua oración y meditación de la ley del Señor; por aquí hallaba un medio convenientísimo para lo que pretendía; pues ya que á ella la predicación y doctrina, y otros caminos de aprovechar almas, por ser mujer, no le eran permitidos, le quedaba la puerta abierta para este de la oración, que es el más necesario y con que más le podía ayudar.

Pensaba en esto algunos ratos, y cuanto más lo miraba y encomendaba á nuestro Señor mejor le parecía. No cabía de contento considerándose en una casa pobre, vestido de un saco, junta con otras de su trato y espíritu, y ocupadas todas en oración, sin locutorio ni redes, desasida de lo de acá, y puesto el corazón en su Esposo. Trataba consigo misma cómo podrían poner en ejecución estos pensamientos, y andaba metida en mil cuidados; porque el amor y deseo que tenía de verse apartada y retirada con pocas viviendo como deseaba vivir, la metía en este pensamiento, mas sacábanla de él mil imposibilidades que luego se le ofrecían; porque se le ponía delante la dificultad de alcanzar la licencia de los prelados, la poca posibilidad para el edificio y fundación de la casa, la novedad que había de causar este hecho y el decir de las gentes; y no le daba menos pena si había de haber quien la quisiese seguir; y cuando esto hallaba, temía el suceso suyo y de sus compañeras: pero como no era ella el autor de estos deseos y pensamientos, tornábanle, y siempre más encendidos, porque el Señor que los ponía también los apresuraba, viendo que se llegaba el tiempo determinado por él.

Y para que mejor se vea de cuán pequeños principios comienza Dios obras tan grandes, el que tuvo la nueva reformation de los descalzos fué éste. Tenía una sobrina la santa madre, llamada doña María de Ocampo, que después fué monja descalza, y se llamó María Bautista, á quien la santa madre amaba mucho: estaba esta señora (cuando la santa andaba revolviendo dentro de sí estos pensamientos) por seglar en el monasterio de la Encarnación de Ávila, y tratando un día de cuán pesada vida era la que en aquella casa se pasaba, por haber tanta gente, dijo esta señora que sería bien que las que estaban allí (que entonces estaban algunas juntas en conversación) se fuesen á vida más solitaria, á manera de ermitañas, y de palabra en palabra se vino á encender la plá-

tica, de manera que ya la que la había comenzado daba mil ducados de su legítima para la casa: cosa que á la madre dió mucho gusto, por ver que en medio de sus galas y vanidad se mostrase tan celosa de obra que era tan fuera de lo que su hábito pedía.

Pues como la madre andaba con estos deseos, comenzóla á tratar con doña Guiomar de Ulloa (que era la señora que arriba dijimos ser gran amiga suya), la cual salió muy bien á ello, y ofreció de ayudar á esta obra, que tan del servicio de Dios le parecía, y comenzaron ambas con muchas veras á encomendarlo á Dios, que como tenía gana de que se hiciese, así ordenaba de que se lo rogase y pidiese más su sierva. Andando en estos fervores y suplicaciones, un día acabando la santa madre de comulgar, estando así recogida le apareció el Señor, y le dijo claramente que lo intentase, como ella cuenta por estas palabras: «Habiendo un día comulgado mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas» (*Vida*, cap. XXXII), haciéndome grandes promesas de que «no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que á la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora de la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos; que dijese á mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba él que no fuese contra ello, ni la estorbare.»

Esto le dijo nuestro Señor á la santa, y fué esta visión con tan grandes efectos que no podía dudar que era Dios el que la hablaba, y así animóse mucho con esto, aunque el sentido y la carne se encogía, sintiendo la desnudez que seguía; porque luego que se lo dijo el Señor, tuvo por muy cierto que había de ser, y así comenzó á desasirse de algunas cosas que le hacían agradable la vivienda de su monasterio; y aunque se le representaban las dificultades que había, los trabajos y contradicciones que le podían venir, todo lo vencía la voluntad del Señor, el cual no sólo una vez, mas otras muchas se lo decía y mandaba, como ella escribe. «Fueron muchas veces, dice, las que el Señor (*Vida*, cap. XXXII) me tornó á hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones,

»que yo veía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé  
»hacer otra cosa sino decirlo á mi confesor, y dile por escrito  
»todo lo que pasaba. Él no osó determinadamente decirme  
»que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme á  
»razón natural, por haber poquísima y casi ninguna posibili-  
»dad en mi compañera, que era la que lo había de hacer.»

Vióse el confesor aquí en grande confusión, porque ni le parecía justo contradecirlo, ni tampoco conforme á prudencia aconsejar lo que á la razón humana se le representaba como imposible. Resolvióse en que lo tratase la santa madre con su provincial, y que lo que él respondiese eso hiciese. Era provincial fray Ángel de Salazar, hombre muy religioso, y amigo de toda reformation y virtud. Dióle cuenta del caso doña Guiomar de Ulloa, poniéndole delante la comodidad que para esto había: parecióle bien al provincial, y ofreció les daría su licencia. Había escrito antes la bienaventurada santa al padre fray Pedro de Alcántara pidiéndole su parecer; y respondió le parecía cosa muy acertada, y de que el Señor se serviría mucho, y que así no lo dejase de hacer. Y no se contentó la santa madre con tener la luz y prendas del cielo que tenía para emprender este negocio; porque aunque tenía por muy ciertas las hablas y visiones de Dios, no se regía inmediatamente por ellas, si no eran aprobadas primero por su confesor; pero aquí, por ser el negocio tan grave y extraordinario, demás del confesor, del prelado, del padre fray Pedro de Alcántara, lo envió á consultar con el bienaventurado padre fray Luís Beltrán, cuya santidad en aquel tiempo resplandecía en España como una estrella; y habiendo llegado la fama de ella á Ávila, parecióle á la santa que quien estaba tan cerca de Dios sabría bien dar noticia de su voluntad y gusto, y así le envió á pedir consejo escribiéndole una carta, dándole en ella cuenta de lo que hasta allí había pasado. Á esta respondió el santo (como refiere el padre maestro fray Vicente Justiniano en las adiciones que hizo á la Vida del padre fray Luís Beltrán) por estas palabras: «La bienaventurada madre Teresa de Jesús, fundadora de las descalzas y descalzos carmelitas, en los primeros años que trató de fundar la reformation de su orden procuró consultar su intento con muchas personas espirituales, particularmente con el padre fray Luís Beltrán. Envióle una carta, y dióle cuenta

»de su deseo y de algunas revelaciones que había tenido sobre  
»ello: el padre fray Luís, encomendando á Dios en sus ora-  
»ciones y sacrificios los buenos intentos della, al cabo de tres  
»ó cuatro meses le respondió en esta forma.

*Carta del padre fray Luís Beltrán para la madre Teresa  
de Jesús.*

«Madre Teresa, recibí vuestra carta, y porque el negocio  
»sobre que me pedís parecer es tan en servicio del Señor, he  
»querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrifi-  
»cios; y esto ha sido la causa de haber tardado en responde-  
»ros: agora digo en nombre del mismo Señor que os arméis  
»para tan grande empresa, que él os ayudará y favorecerá; y  
»de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años que  
»vuestra religión no sea una de las más ilustres que haya en  
»la Iglesia de Dios: el cual os guarde, etc. En Valencia.

FRAY LUÍS BELTRÁN.»

Por el estilo de esta carta se echará de ver la llaneza y ver-  
dad en que los santos tratan.

---



## CAPÍTULO II

De las contradicciones que se levantaron contra la santa madre en la fundación del primer monasterio

**E**STABA la santa muy contenta con los testimonios y aprobaciones que tenía del cielo y de la tierra de su fundación; mas duróle poco la alegría, porque luego que en Ávila se comenzó á entender su intento, y el demonio que adivinaba su daño, levantó una gran borrasca por todo el lugar, de suerte que no se podría escribir en breve la persecución que vino sobre ella y su compañera, que era aquella señora que la ayudaba. Comenzáronse á despertar los dichos, las risas, las mofas, el decir que era disparate; y tanta diversidad de pareceres, que no sólo lo general del pueblo se le mostraba contrario, mas también hombres doctos y espirituales de él lo contradecían: tanto, que vino el negocio á caso de duda, no sólo de si se haría, mas si era lícito el hacerlo, y á aquella señora llamada doña Guiomar de Ulloa la negaron por esta causa la absolución, que para su condición natural y escrúpulos fué cosa de trabajo grandísimo. Andaba la santa muy fatigada, y no sabía qué se hacer: fuése á nuestro Señor (como ella lo hacía siempre) y comenzó su majes-

tad á consolarla y animarla: díjola que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que podía pensar, que no se le diese nada. Con esto se consolaba y quietaba la madre, pero no los alborotos; porque demás de los que en el pueblo se habían sembrado (que no había persona en él que no fuese contra la santa, y le pareciese grandísimo disparate) en su monasterio fueron tantos los dichos y murmuraciones, que al provincial le pareció cosa recia ponerse contra todos, así los de dentro como los de fuera del monasterio; y así mudó de parecer, y no quiso admitir la fundación, ni dar licencia para ella, dando excusas, que al parecer eran fundadas en razón y prudencia. Residía por aquel tiempo en Ávila un padre dominico presentado en su orden, y tenido en aquel pueblo en gran posesión de letrado, llamado fray Pedro Ibáñez (de quien habemos hecho mención arriba) que hasta entonces no había salido ni entrado en aqueste negocio; á éste dieron parte de él las dos. Doña Guiomar le dió cuenta de la renta que pensaba dar al monasterio, y la santa madre de las razones que la movían á hacerlo, pero no le dijo que tenía revelaciones de Dios para ello, porque ella no quería que sus negocios se juzgasen por las revelaciones, sino por el Evangelio y las demás reglas que tiene Dios puestas de su Iglesia. Pidió este padre prudentemente término de ocho días para responderlas, y quiso saber primero si estaban determinadas á seguir su parecer: dieron ambas palabra de estar por lo que dijese, aunque ninguna de ellas se persuadía que no había de ser: mas halláronse con obligación de seguirle (*Vida*, cap. XXXII): particularmente la santa madre, como ella cuenta: «Yo, dice, aunque me parecía imposible dejarse de hacer, de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, ó contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados á hacer; porque aunque á mí verdaderamente me parecía era Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, paréceme luego me apartara de ello.»

El padre presentado se encargó (como después confesó á la santa madre) del negocio con determinación de hacer todo cuanto pudiese por apartarlas de su intento, que ya había ve-

nido á su noticia el clamor del pueblo, y le parecía también desatino como á los demás, y había pedido el término tan largo para estorbarlo más despacio. Pero como Dios, que tenía determinado lo que había de ser, y que escogía á este mismo padre por medio para que lo fuese de esta obra, mudóle de manera en el plazo de los ocho días que pidió, que mientras más miraba lo que había de responder, y pensaba el negocio y el intento que llevaban, y manera de concierto y religión, más se le asentaba ser muy conveniente que se hiciese, y obra en que Dios se servía mucho, y que no había de dejar de hacerse. Y así antes que se cumpliesen los ocho días la respondió se diese prisa á concluirlo, y que aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios. Dióles la traza y manera que habían de tener para negociar, y tomó á su cargo el defenderlas y ayudarlas, respondiendo á su favor á todos cuantos las contradijesen. Con esto, aunque hasta allí habían sido casi todos los del pueblo los que contradecían, de allí adelante hubo algunos que comenzaban á ser de su parte, con lo cual se iba también el provincial inclinando á dar su licencia.

Con esta respuesta trataron luego de poner en ejecución lo que tanto habían deseado; y así concertaron de comprar una casa (que es donde ahora está el monasterio), y aunque era muy pequeña para el fin que pretendían, á la madre se la daba poco, porque el Señor la había dicho que entrase como pudiese, que ella vería después lo que él hacía. Tuvieron concertado la compra de la casa, y habiéndose de hacer el día siguiente las escrituras, apretando el demonio de nuevo su obra, y escureciendo con razones aparentes y de prudencias humanas los ánimos y juicios de muchos, á otros abriendo las bocas con el odio que (por su daño) tiene al bien, y dándoles colores honestos á sus dichos, levantó tal grito, que vino la causa y alboroto á los oídos del provincial, el cual viendo la murmuración de la ciudad y del monasterio de la Encarnación, se confirmó más en que no convenía, y que era cosa recia ponerse contra tantos, y así resolvió y dijo que no quería dar la licencia que antes había ofrecido.

Como el provincial no quiso admitir la fundación, luego su confesor mandó que no entendiese más en ella, y habiendo costado á la santa madre muchos trabajos y aflicciones el

traer los negocios al estado en que estaban, con todo eso alzó la mano con tanta facilidad y paz de su alma como si nunca hubiera tratado de esto, porque contra la voluntad de su perlado ni la de su confesor estaba resuelta de no hacer cosa alguna. Cesó por entonces, y comenzaron de nuevo (como la santa escribe) las murmuraciones, aunque ella conservaba siempre aquella paz y serenidad de su alma, sin perder su sosiego ni quietud, y mucho menos la esperanza de que se había de hacer, como lo escribe por estas palabras (*Vida*, capítulo XXXIII): «Como se dejó y quedó así, confirmóse más ser »disparate de mujeres, y á crecer la murmuración sobre mí, »con haberlo mandado hasta entonces mi provincial. Estaba »muy malquista en todo mi monasterio, porque quería hacer »monasterio más encerrado; decían que las afrentaba, que »allí podía también servir á Dios, pues había otras mejores »que yo, que no tenía amor á la casa, que mejor era procurar »renta para ella que para otra parte: unas decían que me »echasen en la cárcel, otras (bien pocas) tornaban algo por »mí. Yo bien veía que en muchas cosas tenían razón, y algu- »nas veces dábales descuento, aunque como no había de de- »cir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabía qué »hacer, y así callaba: otras hacíame Dios muy gran merced, »que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad »y contento lo dejé, como si no me hubiese costado nada; y »esto no lo podía nadie creer, ni aun las mismas personas de »oración que me trataban, sino que pensaban estaba muy pe- »nada y corrida, y aun mi mismo confesor no lo acababa de »creer; yo como me parecía que había hecho todo lo que ha- »bía podido, parecíame no era más obligada para lo que me »había mandado el Señor, y quedábame en la casa que yo esta- »ba muy contenta, y á mi placer; y aunque jamás podía dejar »de creer que había de hacerse, yo no vía ya medio, ni sabía »cómo ni cuándo, más tenía lo muy cierto.»

---



### CAPÍTULO III

Deja la santa madre de tratar de la fundación de su Monasterio por algún tiempo: mándale nuestro Señor que la prosiga; y los trabajos que en esto pasó.

**M**ARAVILLOSO es el Señor en sus obras, y con sus pensamientos y trazas sobre todo lo que nuestra bajeza puede comprender. ¿Quién dijera que un Dios tan poderoso y tan sabio, queriendo hacer una casilla pobre y pequeña, y dar principio á un negocio de tanto gusto y gloria suya, había de permitir contradicciones tan fuertes, tantas dilaciones de tiempo, y usar de tantas trazas como si sólo tuviese querer y no poder? Verdaderamente eso es lo que maravilla y hace á nuestro Dios admirable y bueno; pues pudiendo él solo hacer la cosa, quiere darnos parte, para que costándonos trabajos, sea el merecimiento y premio mayor; que aunque él es el principal autor de todo lo bueno, y las criaturas son instrumentos y medios suyos, obra suavemente, y mueve nuestra voluntad al bien, dejándola en manos de su consejo y libertad.

Bien pudo Dios en esta fundación con una palabra hacer la casa, pues con otra crió al mundo, y poner á la santa en ella, y hacer que diese de nuevo licencia el provincial, y que la

aprobase el confesor, darla compañeras que la siguiesen, dineros que gastase, y allanar las dificultades que hubiese, y juntar todo lo demás que fuera necesario para una fundación de un monasterio; pero fué servido su Majestad, para mayor gloria suya y de su santa, que á ella le costase tanto trabajo, tantas oraciones y cuidados, y que en esto tuviesen parte, así aquella señora como los confesores que la ayudaban. Verdad sea que el padre Baltasar Álvarez (que al presente lo era de la santa madre) viendo que el provincial la había quitado la licencia, el alboroto y grita que en el pueblo pasaba (de que á él también le debió de alcanzar alguna parte, como al que regía y gobernaba á la santa), alzó la licencia que la tenía dada, y juzgó que debía de ser más imaginación suya que orden de Dios. Escribióle una carta en que le decía que por el suceso que el negocio había tenido vería que era todo sueño, que se enmendase de allí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que había causado, y otras cosas semejantes á éstas. Fatigó mucho á la bienaventurada madre esta carta, por estar entonces en medio de los mayores trabajos y persecuciones, y ser él el confesor, de donde esperaba algún consuelo. Debía querer el Señor que también de aquella parte que más le había de doler no le dejase de venir algún nuevo trabajo.

Estaba ya aquí la santa sin arrimo alguno de los que á ella le hacían al caso, porque así el provincial (como habemos dicho) como el confesor le habían quitado la licencia de tratar de este negocio. Esto le daba grandísima pena, y ponía en nueva tribulación y aprieto, porque nuestro Señor la había dicho muchas veces que tratase con diligencia esta fundación: sus confesores y la obediencia, que eran las reglas más ordinarias y ciertas de sus obras, se lo contradecían; de suerte que estaba metida en gran perplejidad y trabajo. Comenzó aquí el demonio á renovar los pasados, procurando hacerle creer que todas sus revelaciones debían de ser imaginaciones y sueño, pues habían pasado tantos escándalos como en el pueblo habían nacido de esta fundación, y no se seguía ni esperaba fruto alguno.

Pero el Señor, que siempre estaba á la mira esperando la mayor necesidad de su sierva para acudir con su ayuda y consuelo, la animó y habló, como ella misma refiere: «Esto me

»dió la mayor (va tratando de la pena que le dió la carta de su  
»confesor (*Vida*, cap. XXXIII) que todo junto, pareciéndome  
»si había sido yo ocasión, y tenido culpa en que se ofendiese  
»á Dios, y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la  
»oración que tenía era engaño, y que yo andaba muy enga-  
»ñada y perdida. Apretóme esto en tanto extremo que estaba  
»toda turbada y con grandísima aflicción; mas el Señor, que  
»nunca me faltó en todos los trabajos que he contado (hartas ve-  
»ces me consolaba y esforzaba, que no hay para qué lo decir  
»aquí) me dijo entonces que no me fatigase, que yo había  
»mucho servido á Dios, y no ofendidole en aquel negocio,  
»que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por en-  
»tonces hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Quedé tan  
»consolada y contenta que me parecía todo nada la persecu-  
»ción que había sobre mí. Aquí me enseñó el grandísimo bien  
»que es pasar trabajos y persecuciones por él; porque fué  
»tanto el acrecentamiento que ví en mi alma de amor de Dios,  
»y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace  
»no poder dejar de desear trabajos. Y las otras personas pen-  
»saban que estaba muy corrida: y sí estuviera si el Señor no  
»me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande.  
»Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor  
»de Dios que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque  
»yo callaba y no decía á nadie estas ganancias.»

En esta ocasión vino á ver á la santa madre el padre fray Pedro Ibáñez, que era el que la había comenzado á ayudar y defender, y de nuevo hacía lo mismo, teniendo por muy cierto había de tener efecto la fundación, y viendo que la madre había ya alzado la mano, y no trataba por entonces de ella mas que si nunca le hubiera pasado por el pensamiento, tomó él muy á pechos este cuidado, y juntamente con aquella Señora negociaban y daban trazas, y escribían á Roma, procurando breve de su santidad para que se hiciese. El demonio, que tan receloso andaba de este negocio, bramaba como león furioso, y buscaba mil modos y trazas cómo escurecer la fama de nuestra santa, ó por lo menos ponerle grandes temores para que dejase lo que comenzaba. Procuró que de una persona en otra se divulgase que la bienaventurada madre había tenido alguna revelación en este negocio, con lo cual algunos que bien la querían comenzaron á temer y alborotarse, y con

mucho miedo la decían que andaban los tiempos recios y peligrosos, que sería bien se dejase de aquellos intentos, que aunque eran buenos, y salían de pecho celoso y cristiano, podría ser le levantasen algo, y fuesen á los inquisidores, de adonde le naciese alguna inquietud y deshonra. Mas como la santa tenía dentro de su alma al mismo Dios y por otra parte no daba paso sin parecer de sus confesores y otros letrados, hacía poco caso de estos dichos, aunque no dejó nuevamente de comunicar su vida y oración con el padre fray Pedro Ibáñez, que era tan letrado y prudente como habemos dicho.

Y porque se vea la poca pena que esto la daba, y la mucha verdad que vivía en su alma juntamente con la generosidad y grandeza de su ánimo que le había dado nuestro Señor, pondré aquí sus palabras, y respuesta que dió á los que la ponían estos temores. « Á mí me cayó esto en gracia, y me hizo reir, » porque esto jamás yo temí; que sabía bien de mí que en » cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia que » alguien viese yo iba por ella, ó por cualquiera verdad de la » Sagrada Escritura, me pusiera yo á morir mil muertes, y » dije que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi » alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la inquisición, que si pensase había para qué, yo me » la iría á buscar, y que si era levantado, el Señor me libraría, » y quedaría con ganancia; y tratélo con este padre mío dominico, que como digo era tan letrado, que podía bien asegurar en lo que él me dijese: y díjele entonces todas las » visiones y modo de oración, y las grandes mercedes que me » hacía el Señor con la mayor claridad que pude, y supliquéle » lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentía. Él me aseguró » mucho, y á mí parecer le hizo provecho, porque aunque él » era muy bueno, de allí adelante se dió mucho á la oración. »

Esto tiene la conversación y trato de los buenos, que se pega á quien ellos se comunican, que como los que tratan con sabios siempre aprenden algo, así los que conversan con gente aprovechada y de espíritu no es posible que, ó ya de ejemplo y conversación, ó ya por medio de sus oraciones, no saquen mucho fruto y provecho. Sacólo muy grande este padre de confesar á la santa, que como en ella vió tanta sinceridad

y pureza, tan profunda humildad, tanto desasimiento de las cosas que el mundo estima, tanto trato con Dios, y lo que le confundía más era ver cuán familiarmente Dios la conversaba y trataba, y las mercedes que la hacía, las prendas y tesoros que había depositado en aquella alma santa, fueron todas estas cosas como unos leños que puso Dios en su corazón, y comenzando á soplar el Espíritu Santo (siendo la santa medianera con sus oraciones) comenzó á encender un fuego grande de amor de Dios, y viendo por la experiencia cuánto Dios comunica á los que se disponen, y de veras le buscan, y cuán estrecha amistad trata con las almas que le aman, acordó en este tiempo de retraerse por algunos meses á un monasterio de su orden, que estaba puesto en soledad; adonde fueron creciendo sus deseos y aprovechamiento, que así se le reveló el Señor á la madre, que como estuviese con pena y cuidado del estado de su alma, le dijo su Majestad que no le tuviese, porque iba bien guiado. Volvió después bien aprovechado, y debía de lo ordenar así el Señor, no sólo por el bien suyo, sino por el que á la santa se le seguía; porque el que hasta allí con solas las letras la aseguraba y consolaba, ya también lo hacía con la experiencia de espíritu y de cosas sobrenaturales que tenía. Trájole nuestro Señor á tiempo que debía ser necesario para ayudar al monasterio que su Majestad quería se hiciese.

En este tiempo todo estaba en silencio, la madre no trataba de nada (como ya hemos dicho), nuestro Señor no se lo mandaba, el provincial la tenía quitada la licencia; y así se pasaron cinco ó seis meses que estuvo el negocio en calma, y dejado del todo, aunque siempre presente en las esperanzas de la santa: esperaba el Señor mejor coyuntura para que sus confesores se lo mandasen, y la pudiesen ayudar, pues ella estaba determinada de no menearse sin su parecer, y era bien que así lo hiciese.

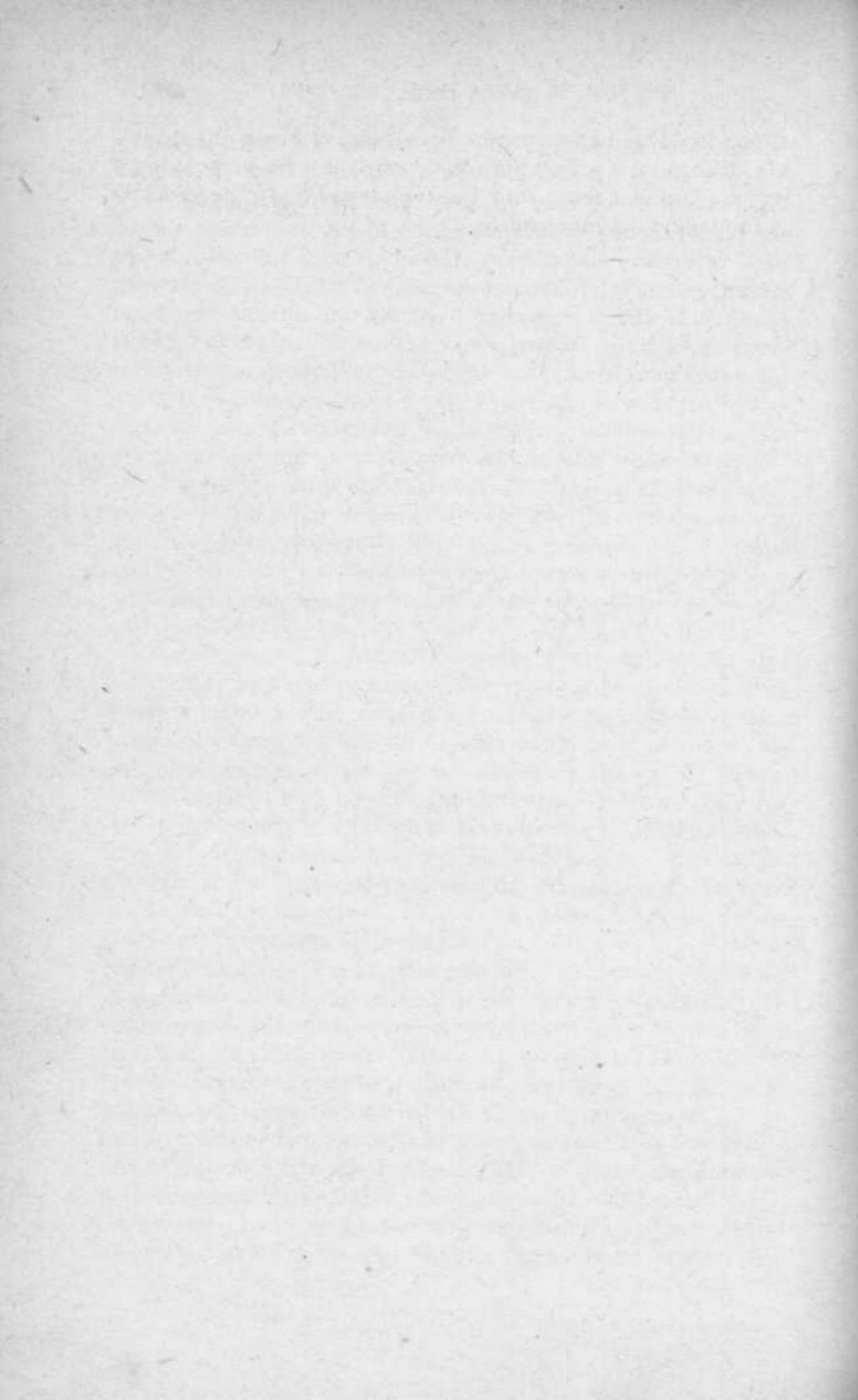
El ordinario confesor de la santa madre era entonces el padre Baltasar Alvarez, que aunque era espiritual y santo, pero por ser de la compañía seguía santamente el instituto de ella, que ordena que en cosas semejantes den cuenta á los superiores de lo que tratan, y así lo hacía él. El rector que era entonces, que no debía estar bien enterado de la fineza del espíritu de la santa, ó ya por ser muy recatado, ó por la no-

vedad de cosas tan extraordinarias, prudentemente temía; y debíale de ir á la mano, aconsejándole tirase siempre del freno á la santa, temiendo que él y ella no se despeñasen. Vino otro rector á Ávila, que se llamaba el padre Baltasar de Salazar, hombre muy religioso, y más experto de tratar y encaminar almas. Como entendió por medio del confesor de la madre el camino tan extraordinario por donde el Señor la llevaba, quiso más de cerca tocar y palpar su espíritu, pareciéndole que desde fuera se podía mal en cosa tan ardua dar parecer ni consejo. Fuéla á ver, y mandóla su confesor tratase con él con toda verdad y claridad; y aunque ella sentía gran contradicción en hacer esto sin mucha necesidad, obedeció al confesor, y no sin gran provecho suyo, porque el rector tenía dón particular de conocer espíritus, y así entendió luego el de Dios que moraba en la santa, y aconsejó al confesor que la consolase y se dejase ya de temores, y abriese la puerta para que obrase el espíritu de Dios, y que no era razón tenerle más atado.

En esta ocasión, cuando el confesor de la santa estaba más satisfecho y más cierto de su buen espíritu, la volvió nuestro Señor á mandar que tornase á tratar del negocio de su monasterio, y que para esto dijese á su confesor y al rector algunas razones para que no la estorbasen. El rector, como estaba asegurado de que era aquel espíritu de Dios, atendía con mucho cuidado á lo que la santa decía, y no osaba estorbárselo, y el ministro, que era su confesor, también temía impedirlo. Fué Dios servido que un día viniese á entender claramente ser voluntad suya, porque en medio de estas dudas y dificultades en que él andaba metido, dijo un día nuestro Señor á la santa madre estas palabras: Di á tu confesor que tenga mañana meditación deste verso: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine! nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ*, que son palabras del psalmo XCI, y quieren decir: ¡Cuán engrandecidas, son, Señor, vuestras obras! profundísimos son vuestros pensamientos. Escribióle luego la santa en un billete lo que el Señor la había dicho. Puso por obra este bienaventurado padre lo que ella le aconsejaba; y como era hombre de mucha oración, á pocas vueltas que dió meditando el verso, vió claramente que le enviaba Dios á decir que por medio de una mujer había de mostrar sus maravillas, y que ese era

el hondo de los pensamientos suyos, que él hasta allí no había alcanzado; y así certificado de esto, le dijo luego que no había que dudar más, sino que volviese á tratar de veras de la fundación del monasterio.

---





## CAPÍTULO IV

Compra la santa madre una casa para hacer Monasterio; comiéndzala á labrar; aparécésela nuestra Señora y el glorioso san José, y hácenla una merced muy singular.

CON esta respuesta y aprobación de su confesor, la santa madre, que ya estaba descuidada de la casa y de la obra, atendiendo principalmente al provecho de su alma, creciendo cada día más en el amor y deseos de padecer por su Esposo, tornóse á meter en cuidados, y á dar traza de su monasterio. Poníasele delante el mucho trabajo que la había de costar (que ya habemos contado cómo nuestro Señor le había dicho que le quedaba mucho más por padecer), la poca posibilidad que tenía, los nuevos encuentros y contradicciones que esperaba, y aunque con grande ánimo atropellaba todos estos contrarios, alguna vez acosada con los trabajos, afligida y perpleja con las dificultades, se volvía á Dios, y decía (*Vida*, cap. XXXIII): «Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que me parecen imposibles? que aunque fuera mujer, si tuviera libertad: mas atada por todas partes, sin dineros, ni donde los tener, ni para breve ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?» De esta manera se quejaba algunas veces á Dios, pero no desmayaba en nada.

Procuró primeramente, antes que comenzase á dar paso alguno, no hacer otra cosa contra la obediencia de su prelado, y de esto se aseguró primero con el parecer de su confesor y otros letrados, y principalmente con lo que Dios la había dicho, porque en todo lo que trató de esta fundación, desde el principio hasta el cabo, con gran prudencia y santidad, y principalmente con Dios, que no la dejaba de la mano, guió siempre las cosas de tal manera que nunca por ellas faltó un punto de la obediencia que según las reglas de su religión debía á sus prelados, aunque lo deseaba tanto, y aunque el Señor tantas veces se lo había mandado, que verdaderamente pone admiración y espanto; comenzaron á tratar el negocio ella y su compañera con mucho secreto, que era lo que por entonces más importaba. Y así procuró la santa que una hermana suya que vivía en Alba, llamada doña Juana de Ahumada, viniese á Avila, y en su nombre comprase la casa, y así se hizo.

Hecha la compra de la casa, comenzóse la obra en nombre de su compañera, que era aquella señora llamada doña Guiomar de Ulloa; aunque el trabajo, solicitud y dinero que costaba era todo suyo, que (como ella cuenta) le costó grandísimo en buscarla, y concertar la casa, hacerla labrar, y traer á su hermana. Porque aquella señora, aunque hacía lo que podía, podía muy poco (por tener ella otras muchas obligaciones), y así cargaba todo sobre la santa, que para persona tan pobre, recogida y sola, era una pesadísima carga. Mientras se hacía la obra, estando la santa en grande necesidad, que no tenía aun de qué pagar los oficiales, le apareció el glorioso san José, y la dijo que los concertase, que no faltaría de qué pagarlos: hizolo así, y para la paga proveyóla el Señor de dineros por caminos tan extraordinarios que ella se espantaba.

Cuando vino á trazar el monasterio, hizosele á la santa la casa muy chica, y tanto que le parecía imposible que hubiese capacidad para hacer un monasterio, por pequeño que fuese. Pensaba sería bueno comprar otra, pero no igualaban las fuerzas á la necesidad y deseo, porque no había cómo ni de qué comprarse, y así no sabía qué se hacer. Acabando un día de comulgar, díjola el Señor (como ella escribe): Ya te he dicho que entres como pudieres. Y á manera de exclamación

la dijo también: ¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener donde me meter! «Yo quedé muy espantada, y vi que tenía razón, y voy á la casita, y tracéla, y hallé» (aunque bien pequeño) monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella de manera que se pudiese vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso á la salud, y así se ha de hacer siempre.»

Púsole esta habla del Señor más ánimo para todo, y un día de Santa Clara, yendo á comulgar, se le apareció esta santa con mucha hermosura, y la dijo que se esforzase, y fuese adelante en lo comenzado, que ella le ayudaría; y como el decir de los santos es hacer, experimentó de allí adelante el favor de esta gloriosa virgen en dos cosas (dejando la principal, que era el ser medianera con Dios para el buen suceso de este negocio): la una fué el gran deseo que tuvo la santa madre de que en sus monasterios viviesen con la pobreza que santa Clara había plantado en los suyos, y así lo procuró en su vida. La segunda, que un monasterio de monjas de su orden, que se llamaba Santa María de Jesús, después que la santa fundó su monasterio la favorecía á ella y á sus monjas, y ayudaba á sustentar con sus limosnas.

Andaba la obra con fervor y prisa, y la santa madre no se descuidaba un punto en proveer de todo lo que era necesario. Como la obra pasaba tan adelante, comenzó la madre á dudar cómo daría cuenta de lo que estaba hecho á su provincial, pues era forzoso el saberlo, habiéndosele de dar á él la obediencia. Avisóla nuestro Señor que convenía que ahora á los principios no diese la obediencia á la orden, y dióle algunas causas, por las cuales la daba á entender importaba que esto se hiciese así. Dióle juntamente aviso el Señor que enviase á Roma por cierta vía, que también su Majestad haría que por allí viniese recaudo; y fué así que vino muy cumplido, y como la santa y sus compañeras deseaban. Todos estos favores y mercedes hacía Dios á su sierva, ayudándola muy de ordinario con sus consejos y trazas, y en esto no como suele Dios hacer con otros santos, dándoles luz de lo que han de hacer, que de ordinario no es tan clara que no quede alguna duda ó dificultad, si es voluntad suya aquello á que interiormente la

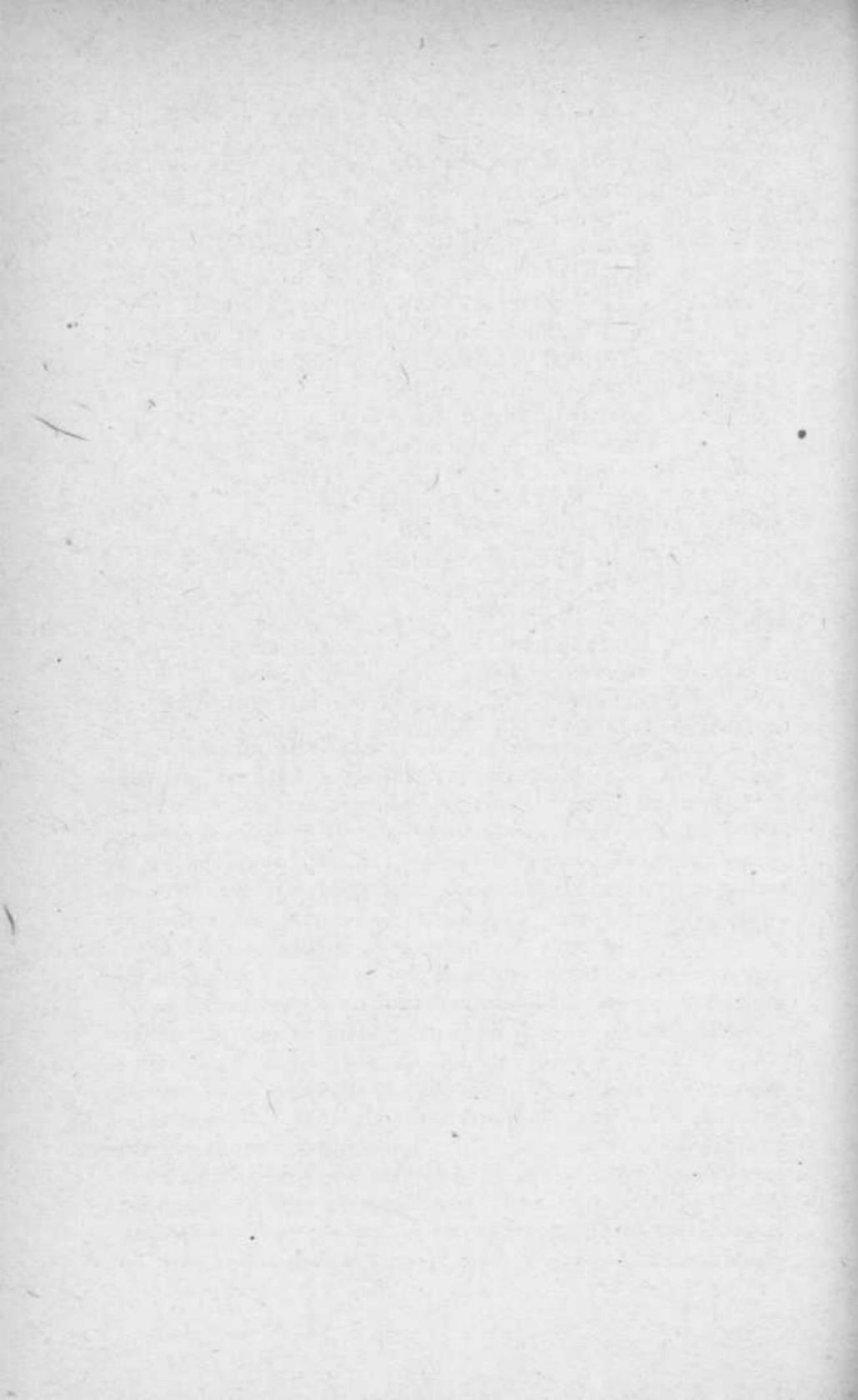
voluntad de ellos se inclina: con la santa hablaba Dios cara á cara como un amigo con otro, y de ordinario le traía al lado, y lo veía y conversaba con él.

No sólo ayudaba Cristo, nuestro bien y Esposo de la santa, esta obra, mostrándose tan favorable en todas las ocasiones (como habemos contado), y el glorioso san José, en cuyo nombre se edificaba el monasterio, sino también la Virgen Santísima (á quien la santa desde su niñez había tomado por madre) quiso mostrar cuánto se agradaba de los servicios y amor que tenía á su hijo, y del celo grande que en su pecho ardía de su religión, cuya patrona y defensora ha sido esta señora desde el tiempo de la predicación de los apóstoles, y así no podía dejar de agradecer tan buenos deseos, y pagar de su parte tan agradables servicios. Apareció la Virgen á la santa madre en compañía de su esposo san José, y dióla á entender la ayudaría, y otras cosas que le fueron de mucho consuelo, como ella misma lo refiere por estas palabras (*Vida*, capítulo XXXIII): «Estando en estos mismos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monasterio de la orden del glorioso santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había confesado en aquella casa, y cosas de mi ruin vida; vínome un arrobamiento tan grande que casi me sacó de mi sentido. Parecióme estando así, que me veía vestir una capa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quien me la vestía; después ví á nuestra Señora hacia el lado derecho, y á mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme á entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora: díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso san José; que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á gusto, porque ellos no guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal, que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá que no tiene comparación, porque es su hermosura muy diferen-

»te de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, á manera de decir.» Y un poco más abajo dice: «Quedé con un ímpetu grande de des- hacerme por Dios, y con tales efectos; y todo pasó de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios; dejóme consoladísima, y con mucha paz.»

Lo que dijo la reina de los ángeles á la santa madre de la obediencia, era por la pena que sentía de no darla á la orden, de quien era muy hija; porque ella no conocía al obispo, ni sabía su condición, ni cómo lo tomaría. Temía por una parte descontentar á su provincial, á quien amaba mucho, y por otra mucho más el poner una planta nueva de tanta perfección en manos de quien no profesaba religión, que por buen celo que tenga es dificultoso enseñar obediencia y perfección religiosa quien no la ejercitó; pero fióse de nuestro Señor, como en lo demás lo había hecho, y echóse bien de ver por la obra cuánto convino que se le diese la obediencia al obispo, porque fué Dios servido que él las favoreciese tanto que con su favor se pudo hacer la obra y fundar el monasterio, como adelante diremos.

---





## CAPÍTULO V

Cómo mientras se labraba la casa cayó un pedazo de pared y mató á un sobrino de la santa, el cual resucitó por medio de sus oraciones

**O**TRAS cosas sucedieron á la santa antes que se acabase el monasterio: que unas fueron para prueba suya y edificación nuestra, y otras para que diesen testimonio de su santidad y paciencia. Estando un día en sermón en la iglesia de santo Tomás juntamente con su hermana, como andaba en el pueblo el alboroto del nuevo convento, comenzó un padre que entonces predicaba á tratar de revelaciones y otras cosas á este tono, y á reprehender tan el descubierto á la madre tan ásperamente, como si fuera el pecado mayor y más público del pueblo; que esta es la lástima de nuestros tiempos, que habiendo tantos escándalos en las repúblicas, tantas abominaciones y ofensas de Dios en las calles y plazas, disimulan éstas con un dañoso silencio los predicadores, ó ya sea por miedos y respetos humanos, de que están algunos prendados y llenos, ó ya sea que no tienen ánimo para reprehender en otros, y convierten sus sermones á niñerías y impertinencias, no sacando más fruto que el predicarse y oirse á sí mismos, ó tratando de lo que no entienden ni saben, como

lo hacía este buen padre, que debía de tener buen celo cuando desde el púlpito decía palabras tan pesadas, y por otra parte tan claras que no faltaba sino señalarla con el dedo. Su hermana doña Juana, que estaba presente, estaba afrentadísima y muy corrida de lo que el predicador decía, pero la santa alegre y gozosa, como lo pudiera estar otra que fuese muy vana, oyendo de sí loores y alabanzas públicas.

Sucedió también otra cosa de grande admiración y espanto, en la cual se vió lo que la santa podía y alcanzaba de Dios. Estando en la obra un niño, hijo de esta señora hermana de la santa madre (que no tenían sus padres otro, y así estaban muy trabados de su amor) de edad de hasta cinco años, cayóse un pedazo de pared, el cual cogió debajo al niño, y le dejó yerto, frío y sin sentido, y sin señal alguna de vida. Fueron corriendo á avisar á la santa madre, que estaba en casa de doña Guiomar de Ulloa, y dándole nuevas como estaba muerto, acudió ella y esta señora con mucha prisa, y en llegando tomó al niño en los brazos, y como la que sabía bien por experiencia lo que la madre Teresa de Jesús podía con Dios, no dudó verle resucitado por medio de sus oraciones y así la dijo: Hermana, este muchacho está muerto: al poder de Dios no hay tasa, que si él quiere le puede dar vida; mire lo que ha sacado su hermana y cuñado de su casa, y cuán lastimados volverán á Alba sin su hijo; alcance de Dios que le dé vida. Tomóle luego la santa en sus brazos, y procuró que su madre no lo entendiese; pero no se pudo encubrir tanto que ella no lo viniere á saber, y luego que lo entendió salió toda turbada de la pieza donde estaba, dando voces por su hijo, que como no tenía otro, y le veía en tal estado, era extremado su sentimiento, y vino para la santa madre mostrando su pena, y esperando de sus oraciones el remedio. Ella le tenía atravesado sobre sus rodillas, y mucho más en el corazón, pareciéndole que todo había sucedido por su causa, pues á petición suya había venido su hermana desde Alba á tratar de su monasterio, en cuya obra había muerto su hijo, y no le parecía sino que ella le decía lo que la otra viuda al profeta Elías: ¿Para esto me trajiste aquí, para matar á mi hijo? Esto, y el caso de suyo, que era penosísimo, la lastimaban sobremanera. Determinó de acudir á nuestro Señor con mucha fe, y pedir la vida de aquel niño: dijo á su hermana que callase, y

los demás le pidieron lo mismo; y todos estaban suspensos esperando en qué había de parar aquella desgracia. La madre, bajando el velo y juntamente la cabeza, y acercándola al niño, callando exteriormente, pero ella dentro como otro Moisés y Elías, dando voces á Dios, que no desconsolase á los que había tomado por medio de la obra que quería hacer, habiendo estado un rato de esta manera con el niño en los brazos y con el corazón en Dios, súbitamente el que todos juzgaban por muerto comenzó á revivir como si despertara de un sueño; entonces despidiendo la santa el niño de sus brazos, dijo á su hermana: Tome allá á su hijo, el cual estaba ya tan bueno y tan sano que dentro de poco rato andaba corriendo por la pieza, volviéndose para su tía, abrazándola y haciendo otras niñerías. Todo esto se tuvo por notorio en casa de su hermana; y así el mismo niño que había resucitado, siendo de más edad, solía decir á la santa madre que estaba obligada á hacer que nuestro Señor le llevase al cielo, pues si no fuera por ella estuviera desde entonces allá. Después doña Guiomar de Ulloa (como ella misma cuenta en una carta suya escrita al padre maestro fray Luís de León, la cual yo he visto) dice que solía ella decir á la madre: El muchacho muerto estaba; cómo ha sido esto? Y que la santa no la respondió nada, sino antes se sonreía, lo cual no hacía otras veces que la decía otras cosas suyas, porque luego la madre la reprehendía amorosamente porque decía aquellas cosas tan sin camino.

No era esto sólo lo que el demonio urdía y tramaba, porque cuando no pudo estorbar esta obra por medio de los confesores, del prelado, del alboroto y clamores del pueblo, con la desgracia de este niño (que esa sola bastara para desbaratarlo todo), y con los temores que á la santa ponía, fué tanta la saña y rabia que de esto tomó, que se volvía contra las paredes y fábrica del monasterio, haciendo como el perro rabioso, que cuando no puede morder al que le tira se vuelve contra la piedra. Habíase hecho una pared muy buena y grande, con su cimiento de piedra, y lo demás de tapia, y rafas de ladrillo, y muy firme, porque estaba hecho muy á regla y nivel, y había costado hartos dineros; pues ésta, cuando más seguros estaban, se cayó toda una noche. Quería Juan de Ovalle (que era el cuñado de la santa) hacer que los oficiales la volviesen

á edificar á su costa; súpolo ella, y llamó á su hermana doña Juana, y la dijo: Diga á mi hermano que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron para derribarla: que calle, y les torne á dar otro tanto, para que la vuelvan á hacer. Nada de esto turbaba á la santa, ni la desmayaba en buscar de nuevo dineros para levantar la pared, y perficionar la obra; lo que más pena la daba era otro nuevo fuego que el demonio comenzaba á soplar, y era que por mucho cuidado que la santa ponía para que no se entendiese lo que trazaba, no había aprovechado, porque se barruntaba ya lo que era, así en su monasterio como en la ciudad, y temíase que en viniendo el provincial, y sabiéndolo, la había de mandar que no pasase adelante, y luego todo era deshecho, porque la madre estaba determinada de obedecerle aunque el mundo todo se perdiese; pero proveyó el Señor, y dió traza como este fuego se apagase, y remediasen estos inconvenientes, en la manera que declaramos en el capítulo siguiente.

---



## CAPÍTULO VI

Manda nuestro Señor á la santa madre que se ausente de Avila, por ser así necesario para la fundación de su Monasterio. Hace por su medio el Señor grandes mercedes á un religioso del orden de Santo Domingo.

**T**ODO lo que el demonio trazaba para deshacer este monasterio, toda la guerra que le hacía, y máquinas que fabricaba, todas se convertían en mayor daño y confusión suya: que cuando Dios quiere una cosa, aunque da licencia al demonio, y mano para que la contradiga, suele ser ese el medio que muchas veces toma para que lo que él tiene determinado quede más asentado y firme; porque como es infinitamente poderoso y sabio, aprovéchase de las trazas de su contrario, y los golpes que él da para derribarlo, sirven á Dios para fijar más fuertemente su obra; y por donde él quiere deshacerla, la perficiona Dios más: en los lazos que él arma le prende: las saetas que tira las vuelve contra él: saca de sus males bienes, para que así quede él confuso, Dios glorioso, y sus santos con ganancia. Así le acaeció en la ocasión presente, donde con todas las armas que este enemigo tomó para conquistar y arruinar la fundación de este monasterio, fué maltratado y herido. Que si (como habemos visto en los capítulos pasados) procuró que el pueblo se alborotase, y se in-

quietase el monasterio, y mudase parecer su provincial y confesor, de aquí no sacó más fruto que ofrecer nuevas ocasiones en que más resplandeciese la humildad y obediencia de la santa; y su paciencia se probase con las dilaciones que ponía, y pensando que con el tiempo se resfriaría, y dejaría lo comenzado, antes creció la fe, aumentóse la esperanza que de la fe le nacía, perficionóse su obediencia, y con el mucho ejercicio de los trabajos y las nuevas mercedes que en premio de ellos recibía de Dios afervorizábase más su caridad.

Pues no fueron de menos confusión para el demonio y de gloria para la santa los otros medios que tomó de ahí adelante para estorbar lo que él tanto temía; porque si bien procuró que el predicador deshonrase á la santa, pensando que eso bastaría para encerrarla en su monasterio, y que alzase la mano de lo que trataba, si dió muerte al niño queriendo que sus padres con el sentimiento dejasen la obra, y si cuando más no pudo arremetió con las paredes; finalmente, si abría la boca de algunos para que el secreto se divulgase, y se impidiese el monasterio, viniendo á oídos de su prelado; todo esto le aprovechó poco, porque las afrentas é injurias que en el sermón le dijeron fueron rosas para la santa, el niño resucitó, con que más se animaron sus padres, por entender que esta obra era de Dios, la pared se reedificó y proveyó Dios el dinero; y ya que el secreto iba saliendo en público, da Dios una traza con que la fundación no sólo no se pierda, sino antes se haga con más gloria suya y confusión del demonio (como adelante diremos); porque ordenó su Majestad que la santa hiciese una ausencia, con la cual se quietaron los murmuradores, deslumbráronse los que la acechaban, y todos creyeron que pues se iba no debía de tratar de nada. Ella ganó un grande amigo para Dios, y lo que más al demonio le hizo guerra fué una firme determinación de fundar con pobreza y sin renta alguna su monasterio.

Fué de esta manera que á la sazón en Toledo murió Arias Pardo, caballero de los más nobles y principales de Castilla, y á lo que se dice el más rico de ella; su mujer, que se llamaba doña Luísa de la Cerda, hermana del duque de Medina Celi, quedó muy afligida, tanto que se temía mucho de su vida ó salud. Llegó la fama de la gran santidad de la madre Teresa de Jesús á Toledo, que como el sol no puede estar mucho

tiempo encubierto en el cielo, así la santidad de los grandes siervos de Dios no permite su Majestad que esté escondida en la tierra, y como son luces, y mucho más claras que el sol, á su tiempo las pone Dios sobre el candelero para que alumbrén al mundo; y con esta luz sean conocidas sus virtudes y nuestras flaquezas. Llegó á oídos de esta señora esta nueva estrella, y como era tan cristiana y virtuosa, procuró por todas las vías posibles traerla consigo, y como tan poderosa y principal alcanzó licencia del padre provincial fray Ángel de Salazar, el cual, aunque estaba entonces bien lejos de Ávila, envió un mandato con precepto de obediencia á la santa para que luego se partiese á Toledo con otra compañera. Llegó á la madre esta obediencia víspera de la Natividad año de mil quinientos setenta y uno, y causóle mucha aflicción y pena, no tanto por haber de salir de Ávila en tiempo donde parecía que su presencia era más necesaria para negocios de tanta importancia como trataba, ni por las incomodidades que se le podían poner delante de su poca salud, de dejar su tierra, y ponerse en camino (que esta y otras mayores cosas, en habiendo obediencia de por medio, las dejaba con gran facilidad y gusto) cuanto por verse llevar con título de buena y de santa tan desigual á lo que ella pensaba de sí.

Fuése á nuestro Señor como quejándose de que en tal tiempo la sacaba de Ávila, y los títulos con que la llevaba: estuvo en los maitines con un gran arrobamiento, y lo que allí la dijo el Señor lo cuenta la santa de esta manera (*Vida*, cap. XXXIV): «Díjome el Señor que no dejase de ir, y que no escuchase »pareceres, porque pocos me aconsejarían sin temeridad, que »aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para »este negocio del monasterio convenía ausentarme hasta ser »venido el breve, porque el demonio tenía armada una gran »trama venido el provincial, y que no temiese de nada, por- »que él me ayudaría allá.» Con estas palabras, no haciendo caso de las que otros la decían (los cuales le aconsejaban escribiese á su provincial le alzase aquel mandato de obediencia) se puso en camino la santa, y llegó á Toledo.

Consolóse mucho aquella señora con su venida, y con la presencia de tan buena huésped, y de allí adelante comenzó á tener conocida mejoría. Cóbró grande amor á la santa, y de ahí vino después á fundar un monasterio en una villa suya

llamada Malagón (como adelante diremos). La madre aunque la pagaba esta buena voluntad, pero vivía con gran cruz, porque los regalos le daban gran tormento; ver el tráfico y inquietud de palacio, las leyes tan duras á que están sujetos, así señores como criados, la cansaba mucho. Admirábase de aquel cuidado y solicitud tan grande de vivir, y del comer sin tiempo ni concierto, más conforme á su estado que á su compleción ó gusto. También las emulaciones é invidias de unos con otros por la mayor ó menor privanza la fatigaban en extremo, y más cuando veía que por el grande amor que aquella señora la tenía no faltaba quien la envidiase. Por otra parte el hacer tanto caso esta señora de ella la traía con gran temor, y la hacía andar con más cuidado y encogimiento. Hízole aquí el Señor grandísimas mercedes: entre otras le dió una gran libertad para despreciar todo lo que veía, y sacó de aquí una gran compasión y lástima de los trabajos y sujeción en que viven estos señores, que (como ella dice) una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores á las personas semejantes, que no le parecía á ella sino que eran esclavos de mil cosas.

Con el ejemplo de la santa, y por medio de sus oraciones, comenzó en la casa de esta señora dentro de breve tiempo á haber gran mudanza y notable mejoría en las costumbres, porque de allí adelante comenzaron á frecuentar más los sacramentos, limosnas y otras buenas obras. Teníanla todos gran respeto y reverencia; y maravillándose de ver su santidad, y con deseo de ver algo de las mercedes que oían decir que el Señor la hacía cuando ella se entraba en su recogimiento, la acechaban, y muchas veces la veían estar toda arrebatada y transportada en Dios.

En este tiempo llegó á Toledo el padre fray Vicente Barrón, presentado de la orden del glorioso santo Domingo, persona muy principal, y con quien la santa había comunicado algunas veces. Trató con él la madre de nuevo su espíritu é intentos, y los trabajos que había pasado. Agradóse en extremo ella de su talento, y parecióle más avisado que nunca, y de grande entendimiento, y como en él consideraba tan buenas partes para aprovechar mucho (si del todo se diese á Dios) comenzó á encenderse en su alma un gran deseo de que fuese muy santo, porque esta condición tenía la santa que en viendo una

persona de gran talento le daba unas grandes ansias de verla empleada toda en Dios, y así rogaba é importunaba mucho al Señor por personas semejantes. Hizolo así por este religioso, y apartándose de él, toda muy recogida y unida con Dios, después de pedirle con hartas lágrimas que á aquella alma la pusiese en su servicio muy de veras (diciéndole que aunque ella le tenía por bueno no se contentaba, que le quería muy bueno) dijo estas palabras: Señor, no me habéis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.

Como lo pedía con tantas veras y deseo de alcanzar esta merced, y no la respondía luego nuestro Señor, comenzóse la santa á afligir, pensando si por ventura no estaba en gracia, y era esta la causa de no alcanzar lo que pedía (no porque ella desease saber esto, sino por la pena que le daba pensar si tenía ofendido á Dios). Apretóle de nuevo este cuidado, y toda regalada y derretida en lágrimas, pedía al Señor no permitiese hubiese en su alma alguna ofensa suya. «Entonces, »dice ella, entendí que bien me podía consolar y confiar que »estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su »Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, »no se compadecía hacerse al alma que estuviere en pecado »mortal. Quedé confiada que había de hacer el Señor lo que »le suplicaba de esta persona.» Dijole entonces nuestro Señor que dijese una palabra á aquel religioso, que aunque á ella le fué de harta mortificación (como le era siempre que había de dar recado á tercera persona) al fin se determinó, y las escribió en un papel, y se las dió. Fueron de gran provecho las palabras que le dijo, porque causaron en él una gran mudanza de vida, y en breve tiempo le hizo el Señor tan crecidas mercedes que vino á estar tan ocupado y transformado en él, que no parece vivía para cosa de la tierra. Con esto mudóle el Señor casi del todo, de manera que él no se conocía. Dióle fuerzas corporales para hacer penitencia, que antes no tenía, por ser muy enfermo; quedó muy animoso para seguir todo lo que es más perfección, y otras cosas en que se echó bien de ver la buena intercesión que la santa había hecho con Dios. Vió después que los ángeles le levantaban con mucha gloria, y entendió por aquí que su alma estaba muy adelante; y era así, que en aquella ocasión había padecido grandes persecuciones y trabajos sin culpa, con mucha paciencia y gusto.





## CAPÍTULO VII

Cómo la santa madre se vió en Toledo con una beata sierva de Dios, que quería fundar un monasterio de monjas de la nueva reformation del Carmen, y cómo la santa trató de fundar su Monasterio sin renta.

**E**N esto se ocupaba la santa en casa de esta señora, esperando allí lo que el Señor ordenaba de ella y de su fundación; que como su Majestad quería que esta fuese con toda desnudez y pobreza, para que así se plantase más conforme á la perfección evangélica, daba mil trazas para que la santa entendiese que esto era determinación y voluntad suya: una fué que estando aquí la madre tuvo noticia de ella una beata de esta orden, mujer de mucha penitencia y oración, á quien el Señor había movido mucho el mismo mes y año que á la santa, para hacer otro monasterio semejante al que la madre pretendía hacer, y nuestra Señora se le había aparecido, mandándole lo hiciese. Como el Señor le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fué á Roma á pie y descalza, y trajo los despachos para su monasterio, y por verse con la santa madre rodeó más de sesenta leguas. Estuvieron ambas quince días juntas, consoláronse mucho la una con la otra, conociéndose los dones que en cada una el Señor había puesto, y holgándose de la conformidad de su llamamiento.

Decíase esta beata María de Jesús: fundó en Alcalá un monasterio de descalzas carmelitas, y allí vivió algunos años con mucho ejemplo y santidad de vida. No fundó más, porque tenía el Señor guardada esta empresa de tanto provecho y fruto para el grande ánimo y espíritu de nuestra santa.

Esta bendita mujer dió á la bienaventurada madre noticia de una cosa que ella no sabía, y era que antes la regla primera mandaba no tuviesen los monasterios renta, y es así verdad que la regla que el gran patriarca Alberto Jerosolimitano dió en el año de mil ciento sesenta y uno á los antiguos padres de Nuestra Señora del Carmen (que entonces tenían su morada en el monte Carmelo y en otros desiertos de la Palestina), ordenaba que no tuviesen en común ninguna cosa propia. Después Inocencio V dió licencia para que pudiese tener algunas bestias, como jumentos ó mulos, para el servicio del desierto, de suerte que con esta pobreza y desnudez vivieron en aquel tiempo, y fué la regla de Alberto la primera de cuantas hay en la Iglesia aprobadas, que enseñó á vivir en comunidad sin posesiones ni rentas. Como la santa entendió esto (que hasta entonces lo había ignorado), encendiósele un grande amor de la santa pobreza; y aunque antes había estado resuelta de fundar su monasterio con renta, pareciéndole que vivirían con menos solicitud y cuidado, teniendo lo que habían menester, y no miraba (como ella dice) muchos cuidados que trae consigo la renta, mudó de parecer, porque como supo era regla y más perfección, no podía persuadirse á tenerla. Por otra parte temía que no se lo habían de consentir, y ofrecíansele los muchos miedos y espantos que todos le habían de poner. Comunicó con algunas personas graves á su parecer, y casi entre sus confesores y letrados (que habló á muchos) no halló quien lo aprobase. Decíanle que era desatino, que ya estaba la caridad muy resfriada y diferente de otros tiempos, que habría pocas que la siguiesen en sus deseos, y que no dándoles estos nuestro Señor, vivirían desconsoladas y descontentas, que les costaría mucho cuidado y solicitud procurar el sustento: que para gente cuya profesión era oración, sería grave daño, porque los cuidados cuando son demasiados fácilmente ahogan el espíritu; y no faltaba quien se persuadiese que era más perfección tener renta, y por ventura más conforme á la ley evangélica: que hasta aquí

llega, no el celo de la perfección, sino la codicia de las riquezas. Otros la ponían delante los inconvenientes y daños que la experiencia cada día mostraba en los monasterios pobres, y la distracción que de aquí venía algunas veces.

Con tantos pareceres y razones se veía casi la santa vencida; pero en tornando á la oración, y mirando á Cristo tan pobre y desnudo, no podía llevar en paciencia ser rica. Suplicábale con lágrimas y suspiros, trazase los negocios de suerte que ella se viese pobre como él. Descubríale nuestro Señor en la oración los inconvenientes que había en tener renta, y la que decían los letrados que ayudaba á la quietud, veía la santa con particular luz del cielo, ser madre de mayores cuidados y distracciones, y echaba claramente de ver que los monasterios pobres, no muy recogidos, el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distracción. Consideraba que la renta era madrastra de la penitencia, la sobornadora de regalos y enemiga de templanza, y veía los daños que en los monasterios han nacido de la superfluidad y abundancia, que sin duda eran á su parecer mayores que los que había engendrado la pobreza; y no reparaba en si habría quien la siguiese, porque el mismo Señor que le daba á ella aquellos deseos, era también poderoso para ponerlos en muchas. Finalmente no podía dudar sino que esto era más perfección, y más siendo esta su vocación, su instituto y su regla. Parecíale debía más creer á esto que á todos los letrados. Con estas y otras razones disputaba con los que eran de contrario parecer. Como se veía sola, acudió al padre fray Pedro Ibáñez, que era el padre presentado (como hemos dicho) de la orden del bienaventurado santo Domingo, que en Ávila la había ayudado y ayudaba también ahora; pensando que la favorecería en esto, como lo cuenta por estas palabras (*Vida*, cap. XXXV): «Escribió al religioso dominico que nos ayudaba: enviéme escritos dos pliegos de contradicción y teología para que no lo hiciese, y así me lo decía que lo había estudiado mucho. Yo le respondí que para no seguir mi llamamiento, y el voto que tenía hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharme de teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced.»

Fué el Señor servido que en este tiempo, por ruegos de

nuestra santa y por intercesión de doña Luísa de la Cerda, vino á Toledo el padre fray Pedro de Alcántara á posar en su misma casa, donde la santa estaba. Como él era tan grande amador de la pobreza, y tantos años habia experimentado, sabía bien las riquezas que en ella se encierran, que es cierto que no las gusta sino el que con la obra las experimenta, y así ayudó mucho al llamamiento de la madre, y aconsejóla que de ninguna manera dejase de llevarlo adelante. Ya con este parecer y favor, como de quien mejor lo podía dar, por tenerlo sabido por larga experiencia, determinóse la santa á no buscar otros; pero no le duró mucho, que quería Dios que anduviese vacilando hasta que él le declarase su voluntad. Ausentóse el padre fray Pedro de Alcántara, y volvieron de nuevo los que de antes le daban consejos que tuviese renta: apretáronle mucho con sus razones y consejo. Tomó la santa por medio escribir al padre fray Pedro de Alcántara, declarándole las dudas y dificultades en que de nuevo se veía metida. Respondióle el santo varón una carta, en la cual muestra el espíritu de desnudez y pobreza que en él vivía, que por ser tan notable y llena de sentencias y verdades tan macizas y llanas, con las cuales da bien á entender el espíritu de pobreza de Jesucristo, y cuán llanamente se han de seguir sus consejos, me pareció ponerla aquí.

*Carta del padre fray Pedro de Alcántara para la madre Teresa de Jesús*

« El Espíritu Santo hinche el alma de vuestra merced: una »suya ví que me enseñó el señor Gonzalo de Aranda, y cierto »que pensé que vuestra merced ponía en parecer de letrados »lo que no es de su facultad, porque si fuera cosa de pleito ó »casos de conciencia bien era tomar parecer de juristas ó teó- »logos, mas en la perfección de la vida no se ha de tratar sino »con los que la viven, porque no tiene ordinariamente alguno »más conciencia, ni buen sentimiento de cuanto bien obra, y »en consejos evangélicos no hay que tomar parecer si será »bien seguirlos ó no, si son observables ó no, porque es ramo »de infidelidad, porque el consejo de Dios no puede dejar de »ser bueno, ni es dificultoso de guardar, si no es á los incréd- »dulos, y á los que fian poco de Dios, y á los que solamente

»se guían por prudencia humana, porque el que dió el consejo  
»dará el remedio pues que le puede dar; ni hay algún hombre  
»bueno que dé consejo que no quiera que salga bueno, aun-  
»que de nuestra naturaleza seamos malos, cuanto más el so-  
»beranamente bueno y poderoso quiere y puede que sus con-  
»sejos valgan á quien los siguiere. Si vuestra merced quiere  
»seguir el consejo de Cristo de mayor perfección, sígalo, por-  
»que no se dió más á hombres que á mujeres, y él hará que  
»le vaya muy bien, como ha ido á todos los que le han segui-  
»do. Y si quiere tomar el consejo de letrados sin espíritu,  
»busque harta renta á ver si le valen ellos ni ella, mas que el  
»carecer della, por seguir el consejo de Cristo. Que si vemos  
»faltas en monasterios de mujeres pobres, es porque son po-  
»bres contra su voluntad y por no poder más, y no por seguir  
»el consejo de Cristo, que yo no alabo simplemente la pobre-  
»za, sino la sufrida con paciencia por amor de Cristo Señor  
»nuestro, y mucho más la deseada, procurada y abrazada por  
»amor; porque si yo otra cosa sintiese ó creyese con determi-  
»nación, no me tendría por seguro en la fe. Yo creo en esto y  
»añ todo á Cristo nuestro Señor, y creo firmemente que sus  
»consejos son muy buenos, como consejos de Dios, y creo  
»que aunque no obliguen á pecado, que obligan á un hombre  
»á ser mucho más perfecto siguiéndolos que no los siguiendo:  
»digo que le obligan, que le hacen más perfecto á lo menos  
»en esto, y más santo y más agradable á Dios. Tengo por  
»bienaventurados (como su Majestad lo dice) á los pobres de  
»espíritu, que son los pobres de voluntad, y téngolo visto,  
»aunque creo más á Dios que á mi experiencia, y que los que  
»son de todo corazón pobres, con la gracia del Señor viven  
»vida bienaventurada, como en esta vida la viven los que  
»aman, confían y esperan en Dios. Su Majestad dé á vuestra  
»merced luz para que entienda estas verdades y las obre. No  
»crea á los que le dijeren lo contrario por falta de luz, ó por  
»incredulidad, ó por no haber gustado cuán suave es el Señor  
»á los que le temen y aman, y renuncian por su amor todas  
»las cosas del mundo necesarias para su mayor amor, porque  
»son enemigos de llevar la cruz de Cristo, y no creen la gloria  
»que después della se sigue. Y dé asimismo luz á vuestra  
»merced para que en verdades tan manifiestas no vacile ni  
»tome parecer sino de los seguidores de los consejos de Cris-

»to, que aunque los demás se salvan si guardan lo que son  
»obligados, comunmente no tienen luz para más de lo que  
»obran, y aunque su consejo sea bueno, mejor es el de Cristo  
»nuestro Señor, que sabe lo que aconseja, y da favor para lo  
»cumplir, y da al fin el pago á los que confían en él, y no en  
»las cosas de la tierra.

»De Ávila, y de Abril 14 de 1562 años.

»Humilde capellán de vuestra merced,

»FRAY PEDRO DE ALCÁNTARA.»

---



## CAPÍTULO VIII

Habla nuestro Señor á la santa madre, y mándala que funde con pobreza, y ella se determina á hacerlo. Vuelve de Toledo á Ávila, y da por mandado del Señor el hábito á cuatro religiosas, y principio á su Monasterio.

PRECIOSA joya es en las religiones la santa pobreza, y dichosa es la que voluntariamente posea tan gran tesoro, y aunque éste está tan escondido al mundo, pero no lo está para los amadores de Cristo, pues por amor de ella, como codiciosos mercaderes, renuncian y venden cuanto tienen por el no tener. Andaba la santa con esta ansia, aunque muy combatida de varios pareceres; pero el Señor, después de haber andado ella rastreando por una parte y por otra lo que sería de mayor gloria suya, al fin le declaró su voluntad, como ella lo cuenta por estas palabras (*Vida*, capítulo XXXV): «Estando un día mucho encomendándolo á Dios, »me dijo el Señor que de ninguna manera dejase de hacerle »pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que él »me ayudaría. Fué con tan grandes efectos en un arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era »Dios. Otra vez me dijo que en la renta estaba la confusión, »y otras cosas en loor de la pobreza, y asegurándome que á

»quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir, y esta  
»falta como digo nunca yo la temí por mí. También volvió el  
»Señor el corazón del presentado, digo del religioso domini-  
»co, de quien he dicho me escribió no le hiciese sin renta.  
»Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y te-  
»ner tales pareceres no me parecía sino que poseía toda la  
»riqueza del mundo, en determinándome á vivir de amor por  
»Dios.»

Había ya estado la madre en casa de esta señora cerca de seis meses, y á cabo de este tiempo el padre provincial le alzó el mandato que le tenía puesto, y dióle licencia para volver á Ávila, ó estarse allí como fuera su voluntad. La causa de darle esta licencia, para que se viniese, fué porque había de haber elección de priora en su Monasterio de la Encarnación de Ávila, y según razón y derecho estaba el provincial obligado á darle lugar que se volviese. Antes de partirse supo la madre que la querían hacer priora en su monasterio, que para su condición sólo pensarlo era tan grave tormento que cualquier martirio se determinara á pasar más fácilmente, que como sabia y discreta veía el gran cargo que era el gobernar á muchos, y gran peligro para la conciencia; y así siempre que pudo había rehusado los oficios: para estorbar su elección escribió á dos amigas que no la diesen el voto, y acordó de detenerse en Toledo hasta que ya fuese hecha.

Estaba con esto muy contenta en haberse excusado de hallarse presente en esta ocasión, cuando el Señor, que con su providencia llevaba otros fines y trazas de lo que ella pensaba, lo trazó de otra manera, como ella lo cuenta por estas palabras (*Vida*, cap. XXXV): «Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor que en ninguna manera dejase de ir, que pues deseo cruz que buena se me apareja, que no la deseche; que vaya con ánimo; que él me ayudará, y que me fuese luego.» Fatigóse mucho con esta respuesta que el Señor le daba, y no hacía sino llorar, pensando que la cruz que su Majestad le tenía guardada era ser perlada, que era la mayor que ella temía en esta vida. Dió parte á su confesor de lo que entre Díos y ella pasaba, y él mandóla que luego procurase ir, pues era claro ser más perfección, aunque le aconsejó se detuviese hasta que pasasen los grandes calores (que entonces era por el mes de junio),

pareciéndole bastaba llegase al tiempo de la elección; mas el Señor, que tenía ordenado otra cosa, dábale más priesa, y no la dejaba sosegar en la oración ni fuera de ella; porque luego se le comenzó á representar que el no irse luego era faltar de lo que Dios había mandado, que como estaba allí á su placer y con regalo, no quería ir á ofrecerse al trabajo, que todo era palabras con Dios, que ¿por qué pudiendo estar adonde era más perfección había de dejarlo? Y que si muriese, muriese en buen hora. Vivía con esto en gran tormento, y declarándolo á su confesor, dióle licencia para que se fué luego. La señora era la que más sentía su partida; pero como muy temerosa de Dios, poniéndole la santa delante que era cosa de gran servicio suyo el partirse luego, aunque con harta pena lo tuvo por bien. Dióle esperanza la santa madre (no sin particular espíritu de profecía) que la volvería á ver en Toledo, como después lo hizo cuando vino á fundar á aquella ciudad.

Partióse la santa con mucho contento, no por el que ella pensaba tener, sino por ver que se privaba de él y de todo su consuelo por Dios; y porque es harto de notar la determinación y ánimo con que posponía todas las cosas de su gusto al de Dios, pondré aquí las palabras con que ella cuenta lo que entonces le pasaba (*Vida*, cap. XXXV): «Mientras más »vía que perdía de consuelo por el Señor, más contento me »daba perderle. No podía entender cómo era esto, porque ví »claro estos dos contrarios, holgarme y consolarme, y alegrarme de lo que me pasaba en el alma; porque yo estaba »consolada y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas »de oración, vía que venía á meterme en un fuego, que ya el »Señor me lo había dicho que venía á pasar gran cruz, aunque yo no pensé lo fuera tanto como después ví, y con todo »venía ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego »en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y así enviaba »su Majestad el esfuerzo, y le ponía en mi flaqueza.»

Llegó la santa con estas determinaciones á Ávila, y venía muy contenta por el camino, ofreciéndose con gran voluntad á pasar todo lo que el Señor fuese servido. Fué de tanta importancia su venida, que si un día más se tardara, pudiese ser no se concluyera la fundación del monasterio, porque la misma noche que llegó á Ávila llegó también el despacho y breve de Roma para que se hiciese el monasterio, y la priesa que el

Señor le daba á que se partiese de Toledo (como quien lo tenía tan bien trazado) era porque ya el breve venía de camino; y así lo dispuso de suerte que ella y los recaudos de Roma llegasen á un mismo tiempo, cosa que puso admiración á la santa y á cuantos lo entendieron: no lo fué menor ver que llegó la madre en coyuntura que halló en Ávila al obispo, que solía faltar de allí muy de ordinario. También estaba allí el señor padre fray Pedro de Alcántara, que no parece sino que el Señor lo traía á la vista de la madre, para que pudiese ayudarla en el tiempo de sus mayores necesidades. Hallábase también en Ávila en esta sazón aquel caballero llamado Francisco de Salcedo (de quien algunas veces habemos hablado arriba) en cuya casa posaba el santo fray Pedro.

Todo parece que el Señor lo había trazado de suerte que daba bien á entender que era ya llegada la hora en que se cumpliese su voluntad y deseo de su sierva. Venía en el breve declarado que las monjas diesen la obediencia al obispo. Fué necesario que el santo padre fray Pedro de Alcántara y aquel caballero se lo pidiesen. El padre fray Pedro puso delante al obispo el grande espíritu y santidad de la bienaventurada madre Teresa de Jesús: dióle á entender (como mejor pudo) ser aquel negocio más divino que humano, y en que el Señor había puesto su consejo y su mano: representóle la gran gloria que á su Majestad se seguía de esta fundación, el gran bien á las almas que allí entrasen, y finalmente el fruto que haría en aquella ciudad y en la Iglesia con sus oraciones, y el ejemplo tan vivo para que los demás monasterios á imitación de éste se reformasen. El obispo, que era tan noble de condición como de linaje, y por su bondad inclinado á todas las personas que veía determinadas á servir al Señor, aunque al principio reparó en admitir monasterio de monjas, pobre y sin renta; pero con las razones que el santo padre fray Pedro le dijo se aficionó á favorecerlo, como lo hizo de ahí adelante. Partiósse dentro de ocho días el padre fray Pedro de Alcántara, y de ahí á poco llevóle el Señor consigo á gozar del fruto de sus trabajos y penitencia, que fué muy grande, que no parece sino que le tenía guardado su Majestad hasta acabar este negocio. Todas estas diligencias se hacían debajo de grande secreto; porque temían (si se supiese) algún mal suceso, según el pueblo estaba enconado.

En esta sazón estaba la santa en su monasterio de la Encarnación, y hacía falta su presencia para concluir este negocio; pero el Señor, que había dado trazas para lo demás, la dió también para esto. Enfermó su cuñado Juan de Ovalle, á cuya sombra se labraba la casa que había de ser monasterio: con esta ocasión la hubo para que la madre saliese de su casa, y así no se entendió nada. Fué caso de admiración que no estuvo más tiempo enfermo su cuñado de cuanto la santa tuvo necesidad de estar fuera de la Encarnación para acabar de negociar lo que le faltaba para su nueva fundación, y siendo menester tuviese salud, se la dió el Señor, y así él le dijo: Señora, ya no es necesario que yo esté más malo, y fué así, que luego el Señor le dió salud, de que él y todos se espantaron mucho.

Entre tanto la santa madre, viendo cuánto importaba la brevedad, se daba mucha priesa para que se acabase la casa, que le faltaba mucho para ponerse en forma de monasterio. En fin, acomodó una pieza pequeña para Iglesia, con una rejita de madera pequeña doblada, y bien espesa y cerrada, por donde oyesen las monjas misa. Hizo un zaguán harto estrecho, por donde entraban á la Iglesia y á la portería, y adentro lo que había de ser para la vivienda suya y de las monjas tan estrecho, pequeño y pobre, que en todo resplandecía bien el espíritu que el Señor le había dado de humildad, pobreza y penitencia.

Con los cuidados que tenía del edificio material, no se descuidaba de buscar las piedras vivas que habían de ser los fundamentos y apoyos del edificio espiritual, y así con gran diligencia, y no sin divina inspiración, puso sus ojos en cuatro doncellas pobres y huérfanas, pero de buen espíritu natural y de grandes esperanzas para adelante. Concertó con ellas que las recibiría, y sin dote, porque esto era en lo que menos miraba. Estas fueron, la primera Antonia de Enao, que después se llamó Antonja del Espíritu Santo; ésta vino á ser religiosa por orden del padre fray Pedro de Alcántara, que la había tratado mucho y conocido su gran espíritu, y queriendo ella irse fuera de Ávila á tomar el hábito, la detuvo el padre para que fuese de las primeras de este monasterio, y dió noticia de ella á la santa madre. La segunda se llamaba María de la Paz, á quien doña Guiomar había tenido en su casa;

allí la conoció la madre, y se aficionó á su mucha virtud; llamóse después María de la Cruz. La tercera fué Úrsula de los Santos (que este nombre tenía antes de ser monja), la cual, como en su mocedad era muy galana, y se preciase de todo lo que era hermosura y vanidad, y lo demás que en el mundo se estima, después (habiendo dado en la cuenta) fué tan recogida y encerrada, que era un ejemplo de modestia y honestidad. Á esta trataba el maestro Daza, y se la dió á conocer á la santa madre. La cuarta era María de Ávila, hermana del padre Juan de Ávila, que fué uno de los que desde el principio ayudaron más á la santa; llamóse María de san José.

Mudáronse entonces el nombre, así la santa madre como sus compañeras, porque como el nombre sea el que significa lo que es cada cosa, las que ya habían perdido el ser y afición del mundo, y todas se consagraban á una vida celestial y divina, fué muy conveniente que los nombres fuesen también divinos; y así de allí adelante la santa madre el nombre que antes tenía de doña Teresa de Ahumada, lo trocó por el de Teresa de Jesús. Quiso que en su orden se guardase lo mismo, para que ni aun en los nombres hubiese resabio de mundo.

Ya no le faltaba si no era poner el Santísimo Sacramento y dar el hábito á estas cuatro doncellas, que el Señor había escogido, de que estaba la santa no poco gozosa, viéndose en vísperas de coger el fruto de tantos trabajos. Estando todo concertado, y á punto acabada la casa, ó á lo menos dispuesto y trazado el edificio, según el espíritu de pobreza que su Majestad la había inspirado, juntas ya las piedras vivas que habían de ser el fundamento del edificio espiritual, y templo vivo de Dios, habiendo dado la obediencia al obispo, y determinado él de tomar debajo de su protección y amparo á aquella santa y pequeña grey, después de tantos trabajos y fatigas de la bienaventurada madre, que cada cosa le costaba á peso de lágrimas y oraciones: estando pues ya todas las cosas concertadas y pacíficas, y á punto para que se comenzase una obra de tanta gloria de Dios, y de tanto provecho y fruto en su Iglesia, fué el Señor servido que día de san Bartolomé apóstol, que es á veinticuatro de agosto año de mil quinientos sesenta y dos, gobernando la Iglesia el santo papa Pío IV, reinando en España el católico y prudentísimo rey don Feli-

pe II, y siendo general de la orden de Nuestra Señora del Carmen el padre fray Juan Bautista Rubeo de Rávena, se pudiese el Santísimo Sacramento, y se diese el hábito á estas cuatro personas que habemos dicho, con grande alegría y solemnidad; y así quedó fundado el monasterio, y dió la santa madre fin á sus deseos, principio á la nueva reformatión, y á nuevos y mayores trabajos, como diremos adelante. Fué la vocación del monasterio del glorioso san José, que como el santo había sido el que tanto había ayudado en ésta y otras semejantes ocasiones á la santa (cuando no se le debiera de derecho) era ella tan agradecida que no podía dejar de ofrecer las primicias de su orden y de sus trabajos á quien tanto amaba y quería.

Fundóse este monasterio en el mismo año que los turcos tomaron á Chipre, y destruyeron en él un convento que había de la regla primitiva, que era el postrero de los que se sabían; y así fué providencia divina que entonces se comenzase en España la nueva reformatión y profesión de esta regla.

Halláronse con la santa madre presentes dos monjas de la Encarnación á dar el hábito á las que de nuevo se habían recibido. Quedóse por entonces ella con las novicias, pero no de asiento, porque pensaba volverse á su monasterio de la Encarnación, para venir desde allí con licencia del provincial, cuando él quisiese dársela, porque aunque las monjas y nuevo monasterio estaba sujeto al ordinario (porque convino así), pero la santa madre, como era monja profesada de la Encarnación, hasta que el provincial alzase la mano de ella, no podía sujetarse á otro nuevo prelado.

En ninguna cosa de estas fué la santa contra la voluntad y obediencia de su prelado (porque en esto tenía grandísima cuenta como ella misma lo refiere por estas palabras: «No hacia cosa que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia, y como vían ser muy provechoso para toda la orden (*Vida*, cap. XXXVI), por muchas causas, que aunque iba con secreto, y guardándome no lo supiesen mis perlados, me decían lo podía hacer; porque por muy poca imperfección que me dijeran era, mil monasterios parece dejara cuanto más uno. Esto es cierto, porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo, y llevar mi profesión y llamamiento con más perfección y encerramiento,

»de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más  
»servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera como lo hice la  
»otra vez, con todo sosiego y paz.»

---



## CAPÍTULO IX

Del grande alboroto y persecución que se levantó después de fundado el Monasterio, y los grandes trabajos que por esta causa le sobrevinieron á la santa madre

FUÉ un día para la santa madre de gran alegría y gloria ver puesto el Santísimo Sacramento en su nuevo monasterio, remediadas cuatro huérfanas pobres, y hecha una obra que (cuanto ella podía entender) era gran servicio y gloria de Dios, y honra del hábito de su gloriosa madre, y otra Iglesia más de las muchas que en aquel tiempo los herejes derribaban, que era lo que ella sentía sobremanera, y finalmente lo que más contento la daba era ver cumplidas las promesas del Señor; y aunque con mucha humildad siempre le parecía no hacía nada, y que todo lo que ponía de su parte era con tantas imperfecciones que antes se hallaba digna de pena que de agradecimiento por este servicio; pero érale gran regalo ver que su Majestad la hubiese tomado por instrumento, siendo ella tan ruin como pensaba para tan grande gozo, que estuvo como fuera de sí por grande rato en una alta y profunda oración.

Pero como las cosas de esta vida están tan sujetas á mudanzas, y sea ya costumbre ordinaria y conocida de Dios aguar

los mayores solaces de sus amigos con iguales penas y tribulaciones, y hacer que á la bonanza y contento suceda la adversidad y la pena, proveyendo (no sin admirable consejo) de esta mudanza y variedad de tiempos, para mejor merecimiento y prueba de los justos; fué así que, después de haber tenido la santa uno de los mayores contentos que por ventura en su vida había tenido, estando el cielo sereno, y ella con la pacífica posesión de su gozo, súbitamente el demonio, lleno de envidia y furor, levantó tempestad y borrasca dentro de su alma (que ésta era para la que nuestro Señor le dijo estando en Toledo que se preparase), la cual le dió tan grande batería y turbación (permitiéndolo así el Señor) cuanto antes había sido el contento y alegría.

Primeramente la ponía delante que todo cuanto había hecho era contra la voluntad de Dios, pues lo había hecho contra la obediencia, sin orden y licencia del provincial: representábala el disgusto que había de tener cuando supiese el monasterio quedaba sujeto al ordinario, por otra parte si habían de tener gusto las que allí estaban con tanta estrechura y penitencia, y si se habían de poder sustentar: de todo lo cual venía el demonio á inferir y probar que había sido gran disparate el meterse ella en aquello. También le ponía delante que cómo pensaba encerrarse en casa tan estrecha, y cómo con tantas enfermedades había de sufrir tanta penitencia; que había sido tentación el dejar casa tan grande y deleitosa, adonde con tanto contento siempre había estado, y donde Dios la había hecho tantas mercedes, y las amigas que allí tenía, que quizá las de acá no serían á su gusto; que se había obligado á mucho, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarle la paz y quietud, y perder por aquí la oración, y juntamente la alma. Con este papel de inconvenientes y daños le hacía guerra el demonio, y para apretarla más (dándole el Señor licencia) le borraba de su memoria cómo el Señor se lo había mandado, y los muchos pareceres y oraciones que habían precedido; sólo se acordaba de su parecer, teniendo entonces como suspendidas todas las virtudes, y la fe para qué la defendiese de tantos golpes. Era de tal manera esta batería, que no la dejaba pensar en otra cosa, y con esto una aflicción, y escuridad y tinieblas en el alma tan terribles, que se puede mal dar á entender, si no es á

quien hubiere experimentado esta manera de tentación y tribulación que (permitiéndolo el Señor) puede causar el demonio en un alma. Basta decir que por aquel rato parece que Dios desampara el alma, y la entrega al enemigo, dándole licencia para que le inquiete, turbe y aflija. Fué éste (como la santa madre confiesa) uno de los peores y más tristes ratos que pasó en su vida; pero el Señor, que en semejantes ocasiones muestra su mayor clemencia, en medio de tan grandes tinieblas le envió un rayo de luz para que viese claro que era el demonio que la quería espantar con mentiras, y hacerla alzar la mano de lo que había comenzado, y así puso los ojos en las grandes determinaciones que antes había hecho de servir al Señor, y deseos de padecer por él; y ofrecíasele que para cumplir con ellos no había de procurar descanso, y que si deseaba trabajos eran muy buenos los que ahora tenía delante; y pues que en la mayor contradicción estaba la mayor ganancia, que no era razón que la faltase el ánimo para servir á quien tanto debía; y así haciéndose fuerza con estas y otras consideraciones se fué delante del Santísimo Sacramento, y allí prometió de hacer cuanto pudiese por alcanzar licencia para venirse á su nuevo monasterio, y estar y perseverar en él, y prometer clausura en pudiéndolo hacer con buena conciencia.

Luego la santa hizo cara al demonio, y se determinó de nuevo á padecer por Dios todo lo que le viniese: huyó al instante el enemigo, y volvió de tal manera la tranquilidad y contento, que de allí adelante jamás perdió la serenidad y paz de su alma por grandes y fuertes ocasiones que se le ofrecieron, lo cual suele hacer Dios muchas veces, que en premio de alguna grande tentación ó trabajo pasado por su amor, y vencido y resistido varonilmente, suele no sólo quitar la tentación, sino dar algún excelente dón y prerrogativa, como lo hizo con el bienaventurado santo Tomás de Aquino, después que valerosamente resistió á los halagos y sollicitación de aquella perversa mujer que le quería robar el tesoro de la castidad. Pues como la turbación que aquí padeció la santa madre fuese tan grande, y ella resistiese poderosamente al ímpetu y furia del enemigo, fué el Señor servido de hacerle en premio de esta victoria tan señalada merced que de allí adelante no perdiese la estabilidad, paz y constancia de

su alma, por trabajos y persecuciones que se le ofreciesen.

No se había bien acabado este trabajo, estando ya la madre con grande seguridad y necesidad de dormir y descansar un poco (que muchas noches antes no lo había podido hacer con los trabajos de la fundación): al punto que quiso comenzar á sosegar algún tanto, no le dieron lugar, porque luego que en la ciudad y en su monasterio de la Encarnación se supo lo que había hecho, se levantó otra nueva tempestad y alboroto, pareciéndoles á los unos que se había de perder y destruir la ciudad si no se deshacía aquel monasterio, y á los otros que afrentaba su religión: y sin ponérsele delante la gran falta que había de hacer á su nueva planta, envió luego la perlada á mandarle que se viniese á la Encarnación: la santa no hubo visto el mandamiento de su priora, cuando despidiéndose de sus cuatro novicias (que quedaban harto afligidas) se vino á su monasterio.

Bien vió la santa que se le habían de ofrecer hartos trabajos, porque creyó la habían de echar luego en la carcel, y dar grandes penitencias; pero iba con grande deseo de padecer por Dios, y con mucho contento; y holgara harto que se efectuara esta prisión, por no hablar á nadie, y descansar un poco en soledad, que era lo que ella deseaba. En llegando, dió razón de sí á la priora; y aunque se aplacó algo, determinó llamar al padre provincial (que era entonces el padre fray Angel de Salazar) para que él conociese y juzgase la causa: llegó el provincial, y mandóla parecer ante sí á juicio; y lo que allí pasó lo cuenta la santa con su humildad y prudencia de esta manera (*Vida*, cap. XXVI): «Venido el provincial, fui á juicio con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra su Majestad ni la orden no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era se cumpliese con toda perfección. Acordéme del juicio de Cristo, y vi cuán nonada era aquel. Hice mi culpa, como muy culpada, y así lo parecía á quien no sabía todas las causas. Después de haberme hecho una grande reprehensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito, y lo que muchos decían al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello, antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese

»desabrido conmigo. En algunas cosas bien vía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada y otras semejantes; mas en otras claro entendía que decían verdad, en que era yo más ruin que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se lleva en aquella casa, cómo pensaba guardarla en otra con más rigor; que escandalizaba al pueblo, y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningún alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin me mandó delante de las monjas diese descuento, y húbelo de hacer: como yo tenía quietud en mí, y me ayudaba el Señor, dí mi descuento de manera que no halló el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar, y después á solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho; y prometióme, si fuéase adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuéase á él.»

No contento el demonio con los desasosiegos pasados, ya que nuestro Señor había sosegado la turbación de la santa, el alboroto é inquietud de su orden, la indignación de la priora y provincial, porque nunca le faltase en qué padecer, movió otra nueva persecución muy pesada y muy peligrosa, y bastante para deshacer todo lo hecho, si Dios no lo remediara; porque con la nueva planta y monasterio (como arriba comenzamos á decir), fué la alteración y fuego en la ciudad tan grande como si estuvieran cercados de enemigos, ó les hubieran hecho una grande injuria ó agravio, ó sucedido algún grande mal, en que luego era necesario proveer de remedio. Y fuera de lo mucho que se decía y murmuraba de esta novedad en todas partes, y la soltura con que de ello se hablaba, acordaron de juntarse en forma de ciudad el corregidor, regidores y algunos del consistorio, llamando también á esta junta las personas más principales y de cuenta en las religiones, los letrados más famosos de la ciudad y común del pueblo, como si realmente la ciudad estuviera para perderse, y en el mayor peligro que ellos podían imaginar. Tratóse luego de deshacer la fundación ya hecha con mucho calor y porfia, y después de grandes encarecimientos y ponderación de los graves daños que de aquel pobre monasterio se les seguía, salió por conclusión de la consulta que de ninguna manera se permi-

tiese pasar adelante, sino que luego se quitase el Santísimo Sacramento, y se deshiciese la fundación. Tan peligrosa es la novedad en toda cosa, que aunque parezca de más virtud, se puede tener por sospechosa, hasta que con testimonios sobre-humanos se confirme; y así no era mucho anduviesen todos recatados en esta ocasión, en la cual el demonio representaba y esforzaba cuantos inconvenientes podía, para estorbar tan santa obra, donde barruntaba que le había de nacer su daño. Y el Señor por otra parte ordenaba para mayor y más seguro fundamento de este edificio que precediese tanto examen y contradicción, para que con el suceso se certificase el mundo que no era esta obra traza humana, ni iba fundada sobre arena, sino sobre la piedra viva que dice el Evangelio, que es Cristo y su palabra.

Fué pues la resolución que todos tomaron que se deshiciese el monasterio, á la cual se siguiera luego la ejecución, si no saliera de por medio el padre maestro fray Domingo Báñez, de la orden de Santo Domingo, catedrático que fué después de prima de teología en la universidad de Salamanca, el cual aunque había sido de parecer que el monasterio no se hiciese sin renta, pero como varón docto y cristiano sintió mal de la apresurada resolución que en aquella junta se había tomado: y osada y cuerdamente les dijo que no era aquel negocio que tan presto se había de determinar, que requería más maduro consejo, que sería bien se mirase más despacio, pues había tiempo para esto, y que era negocio que más pertenecía al obispo que á la ciudad. Con estas y otras prudentes razones que allí propuso, suspendióse la ejecución, pero no el alboroto y saña que todos tenían contra el monasterio, porque en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa, condenando á la santa madre y á todos los que la habían ayudado. Y viendo á las cabezas y á lo principal de ella declarados contra las pobres monjas, y principalmente contra la santa, se les levantaron enemigos debajo de la tierra, y hasta las piedras parece se volvían contra ellas: crecía el fuego, y la tempestad de la persecución era cada día más terrible. ¿Qué sería ver entonces á una pobrecita mujer contrastada de toda una ciudad, y tan principal como la de Ávila, y de todas las religiones de ella, que aun en los púlpitos no la perdonaban? De la mayor parte del cabildo y todo el vulgo puesta por

blanco de sus dichos, y lo que es más, que al mismo tiempo (como habemos dicho) era también la batería de parte de su religión: que aunque esta se acabó primero, no fué la menor, que cuanto los contrarios son más domésticos, es la guerra mayor y más sangrienta, que como están más vecinos hieren de más cerca, y aciertan más en lo vivo. Todos como lobos carnívoros la acometían, cada cual por sacarla su bocado; pero ella como un cordero manso, dejábase condenar de todos, y puesta en Dios su esperanza y justicia á nadie temía.

Pues en este tiempo la santa sola y desamparada de todos no dormía como Jonás en lo bajo de la nao, sino antes daba muchas voces á Dios; y con esto estaba su corazón tan sosegado como si nada de ella se dijera, ó como si fueran cosas que tocaran á tercera persona: tanta era la igualdad de ánimo y confianza que tenía en el Señor. Y cuando todos trataban de deshacer el monasterio, estaba ella con tanta fe que escribiendo á su amiga doña Guiomar de Ulloa, que antes la había ayudado, y entonces estaba en Toro, la enviaba á pedir misales y una campanilla que había menester para su fundación. Verdad es que á veces se escondía el Señor, y para que más mereciese su sierva, daba lugar para que entrase la tentación, el temor y la pena si se había de deshacer; y así estando una vez algo afligida y fatigada con este pensamiento, el Señor (que andaba tan cerca de ella para consolarla y animarla en todos sus trabajos) la dijo (*Vida*, cap. XXXVI): «¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? Y me aseguró que no se desharía.»

La ciudad, que había tomado esta porfía muy á pechos, hacía entretanto todas las diligencias que podía para que el monasterio se deshiciese; y viendo el corregidor que no había parte que respondiese por él, y lo defendiese, pensó que todo el negocio era acabado con ir á San José, y mandar á las cuatro monjas que allí estaban, que se saliesen de él, sino que les quebraría las puertas; pero ellas respondieron, con grande ánimo, que entonces saldrían del monasterio, cuando se lo mandase el que las había traído, que él no era parte para esto, pues no era su perlado. Hasta aquí pudo llegar el celoso color de bien, ó (por mejor decir) la rabia y furor del enemigo, á quien hacían cruda guerra cuatro monjitas pobres, y en una

casa como un dedal. En fin el corregidor, volviendo sobre sí, parecióle mejor medio no llevar esta causa por fuerza, sino por justicia, y así hubo luego demandas y respuestas: hizose pleito ordinario y llevóse al consejo real. La ciudad enviaba persona de su parte á la corte, y era también necesario que el monasterio enviase de la suya, so pena de perderse el negocio. Pero ni había quien se atreviese á ir, ni dineros para esto, ni la madre sabía qué se hacer; y sobre todo para apretarla más los cordeles, ordenó nuestro Señor que la priora la mandase que no tratase más del monasterio, que era echarle un jarro de agua á todo lo que estaba hecho. Entonces se fué la santa á buscar el remedio donde siempre lo solía hallar, que era á Dios, y díjole (*Vida*, cap. XXXVI): «Señor, esta casa »no es mía, por vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que »negocie, hágalo vuestra Majestad.» Con haber dicho esto quedó tan descansada y tan sin pena como si todo el mundo tuviera por su parte, y luego tuvo por seguro el negocio.

No tardó en experimentar cuánto vale la fe y la confianza en Dios, porque luego salieron á defender su causa algunos siervos de Dios, principalmente el maestro Daza y Gonzalo de Aranda, ambos clérigos de conocida y señalada virtud: el uno fué á Madrid, y el otro, que era el maestro, quedó en Ávila, y hallóse en otra junta de la ciudad, en la cual todos estaban tan fuertes, como en la primera que habemos dicho, siendo de opinión que se deshiciese y desbaratase el monasterio, pero él con su mucha prudencia los aplacó por entonces.

Mientras andaba estos pleitos y pesadumbres, vinieron á un medio los de la ciudad, ofreciendo á la madre que como el monasterio tuviese renta, que consentirían que fuese adelante. No le desagradó este partido á la santa, pareciéndole que la podría dejar después cuando quisiese; pero estando tratándose del concierto, hablóla Dios: y el padre fray Pedro de Alcántara se le apareció, y sucediéronla otras cosas, que ella brevemente cuenta por estas palabras (*Vida*, cap. XXXVI): «Díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos á »tener renta que no nos dejarían después que la dejásemos, y »otras algunas cosas. La misma noche me apareció el santo »fray Pedro de Alcántara, que ya era muerto; y antes que »muriese me escribió como supo la gran contradicción y persecución que teníamos, se holgaba fuese la fundación con

»contradicción tan grande, que era señal se había el Señor  
»de servir muy mucho en este monasterio, pues el demonio  
»tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna manera  
»viniese en tener renta: y aun dos ó tres veces me persuadió  
»en la carta, y que como esto hiciese, ello vendría á hacerse  
»todo como yo quería.» Y así con estos altos y bajos duró  
esta persecución casi medio año: en el cual tiempo padeció  
la santa lo que Dios sabe y lo que cada uno podría imagi-  
nar.

En el entretanto que estas cosas pasaban, las cuatro novi-  
cias estaban recogidas en su monasterio, y el obispo las pro-  
veía confesores, y de quien las animase é instruyese y hiciese  
pláticas espirituales. Pero con la ausencia de la santa madre  
estaban como ovejas sin pastor, y necesitadas de quien les  
enseñase la observancia y vida religiosa, en la cual con difi-  
cultad puede ser maestro el que no ha sido primero discípulo,  
y tenido experiencia de ello. Y así fué el Señor servido que  
en este tiempo llegase á Ávila el padre presentado fray Pedro  
Ibáñez, de la orden de Santo Domingo (de quien antes habemo-  
s hecho mención), el cual fué gran parte (por la mucha  
opinión que se tenía de sus letras y santidad) para aplacar los  
corazones de muchos, y para que el padre provincial del Car-  
men diese licencia á la santa madre para que viniese á San  
José, y gobernase y enseñase á sus monjas; cosa que parecía  
no sólo dificultosa, sino imposible alcanzarla.

---





## CAPÍTULO X

Cómo, sosegadas ya las contradicciones, la santa madre volvió á su nuevo monasterio, donde nuestro Señor la puso una corona en premio de lo que había padecido y trabajado por él.

HABÍA medio año y más que la santa madre estaba detenida en el monasterio de la Encarnación, ausente de sus hijas, y así luego que le dieron licencia se vino por el mes de marzo de mil quinientos sesenta y tres, adonde fué tan alegremente recibida cuanto había sido con grandes lágrimas y suspiros deseada. Haciendo oración en la iglesia, antes que entrase en el Monasterio, fué arrebatada en espíritu, y vió á Cristo que la recibía con grande amor, y la ponía una corona, agradeciéndola mucho lo que había hecho por su madre. Y después estando en el coro en oración, vió á nuestra Señora, con grandísima gloria, vestida de un manto blanco, debajo del cual amparaba á la santa y á todas sus monjas, como ella cuenta por estas palabras (*Vida*, cap. XXXVI): «Fué grandísimo consuelo para mí el día que venimos: estando casi en arrobamiento, ví á Cristo que con grande amor, me pareció, me recebía, y ponía una corona, agradeciéndome lo que había hecho por su madre. Otra vez estando todas en

»el coro en oración después de completas, ví á nuestra Señora  
»con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él pa-  
»recía ampararnos á todas: entendí cuán alto grado de gloria  
»daría el Señor á las desta casa.» Luego el pueblo comenzó á  
tomar mucha devoción con el monasterio, y el Señor trocó,  
como lo suele hacer, de tal manera los corazones, que los  
mayores contrarios hizo mayores devotos de la casa, y ya  
desengañados veían claramente ser obra de Dios, y su porfía  
engaño y tentación; y así poco á poco fueron dejando el plei-  
to, palpando con la experiencia ser aquel monasterio de gran  
gloria de Dios, honra y provecho de su ciudad.

Trajo consigo la santa madre, cuando salió de la Encarna-  
ción, cuatro monjas, porque el provincial también dió licencia  
para que se viniesen con ella las que gustasen de seguir esta nue-  
va vida y profesión. Eran estas cuatro: Ana de san Juan, María  
Isabel, Ana de los Ángeles, é Isabel de san Pablo; de estas  
hizo priora á Ana de san Juan (porque la santa por su mucha  
humildad gustaba antes de obedecer que de mandar), y supe-  
riora á Ana de los Ángeles; pero andando el tiempo, viendo  
el prelado que convenía fuese priora la que en la verdad era  
madre y maestra de todas, la hizo tomar y ejercitar el oficio.

Luego comenzó la santa con prudencia y espíritu del cielo  
á gobernar sus monjas, á darles modo de vida, santos y salu-  
dables consejos, haciendo también sus ordenaciones con  
aprobación del obispo (que entonces era su perlado), en orden  
á la perfecta observancia de la regla primera, que era la que  
ella pretendía que se guardase en aquel monasterio. Trazó y  
dispuso las cosas en orden á los fines que Dios le había ense-  
ñado. Primeramente asentó en todas el espíritu y trato de ora-  
ción y mortificación, que es el particular fin y vocación de la  
nueva regla que habían tomado, ó por mejor decir, de la anti-  
gua que habían profesado aquellos santos ermitaños del Monte  
Carmelo. Luego tras de esta piedra (que es columna firme que  
sustenta la religión) puso otra no menos necesaria para susten-  
tar este edificio, que fué el recogimiento, cerrando locutorios  
y redes (de las cuales el mismo nombre publica sus daños, y la  
experiencia, á costa de la reformation de los monasterios y de  
muchas almas los llora), prohibiendo conversaciones y tratos  
aun entre parientes, cerrando las puertas á todos los consue-  
los humanos, para que así estén más abiertas y patentes á los

divinos. Asentó también el vivir sin renta (cosa que tanto le había costado y encomendado el Señor). Finalmente instituyó una vida penitente, trocando la estameña delicada por una jerga áspera, los zapatos ó chapines en alpargatas pobres, y la cama blanda en un jergón duro, y á esto añadió la comida pobre, pues es toda la vida de pescado y yerbas, como la regla lo manda, de la cual será razón que antes que pasemos adelante hagamos aquí mención, para que mejor se entienda cuál sea la regla é instituto que la santa madre eligió, y la que hoy se guarda en su orden, así de frailes descalzos como de monjas.

---





## CAPÍTULO XI

Donde se pone la regla de la primitiva orden de Nuestra Señora del Carmen, que es la que la santa madre quiso que se guardase en su orden, y de la gran perfección de vida que en sí encierra.

**P**ARA que más claramente conste de la regla que la bienaventurada madre Teresa de Jesús eligió para su orden, conviene que sepa primero el lector que en el año de mil ciento setenta y uno dió Alberto, patriarca jerosolimitano (que antes había sido religioso ermitaño del Monte Carmelo), regla á sus hermanos los carmelitas, que entonces moraban en el dicho monte, sacada y colegida de otra que á la misma orden había dado Juan, patriarca jerosolimitano, como más largamente lo refieren y prueban las historias de su orden; la cual como regla dada á ermitaños era muy rigurosa y áspera, y tal que si no era quien profesase vida eremítica con dificultad la pudiera observar. Pues como los ermitaños se redujesen á vida más común y conventual que antes, fué necesario moderar y declarar algunos puntos de esta regla que Alberto patriarca les había dado. Y así acudieron á Inocencio IV, que entonces gobernaba la Iglesia, pidiéndole moderación y declaración de ella; el cual el año del Señor de mil doscientos cuarenta y ocho, y quinto de su pontificado, la de-

claró y acomodó, haciéndola más suave que antes era, pero quedó en tal punto que (como por ella se verá) es una de las más perfectas y excelentes que hay en la Iglesia.

Esta regla moderada por el papa Inocencio se llama primitiva, porque la moderación que él hizo sólo fué en dos cosas, la una el silencio, que antes era rigurosísimo, y agora quedó templado desde dichas completas hasta dicha prima; y la otra la abstinencia de las carnes, que antes era necesaria extrema- da flaqueza ó enfermedad para que un religioso la pudiese comer: cosa que causaba á muchos escrúpulo, así en los áni- mos de los perlados como de los súbditos; y declaró Inocen- cio que bastaba para comer carne enfermedad ó flaqueza. Antes no se juntaban en refectorio ni en otros actos de co- munidad, sino raras veces, como gente que profesaba vida solitaria y eremítica. Inocencio ordenó se juntasen en refec- torio, y asimismo que pudiesen tener casas, no solamente en los yermos, sino también en cualquiera otra parte que se las diesen, como fuesen acomodadas para su profesión, lo cual no era permitido en el tiempo que con todo rigor se guardaba la regla de Alberto.

Esta regla de Alberto patriarca después de declarada por Inocencio papa (como habemos visto) se guardó por algunos años en la orden de nuestra Señora del Carmen. Pero como con el tiempo suele faltar y acabarse el espíritu, como tam- bién las demás cosas, pareció tan rigurosa que se juzgó por inobservable, y así pidió la religión á Eugenio IV la mitigase, y después á otros pontífices, de suerte que algunas de las ob- servancias más rigurosas estaban ya mitigadas, y particular- mente en los monasterios de monjas estaba muy menoscabada la observancia y perfección religiosa, porque además de las licencias generales y ensanchas de la regla, con los abusos y falta de clausura (que entonces no la profesaban), vivían con grande anchura y libertad.

Este era el estado y regla que la santa madre profesaba mientras vivió en el monasterio de la Encarnación. Pero es- timulada del Señor (como abajo diremos) se determinó de abrazar y seguir la regla primera de su orden, que es la que dió Alberto patriarca, y después declaró y moderó Inocen- cio IV, la cual dice de esta manera:

## REGLA PRIMITIVA DE ALBERTO PATRIARCA

Alberto, por la gracia de Dios patriarca de Jerusalén, á los amados hijos Brocardo y los demás religiosos ermitaños que moran debajo de su obediencia en el monte Carmelo, cerca de la fuente de Elías, salud en el Señor y bendición en el Espíritu Santo. Por muchas vías y modos instituyeron los santos padres de qué manera cada uno en cualquier orden que estuviere, ó en cualquier modo de vida religiosa que eligiere, haya de vivir en servicio de nuestro Señor Jesucristo, y serville fielmente con corazón puro y buena conciencia. Empero porque nos pedís que según vuestra manera de vivir os escribamos regla que guardéis de aquí adelante, os la damos por las palabras siguientes :

*De que tengan prior, y de los otros votos*

Instituimos primeramente y ordenamos que tengáis uno de vosotros por prior, el cual sea elegido para este oficio de común consentimiento de todos, ó de la mayor parte, y más acertada, al cual cada uno de vosotros prometa obediencia, y después de haberla prometido procure guardarla con verdad de obra, juntamente con castidad y pobreza.

*De recibir lugares*

Podréis tener lugares y casas en los yermos, ó donde os fueren dados, para la guarda de vuestra religión, dispuestos y cómodos según al prior y frailes pareciere que conviene.

*De las celdas de los hermanos*

Demás de esto, en el sitio que escogiereades ó propusiereades morar, cada uno tenga su celda apartada, conforme le fuere señalada por la disposición del prior y consentimiento de los demás hermanos, ó de la más acertada parte de ellos.

*De que coman en común refectorio*

De tal manera que lo que os fuere dado en limosna, comáis en común refectorio, oyendo alguna lección de la Sagrada Escritura, donde cómodamente se pudiere hacer, y ninguno de los hermanos pueda mudar lugar, ni trocarle con otro, si no fuere con licencia del prior.

La celda del prior esté á la entrada del convento, porque sea el primero que salga á recibir los que vienen.

Y de su arbitrio y disposición se haga todo lo que en la casa se hubiere de hacer. Estése cada uno dentro de su celda, ó cerca de ella meditando de día y de noche en la ley del Señor, y velando en oración, si no fuere ocupado en otras justas ocupaciones.

*De las horas canónicas*

Los que supieren rezar las horas canónicas, con los sacerdotes rezarlas han, conforme á los estatutos y reglas de los santos padres, y costumbre aprobada de la Iglesia.

Y los que no supieren digan por maitines veinticinco veces el *Pater noster*, excepto los domingos y fiestas solemnes de guardar, en cuyos maitines estatuimos se diga el dicho número doblado; de suerte que se diga cincuenta veces, y siete veces diga la mesma oración por laudes, y en las demás horas otras siete veces por cada hora, salvo á vísperas, que se ha de decir quince veces.

*De no tener propio*

Ningún religioso diga que tiene alguna cosa propia, sino que todas las cosas os sean comunes, y distribúyanse á cada uno por mano del prior ó por el fraile diputado por el mismo para este oficio, todo lo que hubiere menester, miradas las edades y necesidades de cada uno.

*De lo que pueden tener en común*

Podréis tener asnos ó mulos, según lo pudiere vuestra

necesidad, y algunos animales ó aves para vuestro nutrimento.

### *Del oratorio y culto divino*

Hágase oratorio en medio de las celdas, lo mejor y más cómodamente que ser pueda, donde cada día os juntéis para oír misa donde cómodamente se pueda hacer.

### *Del capítulo y corrección de las culpas de los hermanos*

Todos los días de domingos, ú otros cuando fuere necesario, trataréis de la guarda de la orden y salud de las almas, donde también las culpas y excesos de los hermanos, si algunos hubiere, sean castigados con caridad.

### *Del ayuno de los hermanos*

Ayunaréis cada día (excepto los domingos) desde la fiesta de la Exaltación de la Cruz, hasta el día de la Resurrección del Señor, si la enfermedad ó flaqueza del cuerpo, ó justa causa, no persuadiere á que se deje de ayunar, porque la necesidad no tiene ley.

### *De la abstinencia de las carnes*

No comeréis carne, si no fuere por remedio de enfermedad ó flaqueza. Y porque os convendrá muchas veces mendigar caminando, porque no seáis molestos á los huéspedes, fuera de vuestras casas podéis comer caldo y legumbres, ó otras cosas cocidas con carne: y sobre la mar os será lícito comer carne.

### *Exhortaciones*

Y porque la vida del hombre sobre la tierra es toda tentación, y los que piadosamente quieren vivir en Cristo han de padecer persecución, y vuestro adversario el demonio anda á la redonda, como león bramando, buscando á quien tragar, procurad con toda solícitud vestiros las armas de Dios, para

que podáis resistir á las asechanzas del enemigo. Ceñiréis vuestros lomos con cinto de castidad; fortaleced vuestros pechos con santos pensamientos, porque escrito está: El pensamiento santo te guardará. Vestid la loriga de la justicia para que de todo vuestro corazón, y de toda vuestra alma, y de todas vuestras fuerzas améis á Dios Señor vuestro, y á vuestros prójimos como á vosotros mismos. Abrazad en todo el escudo de la fe, en el cual podáis apagar todas las saetas de fuego del enemigo, porque sin fe es imposible agradar á Dios. Poneos en la cabeza el yelmo de salud y gracia, para que de solo el Salvador esperéis la salud que salva á su pueblo de sus pecados. More y persevere abundantemente en vuestras bocas y corazones la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, para que todo lo que hiciéredes sea en su nombre.

#### *Del trabajo de manos*

Haréis alguna cosa de manos para que el demonio os halle siempre ocupados, y no tenga para entrada vuestras almas, haciendo puerta de vuestra ociosidad. Bien tenéis en esto ejemplo y magisterio, ó doctrina en el apóstol san Pablo, en cuya boca hablaba Jesucristo, que como sea puesto por predicador y doctor de las gentes en fe y verdad, si le siguiéredes no podréis errar; dice pues así: «Con trabajos y fatigas anduvimos entre vosotros, trabajando de día y de noche por no os dar pesadumbre; no porque no teníamos facultad y licencia para lo pedir, sino para daros forma y ejemplo á que nos imitádes, pues cuando andábamos entre vosotros esto os denunciábamos y predicábamos cada día, que quien no quisiere trabajar, que no coma. Hemos oído que hay algunos entre vosotros que andan inquietos y sin hacer algo; á estos tales amonestamos y rogamos en nuestro Señor Jesucristo, que trabajando en silencio coman su pan: este camino es bueno y santo caminar por él.»

#### *Del silencio*

Encomiéndanos el Apóstol el silencio cuando manda que trabajemos en él, y como dice el profeta, el ornato y atavío de la justicia es el silencio; y en otra parte, en el silencio y

esperanza será vuestra fortaleza ; por tanto estatúimos y mandamos que desde dichas completas se guarde silencio hasta después de dicha prima del día siguiente, y en el demás tiempo, aunque no haya tanto rigor en la guarda del silencio, con mucha diligencia se evite el mucho hablar ; porque como está escrito, y no menos lo enseña la experiencia, en el mucho hablar no faltará pecado ; y en otra parte : Quien habla sin consideración sentirá males ; y en otra : El que usa de muchas palabras daña su alma ; y el Señor dice en el Evangelio : De cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio. Haga pues cada uno una balanza para sus palabras, y freno para su boca, porque no resbale y caiga con la lengua, y su caída sea insanable á muerte; y guarde con el profeta sus caminos para que no peque con su lengua, y con mucha diligencia y cuidado guarde el silencio en quien consiste el culto de la justicia.

#### *Exhortación del prior á humildad*

Y tú, fray Brocardo, y cualquiera que después de ti fuere elegido por prior, tened siempre en la memoria, y poned por obra aquello que dice el Señor en el Evangelio : Cualquiera que entre vosotros quisiere ser mayor será vuestro ministro, y el que quisiere ser vuestro prior será vuestro siervo.

#### *Exhortación á los hermanos que honren á su prior*

Vosotros también, hermanos, honrad á vuestro prior con toda humildad, entendiendo más que es Cristo que no el que es, pues os lo puso sobre vuestras cabezas, y dice á los perladados de las iglesias : El que á vosotros oye, á mí oye, y el que os menosprecia, menosprecia á mí, para que de esta manera no os juzgue Dios por menosprecio, sino que por la obediencia merezcáis el premio de la bienaventuranza.

Estas cosas escribimos brevemente, estatuyendo la forma y regla de vuestra manera de vivir, y si alguno hiciere algo más, el Señor cuando viniere á juzgar se lo pagará. Use empero de discreción, que es regla de las virtudes.

Hecha en Accón el año del Señor de mil ciento y sesenta y uno.

Y porque mejor se entienda lo que es esta regla, y lo que la orden y toda la Iglesia debe á esta santa en haber levantado un modo de vida tan perfecto, apuntaré aquí brevemente lo que en esta regla está encerrado.

Esta regla de Alberto patriarca es de suma perfección y rigor, y comprehende en sí instituciones divinas y altísimas, y una como suma de lo perfecto y riguroso que en otras reglas se halla. Tiene por particular fin é instituto la continua oración y meditación, y este es el más principal artículo que la regla contiene (cosa que en ninguna regla de religión jamás se ha visto), y esto no es por vía de consejo, como lo hizo san Francisco en su regla, sino de estatuto y precepto. Tiene el encerramiento de las órdenes monacales y más estrecho, pues no solamente manda el encerramiento del claustro, sino que también prohíbe el salir de una estrecha celda sin licencia ó sin necesidad. Hay en ella más ayunos que en ninguna otra regla de las que yo he visto, porque manda que se ayune desde la Exaltación de la Cruz hasta la Dominica de la Resurrección, lo cual en ninguna regla de las aprobadas se halla, y si algunas religiones lo guardan es por estatutos y propias constituciones. Otro precepto es de la abstinencia continua de las carnes, y esto por toda la vida, sin excepción ninguna, si no es por enfermedad, que no es poca estrechura y aprieto, juntado todo esto con lo demás que hemos dicho y diremos, porque nuestro cuerpo, sustentado con buena comida y de sustancia cual la carne, sufre fácilmente cualquier trabajo y penitencia, así como por el contrario, faltándole la buena vianda, no hay regalo que le satisfaga. Bien entendieron esto aquellos santos padres del yermo, los cuales redujeron toda la aspereza y rigor á la abstinencia en la cualidad y cantidad del manjar; ¿qué diré de la estrecha pobreza? Fué esta regla sin duda la primera de las que ahora son, que enseñó el vivir en pobreza, en particular y en común, como lo declararon los pontífices Gregorio IX é Inocencio IV (*ut habetur in expositione regulæ ejusdem ordinis*). Dejo de decir cuanto encomienda el estrecho silencio, y con cuanto cuidado manda el trabajo de manos.

De suerte que conviene esta regla con las monacales en el encerramiento y contemplación, con las mendicantes en la pobreza, con las estrechas y que profesan penitencia en los

ayunos y abstinencia de carnes, y caminar á pie, y el encerramiento continuo de la celda, que con razón es comparado á una cárcel perpetua; y finalmente con las religiones ordenadas á la vida activa, se compara muy bien esta regla en el cuidado que pone en el trabajo de manos.

Esta es la suma de la regla de Alberto, y esta es la que la santa madre escogió, y la que ahora se guarda en la nueva reformation de los descalzos y descalzas con otras nuevas constituciones, las cuales han añadido á la regla nuevo rigor y estrechura, y con el espíritu y fervor que el Señor ha dado en nuestros tiempos se han esforzado los hombres y mujeres no sólo para abrazar una regla que por su rigor y aspereza dice de ella el Sumo Pontífice Eugenio IV, que es inobservable, esto es, que no hay fuerzas (como él dice) ahora en la naturaleza para tanto peso y carga, y que conviene mitigarse, porque no habrá quien emprenda profesión tan estrecha y ardua, sino que también con santo celo y prudencia (no de la que la carne enseña) han supererogado otras muchas y graves observancias; pero porque aquí mi intención es tratar de lo que la santa madre hizo, dejaré esto para otro tiempo. Añadió pues la santa madre muchas cosas de más perfección sobre la regla, como ya comenzamos á decir, las cuales confirmó el obispo de Ávila como perlado suyo; pero después que fundó más monasterios fué perficionando sus constituciones, como más largamente escribiremos al fin de este libro.



# ÍNDICE

PÁGINAS.

## LIBRO PRIMERO

**Donde se trata del nacimiento, crianza, y de todo el demás discurso de la vida de la bienaventurada madre Teresa de Jesús.**

CAPÍTULO PRIMERO.— De los altos y admirables fines que Dios tuvo en darnos en nuestros tiempos una tan grande santa, como fué la bienaventurada madre Teresa de Jesús. . . . .	5
CAP. II.—Del nacimiento, crianza y buen natural de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús. . . . .	13
CAP. III.—Cómo se fueron perdiendo estas virtudes y buenos principios, y cómo el Señor sacó á esta santa virgen de los peligros en que andaba. . . . .	19
CAP. IV.—Del camino por donde el Señor sacó á su sierva de estos peligros, y vino á ser monja de Nuestra Señora del Carmen. . . . .	23
CAP. V.— Cómo la santa virgen Teresa de Jesús comenzó con grande espíritu los ejercicios de la religión, y habiendo enfermado salió fuera del monasterio á curarse. . . . .	29
CAP. VI.—Cómo en la cura crecieron las enfermedades de la santa virgen, y por su medio sacó Dios á un sacerdote de pecado. Y cómo habiendo vuelto á su monasterio tuvo una visión maravillosa de todo lo que después había de pasar por ella. . . . .	35
CAP. VII.—Cómo el Señor sanó á la santa madre Teresa de Jesús por la intercesión del glorioso san José, y cómo volvió á entibiarse su alma en los ejercicios de oración; y se le apareció nuestro Señor atado á la columna, procurando apartarla de una vana conversación. . . . .	41
CAP. VIII.—Cómo el Señor tuvo de su poderosa mano á la santa madre en todo este tiempo, para que no cayese en culpa mortal. . . . .	49
CAP. IX.— Vuelve la santa madre á la oración, y por espacio de veinte años persevera en ella con grande sequedad: y después de todo ese tiempo es visitada del Señor con nueva luz, y da de mano á todo, y comienza nueva vida. . . . .	57

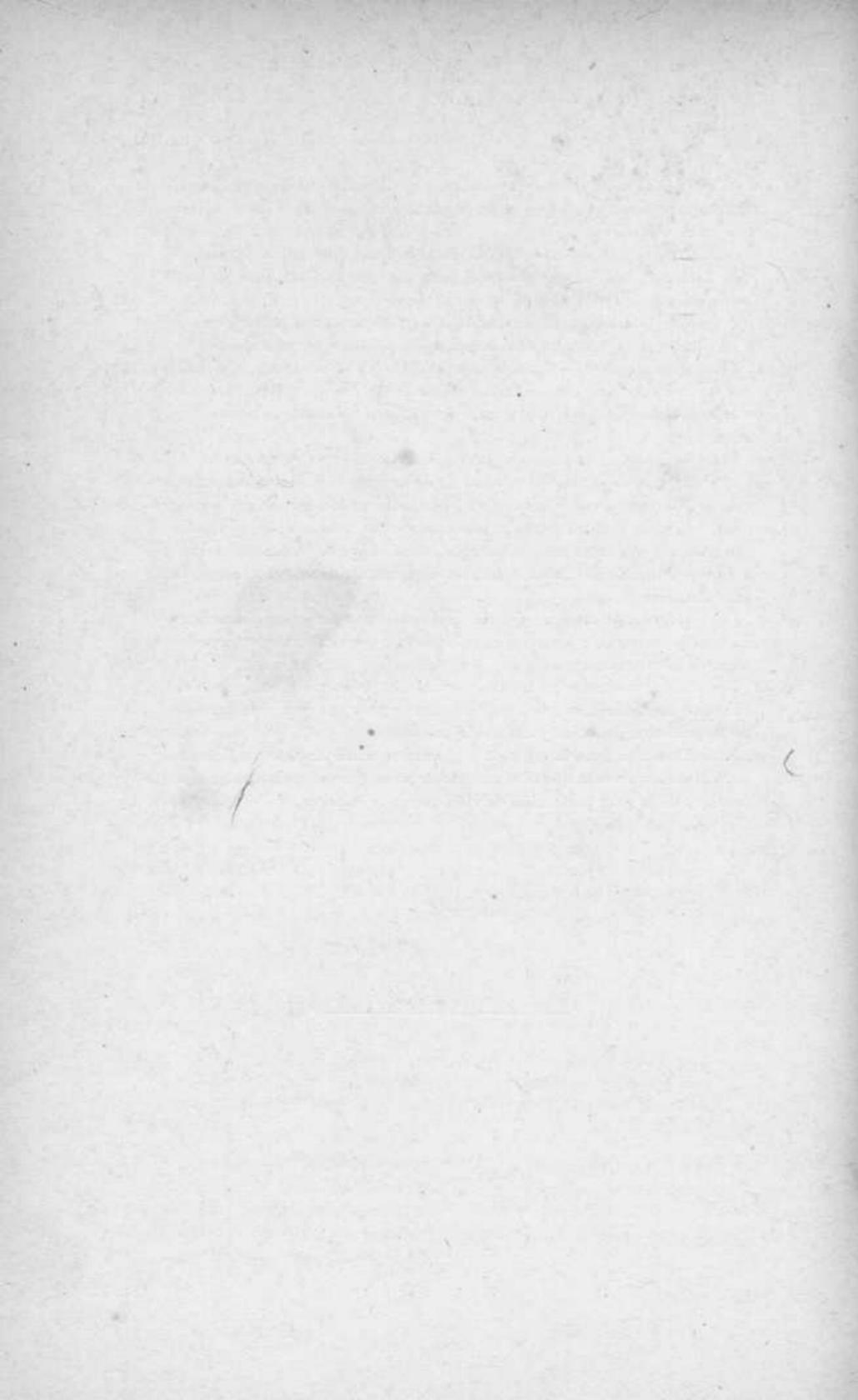
CAP. X.—Cómo el Señor comunicó á esta santa virgen una oración altísima que le fué ocasión de padecer grandes trabajos, y el medio por dónde el Señor la puso en tan alta oración. . . . .	65
CAP. XI.—Trata la santa madre Teresa de Jesús con los padres de la compañía; ellos conocen y aprueban su espíritu. Háblala nuestro Señor Jesucristo, muda su vida, y comienza de nuevo á hacer grande penitencia. . . . .	73
CAP. XII.—Cómo fueron creciendo estas hablas y mercedes de Dios, y de los grandes temores y trabajos que pasó en este tiempo la santa virgen. . . . .	81
CAP. XIII.—En medio de estos trabajos habla nuestro Señor á la santa madre, y la asegura y quieta. Muéstrasele Cristo nuestro Redentor con visiones continuas y admirables, y de las muchas aficciones que por esta causa padeció. . . . .	87
CAP. XIV.—Por obedecer á sus confesores la bienaventurada virgen Teresa de Jesús resistía con extraordinario modo á estas mercedes de Dios, y cómo el Señor le hizo otras de nuevo, y en particular le apareció un serafín que con un dardo le sacaba el corazón. . . . .	99
CAP. XV.—Cómo la santa virgen tenía tan grandes arrobamientos, que muchas veces era levantado su cuerpo en el aire. . . . .	105
CAP. XVI.—De los grandes afectos que causaban en el alma de la santa virgen estos arrobamientos, particularmente la grande libertad y ánimo para pelear contra los demonios. . . . .	113
CAP. XVII.—De unas grandes penas interiores que tuvo la santa virgen después de estos arrobamientos. . . . .	119
CAP. XVIII.—De las visiones maravillosas, y hablas particulares, y de otras mercedes que el Señor comunicó á esta santa virgen. . . . .	127
CAP. XIX.—De un espiritual desposorio entre Cristo nuestro Redentor, y el alma de esta santa virgen; y de otros grandes regalos y favores que el Señor le hizo. . . . .	139
CAP. XX.—Cómo Jesucristo revelaba á su Esposa el conocimiento de verdades muy altas, de admirable y muy provechosa doctrina. . . . .	147
CAP. XXI.—Comunica la santa madre su espíritu y mercedes que el Señor le hace con el padre maestro de Ávila, y con el padre fray Pedro Alcántara, y con otros hombres muy graves, y todos la aseguran y aprueban. . . . .	157

## LIBRO SEGUNDO

**Donde se trata de los monasterios de la nueva reforma de los descalzos y descalzas de Nuestra Señora del Carmen, á que dió principio la santa madre Teresa de Jesús.**

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo nuestro Señor inspiró á la bienaventurada madre Teresa de Jesús que hiciese una nueva reformati3n de su orden, y las causas que á esto le movieron. . . . .	169
CAP. II.—De las contradicciones que se levantaron contra la santa madre en la fundaci3n del primer monasterio. . . . .	177

CAP. III.—Deja la santa madre de tratar de la fundación de su Monasterio por algún tiempo: mándale nuestro Señor que la prosiga; y los trabajos que en esto pasó. . . . .	181
CAP. IV.—Compra la santa madre una casa para hacer Monasterio; comiéntala á labrar; aparécesela nuestra Señora y el glorioso san José, y hácenla una merced muy singular. . . . .	189
CAP. V.—Cómo mientras se labraba la casa cayó un pedazo de pared y mató á un sobrino de la santa, el cual resucitó por medio de sus oraciones. . . . .	195
CAP. VI.—Manda nuestro Señor á la santa madre que se ausente de Avila, por ser así necesario para la fundación de su Monasterio. Hace por su medio el Señor grandes mercedes á un religioso del orden de Santo Domingo. . . . .	199
CAP. VII.—Cómo la santa madre se vió en Toledo con una beata sierva de Dios, que quería fundar un monasterio de monjas de la nueva reforma-ción del Carmen, y cómo la santa trató de fundar su Monasterio sin renta. . . . .	205
CAP. VIII.—Habla nuestro Señor á la santa madre, y mándala que funde con pobreza, y ella se determina á hacerlo. Vuelve de Toledo á Avila, y da por mandado del Señor el hábito á cuatro religiosas, y principio á su Monasterio. . . . .	211
CAP. IX.—Del grande alboroto y persecución que se levantó después de fundado el Monasterio, y los grandes trabajos que por esta causa le sobrevi-nieron á la santa madre. . . . .	219
CAP. X.—Cómo, sosegadas ya las contradicciones, la santa madre volvió á su nuevo monasterio, donde nuestro Señor la puso una corona en premio de lo que había padecido y trabajado por él. . . . .	229
CAP. XI.—Donde se pone la regla de la primitiva orden de Nuestra Señora del Carmen, que es la que la santa madre quiso que se guardase en su orden, y de la gran perfección de vida que en sí encierra. . . . .	233



# BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

---

## TOMOS PUBLICADOS

---

- Quevedo: **El Gran Tacaño.**  
Avellaneda: **El Quijote.**  
P. Isla: **Cartas familiares.**  
Fray Luís de León: **La perfecta casada.**  
Moratín: **Comedias.**  
Autores varios: **Extravagantes** (opúsculos amenos y curiosos).  
Feijoo: **Obras escogidas.**  
Huarte: **Examen de ingenios.**  
Jovellanos: **Obras escogidas** (I, II y III tomo).  
Novelistas del siglo XVII.  
Rojas Zorrilla: **Comedias.**  
Rivadeneira: **Tratado de la tribulación.**  
Cadalso: **Obras escogidas.**  
Liñán y Verdugo: **Guía y avisos de Forasteros.**  
Melo: **Guerra de Cataluña.**  
Romancero general.  
Zabaleta: **El día de fiesta.**  
Larra: **Artículos escogidos.**  
Cervantes: **Novelas ejemplares** (I y II tomo).  
Guevara: **Epístolas escogidas.**  
Rojas: **La Celestina, tragi-comedia.**  
Jorge de Montemayor y Gil Polo: **La Diana.**  
Alarcón: **Comedias escogidas** (tomo I y II).  
**El Bachiller de Salamanca.**  
Juan C. de Olóriz: **Molestias del trato humano.**  
Yepes: **Vida de Santa Teresa** (tomo I).

## EN PRENSA

---

- Yepes: **Vida de Santa Teresa** (tomo II).







# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

### SECCIÓN III

#### Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	802	Precio de la obra.....	Ptas. ....
Estante.....	6	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....	2	Valoración actual.....	» .....





802.



Biblioteca  
Clásica  
Española



FR DIEGO DE YEPES  
—  
VIDA DE  
S<sup>TA</sup> TERESA  
—

I

